

JUDIT FERNÁNDEZ

LA  
MUJER DEL  
VESTIDO  
DE Seda



# Contents

[Copyright](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Epílogo](#)

[El baúl de la costura](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

[Otros Libros: Era Victoriana/Regencia](#)

[Otros Libros: Saga Celta](#)

[Otros Libros de la autora](#)

## Copyright

*La Mujer del Vestido de Seda* © 2022 Judit Fernández

[Juditfernandezautora.com](http://Juditfernandezautora.com)

© 1ª Edición 2023 Judit Fernández

Flores: © 54674a33\_134/Istockphotos.com

Imágenes de portada: © Elena Vilkova/Istockphotos.com

Deposito en Safecreative: 2204050867981

Deposito Legal: 00 / 2022 / 1976

ISBN: 9798386927943

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## Sinopsis

**Una promesa, un pacto y una mentira. En un mundo de apariencias, un hombre y una mujer están destinados a ayudarse para triunfar y cumplir sus sueños.**

**Londres, 1836. Tras la muerte de su padre en la guerra, Violet y sus hermanas quedan a cargo del coronel Edward Barnett, pupilo de su padre y duque de Braithbury. Forzada a abandonar Plymouth para mudarse a la capital, la joven ve la oportunidad de triunfar. Violet nació con talento para bordar y desea abrir una casa de moda y costura. En un mundo donde a una heredera no se le permite ser modista, hará lo que sea necesario para conseguirlo.**

Cuando el duque de Braithbury le propone un misterioso trato, su futuro queda al alcance de la mano: él solo se casará por amor, así que, a cambio de ayudarla a encontrar a un hombre que le permita cumplir su sueño de costura, la usará de coartada para buscarse una mujer. Violet debe aprender a seducir a un hombre y Edward está dispuesto a enseñarle.

Maestro y alumna son como el día y la noche, pero deberán colaborar si quieren triunfar. Atrapados en una vorágine de seducción, el amor era lo último que esperaban que interfiriera en su ruta hacia el éxito.

¿Serán capaces de cumplir sus sueños?

¿O el honor se interpondrá?

## Prólogo



*Jaipur, India Británica.*

*Invierno, 1836*

La brisa caliente le picaba en las mejillas, y el sudor resbalaba por su frente en gruesos goterones mientras se afanaba en llegar a la improvisada tienda de lona que habían armado en el rescoldo más lejano de su campamento. El aire olía a humo y a pólvora, pero al joven no le importó el rancio aroma, estaba determinado a llegar a la tienda con la botella de láudano que sostenía, dispuesto a entregársela al médico. Tenía que lograrlo, llegar a él. Ni siquiera recordaba cómo se llamaba, Richards, o quizá fuese Roberts, poco importaba en ese instante. Cuando se detuvo frente a la tienda de tela desgastada abrió la cortina de un manotazo, y la escena que le recibió le indicó que había llegado tarde.

Lord Edward Barnett había servido el suficiente tiempo en el ejército como para saber que la sangre que empapaba la camisa de su mentor y teñía su cuerpo y las sábanas no era buena señal. Sin embargo, la prueba definitiva se la dio el Dr. Roberts, que estaba de espaldas a él con las manos sumergidas en una jofaina de agua. Como si hubiese leído sus pensamientos, el médico se volvió con expresión apesadumbrada.

—Lo lamento, coronel Barnett, no se puede hacer nada, la herida es muy profunda. Le he ofrecido morfina, pero se niega a tomarla hasta hablar con usted —anunció—. Los dejaré a solas para que puedan despedirse.

El joven asintió con la mandíbula tensa y aferró la botella de vidrio ambarino con fuerza, paralizado. No podía creer que su mentor, el hombre que le había enseñado tanto y había cuidado de él durante casi cinco años, fuese a morir ante sus ojos sin que pudiera hacer nada por remediarlo. Le había fallado. Solo cuando la querida figura tendida en el camastro abrió los ojos para mirarlo con intensidad se forzó a avanzar para llegar hasta él. Cuando llegó a su altura soltó la botella y cayó de rodillas, desolado al ver el penoso intento del hombre por tomarle de la

mano.

Edward se apresuró a sostenerla con el pulso latiendo dentro de su pecho con la fuerza de un tambor. Su instructor se estaba apagando demasiado rápido.

—Edward, debo pedirte una última cosa. ¿Me lo concederás?

—Lo que sea, brigadier Stuart, pídale y lo haré —contestó él—. Por favor, no gaste fuerzas, no deseo que sufra si puedo evitarlo.

—Modesto hasta el final, mi valiente Edward —sonrió el herido y tosió—. Muchacho, me estoy muriendo, y mi familia...

—No se preocupe, señor, me aseguraré de que estén a salvo.

—No, calla y escucha, chico —cortó el brigadier y apretó el agarre en su mano—. Mis hijas se quedarán solas tras mi muerte. No tengo hijos varones, Edward, mi esposa... ¡Ay, mi Edith! No deseo que sufra más por mi culpa, tienes que ocuparte de ellas.

La explosión de un cañón resonó a lo lejos, y el joven apartó la mirada para clavarla en el campamento, que parecía sumido en el caos. El firme apretón sobre su muñeca le hizo volver la atención al moribundo. La sangre manchaba sus labios tras la última tos.

—Te he nombrado albacea en mi testamento, Edward —dijo—. Quiero que seas tú el tutor de mis hijas, que las protejas y te ocupes de que tengan un futuro adecuado. No dejes que se aprovechen de ellas para buscar mi fortuna, te lo ruego.

—Brigadier Stuart, me honra, pero no soy el más indicado —rebatía Edward—. No tengo esposa, no sé cómo podría cuidar de una desconocida, y mucho menos de cuatro.

—No hay hombre más honorable que tú, Ed, no le confiaría mi familia a nadie más. ¡Por Dios, me muero, muchacho! Quiero irme sabiendo que mi familia estará a salvo.

Las palabras conmovieron profundamente al joven, que clavó sus ojos verdes en los de su mentor, de un claro azul celeste. No había nada que no hiciera por el hombre que había sido como un héroe para él, y si su última voluntad era que velase por sus hijas y su esposa, eso es lo que haría. Su voz sonó firme cuando rompió el silencio.

—Tiene mi palabra de que así será, brigadier Stuart —dijo Edward.

—Promételo, muchacho, te lo ruego.

—Lo juro por mi honor.

—Entonces puedo morir en paz. Me despido de ti, querido Edward, y deseo que seas feliz donde sea que descanse tu corazón... Adiós.

Antes de que Edward pudiese responder, el mayor cerró los ojos una última vez y dejó de respirar. Así, entre sangre, humo y olor a pólvora quemada, el respetable brigadier Thomas Stuart emprendió su último viaje, aquel que todos los hombres ansiaban evitar.

## Capítulo I

*Seda de loto añil de la India*



*Londres, Inglaterra.*

*Verano, 1837*

El traqueteo del carruaje sobre los baldosines de piedra movía la cabina de lado a lado y sumía a las cuatro mujeres que ocupaban los asientos en un incómodo vaivén. Sin embargo, a ninguna parecía importarle. Se respiraba un ambiente agitado y alegre más propio de una aventura que de un sencillo traslado de la campiña a la gran ciudad. La mudanza desde Plymouth había sido más movida de lo que a la señora Stuart le hubiese gustado. Dejar su cómoda y apacible mansión campestre en el centro de Devonshire, había resultado todo un *shock*. Uno casi tan grande como la muerte de su esposo y el resultado de la lectura de su testamento. Cuando atravesaron un bache de la carretera que desestabilizó la cabina durante un instante, no pudo evitar soltar un suspiro.

La risa de la menor de sus hijas la devolvió a la realidad.

—¡Pues yo creo que es maravilloso, un sueño! Me muero por conocer Londres —exclamó Rose—. ¿Os dais cuenta de todas las cosas que podremos hacer?

—Un sueño posible gracias a la muerte de padre, Rosie, no seas frívola —regañó Camelia, la mediana de las tres hermanas, y continuó—. Además, no veo el motivo para alegrarse. ¿Qué vamos a hacer cuatro mujeres solas en Londres? No creo que los caballeros de allí sean merecedores de tal título. He oído lo que cuentan otras chicas y, en su fiesta de debut, Ann Gardner me dijo que todos eran un atajo de libertinos y gañanes.

—En primer lugar, no vamos a estar solas y dejadas a la mano de Dios mientras vivamos en Londres, hija, recuerda que ahora estamos bajo la tutela del coronel Barnett —intervino la señora Stuart—. Además, no debes creer todo lo que dicen las demás. Ann Gardner siempre ha sido una

cizañera, sin duda despechada por el rechazo de alguno de esos lores debido a su falta de fortuna y apellido. Mejor harías en ser práctica.

—¿Práctica?

—Así es. No olvides tu situación, Camelia, la situación de todas —asintió Edith—. Ahora más que nunca es tu obligación buscar un buen matrimonio. Confío en que el joven duque de Braithbury nos pueda ayudar con eso, por algo lo eligió tu padre.

—Eso es descorazonador, madre —protestó Camelia y frunció el ceño—. ¿Qué somos Violet y yo, joyas en un escaparate para que cualquier hijo de noble nos compre?

—Te has olvidado de mí, Cami —señaló Rose.

Las tres mujeres se volvieron hacia la chiquilla, y Edith se rio con suavidad mientras le hacía una caricia en el cabello a su hija pequeña. Tenía mucho que aprender todavía.

—Mi dulce Rose, tendrás una boda maravillosa cuando crezcas. Mientras tanto tu labor es la de formarte para ser una dama. Eso es lo que soñaba tu padre, y el coronel Barnett está de acuerdo en que entres al colegio de señoritas de Westminster. Tienes catorce años, cariño mío, cuando termines tus estudios allí se te rifarán los pretendientes —contestó antes de clavar sus ojos verdes en los azules de Camelia—. Y, respecto a ti, hija, por supuesto que ni tú ni Violet sois mera mercancía, solo digo lo que hay. O te casas y enlazas el apellido a una casa noble, o perderás tu herencia. ¿Es eso lo que quieres?

—No, claro que no —murmuró Camelia.

La joven parecía querer añadir algo, pero se mordió la lengua y no dijo lo que le rondaba la cabeza. Al notar el súbito silencio que se había formado en el carruaje, Edith se volvió hacia la mayor de sus hijas, que había permanecido silenciosa durante todo el intercambio. Algo extraño, si conocía uno su carácter fogoso e inconformista. Al verse observada por su madre, Violet elevó las cejas.

—¿Por qué me miras de esa forma? —Quiso saber.

—Solo me sorprende tu silencio —admitió Edith—. ¿No tienes nada que decir? ¿una opinión como tus hermanas? No trates ahora de ser modesta, hija, no casa contigo.

«Casarme..., justo lo que buscas, ¿eh, madre?», pensó Violet.

—Claro que tengo una opinión, pero quizá no sea la que esperabas de mí. De hecho, estoy contenta, me alegro de que vayamos a vivir en Londres —confesó.

—¿De veras? —Se sorprendió Edith.

—¿Cómo puedes decir eso, Violet? ¿es que no te das cuenta de lo que va a pasar? En el momento que crucemos su umbral seremos marionetas para el duque de Braithbury —dijo Camelia.

Violet resopló y elevó los labios con una media sonrisa.

—Soy muy consciente, Camelia, y créeme, ese duque puede intentarlo. Otra cosa es que vaya a conseguirlo —declaró y no se molestó en contener una risa—. No seré su muñeca, mis intenciones son otras, y ahora que vamos a vivir en la capital me será mucho más sencillo cumplir mi sueño. Solo tenéis que darme un poco de tiempo y me veréis brillar, con marido o sin él.

—Ay, Violet —suspiró Edith.

Las tres hermanas cruzaron una mirada cómplice y sonrieron para disgusto de su madre. Para ninguna era un secreto lo que Violet llevaba soñando toda su vida. Poco después de dejar el ejército tras las guerras contra Napoleón, su padre, el brigadier Thomas Stuart, abrió una fábrica textil y triunfó en el negocio gracias a sus plantaciones algodonerías en la India. Desde entonces, los Stuart eran una de las familias más ricas de Gran Bretaña. No tenían títulos ni linaje

aristocrático, pero su fortuna crecía día a día, alimentada por las tiendas de ropa que poblaban el país.

Ahora se codeaban de tú a tú con las más nobles familias y, de no haber sido por la absurda contienda en las colonias que había forzado a Thomas a volver al frente, hubiese crecido aún más. Su padre era un visionario, uno de esos hombres que iban a traer el futuro con sus innovaciones, y Violet pretendía hacer lo mismo. La sola idea le sacó una sonrisa. Después, miró por la ventana para ver que se acercaban al centro de Londres. Su corazón se aceleró al notar los edificios y las grandes mansiones.

—Parece que hemos llegado —comentó.

—Sí y no, aún falta un poco para llegar al distrito de Belgravia. Es allí donde viven los duques de Braithbury, en una gran mansión junto al parque —explicó Edith—. Espero que el coronel Barnett esté en casa para recibirnos, me muero de ganas de volver a verlo. Desde la lectura del testamento no ha vuelto a dar la cara, me resulta un tanto peculiar.

—¿Peculiar? Al menos tú lo has visto. El muy descarado no ha tenido ni la decencia de venir a darnos el pésame tras la muerte de padre. ¡Y eso que era su pupilo! Qué menos que conocer a sus hijas, aquellas de las que se ha de ocupar. —Se burló Violet.

—No seas soez, hija mía, recuerda que ahora eres una dama.

—¿Acaso antes no lo era?

La señora Stuart puso los ojos en blanco ante la evidente ironía de su hija. Violet podía ser mordaz cuando quería, y era obvio que el hecho de tener que ser tutelada por un desconocido cuando ella era mayor de edad la enfurecía. Edith se armó de paciencia y contó hasta cinco antes de responder. No pensaba ponerse a su altura.

—Por supuesto que siempre has sido una dama, Violet, pero ahora vas a ser dueña de una gran fortuna —dijo y continuó al ver que la joven quería interrumpir—. Fortuna a la cuál, harías bien en recordar, no podrás acceder hasta casarte, como pidió tu padre en su testamento. Eres la primogénita de los Stuart, así que vas a estar muy solicitada.

Violet no respondió, y cada una de las cuatro mujeres se sumió en sus pensamientos tras el tenso silencio. Edith planeaba la mejor forma de encontrar un marido para sus hijas. Violet meditaba, molesta por la cadena que su madre pretendía ponerle a su libertad. Camelia estaba nerviosa por lo que el futuro le depararía lejos de la seguridad de Plymouth, y Rose aguardaba ansiosa por conocer su nuevo mundo.

De pronto, el carruaje se detuvo de forma brusca. Sorprendidas, se acercaron al cristal para ver que se habían detenido en una calle de piedra blanca y paseos arbolados. Al parecer habían llegado al que desde ahora iba a ser su nuevo hogar. Cuando Oliver, su cochero, abrió la puerta y las ayudó a bajar observaron el lugar.

—Señora y señoritas, sean bienvenidas a Braithbury Hall —dijo.

\*\*\*

Cuando el ruido de cascos de caballo resonó por la adoquinada calle, el duque de Braithbury cerró su ejemplar de *La hija del Capitán* y lo posó sobre la mesita junto a la chimenea mientras formaba un anillo con el humo del cigarro que tenía entre los labios. Su madre aguardaba de pie junto a la ventana, medio oculta por la cortina de gasa perlada, y al ver que su hijo no hacía ademán por levantarse, Florence Barnett frunció el ceño.

—¿Es que no vas a venir a ver a tus invitadas? —regañó—. ¡Qué menos, si las has metido en nuestra casa como a un puñado de intrusas!

—Basta, madre, estoy cansado de repetir esta conversación —contestó Edward y se permitió un suspiro—. Es lo que quería mi mentor, no voy a desairar el deseo que compartió en su lecho de muerte. Si tanto te molestan, vete con Theo a la casa de Bath a pasar el verano, estoy seguro de que te entretendrán los cotilleos de la temporada.

—¿Y abandonar mi propia casa como unaapestada? No, eso no lo verán tus ojos —resopló ella—. Sé lo que pretendes, Edward, pero no te vas a librar de mí tan fácilmente.

El duque puso los ojos en blanco. Sabía lo que Florence pensaba, probablemente podía adivinar sus palabras exactas: «Edward, es primordial que encuentres una esposa que nos salve del escándalo que cometió tu hermano William», se repitió. Sí, eso diría.

—Fíjate, ahí vienen —dijo Florence.

Al oír las voces femeninas amortiguadas por el cristal, un deje de curiosidad invadió al duque que no pudo ocultar. En la lectura del testamento del brigadier Stuart conoció a su viuda, la señora Edith, pero ninguna de sus hijas estuvo presente. La mujer le había parecido hermosa para su edad: cabello castaño canoso, ojos claros y rostro redondeado. Incluso sumida en una gran pena, su semblante parecía dulce. Se preguntó como serían sus hijas, si menudas y delicadas como ella, o altas y regias como su padre.

Movido por un impulso, se acercó a la ventana para pararse detrás de su madre a observar a las recién llegadas, medio ocultos por la fina cortina de gasa.

Ajenas a que eran espiadas, las cuatro mujeres bajaron del carruaje. Primero lo hizo la señora Stuart, que aguardó junto al chófer mientras recorría la calle con la mirada. Después descendió una adolescente, que dio un salto e ignoró la mano del cochero con una suave risa. Tenía el cabello color miel, los ojos azules y un mar de pecas le recorría la cara. Era desgarbada como un galgo, poseía piernas largas y cuerpo atlético, sin duda había salido a Thomas.

Nada más bajar esta, por el hueco de la puerta apareció una muchacha muy diferente, que Edward supuso sería la mediana de las Stuart a juzgar por su apariencia. Tenía el cabello del mismo color que su hermana y su padre, rubio oscuro como la miel tostada, y sus ojos eran igualmente azules. Sin embargo, su semblante era como el de su madre, redondo, dulce, de cejas finas y labios en forma de corazón. Sus ojos eran grandes y almendrados, y una línea de pestañas oscuras enmarcaba sus orbes celestes. No era muy alta, pero poseía una figura armoniosa, enfatizada por un suave vestido de muselina azul pastel. Una belleza que daría que hablar en las fiestas, sería una joven muy codiciada.

Sin embargo, aún faltaba la joya de la corona, la primogénita y, según su mentor, la más rebelde. A diferencia de las otras, tenía el cabello castaño claro, como su madre. Sus ojos eran verdes, y su piel, levemente bronceada por el sol. Edward no supo a quién le debía su carácter, pero su figura era más similar a la de su madre: delgada y bajita. Llevaba el largo cabello ondulado sujeto en una trenza, y por su frente caían tirabuzones que enmarcaban su rostro triangular. Tenía el mentón fino, los pómulos altos y los labios carnosos.

Llevaba un vestido de seda de loto azul índigo, algo extraño en una joven soltera. Aunque, si era sincero, Edward reconocía que aquel rico pimiento le favorecía mucho. Sin embargo, no fue su belleza lo que más le sorprendió, sino su clara expresión de desafío. Violet elevó la mirada y recorrió la mansión hasta clavarse en su ventana. Cuando sus ojos verdes toparon con ellos, la duquesa viuda dejó caer la cortina para ocultarse.

—Menudo descaro, ¿has visto cómo nos ha mirado? —señaló Florence.

—Sí, no me sorprende, su padre ya me advirtió de su carácter. Al parecer es la más inconformista de las tres hermanas, una joven poco habitual —dijo Edward.

—Pues a mí sí, y de no ser por todo el dinero que tiene te diría que bajes y la pongas en su

sitio. Una lástima que sea tan ruda, podría ser un buen partido...

—No empieces, madre. Te lo he dicho, me exaspera tu caza de esposa.

—Deja la testarudez a un lado y dame la cara, no seas grosero —reprendió Florence y movió la mano frente a su rostro para apartar la nube blanca del tabaco—. ¡Y apaga ya ese maldito cigarro, sabes que odio que fumes!

El duque puso los ojos en blanco y se volvió para mirarla. Sin embargo, en vez de dejar de fumar soltó un nuevo anillo de humo para irritación de su madre, que frunció los labios en una delgada línea.

—Si lo haces para molestarme...

—¿Molestarte yo? Ah, ¡me ofendes, madre! —dijo él y finalmente lo apagó—. Antes de que digas nada, ahórratelo, sé lo que vas a decir. Claire Greenbach ya me ha informado de lo que has estado haciendo y la respuesta es la misma de siempre: no.

—¡Pero si no sabes lo que voy a decir! —exclamó Florence.

—¿Acaso no has estado ayer por la tarde tomando el té en casa de los Greenbach para hablar sobre no sé qué asuntos que conciernen a su hija pequeña? No me tomes por idiota, por favor, hasta la mujer que rechacé hace meses ha sido testigo cómo tratabas de buscarme a una sustituta en su propia hermana. ¡Lo que haces es indignante e impropio de una dama! Deberías contenerte, por tu bien.

—¿Contenerme yo?, ¿acaso debo recordarte que eres tú quien ha tonteado con las muchachas de las colonias mientras servía en la India? —rebatía ella—. No me hables de actuar impropriamente, «coronel Barnett». Y puedes dar gracias a Dios de que los rumores no han llegado a Inglaterra o nuestra reputación estaría arruinada para siempre. ¡Bastante horrible es ya que tu hermano esté casado y tenga un hijo con una actrizucha de Boston, como para que ahora tú vayas a preñar a una...!

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, madre —cortó Edward furioso.

Incapaz de contenerse a sí mismo, el hombre bajó la mirada para encararla y, como en un silencioso duelo, madre e hijo se miraron a los ojos. Fue Florence la primera en romper el silencio. Su voz sonó cansada y abatida cuando se sentó en el sofá de dos plazas que había junto a la chimenea.

—Edward, te lo pido de forma razonable ya no por mí, sino por el honor y linaje de los Barnett —comenzó—. Entiendo que no quieras casarte si no eres tú quien elige a tu esposa, pero, hijo mío, has rechazado a todas las jóvenes de alcurnia de Londres... Tal vez la llegada de la Stuart sea la respuesta, una oportunidad para solucionar nuestros problemas que el destino te sirve en bandeja. ¡Sí hasta tú mismo has dicho que el carácter de esa muchacha es poco habitual! Ni tú podrías decirle que no a eso.

—Ah, ¿no?

—¡Por supuesto que no! La señorita Stuart no es una candidata que hubiese elegido de buena gana, pero tal vez sea mejor, es perfecta para entretenerte —explicó Florence.

—Y que tenga una fortuna de 500.000 libras y una renta de 15.000 al año no influye lo más mínimo para que de repente la estés considerando, ¿no? —replicó Edward.

—Al menos piénsatelo, si no quieres a Francine Greenbach habrás de elegir a otra —dijo Florence e ignoró el comentario—. Si esta es como dices no será una joven mimada y presumida como las que ya has dejado bien claro que no quieres como esposa. Incluso creo que eso haría feliz al difunto brigadier Stuart, tu adorado mentor. ¿Qué más podría pedir que ver a una de sus hijas casada contigo?

Edward miró a su madre y notó su angustia. No era estúpido ni estaba ciego a sus

sentimientos, a pesar de sus tejemanejes la quería mucho. Sabía que la conducta de su hermano William al cederle el título de duque para casarse con una mujer humilde que, para colmo, no era inglesa, había manchado su apellido. Sabía que su madre no iba a dejar de insistir hasta que se casara y arreglara el desaguisado, era su deber como actual duque de Braithbury. Pero de ahí a casarse con una de las hijas de su mentor había un trecho. Siempre había tenido una idea muy clara: casarse con una mujer a la que amara de verdad, con la que compartir su vida y su corazón. Las mujeres que le endilgaba su madre eran lo opuesto a lo que él valoraba en una dama, quería ser él quien eligiera.

Soltó un largo suspiro y se acercó a la ventana para mirar su reflejo. Apenas había cumplido treinta y uno, pero lucía más preocupaciones que un hombre de cincuenta; el ceño fruncido rara vez dejaba su rostro en esos últimos tiempos.

—Está bien, lo consideraré.

—¿Lo prometes? —inquirió Florence con voz esperanzada.

—Sí, y a cambio tú has de prometer que me dejarás hacer las cosas a mi manera —contestó Edward y se volvió para mirarla—. Promételo o no hay trato, madre.

—Lo prometo, hijo mío, te doy mi palabra de que así será.

—Bien, entonces dalo por hecho.

Nada más decirlo volvió a girarse. La tarde moría y el cielo comenzaba a teñirse de rosas y rojos pálidos entremezclados con suaves violetas. «Violeta», pensó. Un color muy frío para hacer justicia a aquella que, si sus planes salían bien, le libraría de la insufrible caza de esposa. Asintió para sí, satisfecho con el plan que comenzaba a tomar forma.

## Capítulo II

### *Muselina dorada y bordado de rosas*



Transcurrió una semana completa desde su llegada a Braithbury Hall, y en todos los días que llevaban viviendo allí, el coronel Barnett no se había dignado a aparecer o siquiera a saludar. Ninguna a excepción de su madre lo conocía todavía. Violet estaba enfadada por el evidente desinterés que el hombre mostraba hacia ellas y su labor de mentor, y cada vez que su madre o sus hermanas mencionaban el odioso nombre «Edward», se le tensaba la mandíbula. Le parecía obvio que su padre se había equivocado al nombrar a semejante personaje su tutor, y tener esa certeza la enfurecía.

Violet tenía veintitrés años y Camelia acababa de cumplir veintiuno, ambas eran mayores de edad y muy capaces de manejar su fortuna. Siempre se había considerado una joven sensata, consciente del valor del dinero y el esfuerzo que costaba ganarlo y mantenerlo, y su hermana era la prudencia hecha carne. Sin embargo, Violet era muy consciente de que eran mujeres en un mundo de hombres: una mujer no podía ni soñar con administrar sus bienes o su fortuna. De ahí la necesidad de casarse para que el susodicho esposo tomara las riendas del patrimonio. ¡Indignante! Se repetía molesta. Sin embargo, no podía hacer nada por cambiarlo, solo tratar de cumplir sus sueños sin depender de los caprichos de nadie.

La mañana se había levantado soleada, así que Violet se acercó a la ventana ataviada con sus enaguas y una bata, dispuesta a disfrutar del cálido brillo. El día prometía ser agotador y debía prepararse mentalmente. Su madre llevaba dos días hablando de la fiesta de esa tarde, y Violet se encaminó al vestidor dispuesta a ponerse algo sencillo antes de asistir a «la gran ocasión». Los toques sobre su puerta lograron que volviera la cabeza para encontrar en el umbral a Beatrice, la sirvienta que le habían asignado los Barnett.

—Buenos días, señorita Violet —saludó Beatrice y dejó la jarra de agua para la jofaina en la mesilla de aseo junto al espejo—. ¿Quiere que la ayude? Veo que aún no ha comenzado a ponerse el corsé.

—Sí, por favor —asintió Violet y se quitó la bata—. ¿Se han levantado ya mi madre y mis hermanas?

—Así es. La señora Stuart está tomando el desayuno con *lady* Florence, la señorita Camelia y *lady* Marjorie. La señorita Rose aún duerme plácidamente.

Violet asintió y extendió los brazos para permitir que la mujer le atara los lazos del corsé. Beatrice era una mujer de mediana edad, no más de cuarenta, pero tenía sobrada experiencia en labores de ayuda de cámara y dama de compañía. Por suerte, pensó Violet, era el tipo de mujer con la que eventualmente forjaría una buena relación: era amable, alegre y sabía escuchar. Le agradaba. Cuando notó un fuerte tirón en las costillas, Violet soltó un jadeo involuntario y Beatrice se rio.

—Es usted la joven más sincera a la que he tenido el honor de servir, señorita Violet —comentó mientras continuaba ajustando las lazadas—. La mayoría hubiesen aguantado en silencio los tirones sin quejarse con tal de parecer perfectas.

—Bueno es que no sea como ellas, ¿no crees? Un poco de vitalidad no viene mal.

—No podría estar más de acuerdo. Me alegro que no sea usted una malcriada, bastantes caprichos tengo ya que cumplir con los de la duquesa viuda y su cuñada, *lady* Marjorie. Con todo respeto, ¡es usted un soplo de aire fresco en esta casa!

—En tal caso, no dejaré que pare la brisa —bromeó Violet.

Beatrice asintió y elevó las comisuras de los labios sin poder evitarlo. Violet apenas llevaba una semana allí y ya se había ganado la simpatía de los criados. Satisfecha, Beatrice la miró un instante, después la soltó para dirigirse al armario y sacar uno de los numerosos y variados vestidos que la heredera poseía. Se decantó por uno de muselina en tono champán bordado con diminutas rosas rojas, que le mostró a Violet para que diera su aprobación. La joven asintió y procedió a vestirla. Una vez enfundada en la suave muselina, Violet se miró en el espejo. La tela envolvía su cuerpo y marcaba sus curvas de forma tentadora.

Sonrió, sabiendo lo que diría su madre al ver destacado el busto que la naturaleza le había brindado, lo mismo que decía siempre: «las damas tienen figura recta y suave, ese escote te hace ver vulgar». No es que a Violet le importara mucho el hecho.

—Está bien así, Beatrice, bajaré a desayunar —dijo.

La sirvienta asintió y Violet se encaminó a la puerta para cruzar el pasillo hacia las escaleras de mármol, que bajó de dos en dos, deseosa por comenzar el día. Se dirigió al comedor, una gran sala que se abría a un patio interior lleno de macetas. A medida que se acercaba alcanzó a escuchar voces femeninas a través del *hall*, así que prestó atención a ver cuál era el tema de conversación. Su madre estaba charlando con la madre y la tía del duque, mientras Camelia permanecía silenciosa.

—En realidad me alegro de que viva aquí, señora Stuart —comentó Florence—. Es una bendición tener a la dueña de *Stuart's Clothing Company* en mi casa. Si el mensajero no llega pronto con el vestido que encargué para la fiesta de esta tarde, usted podrá ayudarme a elegir uno de su catálogo que sea adecuado.

—No se apure, *lady* Barnett, me encargaré de que llegue a tiempo —sonrió Edith.

—¡Dios no permita que mi cuñada acuda a la coronación repitiendo un vestido! —exclamó Marjorie mientras removía su té con limón.

Florence frunció los labios y elevó la taza para que Emmeline, una de las camareras de sala, le sirviera leche caliente en el café. La joven se apresuró a obedecer.

—Puedes burlarte todo lo que quieras, Marge, pero el resultado no cambiará. La de hoy es la fiesta más importante de la década, no puedo permitirme quedar mal. Soy la cara femenina del

ducado de Braithbury, después de todo —afirmó la duquesa viuda.

—¿Qué ocurre hoy, si puedo preguntar? —inquirió Emmeline.

Marjorie se rio, incapaz de contenerse.

—Pero, chiquilla, ¿acaso no lo sabes? ¡Debes vivir bajo una piedra!

—Claro que no lo sabe, Marge, no es más que una criada —resopló Florence y clavó la mirada en Emmeline—. En respuesta a tu pregunta, el «gran suceso» es que ha muerto el rey, así que coronarán a su sobrina Victoria esta tarde. ¡Todo un escándalo!

—¿Por qué? —preguntó Emmeline sin poder contenerse.

—¿Cómo que por qué, acaso no es obvio? No pasa ni un día de que fallece el pobre rey William y ya planean sentar en su trono a una niña de dieciocho años, es tan ridículo... —contestó Marjorie—. ¡Y dicen que ya tiene enfilado a un pretendiente!

—Desde luego que sí, seguramente querrá tener hijos cuanto antes para afianzarse —asintió Florence—. Sin duda la fiesta es solo la excusa para echarle el lazo a alguno.

Ese fue el momento que Violet eligió para entrar. Había aguardado a las puertas para conocer los pensamientos de la anfitriona y su cuñada, pero tras aquel silencio supo que no podía retrasarse más. Tocó un par de veces sobre la puerta acristalada para hacerse notar y, al hacerlo, cuatro pares de ojos se volvieron hacia ella. Violet sonrió y se acercó.

—Buenos días a todas, lamento la demora —saludó.

—No hay porque darlas, querida, ven y siéntate a comer algo —sonrió Marjorie.

Violet murmuró un suave «gracias» a la vez que tomaba un par de tostadas del plato que Marge le ofrecía, y mientras Emmeline le llenaba la taza con café, se dedicó a untar mantequilla fresca sobre el pan. Notaba los ojos de *lady* Florence fijos en ella, pero no dijo nada. Solo cuando dio un mordisco sobre el pan crujiente, habló la duquesa viuda.

—Bueno, querida, supongo que acudirás a la fiesta esta tarde —dijo Florence—. Una muchacha joven y preciosa como tú, primogénita de su apellido, no puede dejar pasar la oportunidad de conocer candidatos con los que casarse, ¿verdad?

Violet detuvo la tostada a medio camino de su boca y frunció levemente el ceño. ¿En qué momento había adquirido la duquesa tantas confianzas como para asumir que su objetivo era el de pescar un marido rico? Como si fuese algo que Violet necesitara.

—Disculpe, *lady* Barnett, pero supone usted m...

—Por supuesto que acudiré, *lady* Florence —interrumpió Edith y fulminó a su hija con la mirada—. En realidad, dimos por hecho que su hijo Edward sería su acompañante. Como ya sabe no está bien visto que una jovencita acuda a los actos sociales sin un varón que vele por ella y, dado que el duque es su tutor legal, sería lo más lógico.

—¡Oh, una idea excelente, mi estimada Edith! —asintió Florence.

—¿Y qué hay de Camelia? —intervino Marjorie—. ¿También acudiré a la fiesta?

—Apenas ha cumplido veintiún años, *lady* Barnett, es mejor que brille por sí sola más adelante —dijo Edith—. No es bueno que dos mujeres compitan, y no dejaré que una hermana le haga sombra a la otra. Quiero demasiado a mis hijas como para enfrentarlas.

—Sabía decisión, yo haría lo mismo de estar en su lugar —dijo Florence y se volvió hacia Violet con una gran sonrisa, tan falsa que a la joven se le atragantó la tostada—. Créeme, querida, disfrutarás en compañía de mi hijo, no hay mejor caballero.

—Sin duda, aunque eso sería si se dignase a dar la cara —resopló Violet.

—¡Violet, qué modales son esos! Discúlpate ahora mismo —regañó Edith.

La joven clavó sus orbes verdes en los de su madre antes de tensar la mandíbula y esconder la cara. Se moría por decir lo que pensaba, solo callaba porque no deseaba dejar en mal lugar a

su madre. ¡Pero la irritaba tanto toda aquella charada! Era humillante. Primero, por ver como dejaban de lado a Camelia, que había permanecido silenciosa como un ratoncito. Luego, porque los intentos de su madre por engraciarla con lord Edward Barnett eran tan obvios que resultaban hasta groseros. Y que la duquesa viuda estuviese de acuerdo ponía la puntilla, era la gota necesaria para colmar su paciencia.

—Por supuesto, madre, lo lamento si he sido descortés —declaró Violet y forzó una sonrisa antes de volverse hacia Florence—. Si me disculpa, *lady* Barnett, tengo mucho que hacer esta mañana y ya llego tarde a mis compromisos.

—¿Compromisos? —Se sorprendió Florence.

—Así es, debo pasar por la fábrica de mi padre y después por la tienda de Berkeley Square para recoger unas telas —dijo Violet y apartó la servilleta antes de levantarse—. Que tengan una buena mañana.

—¡Violet! —exclamó Edith.

Pero la joven la ignoró y salió a paso rápido del comedor. Se sentía tan furiosa ante el descarado emparejamiento que pretendían su madre y *lady* Barnett que le temblaban las manos. La única cosa que calmaría su ánimo era sumergirse en aquello que la hacía feliz. Solo cuando la puerta principal se cerró y vislumbró el carruaje aparcado en la calle, donde Oliver cepillaba al caballo, logró serenarse un poco.

Lo que la joven ignoraba era que, de haber permanecido un par de minutos más en el comedor de Braithbury Hall habría conocido al hombre que tanta ira despertaba en ella. Apenas el carruaje hubo desaparecido por la esquina de la calle, la puerta principal de la mansión se abrió para revelar al hombre, que se detuvo en el *hall* mientras le entregaba el sombrero y la capa al señor Hubbert, mayordomo jefe de la casa.

—Buenos días, coronel Barnett —saludó este.

—Buenos días, Francis, ¿se ha despertado ya mi madre? —inquirió Edward.

—Sí, la duquesa está desayunando en el comedor con su tía, la señora Stuart y la señorita Stuart —explicó el mayordomo mientras colgaba las prendas en el perchero—. Si lo desea puedo ir y anunciarle.

—No hace falta, hablaré con ella directamente, tengo prisa.

—Como usted prefiera, lord Edward.

El duque asintió y cruzó el corredor a paso rápido, para pararse bajo las puertas acristaladas del comedor, que sorprendentemente estaban abiertas. No se molestó en llamar y cuando las cuatro mujeres repararon en él, inclinó la cabeza a modo de saludo. Recorrió a las presentes con la mirada, ligeramente decepcionado al comprobar que la señorita Stuart que estaba allí sentada no era la que él había esperado encontrar.

—Buenos días, bellas damas —saludó.

—Buenos días, hijo mío, no te esperaba de vuelta tan temprano —dijo Florence—. ¿Ha sucedido algo?

—De hecho, sí, madre, asuntos personales —asintió Edward y se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados—. Sé que esperas que acuda con vosotras a la coronación de la princesa Victoria, pero me temo que no va a ser posible.

El comentario molestó a Florence, que frunció el ceño como si intuyera el propósito de aquellos «asuntos personales».

—Espero que no estés sugiriendo que vas a faltar a la fiesta, Edward, porque si es eso te insto a que reconsideres tu decisión —declaró—. ¡No puedes dejar en mal lugar a los Barnett con un desaire como ese a la recién nombrada soberana!

—Cálmate, madre, nada más lejos de la realidad. Tengo algo que resolver con Clifford y Raymond, pero regresaremos a tiempo para el saludo protocolario. No temas, no voy a incumplir mi deber de tutor y caballero —contestó él en claro tono de burla.

—En tal caso podrías empezar por presentarte a la señorita Camelia. Sabemos de buena tinta que aún no conoces a tus protegidas —sugirió Marjorie.

Al duque no le pasó desapercibida la diversión en la voz de su tía, que ocultó una sonrisa pícara detrás de su taza de té. Edward elevó una ceja, pero ella no se explicó.

—Desde luego, tía Marge, faltaría más —dijo él y se acercó a Camelia, que estaba sentada al extremo de la mesa, para inclinarse y tomar su mano antes de dejar un suave beso en el dorso—. Es un placer conocerla, señorita Stuart. Sé que he estado ausente estos días, por lo cual me disculpo, pero espero que podamos hablar largo y tendido en otro momento. Estoy deseando conocer a mis protegidas.

—Por supuesto, coronel Barnett, cuando usted quiera —asintió Camelia.

—En tal caso me retiro, aunque tranquila, llevo conmigo esa promesa.

El duque sonrió y Camelia sintió que su corazón se aceleraba. Era atractivo, y al parecer, consciente del hecho. Sin embargo, no dejó que él notara que lo admiraba. No sabía qué pensar del que ahora era guardián de sus vidas, pero supuso que no le faltaba mucho para averiguarlo si él se mantenía leal a su palabra. Pasado un instante de cortesía, Edward le soltó la mano y se incorporó para alejarse hasta la puerta.

—Nos vemos en la fiesta, madre, tía, señora Edith, señorita. —Se despidió, antes de sonreírle a Camelia una última vez.

Después giró sobre sus talones y cruzó el *hall* sin volver la vista atrás.

\*\*\*

El aroma de las telas recién expuestas era uno que siempre lograba sacarle una sonrisa a Violet. No importaba de dónde procediera: de tejidos recién fabricados, de rulos de tela expuestos para la venta en los estantes, o de simples madejas de hilos de colores; sea de donde viniera le hacía feliz. Cuando abrió la puerta trasera del local y se sacudió los zapatos en el felpudo una sonrisa se dibujó en sus labios. Sabía lo que su madre diría si viese sus carísimos y recién comprados zapatos de charol llenos de barro bajo sus enaguas de seda y capas y capas de muselina color champán.

«Otra vez no, recuerda que ahora debes comportarte como una dama», se dijo. «Sí, probablemente eso», pensó, y repitió con énfasis ese «ahora». Desde la muerte de su padre hacía seis meses, el ansia por verla casada se había apoderado de su madre. Y no era solo por el hecho de que en el testamento se estipulaba que de no hacerlo no podría acceder a su herencia. No, aquello era solo una excusa envuelta con un lazo dorado, Violet intuía la verdad: su madre no estaba preocupada por el dinero, podía contratar a un abogado que impugnara el testamento o pedirle a Edward que se lo devolviera de ser ese el caso. Lo que Edith buscaba era un apellido aristocrático.

Violet era muy rica, riquísima. No en vano era la mayor de las hijas del algodónero más importante del país, heredera de un imperio de fábricas de hilo y distribución de ropa. Sin embargo, no poseía sangre noble, y Edith pretendía cambiar eso. Por desgracia para ella, casarse por interés no entraba en los planes de Violet. Solo lo haría por amor, si es que llegaba algún día. Y si no llegaba no perdería el sueño, tenía mejores cosas de las que ocuparse. Encontraría otra forma de acceder a su dinero, a aquello que le pertenecía.

Un suspiro cansado dejó sus labios mientras trataba de alejar esos pensamientos y posaba la abultada caja que traía en brazos sobre el mostrador. Al oír el golpe, unos pasos se acercaron por el pasillo seguidos de un conocido refunfuño: «¿Quién demonios ha hecho ese ruido? Será posible...», farfullaba la voz. Por la esquina de la puerta apareció una cara familiar, y Violet elevó los labios con una sonrisa.

—He sido yo, Rosemary, no te enfades. Solo he venido a traer la seda que le pediste al señor Denson, la he dejado sobre la encimera —señaló.

—Gracias a Dios que es usted, señorita Stuart, por un momento creí que era uno de esos saqueadores... Ya sabe que el cerrojo de atrás está dando problemas desde hace días —contestó la mujer y se acercó a la caja para abrirla y mirar su contenido—. ¿Es la nueva?

—Sí, así es, recién salida de la fábrica, vengo de allí ahora —confirmó Violet.

La mujer, alta, flaca y enjuta, sacó la elegante tela del interior para observar el corte de seda azul más bonito que había visto jamás. Los hilos estaban tejidos tan prietos que parecía casi un velo que reflectaba la luz del sol y las velas con su brillo.

—Sí que es suave, nunca había visto nada igual —murmuró.

—Ni lo verás, está hecha con seda de loto, cuesta una pequeña fortuna —explicó Violet mientras se quitaba los guantes y miraba en derredor—. ¿Dónde están todos?

—Están dentro, muy ocupadas en el salón principal con unas clientas. Ya sabe, gente de alcurnia. Creo que son las que encargaron la tela si la memoria no me falla.

El comentario sorprendió a Violet, que volvió la cabeza.

—¿Estás segura? —inquirió.

—Sí, se llaman Greenbach. Podemos ir a verlas, si quiere.

—Mi madre no me dejaría, ya lo sabes. No quiere que me relacionen con la tienda o con la fábrica. Ahora soy su muñeca de porcelana, una dama, ni más ni menos... O eso es lo que espera que todos piensen en el baile de coronación de esta tarde.

—Nadie ha dicho que tenga que enterarse —dijo Rosemary con una sonrisa—. Vamos, la cubriré, señorita Violet. Podremos espiar desde detrás de los biombos.

—Está bien, vamos.

Sabía que no debía, pero en vez de preocuparse, Violet se encogió de hombros y la siguió a través del corredor. El pasillo era angosto, con techo, paredes y suelo de madera. Este a su vez daba a una sala amplia, el salón de la tienda, de una de sus múltiples tiendas. Desde su llegada a Londres Violet había visitado muchas veces la fábrica, y podía decir con orgullo que se había ganado la simpatía de los empleados. Había visitado la tienda principal muchas veces junto a su padre, pero era ahora que tenía las riendas que había podido mostrarles a todos su carácter e intenciones. La de Berkeley Street era la más grande, la más importante de la ciudad, la misma donde se encontraba ahora.

Allí acudían las damas y los caballeros del *Beau Monde* a confeccionarse los vestidos con las más costosas y exóticas telas, todas a medida y a petición de quien tuviese la bolsa más llena. Violet las veía desfilar como aves reales de hermosas plumas, y soñaba con las combinaciones que podría hacer si su sociedad y estatus le diesen la ocasión de demostrar su talento.

Para sorpresa de los que la conocían, había nacido con talento innato para la aguja, en los ratos en que nadie la veía se dedicaba a dibujar al carboncillo decenas de bocetos de vestidos y trajes, que luego cosía con telas que su padre llevaba a casa desde la tienda. Había elaborado muchos para sus hermanas y para ella, pero su madre nunca permitía que se lanzase y diese el salto con la alta sociedad. Impensable. Una heredera, una señorita de gran fortuna y futuro dorado, ¿zurciendo para condesas y duquesas como una vulgar costurera? Jamás. Si bien, lo que

a Violet le aceleraba el pulso no era coser, era diseñar sus propios vestidos y ver a las damas lucirlos. Ese era su sueño, su pasión.

Ser dueña de una casa de diseño y moda, ser la dueña de su propia vida. Sueño que parecía incompatible con los intereses de su madre, que Violet sabía, Edith esperaba ver cumplidos en la fiesta. ¡Como si fuese a encontrar a un pretendiente en el baile de la princesa Victoria! No pudo contener un suspiro mientras andaban.

Al llegar a los biombo que las separaban del salón, Violet observó el panorama. Había dos mujeres, dos damas, en medio de la sala. La primera, más joven, estaba subida en un pedestal mientras Elsie, una de las costureras, le arreglaba los bajos del vestido con alfileres. La segunda esperaba sentada en uno de los sofás de piel que había junto a la chimenea mientras se abanicaba. Violet se acercó y miró por la rendija del biombo, sabiendo que no la verían.

—¿Quieres dejar de insistir, madre? Lo que pides es degradante, ¿acaso no tienes amor propio? —Se quejaba la joven, a la que estaban arreglándole el vestido—. No solo rechazó a Claire, sino a mí. ¿Cuántos desprecios más buscas de un Barnett?

—Los que sean necesarios para emparentar con un duque —contestó la mayor.

Nada más oírlo Violet se congeló. ¿Estarían hablando de lord Edward Barnett? Que ella supiese no había más duques con el apellido Barnett, así que aguzó el oído, a ver qué sacaba en claro de aquella conversación.

—Pues puedes seguir deseándolo, que eso no hará que suceda —dijo la joven—. Primero lord William se da a «la vida americana» con una mujerzuela, y eso si es que aún se le puede llamar lord tras lo que hizo. Luego lord Theodore, el mismo que va de cama en cama por las ciudades costeras en busca de debutantes. Y en cuanto al duque, ¡es el peor de los tres, aquel que ha humillado a tu hija mayor y a la que tienes delante!

—Francine... —comenzó la señora Greenbach.

—Ni Francine, ni nada, madre. ¡Olvídalo!

Violet no quiso seguir escuchando. Se alejó del biombo y corrió por el pasillo sin importarle el ruido que sus tacones pudiesen hacer sobre el suelo de madera, y no paró hasta llegar a la parte trasera de la tienda. Sintió que una sensación amarga le subía por la garganta y le aceleraba el pulso. Después de todo tenía razón respecto al hombre que su padre había nombrado su tutor: lord Edward Barnett era un patán, uno de esos que se dedicaba a elegir y rechazar a las mujeres como quién se cambiaba de vestido.

De pronto perdió las ganas de socializar, así que tomó el rollo de tela de encaje que había guardado para sí misma bajo el mostrador, el mismo que había ido a buscar, y salió a la calle. La brisa fresca la golpeó en el rostro, solo una vez al resguardo del carruaje se relajó. No debía importarle como fuese el duque, ni siquiera lo conocía. Sea como fuere pronto encontraría una forma de librarse de su tutela y poner en marcha su plan.

### Capítulo III

#### *Encaje valencienne y plumas de pato*



Cuando se miró en el espejo aquella tarde, Violet quedó sorprendida con su trabajo. Desde que supo que tendría que acudir a la coronación se había encerrado en su dormitorio a coser y, a una velocidad pasmosa, sacó adelante el diseño. Ahora, sábado, la tarde del gran día, había llegado el momento de probarse su obra. No podía estar más contenta consigo misma. El cuerpo y el corpiño del vestido estaban hechos de algodón *chambray* de intenso tono salmón, pero en la parte central, entre las varillas del corsé y bajo el pecho había cosido un ribete de plumas de ánade real que enmarcaban el escote hasta la cinturilla en forma de v. La falda era del mismo tono asalmonado.

Al tratarse de un vestido de encaje añadió una capa del *Chambrey* debajo, y con ello se aseguró movimiento y que no transparentara. Era su mejor trabajo hasta la fecha, y no pudo evitar que un deje de orgullo la envolviera. Sabía que sería una de las mejores vestidas de la fiesta, no podía esperar a que todos vieran el vestido. No porque le gustara coquetear o presumir, sino porque quería que admiraran su arte.

Satisfecha, Violet se puso los guantes de satén blancos y el tocado de plumas y bajó las escaleras, donde su madre ya estaba esperando. Eran las cinco de la tarde, aún quedaba una hora para la coronación, pero con el ajetreo de Londres era mejor salir con tiempo. Cuando llegó al recibidor, Edith la observó de arriba abajo con la boca abierta.

—¿De dónde has sacado ese vestido? —inquirió perpleja.

—¿No te gusta? —dijo Violet y se mordió los labios para reprimir una sonrisa.

Edith volteó los ojos al notar su diversión e hizo un gesto para que se acercara. La joven se enganchó al codo de su madre y caminaron juntas hacia las escaleras.

—Claro que me gusta, Violet, pero intuyo por tu reacción que tus manos han tenido mucho que ver. Sabes que no es labor tuya hacer esas labores. Entiéndelo de una vez: no eres una criada ni una modista, eres una heredera —señaló Edith.

—Quizá, pero sea como sea, mi trabajo favorece a tu capricho. Estoy segura de que más de uno quedará impresionado al verme. Eso es lo que buscas, ¿cierto, madre?

—Cierto, por eso vas a subir a ese carruaje y actuar como una señorita —dijo Edith mientras abría la puerta de la casa—. Te lo ruego, Violet, compórtate.

—Haré el esfuerzo por ti, madre.

Edith suspiró mientras veía como Oliver ayudaba a su hija a subir al carruaje antes de perderse de vista por la tranquila carretera empedrada de Belgravia. Cruzó los dedos. Las cartas estaban sobre la mesa y esperaba que Violet cumpliera su palabra.

\*\*\*

Tras el décimo apretón de manos y la consiguiente reverencia, Edward solo pensaba en mandar la fiesta al infierno y salir del salón como alma que lleva el diablo. Odiaba esa fanfarria, y a juzgar por la larga lista de nobles y dignatarios que aún quedaban hasta llegar a la recién coronada reina Victoria, supo que el suplicio no había hecho más que empezar. Buscó con la mirada a su madre y a su tía, que ya habían superado el saludo protocolario para ir a codearse con sus conocidos y amigos cercanos. Florence parecía en su salsa. Se reía alegremente tras su abanico de plumas de cisne, y Marjorie asentía a las palabras de su madrina, la vizcondesa viuda de Earnswick, mientras recorría la sala con los ojos.

Edward volvió la vista a la fila. ¡Cómo las envidiaba! Nobles de pura cepa cuyos intereses no iban más allá del dinero, de su aspecto y el de las demás, de los negocios de sus maridos, de los votos de la cámara de los lores, de los cotilleos de su amada Inglaterra. Echaba de menos la India cada día que pasaba lejos de sus costas, y la fría y brumosa Londres le parecía un pozo gris en comparación a la brillante y hermosa Calcuta. Tan llena de colores, sabores y aromas, de animales exóticos y gente aún más curiosa. Un paraíso rebosante de libertad en el que se sentía vivo.

Despreciaba la capacidad de los hombres del salón de no tener más ambición que la de ir de su casa al club de caballeros a fumar puros y jugar a las cartas mientras leían noticias de lugares en los que jamás habían estado. Él deseaba mucho más, solo se había sentido él mismo mientras estuvo en el ejército. Lejos de etiquetas, lejos de aburridas y banales conversaciones. Lejos de mujeres que no veían más allá de su título y su fortuna. De ahí que hubiese completado la carrera militar y llegado a ser coronel a una edad tan temprana, porque el servicio le alejaba de las cadenas que lo ataban al ducado de Braithbury como un yugo al que su hermano William le había empujado.

Y, por si fuera poco, su madre salía con que se tenía que casar a como diese lugar. Con solo pensarlo se irritaba. Fue la voz de un amigo la que lo devolvió a la realidad.

—Pero hombre, ten un poco más de tacto y disimula, que cantas como un ruiñón —dijo Clifford en voz baja—. Si te plantas con esa cara a saludar a la reina Victoria no te sorprendas de que te destierren, pareces un verdugo.

—Tranquilo, no lo harán, no tengo esa suerte —dijo Edward.

—¿Tanto te amarga haber venido? —inquirió Raymond.

—No, lo que le amarga es tener que casarse —contestó Clifford.

El duque miró a los gemelos con una sonrisa que bailaba entre cínica y divertida. Ambos tenían un punto de razón, y, sin embargo, se alejaban de la verdad. Avanzaron un poco más en la fila, hasta quedar a unos veinte metros de la joven reina.

—Por una vez te equivocas, Cliff, no me amarga casarme, lo tengo todo pensado —admitió

Edward con la vista fija en la pareja que aguardaba delante de él.

—Ah, ¿sí?, ¿y qué planeas exactamente para librarte? —preguntó Clifford.

—¿Piensas desobedecer a tu madre como hizo Will, o te irás a Bath como Theo? —Se sorprendió Raymond.

—Sí y no, lo sabréis mañana si todo va bien. Una cosa está clara, no he dicho aún mi última palabra, y un «sí, quiero» con una desconocida no será mi condena.

—Melodramático... —resopló Raymond.

Edward se rio sin poder evitarlo, y los gemelos se unieron a él. Eran amigos de toda la vida, hijos de los vizcondes de Earnswick, se querían como si Edward fuese un hermano más. Raymond, Clifford, William, Theodore y él habían crecido juntos.

Sus risas llamaron la atención, pero no se detuvieron ni siquiera cuando ganaron miradas molestas de los invitados. Solo cuando les llegó el turno de pararse frente a la reina para arrodillarse bajo el trono a besarle la mano volvieron a guardar la compostura. El acto pasó rápido y, una vez libres de aquello, los tres jóvenes se adentraron en el salón para mezclarse con la multitud. Edward estaba planteándose ir a tomar un refrigerio a las mesas de bebidas cuando un toque sobre su costado le hizo volver la cabeza. Raymond se cubrió la boca para murmurar.

—Parece que la carroza mágica ha llegado, príncipe azul, esa de allí es tu princesa —señaló.

El duque de Braithbury llevó la mirada en la dirección que su amigo indicaba para clavarla en la mujer en cuestión. Sus cejas se elevaron al verla. Violet Stuart aparecía como una visión que rompía las normas, igual que la primera vez que la vio, el día que llegó a Braithbury Hall enfundada en un vestido de seda azul índigo. Por norma general las muchachas casaderas preferían los colores claros, pasteles en todas sus gamas, mientras que ella lucía un vestido de un profundo tono salmón rojizo. Un corpiño de plumas de pato marrones bordeaba su escote y realzaba sus pechos, y el cabello castaño lo llevaba semi recogido, en vez de atado en un moño elegante como era la costumbre.

La encontró atractiva, no pudo negarlo.

—¿Vas a hablar con ella? —dudó Clifford.

—Cuando empiece el baile —confirmó Edward.

«Entonces pondré las cartas sobre la mesa», pensó mientras se dirigía a por un trago.

\*\*\*

Violet observó el gran salón sin disimulo. Había llegado tarde a pesar de la planificación de su madre y, con la larga lista de ricos y aristócratas que hacían cola para rendir pleitesía a la reina, quedó en uno de los últimos lugares. Por suerte el haber llegado tarde jugó en su favor, cuando entró al gran salón la cola era ya mucho más corta. Pasó veinte minutos allí, y tras saludar a la soberana se dirigió al centro del salón con la curiosidad burbujeando. Aquella era su primera vez en un baile real y no tenía ni idea de qué esperar o qué hacer en esas circunstancias, así que se dedicó a observar lo que hacían los demás.

Muchos se habían dispersado para hablar mientras tomaban una copa, otros comían canapés, y muchos otros bailaban en el centro del salón. Violet analizó los vestidos de las damas mientras flotaban sobre la pista y, sin darse cuenta de que lo hacía, comenzó a caminar hacia ellas. Había multitud de trajes preciosos: de brillante seda púrpura, de fina muselina blanca, de rico velvet esmeralda... Una sonrisa se dibujó en sus labios y, cuando un caballero se paró delante de ella y le taponó la vista, no pudo evitar fruncir el ceño. Le observó durante un instante, se trataba de un hombre de mediana edad: alto, cabello negro y ojos pardos, barba cuidada y porte agraciado.

Vestía un traje gris perlado, camisa blanca y un pañuelo de tafetán *moiré* azul celeste.

—¿Me concede este baile, señorita Stuart? —inquirió.

—Creo que no nos han presentado, señor...

—Oh, sí, cierto, discúlpeme querida, siempre doy por hecho que todos me conocen. —Se disculpó el caballero e hizo una reverencia antes de tomar su mano para besarla—. Soy el baronet lord Edmund Shutterston, de Wessex, me honraría mucho compartir esta pieza con una dama tan hermosa como la que tengo delante.

La joven frunció los labios un instante antes de encogerse de hombros y asentir, así que lord Edmund la condujo a la pista de baile y bajó una mano hasta su cintura para acercarla y comenzar a danzar. No hacía daño alguno por bailar un poco, se dijo Violet, incluso si era la primera vez que veía al tipo que tenía por pareja. Era un baronet, reflexionó mientras el vals avanzaba, y la había llamado por su nombre.

—¿De qué me conoce si puedo preguntarlo, lord Shutterston? No creo que nos hayamos movido en los mismos círculos ni siquiera de pasada —preguntó.

—Todo el mundo la conoce, es usted una de las mujeres más codiciadas de Londres, si me permite decirlo —contestó él—. No se sorprenda si recibe una multitud de invitaciones esta tarde, querida, le garantizo que tendrá la agenda ocupada.

—¿De verdad lo cree?

Lord Edmund se rio con suavidad. Parecía que la joven primogénita Stuart era más ingenua de lo que quería aparentar, le dio cierta pena que tuviese que encarar a la manada de lobos que la codiciaban por su fortuna sin saber a qué se enfrentaba.

Movida por sus palabras, Violet fijó su atención en los invitados para darse cuenta de que, en efecto, había multitud de ojos fijos en ella. Sus labios se entreabrieron por el asombro. Nunca se había considerado la más codiciada, ¡ni siquiera era noble! Si bien, no pudo replicar antes de que el baile cambiase y lord Shutterston se alejara con una reverencia para cambiar de pareja. El vals dio paso a una polka y, a medida que las dos líneas se formaban y hombres y mujeres se separaban, Violet sintió revolotear su corazón con anticipo. Estaba situada en la línea de mujeres frente a un nuevo caballero, y cuando las jóvenes comenzaron a tocar palmas sonrió sin poder evitarlo. Si así eran los bailes de la alta sociedad, decidió que le gustaban.

¡Al diablo con el decoro! Quería bailar, así fuese con un tipo que no volvería a ver en su vida. Comenzó a dar palmas igual que sus compañeras, y al llegarle el turno avanzó para tomar las manos del caballero desconocido, que devolvió la sonrisa con descaro mientras avanzaban para cruzar el arco que formaban los demás. Al volver a su posición inicial y dar un par de giros Violet se rio, estaba disfrutando de verdad.

—¡Baila usted con mucho brío, deme un respiro, caballero! —exclamó sonriente.

—Es su primera vez en un baile como este, ¿cierto? —inquirió él.

—¿Tanto se me nota?

El hombre se rio mientras giraba tan rápido con ella entre sus brazos que parecían volar sobre la pista, y Violet se unió a él. No había mentido al decir que era brioso, se encontró gozando más de lo que creyó posible con un desconocido. Tanto, que cuando la polka terminó y se separaron, se acercó y lo tomó de la mano para invitarlo a seguir con ella a pesar de lo inapropiado que era bailar dos piezas seguidas con el mismo caballero. Él elevó una ceja y mostró media sonrisa, que Violet devolvió de buena gana mientras la tomaba por la cintura para acercar sus cuerpos.

—Veo que le ha complacido mi compañía, señorita —comentó.

—No lo negaré, es usted lo más entretenido que me he encontrado en esta fiesta. Al menos de momento —confirmó Violet mientras empezaban a bailar.

—¿De momento? —repitió él con diversión.

—Detestaría sonar categórica, así que sí, de momento.

El hombre no se molestó ya en contener una risa, y el corazón de Violet saltó. Estaban enfrascados en un vals, no tan rápido como la polka anterior, así que se permitió observar a su compañero antes de dejarlo marchar. Vestía una levita negra y un chaleco dorado sobre una camisa blanca. Los pantalones eran beige, y sus botas, de piel oscura. Sin embargo, lo que más le gustó fue su pañuelo: de seda *dupioni* blanca, refulgía como una perla a la luz de las velas. Un detalle de buen gusto innegable.

Respecto al porte, no estaba nada mal, pensó Violet. Tenía el cabello rubio oscuro como la miel, casi castaño, y lo llevaba corto, aunque no lo suficiente como para que suaves ondas no resbalaran por su frente. Su barba enmarcaba la parte inferior de su rostro y le daba carácter, pero lo más impresionante eran sus ojos: de un verde tan claro como el agua de un manantial. Era muy atractivo, y estaba a punto de preguntarle cómo se llamaba cuando él se adelantó.

—Creo que me ha sonreído la suerte con usted, señorita Stuart —dijo.

—¿Acaso sabe quién soy? —Se sorprendió ella.

—Malo sería que no conociese a la mujer que está a mi cuidado, ¿no cree?

La confesión sorprendió tanto a Violet que se detuvo en seco en medio de la pista de baile, pero él fue rápido y la encauzó antes de que nadie notara nada extraño. Una sonrisa se instaló de nuevo en los labios del caballero, que no la miró al hablar.

—No monte una escena. Es obvio que tiene las mismas ganas de ser mi protegida que yo de ser una niñera, pero a ninguno nos conviene llamar la atención —dijo y clavó sus ojos verdes en los de ella—. Permita que me presente, soy el coronel Edward Barnett, duque de Braithbury.

«Conque él es el duque de Braithbury», pensó indignada.

—¿Sabía que era yo todo este tiempo y no ha dicho nada? —acusó Violet.

—Quería ver cómo era, cómo actuaba —admitió él y se encogió de hombros.

Su comportamiento enfureció a Violet, que se indignó aún más al escuchar de sus labios que no quería ocuparse de ella y, aun así, se había divertido a su costa.

—Bueno, pues ya me ha visto —gruñó molesta—. ¿Cumpló sus expectativas?

—Las cumple con creces, en realidad, las mejora —dijo Edward—. No se exalte, vamos a salir a tomar el aire para que se calme un poco, ¿le parece?

—No pienso ir a ninguna parte con usted.

—Lástima, estaba a punto de proponer algo que pondría solución a su dilema tanto como al mío... pero bueno, usted se lo pierde.

Dicho aquello la soltó, y nada más verse libre Violet frunció el ceño. ¿Solucionar su dilema?, ¿de qué demonios estaba hablando? Como si hubiese alguna forma de ignorar las peticiones de su madre. Por lo que había dicho, él estaba en una situación que también lo incomodaba, luego, ¿a qué se refería? La curiosidad pudo más que ella, y comenzó a caminar detrás suyo hasta que le dio alcance al borde del gran salón. Estaba junto a las puertas acristaladas que daban paso al jardín trasero cuando llegó a su altura y, al ver que lo seguía, Edward salió al exterior y bajó los escalones de dos en dos.

Violet lo siguió a pesar de lo indecente del asunto, no podía evitarlo. No supo qué la movía, si la curiosidad o el enfado. Sea como fuere el resultado era el mismo. El duque se detuvo bajo unos pinos piñoneros y apoyó la espalda contra el tronco antes de encararla y clavar sus iris verdes en los de ella con una expresión de suficiencia.

—Veo que al final ha venido, estimada señorita Stuart —comentó alegremente—. Tomo nota, es una persona curiosa. Bueno es saberlo, estoy seguro de que le gustará lo que voy a decir

tanto como para hacer que se lo plantee.

—Presume demasiado, coronel Barnett —resopló ella.

—Si tan equivocado estoy, ¿a qué ha venido entonces? —se burló Edward—. Supongo que a disfrutar de mi compañía no, pues ni siquiera me conoce. Eso, o quizá es que quiere llegar a «conocerme» mejor.

Nada más oírlo Violet alzó el brazo para darle una bofetada, pero antes de que la mano enguantada llegase a tocar su piel, el duque le sostuvo la muñeca con una sonrisa. Parecía estar disfrutando de aquella situación, y verlo la irritaba.

—Cálmate, fierecilla, no saques las garras sin escucharme primero —dijo Edward.

—Habla, descarado, antes de que me arrepienta y alerte a los guardias —contestó Violet con el ceño fruncido y, tal como él, obviando el protocolo.

—No creo que quieras hacer eso, ¡imagínate qué escándalo! Un hombre soltero y buen mozo con una jovencita a solas en la oscuridad del jardín... Si pretendes que nos casemos, adelante, esa es la mejor manera de lograrlo. Si no, escúchame ahora.

Entonces hizo una pausa y la soltó para acariciarse la barba de forma pensativa. Violet intuyó que estaba eligiendo sus palabras con cuidado para no ofenderla, aunque no podía estar más lejos de la realidad. Lo que Edward buscaba era suscitar su interés.

—Está bien, te escucho —dijo Violet.

—Supongo ya habrás notado el interés de mi madre en que contraigamos nupcias, ¿cierto? —comenzó, y prosiguió al ver que ella asentía—. Es un hecho del que no vas a poder librarte, estás tan atrapada en esto como yo. Si no es conmigo tu madre buscará a otro con quien casarte, y créeme, ellos no rechazarán su oferta. Eres todo un caramelo, Violet Stuart: guapa, apasionada, rica, y enfatizo «muy» rica.

—Gracias por el resumen de mi encantadora realidad, no me cuentas nada nuevo. Sin embargo, te has dejado un detalle, «gran duque Barnett». Soy muy rica, pero eres tú el que controla mi fortuna hasta que me case —dijo Violet y tensó la mandíbula—. ¿Qué más tienes que decir? Supongo que eso no era todo.

—No, no lo es —confirmó Edward—. Como habrás notado, yo tampoco salto de emoción ante la idea de casarme. No te ofendas, no es personal. No quiero hacerlo si no elijo yo a mi mujer, y mucho menos utilizaré a una de las hijas de mi mentor como moneda de cambio, no soy tan mezquino. Puedes llamarme romántico, si quieres, no me importa. Estoy harto de la caza de esposa de mi madre, así que he decidido poner fin a todo este desgraciado asunto: si me caso, lo haré con aquella que me haga feliz.

«Así que por eso rechazó a las hermanas Greenbach, porque eran elección de *lady* Florence y no suya», pensó Violet y le miró fijamente a los ojos.

—¿Y cuál es tu solución?

Edward devolvió su mirada con intensidad, y Violet sintió que se le aceleraba el pulso bajo el escrutinio de sus iris verdes. Le había molestado que admitiera en su cara que no quería casarse con ella, a pesar de no tener ningún tipo de relación aquello era un rechazo. Lógico, pero rechazo, al fin y al cabo. Su voz ligeramente rasgada la devolvió a la realidad e hizo que parpadeara.

—Te ayudaré a encontrar un pretendiente, algún idiota ingenuo con el que puedas prometerte para luego dejarle. Una vez a las puertas de la boda te devolveré tu dinero, como estipula el testamento de tu padre —declaró Edward sin rastro de vacilación en su voz—. No tendrás que casarte si no quieres, pues ya serás administradora de tu fortuna.

—No sabes lo que dices. ¿Cómo voy a plantar a alguien sin más?

—No me has dejado terminar, y soy muy consciente de lo que digo —cortó él—. No serás tú quien rompa vuestro compromiso, nos ocuparemos de que sea él quien desee dejarte. Piénsalo, Violet, si sigues el plan los dos saldremos ganando.

—¿Qué ganas tú al ayudarme?

—Libertad —afirmó Edward y prosiguió, al ver que a ella se le fruncía el ceño—. No me refiero a librarme de ser vuestro tutor, sino a libertad para mí como hombre. Como comprenderás, si te comprometes con otro, mi madre no dejará de insistir hasta que yo encuentre a una que cumpla sus estándares, y eso no pienso permitirlo. Lo que mi madre y yo entendemos por «una esposa ideal» difiere mucho, así que usaré la excusa de ser tu tutor y acompañarte a fiestas, óperas y paseos para buscar a la indicada para mí.

La joven le miró con la boca abierta, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Me usarás como coartada mientras buscas a otra mujer? —repitió perpleja.

—Parece un trato justo, si todo sale bien ambos ganamos: tú obtendrás tu dinero y yo me libraré de los tejemanejes de mi madre.

—Tu plan es absurdo, yo no sé fingir, no sé cómo podría atrapar a un hombre y menos aún desairarlo para que rompa el compromiso. Definitivamente no funcionará.

—Por supuesto que funcionará, me tienes a mí, Violet —afirmó Edward—. Sé que tengo un gran peso sobre mi espalda y, aunque lo único que desea mi corazón es volver a la India, no faltaré a mi deber como duque de Braithbury. No faltaré al deseo de tu padre, tanto tus hermanas como tú me tendréis a vuestro lado. Sin embargo, duque o no, no seré el perro faldero de mi madre, seguiré a mi corazón. Vamos, ¡es una gran idea! Solo tenemos que actuar un poco y se acabarán los problemas.

Violet no respondió, clavó la mirada en el pasto y frunció el ceño. No supo por qué, pero algo en aquello le molestaba. No supo qué, si el hecho de que tuviese que engraciarse con Dios sabía quién, o que él pretendiese usarla mientras se buscaba a otra. Sin embargo, si lo pensaba con la cabeza fría, tenía razón. Lord Edward Barnett le estaba ofreciendo librarse del matrimonio y recuperar su dinero, mientras que, si se negaba y su madre la obligaba a casarse con un hombre de su elección, ese otro no dudaría el meterse entre sus piernas para reclamarla. A ella y a su fortuna de 500.000 libras. Se estremeció con solo imaginar estar en la cama con un desconocido.

El duque la vio temblar y frunció los labios antes de acercarse.

—¿Ni siquiera te lo plantearás? —dudó—. Tal vez he sido egoísta al pedir mucho sin ofrecer nada para ti. Algo habrá que pueda darte a cambio, Violet.

La joven dudó, incapaz de mirarlo a los ojos. Sí que había una cosa que él podía hacer por ella, algo que había pensado muchas veces pero que nunca había tenido el valor de decir en voz alta. Si algo había en ese mundo que quisiera más que nada era tener su propia casa de moda y costura, un lugar donde diseñar, donde crear, donde sus vestidos pudieran ver la luz. Sin embargo, ese sueño hacía aguas en el mismo momento en que lo ponía en el mundo real. Las mujeres no podían regentar negocios propios, siempre tenían que ser propiedad de un varón: bien su padre, su hermano, su esposo, su tutor... Su tutor.

Una pequeña chispa de esperanza brilló en los ojos de Violet, que se mordió los labios al sentir que se sonrojaba. Sabía que era impropio, pero Edward notó el cambio al instante y le alzó el mentón para que lo mirara. Pensaba aferrarse a esa esperanza para lograr su objetivo, le daría lo que fuera que pidiese si accedía a su alocada idea.

—Vamos, dílo sin miedo —pidió Edward—. ¿Qué quieres de mí, Violet?

—Quiero que me ayudes a abrir una casa de diseño y costura —declaró ella.

—Una casa de diseño y costura —repitió perplejo.

Violet asintió y sonrió, aún con las mejillas sonrosadas, y él se sintió fascinado por ese ligero rubor. Le acarició el mentón sin poder evitarlo.

—Soy modista, eso es lo que hago. El vestido que llevo puesto lo diseñé yo misma —confesó Violet—. Quiero abrir mi propio negocio, pero la sociedad no me lo permite, como mujer no puedo tener propiedades que aporten ganancias a mi nombre. La fábrica está a nombre de mi padre, e incluso siendo su heredera no puedo dirigirla.

—Comprendo, quieres que abra yo esa empresa tuya y me postule como el titular, pero ser tú quien lo dirija todo en las sombras como jefa real del negocio. ¿Es eso?

—Puedes decirlo así —confirmó Violet.

—Bien, es una petición fácil, puedes darla por cumplida —dijo Edward y sonrió.

Violet se rio y negó con la cabeza. ¿Realmente todo aquello estaba pasando?

—Vamos a volver, si nos descubren aquí ocurrirá ese escándalo, se arruinará tu plan y te verás forzado a casarte conmigo de verdad —bromeó.

Entonces le tendió la mano, que él estrechó para encaminar sus pasos a las escaleras. No la soltó cuando entraron al salón, en vez de ello la condujo hacia la pista de baile y se dejó llevar por los suaves acordes del vals.

Parecía que su plan había salido a pedir de boca. Después de todo, sería libre.

## Capítulo IV

### *Shantung chino escarlata*



**Braithbury Hall, Londres.  
Verano, 1830**

*El gran reloj de péndulo marcó las cinco en punto, pero el aire estaba tan cargado en el elegante salón que las manecillas parecían moverse más despacio de lo habitual. Era la hora del té, y las seis personas sentadas en los sofás de cachemira decorada con flores cruzaron miradas mientras sostenían sus tacitas de cara porcelana china. Ninguno se atrevía a romper el silencio, pero cuando la duquesa viuda dejó la cuchara en el platillo y lo posó sobre la mesa de forma brusca se abrió la veda.*

*—Llegados a este punto no me importa lo humillante que sea, William. Irás esta misma tarde a Bellrose Place a disculparte con la señorita Claire Greenbach y reanudarás vuestro compromiso así tengas que suplicarle de rodillas —exclamó furiosa.*

*—No, no lo haré, madre, y te ruego que te disculpes con Sylvia —contestó él y estrechó la mano de la joven sentada a su lado—. No puedo creer que seas tan grosera como para pedirme que me case con otra estando mi prometida delante.*

*—Tu prometida... —resopló la duquesa con desdén.*

*—Sí, mi prometida, ¡exijo que se le hable con respeto!*

*Florence frunció el ceño, sin embargo, su réplica fue interrumpida por Marjorie, que rozó su mano enguantada en un intento por apaciguar los ánimos. La duquesa viuda ni siquiera se inmutó cuando su cuñada habló.*

*—Creo que la situación está muy tensa, vamos a calmarnos. No es de buen gusto gritar cual mozo de cuadra cuando hay invitados presentes —señaló Marjorie mientras daba un sorbo a su té, después se volvió hacia su cuñada—. Querida Florence, si William no quiere casarse con la joven Greenbach es decisión suya, no deberíamos intervenir.*

—¿Qué dices, Marjorie, ¿acaso estás de acuerdo en que el duque Braithbury se case con esta mujer? —chilló Florence y señaló a Sylvia con un ademán—. ¡Antes moriré que dejar mi fortuna en manos de una americana, de una cazafortunada!

Nada más oír su respuesta, William saltó como un resorte y se puso en pie. De no haber sido por el agarre de su hermano sobre sus brazos se habría lanzado a encarar a su madre. Los músculos en su mandíbula estaban tensos y Edward tuvo que luchar para retenerlo en su sitio. Sin embargo, William parecía ajeno al intento por apaciguarle.

—¡Como te atreves a hablar así de ella, madre!

—Me atrevo porque puedo, porque las verdades no se pueden ocultar, y si te duele que lo diga, por algo será —contestó Florence—. Todos los presentes sabemos que esta... «señorita», te ha engatusado para casarse y llegar a ser la duquesa de Braithbury ahora que has heredado el título. Por Dios, William, abre los ojos. ¡Es actriz! ¿Qué más pruebas necesitas?

—Es cierto que soy actriz, lady Barnett, pero amo a Will independientemente de quién sea su padre —intervino Sylvia—. De hecho, preferiría que no fuese un noble, eso haría más fácil para él integrarse.

«¿Integrarse?», repitió Florence sin apartar sus orbes verdes de los marrones de su hijo. Solo pasados unos instantes de incómodo silencio se decidió a hablar.

—¿De qué estás hablando? —inquirió.

—Habla de que nos vamos, madre —respondió William ya más calmado—. No me importa en absoluto el estúpido título de duque ni la fortuna familiar, no los quiero. Sylvia y yo nos vamos a Boston mañana por la tarde, solo hemos venido a informaros.

—Will, no puedes hablar en serio —intervino Theodore, su hermano más joven—. ¿Qué vas a hacer tú en Boston? Eres un lord inglés, no perteneces allí. Tu lugar está aquí, con nosotros.

—Te equivocas, Theo. Allá donde me permitan vivir mi amor será el lugar al que pertenezca. Sylvia y yo vamos a casarnos en una semana, podéis ir haciéndoos a la idea.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría en el pequeño salón y, de nuevo, se produjo un silencio tan oprimente y pesado que se podía cortar con un cuchillo. Todos los presentes estaban aún asimilando las noticias cuando lady Florence habló. Su voz sonó chillona, como si estuviese desesperada. O quizá fuese la ira que la envolvía.

—¡Si te casas con ella, juro por mis antepasados que te desheredaré! —advirtió—. ¡Si el sueño de esta ramera es trepar con tu fortuna se va a quedar con las ganas!

—Florence, tal vez no... —intentó razonar Marjorie.

—Hazlo, madre, no me importa —dijo William e ignoró a su tía—. Te lo he dicho, amo a esta mujer y ella a mí, así que puedes quedarte con tu dinero y tu prestigio. Al amor no se le pueden poner barreras, me da igual que Sylvia sea humilde, o que no sea inglesa. La amo, espero que algún día lo comprendas y la aceptes. Hasta entonces nuestros caminos se separan aquí.

Dicho aquello tomó la mano de la muchacha y comenzó a caminar hacia la salida. Solo la voz de su tía lo detuvo, ya con la mano sobre el pomo dorado.

—William, recapacita, te lo ruego —suplicó Marjorie.

Pero el joven no se movió. Una sonrisa resignada adornó sus labios antes de volver la cabeza hacia la mujer. Había lágrimas brillando en sus ojos castaños, pero se mantuvo firme, y su voz no se quebró a pesar del mar de emociones que bullía en él.

—Lo lamento, tía Marge, pero el hombre que soñabais que fuese nunca existió. Si algún día aceptáis al hombre que soy, volveré. Hasta entonces hemos de separarnos.

—¡William, quieto! —chilló Florence, como si su grito pudiese detenerle.

El duque abrió la puerta con el corazón en la garganta y salió para perderse de vista por el

corredor. Estaba a punto de abrir la puerta principal, donde estaba aparcado el carruaje que los llevaría a Sylvia y a él al pequeño apartamento de la joven, cuando el ruido de pasos sobre el elegante pasillo de mármol detuvo su mano. Reconocería aquellas pisadas en cualquier parte. Su hermano parecía agitado y William se volvió. Tal como había supuesto, Edward estaba pálido, y William se compadeció.

—No irás a irte de verdad, ¿no? —inquirió Edward.

—Tengo que hacerlo, Ed, bien sabes que no me permitirán ser yo mismo si me quedo —contestó William y alzó el brazo para darle un apretón en el hombro—. Vamos, no es tan malo. América está solo a unos días en barco, no notareis mi ausencia. Serán como unas vacaciones y, para cuando vuelva, quizá ya te hayamos hecho tío.

—¡Hipócrita! —exclamó Edward y se zafó del agarre—. ¡Te vas, pero dejas que sea yo quien cargue con todas tus responsabilidades! Dices que no te permitirán ser tú si te quedas... ¡Y qué hay de mí!, ¡tendré que ocupar tu lugar como duque de Braithbury!

—Ed...

—¡No te atrevas a decirlo, William, no te atrevas a ser condescendiente!

El mayor suspiró antes de tomar a su hermano de la camisa para envolverlo en un abrazo. Edward no se movió, pero, pasados unos instantes, se resignó y elevó los brazos para rodearle la espalda con las manos. ¡Como iba a extrañar a ese rebelde testarudo! La inquietud le atenazó. La idea de tener que asumir el papel de primogénito y por ende de duque le parecía insoportable, como si fuese una cadena que cortaría su libertad y le impediría vivir la vida que quería para sí.

—Dime al menos que no planeas establecerte allí para siempre —dijo.

—¿Para siempre? No, ni mucho menos. ¿Qué haría yo toda una vida en américa, pastorear ganado? —contestó William con una sonrisa divertida—. No te preocupes, hermanito, no todo va a ser tan malo. Serás el duque, usa esa influencia en tu beneficio. Cuida de Theo, y, sobre todo, no dejes que madre y tía Marge te arruinen la vida.

Edward puso los ojos en blanco, entonces William lo soltó y clavó sus iris marrones en los verdes de su hermano. No estaba de broma y quería dejárselo muy claro.

—Prométemelo, Edward, si tratan de emparejarte como hicieron conmigo, resístete —pidió el mayor—. Tú y solo tú eres el dueño de tu vida, no dejes que te utilicen.

—Pueden intentarlo, claro, pero se llevarán una sorpresa —resopló Edward—. No soy idiota, Will, puedes quedarte tranquilo. Sé bien cómo manejarme...

—Entonces alégrate, lo que sea que el futuro te tenga preparado será solo asunto tuyo manejarlo. Hasta que nos volvamos a ver, ten cuidado.

—Lo tendré.

William sonrió y, tras una última mirada, se volvió para abrir la puerta.

—Hasta pronto, hermanito.

Edward asintió por toda respuesta, y tras un fugaz abrazo por parte de la joven que iba a ser su cuñada, observó como ambos subían al carruaje y se perdían de vista.

Edward despertó de golpe. El corazón le latía de forma acelerada y el sudor cubría su piel con una fina capa que empapaba su camisa de algodón. Hacía años que no soñaba con William, e intuyó que la decisión de fingir aquella charada junto a Violet Stuart era el desencadenante. Odiaba haber tenido que llegar a eso, pero tal y como le prometió a su hermano, no pensaba dejar que su madre lo manejase como a una marioneta. Buscaría una mujer que encajase en sus estándares y no en los de ella, lo cual parecía una tarea difícil viendo como era la sociedad inglesa.

Florence siempre se lo repetía con la esperanza de que las palabras penetraran en su mente: «una buena esposa es lo que necesitas, hijo mío. Rica, de buen apellido, y que sea bella. Pero lo más importante es que sea refinada. El duque de Braithbury necesita una mujer cándida y servicial, que toque el piano, el arpa, nos deje siempre en buen lugar y te dé hijos sanos». En otras palabras, una aburrida, sosa y poco problemática muñeca de porcelana; una fachada para tener herederos y lucirse de cara a la galería.

Él, sin embargo, buscaba a alguien distinto. Dulce y hermosa, sí, pero ante todo con espíritu, alguien a quien no le importase mancharse las manos o viajar con él y descubrir todo lo que el mundo ofrecía. Dudaba mucho poder hallar a una mujer así en Inglaterra.

Al ver que la luz aún era azulada llevó la mirada a la ventana, para encontrar que el alba apenas estaba rozando el horizonte. Suspiró y se sentó, dispuesto a vestirse y empezar la jornada. Sabía que no volvería a dormirse con tantos pensamientos en la cabeza, el recuerdo del baile y la conversación con la señorita Stuart en el jardín llenaban su mente.

Violet, Violet, la rebelde e inconformista Violet... «su protegida». Una sonrisa se instaló en sus labios al pensar en ella y en la bofetada que había estado a punto de darle. O en la extraña petición que le había hecho. Una casa de diseño y costura, dijo. Nunca había conocido a una mujer adinerada que quisiese hacer algo como eso y, aunque apenas la conocía, las palabras del brigadier Stuart cobraron sentido.

Tal vez que lo hubiese nombrado su apoderado había sido una suerte después de todo. Que Violet estuviese a su cuidado facilitaba las cosas respecto a sus planes, solo tenía que hablar con ella para ultimar los detalles. Satisfecho, Edward apartó las mantas y se puso en pie para dirigirse al vestidor. El día era joven y había mucho que hacer.

\*\*\*

La mañana llegó demasiado pronto, en opinión de Violet, que, al sentir los rayos del sol sobre su rostro alzó la mano para cubrirse de la cegadora claridad. El conocido sonido de una risita se escuchó al fondo de la habitación, pero la joven se arrebujó bajo las mantas y se negó a moverse. Había pasado mala noche, apenas con el alba había logrado quedarse dormida. Sus parpados pesaban una tonelada y se notaba muy cansada, pero a pesar de ello su corazón latía veloz como el de un purasangre al galope. Lord Edward Barnett. Su tutor y duque de Braithbury, se repitió la joven con los ojos cerrados.

Había pasado la noche pensando y recordando lo sucedido en la fiesta: los hermosos vestidos, las miradas de los invitados sobre ella, las manos del coronel sobre su cintura y sus claros ojos verdes, los bailes que compartieron... y su propuesta. ¿De verdad todo aquello había sucedido o había sido un sueño muy real? Fue la voz de Beatrice lo que la devolvió al mundo de los vivos y la alejó de los sueños. Violet gruñó.

—Vamos, señorita, levántese, la ayudaré a vestirse —dijo Beatrice—. Ya son las once y media, hace mucho que debió haberse levantado. Además, lord Edward la está esperando.

—No me regañes, Beatrice, estoy muerta —suspiró Violet y apartó las mantas.

«Un momento, ¿ha dicho las once y media?», se repitió y abrió los ojos de golpe. ¡Tenía mucho que hacer y había perdido casi toda la mañana! Sin perder un minuto saltó de la cama y se dirigió al vestidor para sacar uno de sus vestidos. Estaba pasando las perchas para elegir uno sencillo cuando Beatrice volvió a hablar.

—¡Sí que debió gustarle la fiesta! No suele remolonear tanto —comentó.

—Beatrice, olvida eso y ayúdame a vestirme, ¡llego tarde! —exclamó Violet.

—¿Llega tarde adónde?

La sirvienta dejó de estirar las sábanas para mirarla, pero Violet no respondió. En vez de ello le lanzó unas enaguas limpias y un traje de *shantung* escarlata de rallas. Era uno de los vestidos que más le gustaba. El patrón rayado era inverso: unas rayas brillaban y otras eran opacas, lo que confería a la tela un efecto muy bonito. Se apresuró a quitarse el camisón y los pololos antes de correr en paños menores hacia la mujer, que le enfundó la camisola y el pantaloncillo limpios sin titubear. Una vez atado el corsé y con el vestido perfectamente ajustado a su anatomía, Violet se volvió.

—Tengo que hablar con él de algo importante. ¿Dices que me está esperando?

—Sí, así es, el duque desayunó hace horas y salió a la terraza trasera a leer mientras esperaba a que usted bajase —explicó Beatrice—. ¿Quiere que la anuncie?

—No es necesario, iré yo misma —negó Violet.

La sirvienta se encogió de hombros al ver la sonrisa confiada de la joven y, tras un suave ademán, Violet se dirigió a la puerta dispuesta a hablar con el duque de Braithbury.

\*\*\*

Aún tenía las palabras de lord Edward en la cabeza cuando bajó el último escalón y llegó al *hall*. La terraza se abría justo detrás del patio interior que lindaba con el comedor, así que Violet cruzó las elegantes baldosas de mármol y se encaminó allí. Tal y como había dicho Beatrice, lo encontró sentado en un sofá de mimbre con un libro en la mano, y verlo suscitó su curiosidad. ¿Qué estaría leyendo? ¿una novela de aventuras?, ¿de misterio, quizá?, ¿o a lo mejor una obra romántica? La sola idea le sacó una sonrisa. No tenía ni idea de que lord Edward Barnett fuese un hombre curioso, de esos que encontraban placer en un libro y sus páginas y, sin saber por qué, el pensamiento le gustó.

Había mucho de él que no sabía, pero algo le dijo que pronto sería diferente.

Carraspeó un par de veces para hacerse notar, y al oírla, el duque cerró el libro y reveló el misterio. Estaba leyendo *La hija del Capitán*, una novela de Alexander Pushkin que ella había leído muchas veces.

—Al fin aparece, señorita Stuart, empezaba a pensar que dormiría toda la mañana —comentó Edward.

—¿Volvemos al protocolo? —Se sorprendió Violet—. Creí que tras la charla de ayer habíamos superado esa fase.

Edward se rio suavemente y palmeó el hueco libre del sofá para indicarle que se acomodara a su lado. Violet se sentó, pero mantuvo una leve distancia.

—Desde luego, me alegra continuar con un trato cercano. Únicamente pretendía ser prudente y no tentar a la suerte, no sabía si habrías cambiado de opinión durante la noche —admitió él—. ¿Lo has hecho?

—¿Cambiar de opinión? —aventuró ella y él asintió—. No, claro que no. Solo me han surgido algunas dudas que esperaba que tú resolvieras.

—Por supuesto, pregunta lo que sea.

—¿Te importa si hablamos camino a la fábrica de mi padre? —propuso Violet—. Debo echar un vistazo a unas cosas, además, de esa forma nos libramos de los cotillas.

La propuesta sorprendió a Edward, pero se recuperó rápido. Parecía que Violet no dejaría de asombrarlo, y algo en la idea logró que las comisuras de sus labios se elevaran.

—Como quieras, aunque creo que deberías desayunar algo antes, no queremos que te

desmayes por ahí —dijo—. ¡Menudo tutor sería yo si te caes en mis brazos!

—Interesante forma de sugerirlo, ¿te ha funcionado antes con alguna otra mujer? —bromeó Violet y le sacó una risa—. No temas por mí, coronel, pensaba comprar algo por el camino. Hay un puesto de *pretzels* al lado de la fábrica.

—¿*Pretzels*? No sabía que te gustaban esas galletas. De hecho, es la primera vez que veo a una mujer inglesa alabando un plato de comida extranjera.

Violet se encogió de hombros.

—¿Qué importa de dónde sea mientras sepa bien? Descubrirás que ser prejuiciosa no es una de mis faltas —dijo mientras se ponía en pie—. Así que, ¿quieres ir?

—Después de usted, estimada socia.

La joven se rio y tras una marcada reverencia salieron al recibidor para cruzar las puertas de Braithbury Hall. El carruaje estaba aparcado en la acera, Violet dudó y se detuvo para mirar a Edward. No sabía si era uno de esos caballeros que iban de un lado a otro sentados como señoritos sin pisar el barro. Al ver la duda reflejada en sus cálidos ojos verde oliva, el duque elevó una ceja.

—¿Pasa algo? —dudó.

—No, solo me preguntaba si querías ir caminando o en carruaje —confesó Violet—. Yo pensaba ir a pie, pero lo aceptaré si prefieres que Oliver nos lleve, será más rápido.

—Demos un paseo, nunca me han atraído los carruajes.

Violet sonrió y de nuevo sintió que ese pequeño descubrimiento sobre él le gustaba. En Plymouth la mayoría de hombres eran delicados, caballeros en toda regla, resultaba refrescante encontrar a uno que pensara diferente. Cuando el duque le ofreció el brazo, lo aceptó.

—Antes has comentado que tenías dudas —comentó él para romper el silencio—. Estoy dispuesto a resolverlas ahora, si te parece. ¿Qué quieres saber?

—Bien, por dónde empiezo... Oh, sí, en primer lugar, ayer dijiste que buscarías a un idiota ingenuo con el que comprometerme, pero, como supongo que ya sabes, no hay hombre que se avenga a casarse sin haber probado la mercancía —comenzó Violet—. ¿Tendría yo que...? ¿dónde marcarías tú la línea entre el deseo y el decoro?

—Por supuesto que tendrás que darle algo, Violet. Como bien dices, no hay varón que se avenga a otra cosa —confirmó Edward y prosiguió al ver que se le fruncía el ceño—. No temas, con unos cuantos besos será suficiente, o tal vez que permitas que te roce la espalda de forma sutil... es simple. ¿Tienes alguna otra duda?

—Sí. También dijiste que me usarías de coartada para buscar a una mujer para ti, pero mientras lo haces yo tendría que estar a solas con ese otro. Lamento decirlo, pero no sé si soy capaz de fingir seducción cuando no siento nada por el hombre elegido.

Edward se detuvo e inclinó la cabeza hacia ella con una sonrisa divertida.

—No te preocupes por eso, me encargaré de enseñarte.

Violet se sonrojó sin poder evitarlo y, con las mejillas y las orejas ardiendo de vergüenza por su involuntaria reacción, volvió la cabeza al frente y lo instó a continuar. Habían cruzado en completo silencio Berkeley Street y Battersea Bridge para llegar a Cotton Row, el distrito donde se encontraba *Stuart's Clothing Company*, sumidos en cada uno en sus pensamientos mientras comían un par de galletas saladas que habían comprado en un puesto. El corazón de Violet se había calmado un poco tras la revelación mientras que Edward, por el contrario, calculaba la cantidad de trabajo que tendría que hacer. La respuesta de la joven dejaba patente que no sabía nada de hombres.

—Ya hemos llegado, esta es la fábrica de mi familia —anunció Violet.

Aquello suscitó su interés y elevó la mirada. *Stuart's Clothing Company* era un edificio rectangular de ladrillo amarillo y tejado de pizarra gris de cuatro plantas, grande para los estándares de Londres. Un título en letras doradas y elegantes presidía la parte alta de la puerta principal, y había multitud de ventanas en la fachada delantera. Para su sorpresa, no vio ninguna chimenea que expulsara humo negro o ceniza, como sí sucedía con las refinerías y otras fábricas. Le gustó ese detalle y, su satisfacción debió de verse reflejada, pues Violet asintió con una sonrisa antes de conducirlos hacia el interior.

Nada más poner un pie dentro, Edward se quedó pasmado. Nunca había visto una fábrica textil, la cantidad de hiladoras, largas tiras de lana y trabajadores transportando carros de material le dejaron la boca abierta. Pequeñas partículas de algodón flotaban en el aire, y casi se detuvo maravillado cuando Violet se paró para tomar un gran rulo de una estantería llena de telas de colores.

Cuando lo desenvolvió y se lo mostró, Edward se fijó en su sonrisa.

—*Shantung* chino, una maravilla exótica —explicó Violet—. Es la misma tela con la que está tejido el vestido que llevo puesto, y pensaba hacerme otro, ¿te gusta?

—Mucho, el pigmento es rico y el tacto suave. En realidad, creo que sé el momento perfecto para que lo puedas lucir.

—¿De qué estás hablando?

—Este fin de semana se estrena «*Il Campanello*», en el Royal Opera House. Si vamos a elegir a un pazguato adecuado para ti, ese es el lugar en el que buscar —explicó Edward—. Créeme, sé de lo que hablo. A la ópera solo acuden dos tipos de hombre: los que van a buscar amoríos, y los que van a ver los bailes y el canto. A los primeros los conozco bien, pero es a los segundos a los que debemos apelar, los del tipo sensible.

—¿Manejables? —sugirió Violet.

—Exacto.

Violet frunció los labios mientras consideraba lo que había dicho él. Desde luego, pensó, le resultaría más fácil actuar ante un hombre sin experiencia que ante uno que sí la tuviera. Ella no sabía cómo seducir a alguien, así que resultaría más creíble.

—Muy bien, este fin de semana dará comienzo tu plan.

El duque se limitó a asentir, y tras una fugaz mirada a la joven, sonrió.

Aquella era una idea excelente.

## Capítulo V

### *Tafetán esmeralda*



Al igual que la noche anterior, a Violet le costó mucho dormir, aunque por motivos diferentes. Tras el anuncio de Edward de que le encontraría un pretendiente en la ópera a la que acudirían ese fin de semana, había pasado las horas pensando en qué tipo de hombre le buscaría su socio de fechorías. ¿Cómo sería? Según Edward, del tipo sensible y manejable, lo que abría un reducido abanico de posibilidades. Había dado por hecho que no sería agraciado. De otra forma no se explicaba que, con las ventajas de las que gozaban los varones, fuese alguien impopular o tímido. Hasta los más feos, si eran nobles, tenían éxito en sociedad y entre las mujeres, y la idea en sí era bastante deprimente.

En un intento por alejar aquellos pensamientos se había levantado y sacado la tela que trajo de la fábrica para comenzar a coser su vestido a la luz de las velas. Cuando el cansancio la venció eran casi las tres de la madrugada, así que volvió a la cama y cerró los ojos para descansar un rato. Cuando los abrió el sol brillaba con fuerza tras las cortinas, y Violet comprendió que se había quedado dormida con dedal y alfilerero puestos. Sorprendida, llevó la vista al pequeño reloj de cuco que adornaba su pared y vio que eran las nueve, hora ideal para empezar la jornada. Satisfecha, se desperezó y salió de la cama para vestirse y bajar a desayunar.

Un rato más tarde cruzó el *hall* y se adentró en el comedor, tan solo para encontrar a sus hermanas en compañía de *lady* Marjorie. No había rastro de *lady* Florence, de su madre, o de Edward, y aquello último la sorprendió. Se suponía que iban a empezar a entrenar juntos lo que sea que él hubiera planeado. Sin saber qué más hacer, Violet se sentó junto Rose y tomó un vaso de limonada y un par de panecillos para untar con mantequilla y miel. La alegre voz de su hermana pequeña rompió el silencio.

—¡Qué bien nos tratan todos aquí, Vivie! ¿No crees que esta casa es estupenda? Me alegro mucho de que nos hayamos mudado —comentó.

—En primer lugar, buenos días —dijo Violet con una sonrisa y mordió su pan—. Y, en

respuesta a tu pregunta, Rosie, por supuesto que Braithbury Hall es estupenda, justo lo que esperaba y mucho más. ¿Qué hay de ti, Camelia, te gusta vivir en Londres?

—Me gusta más de lo que creía. *Lady* Marjorie es muy amable con nosotras, y lord Edward ha resultado ser más considerado de lo que yo pensaba —admitió esta—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero que seáis felices hasta que pueda acceder a todos nuestros bienes. No te preocupes, hermana, ya no falta mucho para eso.

Camelia la miró interrogante, pero Violet escondió su pequeña sonrisa detrás del vaso de limonada. Era demasiado pronto todavía para hablarle a su hermana de sus planes. *Lady* Marjorie, sin embargo, captó el sutil matiz de sus palabras y sonrió. Al parecer su sobrino había empezado a lanzar las redes para librarse de Florence. Cortó un trozo de su tortita y lo masticó con deliberada lentitud antes de hablar.

—Ahora que mencionas a Edward, estoy segura de que le complacerá mucho saber que le tenéis en tan alta estima —dijo, y tragó antes de mirar a Violet—. Por cierto, querida, has debido causarle muy buena impresión.

—¿Por qué lo dice? —Se sorprendió Violet.

—Mencionó su intención de llevarte con él hace un rato —explicó Marjorie y miró el gran reloj de péndulo—. De hecho, debería estar al llegar.

Violet no dijo nada, pero tragó con fuerza lo que quedaba de su panecillo. Eran las nueve y media y como si el destino quisiese darle la razón a Marjorie, la puerta del comedor se abrió para revelar al duque. Edward recorrió la sala con la mirada y, al encontrar a Violet sentada junto a sus hermanas, sonrió. La joven frunció el ceño al notar su sonrisa. Aunque no dijo nada, el intercambio fue notado por Marjorie. Iba a disfrutar de lo que fuera que su sobrino estuviese planeando con tal de ver rabiar a Florence. Ya era hora de que dejase de inmiscuirse en la vida de sus hijos.

Al ver al hombre parado en la puerta, Rose se levantó e hizo una reverencia.

—Buenos días, coronel Barnett —dijo.

—Buenos días, señorita Stuart, está usted encantadora —saludó Edward sin perder la sonrisa, antes de volverse hacia Camelia—. Lo mismo va para usted, Camelia.

—Muchas gracias, lord Edward.

—Solo Edward para vosotras, mis estimadas protegidas. Ya que seré vuestro tutor de ahora en adelante, qué mejor que perder un poco de formalidad. ¿No creéis?

—¡Estupendo! Es muy aburrido tener que hablarle a todo el mundo de usted —exclamó Rose—. ¡Me alegro de que tú seas distinto, Edward!

Todas rieron ante el entusiasmo de la chiquilla y, tras una mirada fugaz a su plato en la que se aseguró de que hubiese desayunado suficiente, Edward se volvió hacia Violet.

—Esperaba que pudieses acompañarme esta mañana, Violet. Dado que eres la mayor, he decidido llevarte conmigo a la ópera, y no podía dejar pasar la oportunidad de que me acompañes a hacer unos recados —explicó—. Después, si estás conforme, puedo mostrarte un poco de Londres.

—Nada mejor que un guía que la conozca bien, ¿verdad? —afirmó ella.

—Exactamente.

—En tal caso, imposible negarme.

Edward asintió, y tras una mirada cómplice con sus hermanas, Violet apartó la servilleta y se puso en pie para unirse a él. El duque se despidió de las mujeres con un leve ademán, que la joven imitó antes de salir detrás suyo. Solo cuando estuvieron a solas tras la puerta principal se atrevió a preguntar.

—¿Adónde me llevas en realidad? —Quiso saber.

—De compras, como ya he dicho. Sé que quieres lucir tu propio vestido en la ópera, y si los dos que ya te he visto lucir los has cosido tú, te animo encarecidamente a hacerlo —contestó Edward—. Sin embargo, quiero que uses algunos más concretos más adelante. Todo sea por el bien de nuestro plan, claro está.

—¿A qué te refieres con «más concretos»? —dudó Violet.

—Oh, ya lo verás.

Al ver que no añadía nada, la joven frunció los labios y guardó silencio. Sea lo que fuera ya lo averiguaría, supuso. Al salir a la acera Edward se detuvo y le tendió la mano, que ella estrechó mientras caminaban hacia el carruaje. Oliver estaba sentado en la parte delantera con las riendas en la mano, así que fue Edward quien le abrió la puerta y la ayudó a subir. Una vez dentro se sentó frente a ella al otro lado de la cabina. El repentino traqueteo les indicó que estaban en movimiento.

—Ese vestido que llevas es precioso, ¿también lo has hecho tú? —comentó Edward para romper el hielo.

—No, este no. Me lo regaló mi madre el año pasado para que lo llevara en la fiesta de debutante de Ann Gardner. Es obvio que quería que atrajese algún pretendiente con él —explicó Violet y puso los ojos en blanco.

—Supongo que no salió como ella planeaba —aventuró él.

—¿Has estado alguna vez en Plymouth? —preguntó Violet y Edward negó—. Entonces permite que te ponga al corriente: en esa ciudad no hay muchas opciones para elegir que merezcan la pena, ¿sabes? La mayoría de hombres son... pusilánimes.

El comentario hizo reír a Edward, que entendió en el acto lo que la joven quería decir. Conocía bien a ese tipo de hombres, abundaban en la capital: caballeros tan pulcros y exquisitos que habían perdido cualquier atisbo de hombría. Ni cabalgaban, ni cazaban, ni se ensuciaban, ni hacían nada que no fuera ir a bailes, o al banco, o al club.

—Deduzco por tus palabras que no un deseas a un hombre así —dijo.

—¡Por supuesto que no, antes me quedo soltera para siempre! —resopló Violet—. Puedes llamarme ridícula si quieres, pero si no es con un hombre como yo no me casaré. Quiero amarlo con locura y que él me ame igual. Quiero alguien a quien poder hablarle de mis sueños e ilusiones, con quien poder hacer cosas que se salgan de la norma sin sentirme culpable... Ninguno de los caballeros de Plymouth se acercaba siquiera.

—Tal vez tengas las expectativas muy altas —señaló Edward.

—O tal vez los hombres ya no son tales —rebatía Violet.

De nuevo su respuesta causó la risa del duque. Hablar con Violet era refrescante, se alejaba por completo al pensamiento de las jóvenes de su edad, o de cualquier dama de su clase social si era más exacto. Ninguna joven casadera de buena posición rechazaría un buen partido, y los buenos partidos solían ser justo lo que ella definía: aburridos, sosos y predecibles. Oírla renegar de esa pauta que tanto agradaba a las señoritas mimadas le gustó. No supo por qué, pero quiso seguir escuchándola, oír sus opiniones sobre cualquier tema, y las palabras acudieron a él sin poder evitarlo.

—Conocerás bien a los hombres para ser tan rotunda en condenarlos —afirmó—. ¿Qué experiencia tienes con ellos?

—No veo cómo eso es relevante —dijo Violet y sintió que le ardían las mejillas.

«Y aquí está el *quid* de la cuestión», pensó Edward y reprimió una sonrisa.

—Lo es si queremos triunfar, Violet.

Antes de que la joven pudiera responder, el carruaje frenó de forma brusca y Oliver les abrió la puerta. Habían llegado, y Violet agradeció internamente la interrupción. No tenía ninguna gana de ahondar en esos temas y, ahora que el duque había bajado del carruaje para ofrecerle la mano y llevarla a Dios sabía dónde, rezó para lograr entretenerlo con otro tema y que no hiciera más preguntas. Sin embargo, la sonrisa en el rostro de Edward le pareció inocente mientras la conducía por la acera hasta detenerse frente a un escaparate bien decorado. Al verlo, Violet sonrió.

—Bienvenida a *Madame Rossbound*, la *boutique* más antigua de todo Londres —anunció Edward—. Supuse que traerte aquí cumpliría un doble propósito: primero, comprarte algunos vestidos para impresionar al elegido y, segundo, que puedas ver cómo funciona el interior de una tienda como esta.

—¿Por qué?

—Ya que tu sueño es abrir una casa de diseño y costura me pareció adecuado.

Violet le miró en silencio y por segunda vez esa mañana sintió que sus mejillas ardían. Aquel era un gesto desinteresado del duque hacia ella, y su corazón saltó al darse cuenta de que Edward había tenido en cuenta sus deseos y recordado sus palabras. No le impresionaba que quisiese comprarle vestidos, sí que pretendiese ayudarla con su sueño.

Su voz masculina y rasgada la devolvió a la realidad.

—¿Entramos? —dijo Edward.

—Claro, entremos —asintió Violet.

\*\*\*

*Madame Rossbound* era una maravilla. A diferencia de las tiendas de la cadena *Stuart's*, de una sola planta inmensa al más puro estilo de centro comercial, el lugar constaba de tres pisos unidos por una elegante escalera de caracol con barandilla dorada. Cada una se dedicaba a una labor distinta: la superior era para los caballeros, la intermedia, para la lencería y corsetería, y la inferior, exclusivamente para las damas. Violet supuso que el taller estaría en el sótano, que allí coserían y arreglarían la ropa. Se moría por verlo todo y, como si intuyese lo que estaba pensando, Edward le pidió a la empleada que se lo mostrara mientras él pagaba la ropa que habían adquirido.

Apenas pasaron unos minutos, pero Violet se perdió en un mar de máquinas de coser, rulos de telas de colores, mesas de patronaje y maniqués de madera. Al regresar al piso superior tenía los ojos relucientes de alegría.

—Gracias, Edward, significa mucho más de lo que crees. —Fue lo único que dijo.

—Ni lo menciones, no ha sido nada.

Una gran sonrisa resplandecía en su cara de forma imborrable, y para el duque valió la pena el gasto y la visita a la *boutique* por verla brillar así. Era sorprendente, pero un gesto tan pequeño como entrar en el sótano de una tienda de ropa valía más para ella que si le hubiese comprado un collar de diamantes. Solo cuando llegaron a Braithbury Hall y estuvo a solas con las compras que reposaban sobre su cama aún guardadas en sus cajas, Violet se permitió un pequeño gritillo emocionado. Sentía un remolino de emociones. No supo qué lo provocaba, si los nervios por acudir a la ópera, le alegría de haber visitado la tienda, o la conversación inacabada que había mantenido con Edward en el carruaje. Se ruborizó con solo recordarlo y parpadeó para alejar esas ideas.

«Suficiente, Violet, eres una mujer adulta», se recordó. «No puedes dejar que una simple

conversación te afecte, y mucho menos que un hombre como él te afecte». No había olvidado la charla que escuchó de las Greenbach. Edward Barnett sabía bien como moverse entre las mujeres y, aunque había sido amable y generoso con ella, no pensaba dejarse deslumbrar por un hombre como él, al que ni siquiera le interesaba ella. «Si quiero triunfar tengo que ceñirme al plan y controlarme», se dijo.

Ya solo faltaban dos días para el sábado, así que solo podía esperar y ver.

\*\*\*

El ansiado día llegó más rápido de lo que Violet había supuesto. Abriendo la puerta de su dormitorio se abrió aquella tarde para revelar a su madre, casi saltó sobre su asiento. Estaba enfrascada con los lazos de su escote cuando Edith se acercó con una sonrisa.

—Espera, hija, deja que te ayude —dijo y se hizo cargo de los lazos—. Tengo que decirlo, Violet, esta vez te has superado a ti misma, estás preciosa.

—Gracias, madre, viniendo de ti es un gran cumplido —contestó Violet y dio un respingo cuando la mujer dio un tirón para apretar los nudos—. No te preocupes, no vas a quedar decepcionada. Volveré con un pretendiente, te lo prometo.

—¿Tan segura estás de eso? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Violet se mordió los labios. ¿Qué podía decir? «Oh, bien, la verdad es que mi tutor va a lanzarme a los brazos de un desconocido para que ambos quedemos libres de una boda arreglada». Desde luego, sería lo último que su madre querría oír. Suspiró.

—Lord Barnett me animó. Digamos que me ha hecho ver las cosas con perspectiva.

—¿Perspectiva? —repitió su madre.

—Supongo que necesitaba el punto de vista de un hombre para entenderlo, es todo —admitió Violet con una sonrisa. No había mentira en lo dicho, al fin y al cabo.

—En tal caso me alegro por ti, hija.

Sin esperar respuesta, Edith la abrazó, y Violet cerró los ojos al devolver el gesto. Podía ser que su madre fuese insistente con sus normas y manías, pero la quería mucho. Siempre había sido un pilar para ella a pesar de sus opiniones tan distintas, y no quería decepcionarla. Solo esperaba que cuando aquel asunto terminase estuviese orgullosa, que la viera por lo que era y no por lo que esperaba que fuera.

—¿Me ayudas a elegir las joyas? Es mi primera aparición entre la alta sociedad y debo impresionar al *Beau monde*, ¿no? —dijo Violet. «Además, hoy no contaré con la reina Victoria para acaparar toda la atención, debo aplicarme».

—Por supuesto, Violet, verás qué elegante vas a estar —asintió Edith.

Como si de un ritual sagrado se tratase, madre e hija pasaron la siguiente media hora eligiendo pendientes, gargantillas y diademas que hiciesen juego con el vestido. Edith sonrió enternecida al ver que su hija al fin había dado el brazo a torcer, y Violet se dejó decorar como un arbolito de navidad, feliz de complacer a su madre.

Una vez satisfecha con su aspecto, Edith la giró para que se viera en el espejo, y Violet sonrió. Estaba radiante. Una pequeña voz en su interior se preguntó qué pensaría Edward al verla. ¿Le gustaría, o pensaría que iba muy recargada? El pensamiento le hizo recordar la hora, así que elevó los ojos hacia el reloj de cuco. Las seis, el momento de la verdad había llegado. Las voces de sus hermanas se escuchaban en el pasillo y, por lo emocionada que sonaba Rose, Violet dedujo que su tutor había llegado. Un par de toques sobre la puerta la sacaron de dudas.

—Señorita, el coronel Barnett la está esperando abajo —anunció Beatrice.

—Muy bien, puedes decirle que ahora mismo bajo.

Dicho aquello la sirvienta cerró la puerta y Violet se permitió un suspiro. Estaba más nerviosa de lo que admitiría y, como si supiera lo que pensaba, su madre la abrazó.

—Tranquila, Violet, vas a pasarlo muy bien esta noche —dijo Edith—. Tú solo no te cierres a las oportunidades que se presenten, sé que algún caballero te atraerá.

—Estoy segura, madre —asintió ella y volvió a suspirar—. Bueno, creo que debería bajar ya, no quiero hacer esperar a Edward.

—Por supuesto, ve y pásalo bien en la ópera, hija.

Violet asintió por toda respuesta y cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, Edith sonrió. Conque ahora lo llamaba «Edward» con naturalidad y confianza. Parecía que su hija se estaba esforzando mucho por aparentar, pero ella sabía de qué pie cojeaba. Que tratase con todas sus fuerzas de buscarse un pretendiente la uniría al duque Barnett. Violet era idealista y romántica y, sin saberlo, se estaba acercando poco a poco a él. «Pronto se cumplirán nuestros sueños, Thomas, solo dale un poco más de tiempo.»

Con ese último pensamiento, la señora Stuart cerró la puerta y salió de la habitación.

\*\*\*

El sonido de tacones a su espalda le hizo volverse. Violet estaba en medio de la escalera y se veía absolutamente radiante. Tras sus dos encuentros anteriores no tenía dudas de sus dotes como costurera, y más que nunca entendió la petición que le hizo aquella noche, Violet sabía muy bien lo que hacía con el hilo y la aguja. Su vestido era de color berenjena brillante, la tela, de tafetán puro. El cuerpo y la falda eran lisos, mientras que el centro del corpiño y la capa interior de la falda mostraban un patrón de rosas en verde esmeralda en lo que parecía ser terciopelo, quizá ante.

El diseño enfatizaba sus curvas: se ceñía en su cintura y se abría como una rosa más abajo. Además, como si le hubiese leído la mente, Violet había destacado el escote para lucir bien el pecho. Se le secó la garganta al reparar en eso. Llevaba el cabello recogido en un complejo moño bajo del que colgaban varios rizos, y en el cuello solo lucía una cadena fina de oro. Un par de pendientes de esmeraldas y unos guantes de satén completaban el atuendo.

Cuando llegó a su altura, Edward se inclinó y le besó la mano.

—Desde luego, no voy a tener ni que esforzarme para que atraigas las miradas de todos los hombres del lugar... brillas como un diamante, Violet —declaró.

—Muchas gracias, me alegro de que lo pienses. Admito que estoy un poco nerviosa.

—No tienes por qué, estás preciosa —aseguró Edward.

Dicho aquello le ofreció el brazo, que Violet estrechó para caminar en dirección al carruaje que aguardaba a las puertas. Al ver que no decía nada, Edward volvió la cabeza hacia ella. Estaba sonrojada y tenía la respiración agitada. Debía calmarla y, cuando se sentó a su lado en el carruaje, entrelazó sus manos y la estrechó con fuerza.

—Sé que estás nerviosa, pero confía en mí cuando te digo que no es mi intención hacerte sentir incomoda —aseguró—. En cuanto crucemos las puertas del teatro tendrás muchos ojos sobre ti, pero aquí se trata de jugar, de aparentar, ¿me entiendes?

—Perfectamente. Cuanto antes atraiga a un caballero antes terminará la farsa y podré ignorar todo esto, aunque para llegar hasta eso tenga que mostrar un poco de carne —dijo Violet—. No te preocupes, sé que solo es una actuación, podré vivir con ello.

—Pase lo que pase ten presente que voy a cuidar de ti. No tienes nada que temer, Violet,

nunca te lanzaría a los brazos de un imbécil o un perverso —aseguró Edward y ella clavó los ojos en él—. Me crees, ¿verdad?

La joven le miró fijamente y él le devolvió la mirada. Nunca se había fijado en lo cálidos que eran sus bellos iris verde oliva o en las pecas que rodeaban su nariz.

—Violet, ¿me crees? —insistió Edward.

—Te creo.

Era la verdad. Algo en su voz le dijo que no la estaba engañando, y sus labios se elevaron en una pequeña sonrisa que el duque devolvió. Al notar sus ojos sobre ella, Violet apartó la mirada y la clavó en la ventanilla. Sentía el calor de la mano masculina traspasarle el guante y su aroma le inundaba los sentidos debido a la cercanía. Edward olía muy bien, a maderas almizcladas y algo frutal, mandarina, quizá. Le gustó, pero reprimió el impulso de acercar el rostro a su cuello y se centró en el paisaje. Habían salido de Belgravia y cruzado Piccadilly, así que no faltaba mucho para llegar al Royal Opera House. Su pulso se aceleró al darse cuenta y soltó aire para calmarse.

Un par de minutos después, Oliver frenó, se adelantó para abrir la puerta y permitir que el duque descendiese para tenderle la mano a Violet, que la estrechó con la cabeza en alto. Edward se puso el sombrero de copa, y juntos, duque y dama subieron las escaleras del teatro real de Londres para dar comienzo la función.

\*\*\*

Era la primera vez que Violet ponía los pies allí, apenas cruzaron las puertas sus labios se abrieron. Las arañas de cristal iluminaban el amplio *hall* con el destello de cientos de velas que refulgían sobre las joyas de las damas que abarrotaban el lugar; y entre el lujo, la pompa del ambiente cargado de humo de tabaco, y el ruido de cientos de voces a la vez, se sintió abrumada. Tanto, que urgió a Edward para conducirlo a las escaleras que llevaban al piso superior. Se moría de curiosidad y quería salir de allí. Al notar su premura, el duque se permitió una leve risa.

—Tranquila, no hay prisa —dijo—. Créeme si te digo que cuando empiece la obra no vas a tener ganas de apresurar las cosas.

—Tal vez prefiera empezar cuanto antes —contestó ella.

—¿Ansiosa?

—Siento curiosidad —corrigió Violet y sonrió—. Si de verdad vamos a hacer esto, al menos disfrutemos de lo que sea que la ópera tenga que ofrecer.

—¿Es tu primera vez? —se sorprendió Edward y ella asintió—. Oh, entonces va a ser divertido. La ópera y el ballet levantan pasiones: o las odias, o las amas, aunque algo me dice que tú serás de las segundas.

—No tengo la menor duda, coronel Barnett —afirmó ella con una suave risa.

Él sonrió y cedió a sus ademanes para comenzar a abrirse camino entre la multitud hacia el piso superior, donde se situaban los palcos. Mientras andaban, Violet observó a la multitud y se preguntó cuál de todos esos hombres sería el indicado para ella. Los había de toda clase: altos, fuertes, bajos, con uniforme militar... Parecía que toda la flor y nata Londinense estaba allí esa noche y cuando Edward se detuvo frente a una de las puertas, regresó a la realidad. El paje revisó sus invitaciones antes de permitirles el paso.

—Que disfruten de la obra, lord Barnett y señorita Stuart —dijo.

«Muchas gracias», dijeron a la vez mientras entraban al palco.

El suyo era el número 8, uno de los mejor situados, así que apenas se sentaron Edward tomó

el pequeño par de monóculos que había junto a su asiento y recorrió los palcos con la mirada. Reconoció a muchos conocidos de la familia y amigos lejanos: la madre de Clifford y Raymond y madrina suya, la vizcondesa viuda de Earnswick, los duques de Cloverfield, los marqueses de Marshforth... También entrevió a la familia Greenbach al completo: el padre, la madre y sus hijas, Claire y Francine. Al verlas se le encogió el estómago. No encontraba agradable restregarle su presencia con Violet a las jóvenes que tanto él como su hermano William habían rechazado.

Estaba a punto de soltar los prismáticos cuando sus ojos toparon con un hombre al que hacía años que no veía. Nada más fijar sus iris en él, una sonrisa se instaló en sus labios. Allí estaba, ese era el elegido para Violet, no admitiría a otro: lord Lincoln Penley, futuro conde de Winslow. Ah, ¡les había sonreído la suerte! Ese hombre, apenas un año menor que él, era un papanatas de manual, un idiota, un incauto del que todo el mundo se aprovechaba. O al menos así había sido en su adolescencia. No podría confirmar si había madurado o no hasta no hablar con él, así que se aseguraría de presentárselo a Violet durante el interludio de la obra.

—¿Qué es tan interesante? —inquirió la joven de repente.

—Nada, no te preocupes, te lo diré más tarde. Ahora disfrutemos de la obra.

Violet no le creyó, pero ya que el telón estaba subiendo se mordió la lengua y no añadió nada. Solo cuando la música comenzó a inundar el teatro centró su atención en la historia. Era la primera vez que acudía a la ópera, e «*Il Campanello*», le sacó más de una sonrisa con su disparatada comedia. Estaba al punto de llorar de risa cuando el telón bajó para dar pie al descanso, y volvió la cabeza hacia Edward para encontrarle mirándola con una expresión divertida.

—Me alegro de haberte traído, ¿sabes? Tal vez no sea tan mal tutor después de todo. Incluso si no nos hubiese sonreído la suerte, que lo ha hecho, ha valido la pena venir por ver tus reacciones —confesó Edward—. Nunca he sido amante de la ópera, pero admito que se disfruta más en compañía de alguien que la ve por primera vez. Quedo en deuda con usted por acompañarme, bella dama.

—Y yo le tomaré la palabra, caballero —contestó Violet en claro tono de broma, después se desperezó, cansada—. ¿Podríamos ir a estirar las piernas? Creo que me vendrá bien un poco de aire fresco, estoy entumecida.

—Tendrás todo el aire fresco que quieras después, al fin ha llegado tu momento.

Violet abrió los ojos desmesuradamente, tras procesar las palabras se levantó con el corazón a punto de salirse por la garganta. «Puedes hacerlo, Violet, es todo fingido», se repitió para darse ánimo. Al ver que no le seguía, Edward se volvió.

—¿Vamos? —animó.

—Sí, sí, lo siento, vamos.

El duque extendió su brazo, y una vez con ella a su lado salieron del palco en dirección a la pequeña sala de descanso que había en el rellano. Edward sabía que Lincoln estaría allí. Al igual que tantos otros hombres, incluido él mismo, no rechazaba nunca la ocasión de fumarse un buen puro o una pipa. A medida que se acercaban, Violet comenzó a observar a los caballeros, y cuando su curiosidad alcanzó el punto máximo carraspeó y rompió el silencio.

—¿Cuál de ellos es mi objetivo? —Quiso saber.

—Aquel de allí, junto a la columna que tiene un farol —señaló Edward.

—¿El alto y moreno?

—Ese mismo —confirmó el duque mientras se acercaban, después bajó la voz—. Presta atención, su nombre es Lincoln Penley, el futuro conde de Winslow.

El comentario sorprendió a Violet, que volvió la cabeza de forma brusca.

—¿Un conde, estás loco? —masculló—. ¿Cómo se te ocurre que voy a desairar...?

—Sssh, calla y déjame terminar —cortó Edward—. No te preocupes por su estatus, Lincoln es un ingenuo, lo conozco desde que éramos niños. Nunca te haría nada, no dañaría ni a una mosca. Lo he elegido precisamente por eso, porque es un soñador romántico, un papanatas.

—¿Es amigo tuyo?

—En absoluto, pero solíamos ir juntos al internado. Es un año más joven que yo, de la edad de mi hermano Theodore, así que hemos coincidido en muchas ocasiones.

—Muy bien, ¿y qué puedo decir para impresionarlo? —inquirió Violet con la vista fija en el tal Lincoln—. Si tanto lo conoces sabrás de qué pie cojea, sus gustos y todo eso.

Edward no respondió enseguida, se quedó en silencio mientras hacía memoria. No había visto a Lincoln desde hacía años, pero si mal no recordaba le atraían los números, la música y el arte, tareas manuales que implicaban poco esfuerzo físico.

—Creo que te entenderás con él, háblale de música y pintura y lo tendrás en el saco —señaló el duque—. Si te quedas en blanco méncioname a mí y acudiré en tu rescate.

—¿Eso no lo predispondrá en mi contra? —dudó Violet.

—Tendrás que arriesgarte.

—O improvisar.

—Sí, o improvisar —concedió Edward con una sonrisa—. Sea como sea está en tus manos. Vamos, no lo retrases más, piensa en que gracias a él accederás a tu fortuna.

«Y a mi libertad», completó Violet mentalmente mientras se alejaba de Edward con la vista fija en el otro hombre. A medida que se acercaba lo observó con detalle. El futuro conde de Winslow era, como ella misma había dicho, alto y moreno, de porte atlético y hombros anchos. En cuanto al físico no había ninguna queja posible. Tenía el cabello negro, ondulado y corto, peinado hacia un lado para domar sus rizos. No llevaba barba, sí bigote y patillas, y un par de cejas rectas y masculinas enmarcaban sus ojos grises.

Tan distraída estaba con su análisis que no se dio cuenta de lo cerca que estaba hasta que chocó contra él, que derramó la ceniza del cigarro que sostenía sobre su vestido, el cual se ennegreció y arrugó para disgusto de Violet. ¡Un tafetán glorioso, arruinado!

Al darse cuenta de lo que había hecho, Lincoln jadeó, perplejo.

—Oh, Santo Dios, ¡lo lamento muchísimo, señorita, no la he visto! —exclamó—. ¿Está usted bien, se ha quemado?

—No, no se preocupe, caballero, el único que ha sufrido daños ha sido mi vestido, yo estoy perfectamente —contestó Violet—. En realidad, soy yo quien debe disculparse, estaba tan distraída que he chocado de frente con usted.

—No tiene por qué, ha sido culpa mía, me haré cargo de todo el arreglo, señorita. Dígame cómo se llama y permítame compensarla —dijo él y de pronto exclamó—. Pero bueno, ¡qué modales! Ni siquiera me he presentado. Me llamo Lincoln Penley, ¿y usted?

—Soy Violet, Violet Stuart.

Su respuesta les sorprendió a ambos, al conde porque reconoció el apellido, y a ella porque ignoraba que él lo reconocería. Lincoln no había aludido a su linaje al presentarse, así que Violet tendría que fingir que no lo sabía y tratarlo como a un caballero y no como a un noble. Ajeno a su debate interno, Lincoln elevó las cejas.

—¿Es usted familia del señor Thomas Stuart? ¿el empresario? —inquirió.

—En realidad, él prefería que lo llamaran por su rango militar. Y, en respuesta a su pregunta, sí, era mi padre —asintió Violet—. ¿De qué lo conocía, si puedo preguntar?

—Hicimos negocios antes de que partiese a la India, hará unos cinco o seis años. No sabía

que su hija vivía en Londres, pero me alegro de conocerla, señorita. Como ya he dicho, debo hacerme cargo de mi error, uno que espero no haya causado una mala primera impresión.

—En absoluto, señor Penley. ¿Cómo es eso que dicen? «Mejor pedir perdón que permiso», ¿no está de acuerdo? Tal vez este incidente sirva para algo —comentó Violet con una sonrisa—. Así que dígame, ¿qué propondría usted para compensarme?

—Para empezar, pagarle el arreglo del vestido, y si es insalvable le compraré otro —contestó Lincoln—. Además, si no es mucha presunción me gustaría invitarla a la regata en la que participará mi familia en unos días. Como usted dice, el incidente ha de servir para algo. Es aquí en Londres, así que no tendría que viajar si le supone un...

—Iré encantada, señor Penley —interrumpió Violet y parpadeó un par de veces al notar lo precipitada que había sonado, así que se apresuró a remediar su error—. Bueno, quiero decir, nunca he asistido a una regata... pienso que será muy interesante.

—Todo un espectáculo —afirmó una voz a su espalda.

Ambos se volvieron para encontrar a Edward mirándolos con una sonrisa y los brazos cruzados. Sostenía un cigarro, pero se lo llevó a la boca para tenderle la mano a Lincoln a modo de saludo. El futuro conde la estrechó con los labios fruncidos y una expresión indescifrable. Violet no supo si lo estaba fulminando o evaluando.

—Barnett, qué sorpresa verte, nunca te ha gustado la ópera —dijo.

—Qué puedo decir, Penley, mis intereses no han cambiado lo más mínimo. Si he venido es por la dama que tienes delante, se moría por ver la obra —contestó Edward y se giró hacia Violet—. Señorita Stuart, no sabía que conocía al futuro conde de Winslow.

—Ni yo que ustedes dos se conocían entre sí, coronel Barnett —mintió ella.

Entonces fue turno de Lincoln de mostrarse confuso. Tenía las mejillas sonrosadas como si le hubiesen atrapado en medio de una travesura, y pasó sus claros ojos grises de uno a otro con suspicacia, antes de aclararse la garganta y fulminar a Edward.

—El duque Barnett y yo nos conocemos desde nuestra más tierna infancia, señorita —explicó antes de volverse hacia ella—. ¿De qué lo conoce usted?

—El coronel es tutor de mis hermanas y mío, así lo estipuló mi padre antes de morir —contestó Violet visiblemente incómoda.

—Conque su tutor, ya veo. Asumo que hasta el matrimonio, ¿cierto?

—Así es.

—En tal caso será mejor que encuentre a un caballero que cuide de usted de la forma adecuada, señorita Stuart. No es bueno para una dama vivir bajo la tutela de alguien tan inconstante como lord Edward Barnett. Si lo desea puedo acompañarla a tomar el aire a la terraza para explicarle las sutiles diferencias entre lo que es indicado y lo que no.

«Oh, sé cómo pensar por mí misma, gracias», pensó Violet internamente irritada. Después miró a Edward, que, si bien parecía serio, escondía una sonrisa en su fuero interno. El plan estaba saliendo a pedir de boca, justo como él había imaginado. Lincoln Penley no había cambiado nada con los años, y la mejor táctica para engancharlo a Violet era dejarlo con la miel en los labios. Despertar su interés poco a poco.

—Me temo que la valiosa lección tendrá que ser otro día, Penley, la señorita Stuart me debía a mí ese paseo —dijo y le tendió la mano a Violet—. ¿Nos vamos, querida?

—Sí, deme solo un minuto —asintió ella y se giró para despedirse de Lincoln—. Lord Penley, ha sido un placer. Espero con entusiasmo la llegada de esa regata.

—El placer es todo mío, señorita, también ansío que llegue el día —dijo él—. Por favor, escríbame con el costo de los gastos de la tela, se lo compensaré.

—Lo haré. Que pase buena noche, caballero.

Después, Violet tomó la mano que Edward le ofrecía, antes de que este inclinara la cabeza a modo de despedida, gesto que Lincoln imitó con tirantez. Solo cuando estuvieron solos en la terraza y a salvo de oídos indiscretos, Violet se permitió volver a respirar con normalidad. Edward sonrió y la joven devolvió la sonrisa. Por suerte, el elegido para interpretar su pequeña charada no le desagradaba. Lincoln Penley era todo un caballero, y Violet supuso que, si jugaba bien sus cartas, todo saldría bien. A fin de cuentas, cada cosa tenía una finalidad, y enamorarse no era una de ellas.

## Capítulo VI

### *Gasa marfil*



Cuando la carta de Lincoln llegó, Violet estaba desayunando pastas y té en el salón junto a sus hermanas, pero al ver el remitente escrito en el sobre se apresuró a encerrarse en el despacho de Edward, que en ese momento estaba vacío. El duque había salido hacía rato, así que no la atraparía. Con el pulso ligeramente acelerado, la joven tomó un abrecartas del cajón y rompió el sello para sacarla y leer el contenido. No sabía qué esperar, pues, tras volver al palco para terminar de ver «*Il Campanello*», no habían vuelto a toparse con el futuro conde de Winslow. Ni siquiera un vistazo. ¿Se arrepentiría de su ofrecimiento, o estaría ansioso por volver a verla? Solo había una forma de averiguarlo.

Violet desdobló el lujoso papel y leyó con atención.

*Estimada señorita Stuart,*

*Deseo disculparme por mi desafortunado comportamiento de ayer. No solo por arruinarle el vestido, sino por las palabras que le dediqué después a su tutor. Si me permite serle sincero, admito que mi relación con el coronel Barnett no ha sido la mejor. Sé que los años cambian a la gente, y si él ha madurado lo suficiente como para aceptar su tutoría, tal vez lo he juzgado de forma prematura. Pretendo enmendar mi error, y espero que esta disculpa sea el primer paso para entablar una relación cordial con su familia.*

*Sin embargo, no es a su familia a quien deseo acercarme. Confieso que me alegró mucho conocer a alguien como usted, Violet, su espontánea respuesta a mi invitación me hizo encontrarme ansioso por volver a verla. Por supuesto, si aún desea acudir, la regata es este domingo en las Docklands, en la rivera norte del Támesis, no hay perdida. Le adjunto además una invitación al cocktail privado que celebran las familias participantes. Puede acudir acompañada de lord Edward si lo desea, nunca la pondría en una posición incómoda o que comprometiese su reputación.*

*Sobre el arreglo, a riesgo de parecer atrevido, me he tomado la libertad de preguntarle a mi madre el coste de un vestido de gala. Me ha dicho que lo usual, si es de buena tela, asciende a 120 libras... Así que me he tomado la libertad de adjuntarle 200 en esta carta. Tómese la diferencia como una disculpa hacia su costurera.*

*Espero que el domingo llegue pronto, me encuentro ansioso por volver a verla.*

*Sinceramente, lord Lincoln Penley.*

Violet comprobó el contenido del sobre y encontró los susodichos billetes de 50 libras y una invitación en papel charol sellada. Se le abrieron los labios por el asombro. ¿Tanto había impresionado al futuro conde, o acaso pretendía comprar su afecto? Estaba perpleja. Sin embargo, no pudo seguir pensando en ello antes de que un par de toques sobre la puerta hiciesen que apartase la vista del papel. Su corazón dio un vuelco y se apresuró a guardar la misiva a toda velocidad, pero al ver que era Rose se calmó lo suficiente para esconder el sobre entre los pliegues de su voluminosa falda. Ajena a todo, la adolescente la miró con una gran sonrisa y le hizo un gesto.

—¡Vamos, Vivie, apresúrate! —exclamó contenta.

—¿Apresurarme? —repitió Violet—. ¿Por qué tanta prisa, hermanita?

—Edward nos está esperando fuera, ¡y ha traído caballos! Creo que quiere llevarnos de paseo, aunque no me preguntes dónde, porque no tengo ni idea.

—¿Hablas en serio?

—Sí, sí, los he visto amarrados en el poste delantero de la casa, ¿no es increíble? —asintió Rose y la tomó de la mano para conducirla hacia la puerta—. Ay, hermana, ¡Edward es el mejor tutor del mundo! Me alegro de que padre nos dejara a su cuidado, ¿no crees?

—No está tan mal como pensé en un principio —admitió Violet.

Rose resopló mientras salían al pasillo y estiró el pie para cerrar la puerta. Después miró a su hermana mayor con una expresión burlona.

—¿Qué no está mal? Desde luego, madre estará muy complacida con tu modestia. ¡Es guapísimo, Vivie! Y no solo eso, sino que es divertido y simpático —declaró Rose—. Si tuviera cinco años más intentaría casarme con él yo misma.

—¡Rosie! ¿Has vuelto a leer las novelas románticas de Camelia?

—Un par, o bueno, tal vez algunas más —admitió la chiquilla—. Pero no puedes culparme, ¡el amor es una cosa tan maravillosa que quiero que me ocurra cuanto antes!

Ambas se miraron y rompieron a reír para asombro de las criadas que se afanaban en limpiar el recibidor de Braithbury Hall. Solo recobraron la compostura cuando cruzaron el camino de piedra que conducía a la verja principal. Tal como había dicho Rose, Edward estaba plantado allí junto a dos grandes caballos. Camelia estaba sentada en la silla del más pequeño mientras conversaba con el duque, que le acariciaba el cuello al animal. Al oír sus pasos volvió la cabeza y elevó los labios en una gran sonrisa.

—¡Aquí están las dos gemas que faltaban en mi corona! —comentó y se inclinó en una reverencia que Rose devolvió con una ligera risa—. Al fin llegáis, estaba empezando a pensar que ibais a dejarme plantado.

—¿Y perdernos una oportunidad de librarnos de las labores de madre? No lo creo —bromeó Rose—. ¿Adónde nos vas a llevar, Edward?

—De picnic, mi estimada Rose, de picnic. Aunque no preguntes dónde, porque no pienso estropearla la sorpresa —contestó él mientras le ofrecía la mano.

Violet se rio ante la expresión amohinada de su hermana y, cuando el duque la subió a la silla

detrás de Camelia, miró al segundo caballo con una ligera sospecha. Acababa de reparar en que solo había dos monturas, la yegua palomina sobre la que estaban montadas sus hermanas y un gran purasangre blanco. Eso solo dejaba una opción para sí misma. Cuando Edward se volvió a mirarla con una sonrisa, Violet devolvió el gesto.

—¿Es tu caballo? —preguntó y señaló al semental.

—Así es, te presento a *Galán*, mi purasangre. Esa de ahí es *Mantequilla*, la yegua Hannoveriana que, desde hoy, puedes considerar tuya.

—¿Me la estás regalando? —repitió Violet incrédula.

—Dado que eres la única de tus hermanas a la que le gusta cabalgar, sí, es un regalo —asintió Edward y continuó al ver que ella iba a objetar—. Camelia me ha puesto al corriente sobre vuestras aficiones, así que no tienes que sentirte culpable por aceptarla.

Violet sintió que le ardían las mejillas. Primero, porque quién sabía qué secretos vergonzosos había revelado su hermana, y segundo, porque de nuevo él hacía conjeturas sobre ella, igual que en la fiesta de coronación de la reina Victoria. Se le aceleró el pulso con solo recordar el baile y lo sucedido en los jardines. Como si notase su nerviosismo, Edward le tendió la mano y amplió la sonrisa.

—¿Vamos? —animó.

—¿Pretendes que cabalguemos juntos? —dudó Violet.

—No veo más caballos por aquí, Violet, así que a menos que quieras ir en carruaje tendrás que montar conmigo —confirmó Edward—. ¿Te supone algún problema?

«A parte de lo indecoroso e impropio del asunto, ninguno», resopló ella en su fuero interno y estrujó la gasa color marfil de su vestido, tan fina que apenas los separaría.

—¡Vamos, Vivie, deja de ser tan remilgada y acepta, que quiero salir de una vez! —exclamó Rose desde la grupa de *Mantequilla*.

—Rosie, cuida esa lengua, señorita —regañó Camelia.

—No importa, Camelia, tiene razón —dijo Violet y suspiró.

Tras cruzar con él una mirada fugaz pasó el pie por el estribo e ignoró la mano que le ofrecía para subir y quedar sentada de lado, como toda buena dama. El duque se mordió los labios para ocultar una sonrisa y se acomodó detrás de ella. «Muy bien, si así van a ser las cosas, allá ella y su testarudez», pensó. Después, espoléó los flancos del purasangre y partieron rumbo al lugar que tenía preparado.

La travesía duró al menos media hora, y Violet se sintió viva al notar la brisa fresca revolverse en su cabello. Notaba el pecho de Edward contra su espalda como un duro y cálido recordatorio, y las manos del hombre sobre su cintura mientras sostenía las riendas. Él montaba a horcajadas, y ella, de lado, casi acomodada en su regazo. Un leve rubor le tiñó las mejillas, pero volvió la cabeza al frente para que él no lo viese. Sin embargo, lo hizo. Edward estaba disfrutando del viaje: Rose entonaba canciones verdes de taberna cuyo significado probablemente no alcanzaba a descifrar y que él ignoraba dónde había aprendido, Camelia estaba centrada en guiar a *Mantequilla* sin incidentes, y Violet evitaba su mirada como si escondiese algo. Sin embargo, si sus sonrojos eran un indicativo, no era difícil suponer de qué se trataba.

Eran un trío tan curioso como las flores que llevaban por nombre, y tan distintas la una de la otra. Eso lo afirmaba incluso conociéndolas desde hace tan poco tiempo. «Violeta, Camelia y Rosa, tres flores para tres damas», pensó Edward.

Al igual que la camelia, Camelia era inocente y pura, la más dulce de las tres. Sencilla, humilde y cariñosa, era una mujer que, de abrirse, volvería locos de deseo a los caballeros. Rose por otro lado era lo opuesto, tan apasionada e intensa como la flor que la nombraba. Alegre,

atrevida, espontánea y llena de vitalidad. Todo un reto para aquel que quisiera conquistarla cuando alcanzase la edad adecuada. Apenas tenía catorce años y ya apuntaba maneras: hermosa y con carácter, todo un vendaval. En cuanto a Violet, era un misterio. Como la violeta, se adaptaba a cada situación para sobrevivir y florecer, como demostró al hacerle aquella propuesta, o con su actitud hacia la caza de marido que pretendía Edith... pero a la vez se veía muy sencilla y hogareña. Sería todo un regalo para aquel que compartiera su vida con ella.

Que no sería lord Lincoln Penley, desde luego. Y tampoco él.

El mero pensamiento le irritó, así que centró su mirada en el paisaje para comprobar que estaban a las puertas de Holland Park. Satisfecho, tiró de las riendas y frenó a *Galán*.

—Señoritas, ya hemos llegado —anunció.

Las tres muchachas bajaron de los caballos y comenzaron a caminar.

\*\*\*

El paseo hacia el lugar que Edward había elegido no fue largo, cinco minutos en los que recorrieron un sendero que se adentraba en un bosquecillo con bancos y una cascada. Cuando llegaron al claro en el que el duque había depositado la tradicional manta de cuadros escoceses y una cesta de picnic, Violet sonrió, perpleja. No había imaginado que en Londres se pudiese encontrar un pedacito de naturaleza como aquel, lejos de las industrias que comenzaban a invadirla. No se molestó en ocultar su sonrisa cuando se acercó al gran roble junto a la manta para acariciar el tronco con devoción y, al verla, Edward supo que había acertado al traerla.

—¿Te gusta la sorpresa? —inquirió.

—Mucho más de lo que pensaba. No sabía que podía encontrarse tanto verde en Londres —admitió Violet—. Tal vez disfrute mi estancia aquí a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —repitió Edward.

Le sorprendió la elección de palabras y quiso saber qué verdad escondían, pero no pensaba sacarle las respuestas a la fuerza. Dejaría que se explicase.

—No es ningún secreto por qué dejamos nuestro hogar —dijo Violet—. Si mi padre viviese estaríamos en Plymouth luchando por librarnos de los emparejamientos y las fiestas de té de mi madre, y yo, cosiendo a escondidas en el desván de mi casa enfundada en bata y camisón.

—No está bien hablarle a un caballero de tus secretos más íntimos, Violet —dijo Camelia—. Lord Edward ha sido muy amable al invitarnos a venir, tal vez sería mejor disfrutar del picnic con temas más triviales.

—O tal vez deberíamos comer —intervino Rose, que se sentó sin esperar respuesta para abrir la cesta y soltar un grillo antes de volverse hacia Edward—. ¿Fiambre de pavo y jamón asado? ¡Nos consientes demasiado, Edward!

—En absoluto, no es nada que mis protegidas no merezcan. Creo que Camelia tiene razón, habrá tiempo de ahondar en secretos vergonzosos más adelante, ahora deberíamos disfrutar del picnic. Así que, señoritas, ¿me acompañan? —comentó él con una risa antes de fijar su atención en las dos mayores.

—Por supuesto, será un placer —asintió Camelia.

—¿Violet? —animó Edward.

La joven asintió y se sentó a su lado, quedando uno junto al otro frente a Rose y Camelia. La menor había sacado la mayor parte del contenido de la cesta, y Violet se sorprendió al comprobar que contenía no solo el mencionado fiambre de pavo y bocaditos de jamón asado, sino naranjas escarchadas y pastel de yema de huevo. Toda una delicia para disfrutar en una mañana tranquila

de picnic. Sus labios se elevaron sin poder evitarlo, y estaba a punto de hablar cuando Rose se le adelantó.

—Me alegro mucho de que seas nuestro tutor, Edward. ¡Un caballero rico y guapo como tú debería estar en fiestas y bailes buscando esposa, en vez de cuidando de unas solteronas como nosotras! —comentó con la boca llena de jamón.

El comentario causó la risa del duque, que la miró asombrado. Esa chiquilla era maravillosa: tan espontánea, alegre y sincera. Hablaba con confianza y sin ningún filtro, como si fuese varón y un buen amigo. Edward no le permitiría tales afirmaciones sobre sí mismo a nadie que no fuesen sus hermanos, Clifford o Raymond.

—Creo que estáis muy lejos de ser consideradas solteronas, Rose —contestó—. Y, para saciar tu curiosidad, te diré que prefiero estar aquí que buscando esposa.

—¿De verdad? —inquirió Violet sin poder contenerse. Aquello chocaba con lo que había sido su parte del trato aquella noche: buscar a una mujer elegida por él.

—Sí, que el tema me había no es ningún secreto.

Violet fijó sus orbes oliva en los de Edward, verdes claros, y entendió que era un tema espinoso. Recordaba su conversación en los jardines, lo que dijo que de verdad ansiaba su corazón, así que decidió cambiar de tema para no ponerlo de mal humor. Tenía que admitir que él se estaba comportando y no quería ofenderlo. Su tono fue más relajado y amistoso cuando se decidió a romper el silencio.

—Supongo que, acostumbrado a un lugar tan cálido como la India, Londres debe parecerse un pantano horrible, verde y húmedo, ¿verdad? —comentó Violet.

Edward guardó silencio y la joven se encontró tratando de adivinar qué le cruzaba por la mente en ese instante.

—¿Te gusta viajar, Violet? —inquirió de pronto.

—Desgraciadamente no he tenido ocasión de hacerlo, aunque mi mente lo hace a menudo a través de las páginas de los libros, así que puedes decir que soy una mujer de espíritu viajero, sí —contestó ella y sus ojos se iluminaron—. ¡Imagina la de cosas que podría hacer si viese lo que visten las damas del mundo! La seda viene de china y, el hilo de loto, de la India. Sé que allí llevan velos y ropas muy ligeras. ¿Cómo es aquella tierra, Edward? Tú que la has visto podrás contarme muchas cosas.

Los ojos del duque se iluminaron y reclinó la espalda para apoyarse contra el roble. Tenía la mirada clavada en la lejanía cuando habló.

—India es un país cálido, cierto, mucho más cálido que esto, pero es incluso más verde. Hay miles de colores por doquier: amarillos, rojos, turquesas, brillantes púrpuras... las flores huelen a pura vida, y los ríos refulgen como gemas —comenzó—. En cuanto a las gentes, como has dicho, visten muy diferente. Los varones usan falda, como las damas, aunque corta hasta las rodillas; mientras que ellas llevan trajes de dos piezas, un corpiño que cubre sus pechos a duras penas y unas faldas largas que les deja la cintura al aire.

—Ojalá pudiese verlo, parece magnífico... —suspiró Violet.

—Podría llevarte, si quisieras —contestó él y clavó sus ojos en ella.

Violet sintió que se ruborizaba al ver sus claros ojos verdes traspasarla. Se sorprendió queriendo ir con él. Se habían quedado mirándose como tontos y Camelia carraspeó y rompió la burbuja.

—Temo que eso solo será posible si el esposo de Violet lo permite —declaró—. ¿Sabe, Edward, que mi hermana tiene un admirador? Esta mañana le enviaron unas flores.

—¿De verdad? —Se sorprendió Violet, que no lo sabía.

—¿Quién las enviaba? —inquirió Edward.

—Lord Lincoln Penley, el heredero de los Winslow —contestó Camelia y mordió un trocito de pastel antes de mirar a su hermana—. Creo que regalarte un ramo ha sido un gesto muy amable por su parte, asumo que debiste impresionarlo mucho en la fiesta.

—Yo no diría tanto —negó Violet.

—¡Pues yo creo que es un soso! —exclamó Rose—. ¿Un ramo de rosas, de verdad? ¡Que aburrimiento! Violet, mejor cástate con alguien más entretenido o te petrificarás.

Todos a excepción de Camelia se rieron del comentario, y Edward se incorporó antes de fijar la vista en ellas,

—En realidad, ambas tenéis razón —declaró—. Violet impresionó a lord Penley en la fiesta, yo fui testigo. No me sorprende, siendo él, como dice Rose, tan soso.

—¿Qué hiciste Violet? —preguntó Camelia.

—Apenas hablamos un rato —admitió esta—. Me invitó a su regata familiar.

—No estarás pensando acudir, ¿no? —dudó Rose.

—Por supuesto que acudirá —insistió Camelia y fulminó a su hermana pequeña con la mirada—. No es cortés rechazar la invitación de un futuro conde. ¿Verdad, Violet?

La mencionada se mordió los labios antes de cruzar una fugaz mirada con Edward. Si había sido él quien había destapado la caja de pandora, ¿por qué ocultar lo que sabía?

—En realidad sí que iré, Rose. Lord Penley me ha enviado una nota muy amable, creo que le gusto —declaró.

—¡No, Vivie, que horror! —exclamó Rose.

—¿Puedo ver esa carta? —pidió Edward.

—Claro, no veo por qué no —asintió Violet y se la entregó.

Edward la leyó en silencio y, a medida que sus iris recorrían la perfecta y pulcra caligrafía de Lincoln, sus labios se elevaban. El plan estaba saliendo a pedir de boca. Incluso lo invitaba a acompañarla, lo cual pensaba hacer sin ningún tipo de duda. Tenía que comprobar por sí mismo en qué nivel estaban las dotes seductoras de Violet. Y eso lo vería en la regata, lejos de la pompa e influencia de una fiesta. Satisfecho, dobló la carta y se la devolvió a la joven antes de volver a sentarse.

—Bueno, señoritas, me muero por un poco de pastel —dijo.

Después, los cuatro disfrutaron de lo que quedaba de la mañana entre risas, dulces y confidencias, y Violet aprendió que después de todo, Edward era un hombre con el que valía la pena hacer un pacto que lo arriesgara todo.

## Capítulo VII

### *Faille y lino marinero*



La mañana de la regata se levantó soleada y ventosa, perfecta para su cita en las Docklands. Violet sonrió mientras ataba el último de los botones de su abrigo de punto. Estaba tan emocionada como una niña en una juguetería, pues, aunque su tarea primordial consistía en coquetear y acercarse a Lincoln Penley, quería disfrutar de las actividades. Nunca había estado en un evento así, y cualquier cosa que se saliera de la normalidad era una buena oportunidad de descubrir algo y divertirse. Además, se moría por ver los trajes que llevarían los caballeros participantes en la regata. Diseñar ropa masculina siempre le había encantado, si bien, al no tener hermanos varones no había podido poner sus ideas en práctica ni nadie con quien experimentar. Esperaba que eso cambiase pronto.

Cuando un par de toques resonaron sobre su puerta Violet abrió con una sonrisa, para encontrar a su madre y a Beatrice. En vez de entrar, le hicieron una seña para que se uniera a ellas en el pasillo, y la joven se dio una última mirada antes de salir.

—El coronel Barnett la está esperando abajo con Oliver —anunció Beatrice.

—¿Iremos en carruaje hasta el puerto? —Se sorprendió Violet—. Había esperado montar a mi yegua, dado que la distancia es corta y Edward... quiero decir, lord Barnett, me regaló el otro día a *Mantequilla*.

El comentario hizo reír a Edith, estaba tan feliz que no se molestaba en disimular. Al notar su ánimo Violet sonrió. Hacía meses que su madre no parecía tan esperanzada, desde antes de que les llegara la noticia de la muerte de su padre.

—Hija mía, qué ocurrencias tienes. ¿Acudir a caballo a un evento de alta sociedad? Es una suerte que lord Penley te haya invitado, viendo que no tienes ni idea de cómo actuar —comentó alegremente—. Verás, Violet, lo que tienes que hacer es poner tu mejor sonrisa y metértelo en el bolsillo. ¡Hasta puedes divertirlo con tus ideas alocadas!

—No me parecía tan descabellado... —Se defendió Violet y suspiró—. Está bien, no tienes

de qué preocuparte. En realidad, creo que la cita saldrá a gusto de todos.

—Dios te oiga, Violet, tú solo escucha lo que lord Penley te diga y sonríe.

—Bien dicho, señora Stuart, una hermosa sonrisa conquista hasta al más mojigato —asintió Beatrice.

La sirvienta detuvo sus pasos y Violet notó que estaban frente a la puerta principal. Tras un abrazo fugaz a su madre, la joven se apresuró a cruzar el camino de piedra que la separaba de la barandilla de hierro forjado y se detuvo al llegar junto a Edward. El duque estaba de espaldas, apoyado contra el costado del carruaje mientras fumaba. Violet carraspeó para hacerse notar y, al oírla, se volvió con una ligera sonrisa.

—Al fin llegas, estaba empezando a pensar que te habías echado atrás —comentó Edward y la miró de arriba abajo con el cigarro aún entre los labios—. ¿Lista para dar el segundo paso de nuestro plan, estimada socia?

—Más lista que nunca, socio. ¡Me muero por ir!

Edward sonrió ante la notoria emoción de Violet y tras tirar la colilla y aplastarla le ofreció la mano para ayudarla a subir al carruaje. Solo una vez sentados uno frente al otro volvió a romper el silencio.

—Me alegra tu entusiasmo, cuanto más determinada estés, más fácil resultará todo. Así que dime, ¿tienes claro lo que vas a hacer?

—En realidad pensaba ir improvisando, actuar en función de lo que haga él para ganar su favor sin que parezca muy premeditado —admitió Violet—. Nunca he estado en una regata, pero según tengo entendido es como una carrera de barcos, ¿no es así?

—Más o menos —confirmó Edward.

—¿Y Lincoln va a participar? Quiero decir, ¿va a estar dirigiendo el velero o...?

—¿Lincoln Penley, mojándose las manos? Por supuesto que no. Se quedará en el muelle animando a la tripulación mientras alardea de lo perfecto que es su navío.

—Parece que no le soportas —señaló Violet.

El duque se encogió de hombros, pero al ver que ella aguardaba, se explicó.

—Es una animadversión mutua, supongo. Lincoln y yo somos como el agua y el aceite, totalmente incompatibles —dijo—. Como te conté una vez, mis hermanos, él y yo estudiamos en el mismo internado. Fue a los dieciséis, cuando terminé los estudios básicos, que me fui a la academia militar y dejé de frecuentar el mismo ambiente que él. Allí finalicé mi educación e hice la carrera de oficial.

—Supongo que vuestras diferencias de pensamiento eran insalvables.

—No solo de pensamiento, sino de toda índole —confirmó Edward—. Mientras yo prefería jugar al polo o al críquet, él se quedaba sentado en las gradas dibujando. Mientras en las excursiones que organizaba el internado yo cazaba y me esforzaba en seguir rastros para sumergirme en la aventura, él llevaba consigo tres porteadores y dos rifles, no sea que se hiciese una pupa en un dedo con una hoja. Mientras yo prefería, y prefiero, cabalgar y sentir la brisa en la piel, él acude a todas partes en carruaje. No sé si logras ver el patrón, pero Lincoln es un hombre muy cuadrulado, de esos que nunca se salen de lo planeado ni se ensucian las manos por nada ni nadie. Como tú misma dijiste, todo un pusilánime.

—Sin embargo, me pareció amable —contradijo Violet.

—¡Sin duda lo es, todo un encanto, un caballero de perfectos modales! No temas, eso te hará más fácil interpretar a la damisela encandilada, más sencillo imposible...

«Y aburrido, y predecible», pensó él en su fuero interno, aunque se mordió la lengua.

—Bueno, pues mejor para todos —dijo Violet y se encogió de hombros—. Si es tan educado

conocerá las formalidades y señales de cortejo, ni siquiera tendré que galantear.

—Cíñete al objetivo, Violet. Hoy no buscas cimentar tu amor, solo impresionarlo —contestó Edward y clavó la vista en la ventanilla—. Bien, parece que hemos llegado.

Violet se apresuró a mirar por la ventana para comprobar que, en efecto, habían llegado a las Docklands, periferia norte del gran puerto de Londres. Su corazón comenzó a latir veloz como las alas de un colibrí, no supo si por la emoción de lo desconocido, o por lo que se avecinaba con el futuro conde de Winslow. No pudo pensar más en ello, pues Oliver frenó el carruaje y la portezuela se abrió. Edward bajó y le ofreció la mano.

—¿Me acompaña, señorita Stuart? —dijo y sonrió.

—Por supuesto, coronel Barnett.

Dicho aquello se adentraron en el lugar dispuestos a seguir el plan.

\*\*\*

El puerto era amplio. El paseo principal era de piedra, pero los muelles se extendían como brazos de madera que daban amarre a múltiples barcos: pesqueros, de carga, de pasajeros. El lugar de la regata era la zona norte, casi en mar abierto, y ante los ojos de Violet se abrió un muelle rodeado por muretes de piedra en el que habían colocado una carpa blanca rodeada de mesitas repletas de canapés y bebidas. Una multitud de criados se afanaba en proteger la comida del viento mientras los invitados disfrutaban de la charla y los cotilleos en espera de que diese comienzo la acción.

Entonces Violet los vio, la hilera de cinco veleros amarrados junto al muro norte, equipados con la bandera inglesa y la de su respectiva casa. Estaba a punto de preguntarle a Edward al respecto cuando una voz a su espalda hizo que se volvieran.

—¡Lord Edward Barnett, menuda sorpresa!

—Lady Penley, es un gran placer verla —saludó él con una sonrisa perfecta.

—El placer es todo mío, sobre todo porque no esperaba verlo. Si mal no recuerdo nunca le gustaron este tipo de eventos sociales, a diferencia de sus amigos, los jóvenes lord Clifford y lord Raymond.

El comentario sorprendió a Edward, que dejó vagar la vista entre la multitud.

—¿Han venido? —Se interesó.

—Sí, están ahí atrás hablando con Lincoln y otros caballeros —confirmó la condesa y de pronto reparó en Violet, que inclinó la cabeza—. Pero dígame, querido, ¿quién es la dama que le acompaña?, ¿acaso está comprometido y no nos ha dicho nada?

—Nada más lejos de la realidad, *milady*. Permita que le presente a la señorita Violet Stuart, hija de mi mentor y mi protegida —explicó Edward—. Su padre, el difunto brigadier Thomas Stuart, las dejó a ella y a sus hermanas a mi cuidado. Desde entonces viven en mi casa bajo mi tutela y protección.

—¡Así que ella es la famosa señorita Stuart de la que mi hijo tanto me ha hablado!

—Espero que solo le haya hablado bien de mí —dijo Violet.

—Desde luego, querida, Lincoln quedó conmocionado por haberle estropeado el vestido en la ópera, pero ahora comprendo que su conmoción no era tanto debido al vestido como a su portadora —comentó la condesa de Winslow con una sonrisa—. En realidad, se pondrá muy contento al verla. Ha pasado los dos últimos días ultimando los detalles para que se sintiera usted cómoda, dado que nunca ha asistido a una regata.

—Qué considerado, será mejor que vaya a agradecerse.

—Por supuesto, querida —asintió la condesa.

Dicho aquello, Violet se soltó del brazo de Edward y dejó al duque con la madre de Lincoln para ir a buscarlo. Tal como esperaba, lo encontró junto al muro hablando con un grupo de hombres, pero en cuanto reparó en Violet se disculpó y echó a andar hacia ella. Al llegar a su altura Violet sonrió, y el futuro conde devolvió la sonrisa.

—Señorita Stuart, me alegra mucho verla, está realmente preciosa —comentó—. Tranquila, hoy no tiene nada que temer, no planeo quemarle el vestido. El cual, si me permite el atrevimiento, es exquisito. ¿Es de seda?, ¿se puede teñir la seda de ese tono?

—¿Entiende usted de telas, lord Penley? —Se sorprendió Violet.

—No mucho, solo sé aquello que escucho de mi madre y sus doncellas —admitió Lincoln y sonrió con timidez—. Pero dígame, Violet, ¿he acertado?

—Casi, en realidad, podría darle un acierto parcial. La tela es *faille*, una mezcla de seda y algodón.

—Pues sea seda, algodón, o «*faille*», está usted deslumbrante.

La joven bajó los ojos para fingir timidez y recato. Después le miró y sonrió, ignorando que su mirada le había acelerado el pulso al conde. Lincoln vestía una camisa blanca y unos pantalones a juego, que complementaba con una levita marinera azul con botones dorados y botas de cuero oscuras.

—Si me permite decirlo, lord Penley, usted tampoco se ve nada mal —dijo Violet parafraseando lo que él había dicho—. ¿Qué es ese atuendo que lleva, un uniforme? ¿acaso va a participar en la regata?

—No pensaba hacerlo... pero en vista de que iba a venir, me he atrevido a dar el paso —admitió Lincoln y amplió la sonrisa—. ¿Me animará cuando empieza la carrera?

—Por supuesto.

—En tal caso deje que le enseñe mi barco. Es aquel, el segundo en la línea.

El conde estiró el brazo para señalar el navío y Violet asintió. Al ver que había captado su atención, Lincoln le tendió el brazo y comenzaron a caminar hacia el muelle, ajenos a que eran vigilados. A una distancia prudente, Edward observaba a la pareja mientras daba un trago a su bebida, un *Ginger Ale* con limón. No le gustaba demasiado, pero no había ni rastro de licor en las mesas. «Un precio a pagar para que los participantes no estén ebrios en el mar», se dijo.

Fue la voz de Clifford la que logró que apartara la mirada de la pareja.

—¿Será posible que Lincoln Penley tenga más éxito que nosotros? —bromeó—. Dime que no es posible o me arrojo al mar ahora mismo...

—Si lo dices por la señorita Stuart, creo que tu hombría aún está a salvo, hermano. —Antes de que Edward pudiese decir nada, Raymond intervino—. Deberíamos felicitar a Edward, su plan parece que va viento en popa y a toda vela.

—Deja la analogía náutica, Raymond, me va a entrar jaqueca —suspiró Clifford y miró a Edward—. ¿Crees que Violet triunfará, Ed?

—No tengo la menor duda. Deberíais haber leído la nota que le escribió Penley tras solo un encuentro, esto va a ser más fácil de lo que pensaba —confirmó el duque.

—Pues yo no lo tengo tan claro, fíjate en ella —dijo Clifford—. Creo que está más tiesa que una escoba, y siendo Lincoln su acompañante no puedo culparla.

Edward llevó de nuevo la mirada hacia la pareja, para encontrarlos parados en la cubierta del barco. A juzgar por sus movimientos él le estaba explicando a Violet algo de las velas, y la joven asentía convencida. Al parecer estaba más verde de lo que creía en temas de seducción. Debería estar acariciándole la espalda, sonriéndole como una chiquilla encandilada, no mirándolo como

una alumna al maestro en la escuela. Tendría que darle lecciones sobre como emocionar a un hombre, no fuese a espantar a Lincoln.

—Me ocuparé —contestó—. Mientras, que Violet juegue a ser «la señorita tímida». Yo no soy de esos, pero hay a quienes les atrae ese tipo de comportamiento.

—Papanatas como Penley —confirmó Raymond.

—Sea como sea es mejor acercarse, parece que van a empezar —finalizó Clifford.

Los tres amigos compartieron una última mirada antes de echar a andar hacia los muelles. Los navegantes se habían acercado para desatar las amarras, y los pocos invitados que habían subido abordó estaban ya de regreso en los muelles. Violet se quedó en pie junto al borde, y cuando los veleros se adentraron un poco en el mar, un caballero se subió a una tarima e hizo sonar una campanilla de cobre para llamar la atención.

Solo cuando todos los invitados estuvieron cerca comenzó el discurso.

—Señores y señoras, damas y caballeros. Mi nombre es sir Humphrey Epton y soy, como bien saben, el presidente del Club Náutico de Londres. Estamos aquí para celebrar la regata anual, y tengo el orgullo de anunciar que, para su deleite, las cinco familias que participan este año son campeonas de anteriores ediciones. A saber: la familia Bedford, la familia Penley, la familia Shutterston, la familia Fletzer-Finz y la familia Brookhill, todas ellas de linaje noble e historia ancestral. ¡Démosles un gran aplauso!

Un ruidoso y animado aplauso recorrió el muelle y, una vez finalizado, continuó.

—Dado que hay invitados y jóvenes que no conocen el procedimiento, explicaré en qué consiste la regata —dijo—. Los cinco veleros aquí presentes navegarán dos millas náuticas mar adentro, donde encontrarán unas boyas que portan una bandera de colores. Cuando recojan su bandera deberán volver al muelle y mostrárnosla, el navío más veloz en cumplir tal hazaña será el vencedor de la regata. ¡No es tarea fácil, señores y señoras, esto se lo puedo asegurar!

—Disculpe, sir Epton, ¿puedo preguntar algo? —inquirió Violet.

Al oírla, el robusto caballero se volvió con expresión de sorpresa. Nunca le habían interrumpido el discurso, pero pareció gratamente sorprendido de que alguien mostrase interés en el asunto, así que sonrió y asintió con un suave ademán.

—Pregunte lo que quiera, señorita.

—¿Cuánta distancia son dos millas náuticas? Desde aquí no pueden verse las boyas, y me preguntaba si lograremos ver a los barcos desde el muelle.

—Excelente pregunta, querida, bien planteada. Dos millas náuticas equivalen a la mitad de distancia terrestre, así que unos cinco kilómetros —explicó sir Humphrey—. No se apure, señorita, podrán ver a los veleros perfectamente. Serán dos kilómetros y medio de ida y los mismos de vuelta. ¿Alguna otra duda?

—No, por mi pueden empezar. ¡Estoy deseando verlo! —exclamó Violet.

Una risa alegre recorrió a la multitud y Violet sintió que le ardían las mejillas. Tal vez había hecho el ridículo, sin embargo, en vez de regañarla sir Humphrey asintió.

—Ya han oído a la dama, marineros. ¡Qué dé comienzo la carrera! —dijo.

Entonces los veleros izaron velas y salieron hacia mar abierto. La multitud aplaudía y animaba con vítores, y Violet se apresuró a hacer lo mismo, como le había prometido a Lincoln. No sabía si podía oírla, pero coreó su nombre y aplaudió con entusiasmo. O eso estaba haciendo hasta que sintió un soplo de aire cálido tras ella y un roce sobre su mejilla. Volvió la cabeza para encontrar a Edward parado a su espalda con una sonrisa.

—Excelente jugada la de interesarte por la navegación, estimada socia —susurró—. Lo estás haciendo bien de momento, sigue así.

—No estoy tan segura, creo que le he aburrido un poco antes —admitió ella.

—Cuando vuelvan al muelle tírale un beso. Así, gane o no, se sentirá vencedor.

Violet abrió los ojos desmesuradamente. ¿Estaba de broma? Alzó sus iris verde oliva hacia los de él y no encontró ni rastro de burla. Sin embargo, la idea de hacer algo tan infantil logró que se le subieran de nuevo los colores. Frunció los labios y recordó el objetivo del plan: su casa de modas, su herencia. Bien valía la pena hacer un poco el ridículo delante de aquellos desconocidos si iba a lograr un bien mayor, así que asintió.

—Está bien, lo haré.

—Pues prepárate, porque por ahí vienen, y parece que tu pretendiente va segundo —señaló Edward y se rio suavemente—. Quien sabe, igual tu beso le hace ganar.

El tono alegre en las palabras del duque logró que las comisuras de los labios de Violet se alzaran. No supo si lo había dicho por tranquilizarla, pero logró que el deje de timidez y vergüenza que la invadían se desvaneciera. Tal y como dijo Edward, el velero de la familia Penley iba en segunda posición y apenas restaban cincuenta metros para la línea de meta, así que Violet dio un par de saltitos y gritó el nombre de Lincoln. El futuro conde tenía sujeto el cabo que tensaba la vela mayor con ambas manos, pero al oír su nombre elevó la cabeza y notó a Violet en el muelle. Entonces ella vio su oportunidad.

Le lanzó un beso con la mano, gesto que sorprendió tanto a Lincoln que soltó la cuerda e hizo que la vela se abombara y captara el viento, lo que aceleró la velocidad del navío hasta rebasar a su contrincante y cruzar la línea de meta en primera posición. Sin embargo, debido al brusco acelerón el conde se tambaleó y cayó por la borda.

—¡Lincoln! —exclamó Violet.

«Oh Dios, no», pensó alarmada mientras se cubría la boca con ambas manos. Entonces él salió a la superficie y comenzó a nadar hacia la orilla para alivio de los espectadores, que corearon el nombre de la familia Penley. Solo una vez que el futuro conde estuvo a salvo en el muelle Violet se permitió respirar tranquila.

Él caminó hacia ella y se detuvo a un paso de distancia, completamente empapado.

—¿Está usted bien, lord Penley? —dudó Violet.

—Mejor que bien, señorita Stuart, gracias a usted hemos ganado —sonrió él.

—No se quite merito, no entiendo mucho de navegación, pero creo que ha actuado muy bien allá fuera. Es más, creo que deberíamos celebrar su éxito. ¿Me acompaña? Podemos comer unos canapés y brindar en su honor.

—Excelente idea —asintió Lincoln y le ofreció el brazo—. Oh, ¡estoy empapado!

Violet se rio, y tras cruzar una fugaz mirada con Edward, se enganchó al conde y se alejó. Parecía que la regata había sido un gran éxito, después de todo.

## Capítulo VIII

### *Algodón y encaje chantilly*



Edward frunció los labios y detuvo su mano a medio camino de la puerta. Era de noche, pasada la una de la madrugada, pero la espera había sido necesaria para que todos en Braithbury Hall estuviesen dormidos. Si por casualidad lo descubrían podía darse por perdido. Casado por orden de su madre y, por desgracia, no podría negarse, pues sabía que lo que estaba a punto de hacer era indebido. Necesario, pero a todas luces mal visto. Soltó el aire con decisión, dio dos golpes suaves sobre la lámina de caoba, y tras un silencio prolongado la puerta se abrió.

Violet apareció en el umbral muy despierta a pesar de la hora, con las cejas en alto debido a la sorpresa de verlo ataviado con una camisa ancha y unos pantalones cómodos. Estaba descalzo y parecía haber salido de la cama hacía poco. Ella no estaba mucho mejor. Llevaba su larga melena ondulada suelta sobre la espalda, vestía un ligero camisón de tirantes con escote de encaje y, como si se hubiese dado cuenta de su aspecto, se apresuró a tomar una bata de la silla que había junto a la puerta para cubrirse el pecho.

Se sonrojó furiosamente antes de hablar en voz baja, sin apartar los ojos de él.

—¿Qué haces aquí, no has visto qué hora es? —murmuró.

—Soy consciente, pero tenía que hablar contigo de algo importante y no podía arriesgarme a que nos vieran —contestó Edward—. ¿Puedo pasar?

—Entra antes de que alguien se despierte y te encuentre ahí.

Violet se hizo a un lado y cerró la puerta con sumo cuidado de no hacer ruido. A esa hora incluso un paso mal dado sobre una tabla suelta sonaría como un estruendo. Cuando se aseguró de que no se escuchaba nada, Violet se giró y miró a Edward, que se había detenido frente a la chimenea encendida para apoyar los brazos en la repisa. Como si notara su mirada en la espalda se volvió para encararla.

—¿De qué querías hablar que no podía esperar a que fuera de día? —dudó Violet.

—Verás, Violet, lo sucedido en la regata ha sido estupendo. Sin pretenderlo, has logrado que

Lincoln salga de su cascaron y muestre algo de hombría, y eso es una señal de que vas por el buen camino —comenzó Edward—. Sin embargo, también he notado que estabas muy tensa, incómoda, incluso, lo que me ha hecho recordar la conversación que tuvimos en el carruaje cuando te llevé a *Madame Rossbound*.

—¿Te refieres a la charla sobre lo que busco en un hombre?

Edward asintió y comenzó a acercarse a paso lento para no incomodarla.

—La misma que te empeñaste en interrumpir cuando pregunté qué experiencia tenías —confirmó él y se detuvo a un paso de Violet, que le miró en silencio—. Creo que ha llegado el momento de que respondas.

—No sé a ti, Edward, como hombre tal vez vivas en una realidad diferente, pero a las mujeres se nos enseña a no hablar de asuntos íntimos con nadie que no sea de nuestro círculo más cercano, en mi caso Camelia, quizá Jane, mi dama de compañía de Plymouth. Ni siquiera me plantearía comentarlo con mi madre, ¡qué absurdo! —exclamó Violet y se le frunció el ceño—. ¿Qué te hace pensar que lo compartiría contigo?

—No te estoy pidiendo que me digas si te has acostado con alguien, es obvio que como heredera de buena familia eres más virgen que una santa —resopló Edward—. Centrémonos en que habiendo visto como eres y como actúas, sé lo que eres y lo que no. Lo único que te pido, por el bien de nuestro plan, es que me digas lo que sabes hacer y si lo has hecho con alguien, para de esa forma ver qué debo o no enseñarte.

—¿Enseñarme? —repitió Violet confusa.

—Como despertar el deseo de un hombre —aclaró él.

Un jadeo involuntario escapó de los labios de Violet, que notó que le ardían las mejillas y se le coloreaban hasta las orejas. Llevó sus ojos hasta los de Edward solo para comprobar que esos claros iris verdes se veían más cálidos a la luz de las llamas, y sus pupilas estaban dilatadas. Entonces fue más consciente que nunca de lo indebido de aquello: estaba a solas con un hombre medio desnudo en su alcoba, en plena noche, cubierta únicamente por un fino camisón de algodón y encaje. Tragó saliva.

—Si te lo digo, ¿qué harás? —murmuró.

—Lo sabré cuando respondas —dijo él.

Violet se mordió los labios y en un impulso repentino decidió lanzarse. Ya había accedido a fingir toda esa trama a su lado, ¿por qué no profundizarla aún más?

—Está bien, yo... no sé mucho, pero tampoco soy del todo inexperta —comenzó—. En Plymouth había un chico, Joseph Brown, que era mozo de cuadras de la familia que vivía al lado de la mía. Nos conocíamos desde hace años, así que un día él y yo...

—¿Sí?

—Nos besamos en el establo —admitió Violet y le sostuvo la mirada—. Me besó en la boca y en el cuello, me desató los lazos del escote y me miró. No llegamos más allá.

—Ya veo —asintió Edward—. ¿Y lo inició él, o fuiste tú?

La joven apartó la mirada y la clavó en las llamas, pensativa, recordando.

—Fue él, yo solo le seguí el ritmo.

—¿Te gustó? —preguntó Edward y la miró con una ceja en alto.

—¿Qué importa eso? —cuestionó Violet.

—Importa, porque si no te gustó, uno: el tipo no hizo bien su trabajo, y dos: nunca serás capaz de iniciarlo por propia voluntad si no sientes el deseo, ni con Lincoln, ni con nadie. Así que dime, Violet, ¿te gustó?

La falta de respuesta fue suficiente confirmación para él, que frunció los labios y se acercó

aún más para rozarle la mejilla. Violet tembló y volvió a alzar la mirada para encontrar la de Edward. Sabía lo que esperaba oír, así que tomó aire y habló.

—Pues...

—No, no digas nada, déjame intentar algo —interrumpió él y sostuvo su rostro con las manos. Violet contuvo el aire y Edward suspiró—. ¿Confías en mí?

—Lo suficiente.

—¿Lo suficiente? —repitió él, divertido, a lo que la joven respondió encogiéndose de hombros con expresión tímida—. Muy bien, socia, entonces cierra los ojos.

Violet lo hizo sin titubear y Edward mostró una pequeña sonrisa. Algo dentro de él se sintió cálido al ver que, a pesar del intento de broma, había sido sincera al decir que confiaba en él. No haría lo que estaba a punto de hacer si hubiese creído que era de otra forma. Se mojó levemente los labios antes de rozar los de Violet con el pulgar, y cuando los entreabrió, acercó el rostro y unió sus bocas.

Nada más hacerlo soltó un leve jadeo: los labios de Violet eran cálidos y suaves, se sentían gloriosos contra los suyos, pero por bien que se sintiera no quería precipitarse. Se separó un par de centímetros y abrió los ojos para mirarla. Al no ver rechazo ni duda volvió a besarla. Repitió el proceso varias veces, rozando su boca con suaves y tiernos toques hasta que la sintió relajada. Entoncesladeó su rostro y le rozó los labios con la lengua. Violet gimió y los abrió, permitiendo que le recorriese la boca. Para ella era un proceso nuevo, pues, aunque Joseph la besó en el establo, no le había rozado la lengua para comenzar ese baile febril que le estaba acelerando el pulso. Tanto, que ni siquiera se acordó de respirar.

Fue Edward el primero en separarse y clavar sus ojos atentos en ella. La encontró jadeante, sonrojada y con los labios rosas debido al roce con su barba. Sonrió satisfecho.

—Dime, socia, ¿mejor experiencia que con el mozo de cuadras, o peor?

—Está usted muy pagado de sí mismo, «coronel Barnett» —dijo Violet mientras trataba de recobrar el aliento—. ¿Qué harías si te dijera que no me ha gustado?

—Sentirme ofendido por tu flagrante mentira —contestó Edward.

Violet se rio sin poder evitarlo y él amplió su sonrisa.

—Puedes ahorrarte el disgusto, no será necesario. Me ha gustado más de lo que creía, él no besaba como tú —admitió Violet—. Supongo que es lo que hace la práctica.

—Supones bien.

—Mnn, ¿y ahora qué? Ya tienes la prueba que querías, tu respuesta respecto a mí —cuestionó Violet y elevó las cejas—. ¿Qué vas a hacer?

El duque se rascó la mejilla de forma distraída antes de recorrer la habitación con la mirada para detenerse sobre la cama. Sentía los ojos de Violet fijos en él. Seguía cada uno de sus movimientos, y cuando se volvió hacia ella, Violet se sonrojó.

—Ahora que sé en qué nivel nos encontramos debo preguntártelo. ¿Crees que podrás besar a Lincoln, o te resulta tan desagradable como para no querer ni planteártelo? —inquirió Edward.

—Podré —confirmó Violet—. Lincoln Penley no es como tú, pero no me resulta desagradable a la vista. Admito que tiene cierto atractivo.

—Mejor, eso facilita las cosas: para mí, para ti, y para el plan. De acuerdo, ahora imagina que lo tienes delante y actúa en consecuencia.

Violet se quedó boquiabierta ante su petición, tanto, que soltó las solapas de la bata que aún mantenía cerrada con el puño y le reveló su cuerpo a Edward. El duque la observó un instante antes de volver a alzar la vista hacia su rostro. «Céntrate, Ed, esto es por ella, no por ti», se recordó. No convenía fijar su atención en el delicado encaje y las curvas que se escondían debajo

o terminaría en una situación vergonzosa difícil de ocultar. Al mirar los cálidos iris verde oliva de Violet notó las dudas y la sorpresa.

—¿Qué actúe en consecuencia? Tendrás que ser más claro, no sé a qué te refieres —dijo—. ¿Qué quieres, que te lance un beso o te saque a bailar?

—No me importaría que hicieras ninguna de las dos cosas... pero no —negó Edward—. Lo que quiero es que intentes seducirme. Piensa que soy Lincoln, que estás a solas con él en un baile, o en la terraza de la ópera, o en el parque. Conquistame, Violet.

—Muy bien.

Nada más decirlo sintió la determinación, así que tomó aire y alzó la cabeza para andar hacia él de forma que creía seductora. Edward frunció los labios para esconder una sonrisa. Sus andares eran ondeantes, pero tan descarados que no parecían naturales. Sin embargo, Violet continuó. Se acercó hasta que sus hombros se rozaron.

—Esperaba que me acompañaras al jardín, Linc, estoy un poco acalorada —dijo.

Edward rompió a reír sin poder contenerse y ella enrojeció como una guinda.

—¿Linc, en serio? Oh, Dios, Violet, no se te ocurra llamarle eso, él no es de esos —dijo cuando pudo dejar de reír—. Inténtalo de nuevo, pero sin parecer desesperada.

—Bien, allá voy —carraspeó ella y asintió—. Lord Penley, esperaba que saliésemos a tomar el aire... Estoy un poco acalorada, ¿le importaría acompañarme?

—Mejor —asintió Edward y se metió en el papel—. Por supuesto, señorita Stuart. ¿Quiere que le traiga una bebida? Tal vez un sorbo de algo fresco ayude.

—No, no será necesario. En realidad, Lincoln, era solo una excusa —dijo Violet antes de bajar la mirada y morderse los labios en una clara muestra de candidez—. No me lo ponga más difícil, se lo ruego.

—Está bien, vaya usted delante.

Entonces Violet lo tomó de la mano y lo guio a través de la habitación en un paseo simulado, para detenerse de nuevo frente a la chimenea. Edward la miró con intensidad, como habría hecho Lincoln de estar en su lugar, y ella sonrió.

—¿Qué quería decirme? —inquirió Edward.

—Solo que, desde que nos conocimos, ha despertado un sentimiento que ignoraba que tenía —dijo Violet y le acarició los antebrazos—. Le amo, Lincoln, desde que le vi.

—No, no, no, olvida eso, Violet —interrumpió Edward—. Nunca te confieses de forma tan directa, trata de ser más sutil. Apasionada, sí, pero sutil.

—No lo entiendo, ¿no se supone que tenemos prisa por conquistarlo?

—Sí, pero no tanta. Si vas tan rápido, cuando rompas el compromiso creerá que has jugado con él y se sentirá afrentado —explicó él y frunció los labios—. Mejor cambiemos el orden, ahora seré yo el seductor. Recuerda, soy Lincoln, actúa como creas.

Violet asintió y Edward le tomó la mano para besarle el dorso con adoración.

—Señorita Stuart, me alegro de que estemos solos. Quería decirle lo bella que está esta noche y que llevo deseando besarla desde que ha entrado en este salón. ¿Puedo?

—Sí, por favor —confirmó Violet y cerró los ojos.

Edward se acercó y rozó sus labios, pero el beso no fue como el que habían compartido antes. Tal vez porque Edward fingía ser Lincoln se sintió más rígido, más comedido. Apenas amoldó sus labios y los mantuvo fijos un rato, a ver qué hacía ella. Violet trató de acariciarlos con la lengua, pero Edward se apartó.

—Bien, suficiente —dijo—. Sé lo que tenía que saber y es imposible que te enseñe como actuar con Lincoln sin más. Necesitaremos tiempo, tanto tú para conocerle, como yo para ver

cómo te amoldas a él. No lo has hecho tan mal para no tener ni idea.

—Es un instinto innato —bromeó Violet.

Ambos se miraron y rompieron a reír. Entonces Edward miró el reloj. Eran las dos menos diez de la madrugada, hora de irse. Estaba a punto de despedirse cuando bajó la mirada a la cama y notó una tela azul índigo que no había visto antes, medio oculta por la almohada. No pudo evitar que la curiosidad le hiciera acercarse.

—¿Has estado cosiendo? —inquirió—. ¿Era eso lo que hacías cuando vine?

Violet asintió y se acercó a la cama para tomar la tela, que dudó antes de mostrarle. Edward la sostuvo a la luz y encontró que, para su sorpresa, era una levita.

—¿También diseñas ropa masculina?

—Sí, pero nunca he tenido en quién probarla o lucirla, no tengo hermanos varones. Supongo que mi inspiración explotó tras la regata y no pude contenerme. ¿Te gusta?

—Es elegante y atrevida, me encanta —confirmó Edward con una sonrisa.

Violet le miró a los ojos y al notar la alegría en ellos comprobó que era sincero. Las comisuras de sus labios se elevaron sin poder evitarlo, y un sentimiento cálido la invadió. Un cumplido sincero a su trabajo valía más para ella que todo el oro del mundo.

—¿Quieres probártela? Si la quieres puedo ajustártela —sugirió.

—Adelante.

Sin perder un minuto Edward metió los brazos en las mangas y se acomodó la tela, evidenciando que era demasiado pequeña para él. O quizá su camisa estorbaba. Decidido, se quitó la levita y la camisa, antes de volver a ajustar la prenda azul índigo a su anatomía. Le sentaba bastante bien, solo un poco tirante en la espalda. Violet le observó, ajena a su pecho y abdomen desnudos. Para ella, como modista, lo primero era perfeccionar la prenda, así que recorrió sus hombros, sus brazos, y su espalda con las manos para tomarle las medidas en su mente. Tras unos instantes rompió el silencio.

—Solo harán falta unos de centímetros de ajuste, un par en las mangas y un par más en el dobladillo de la espalda, después te encajará como un guante —dijo y de pronto se sonrojó—. ¿Me permites?

—Por supuesto —asintió Edward y estiró los brazos para ayudarla.

Violet le rozó la espalda al quitarle la prenda, y el calor de su cuerpo le hizo temblar la mano. Su piel era más suave de lo que había imaginado y su cuerpo parecía cincelado por un artesano: delgado de cintura, hombros anchos, pectorales y abdomen marcados, piernas largas y brazos fuertes. Edward sería un modelo perfecto si quisiera probarse ropa para después venderla en su tienda. Sin embargo, se recompuso rápido. Dobló la levita y la dejó sobre la cama antes de volverse hacia él con una sonrisa. El duque se había puesto la camisa mientras ella pensaba, y cuando se volvió, se sintió suave como la mantequilla.

—Creo que debería irme, son casi las dos de la madrugada —dijo.

—Ah, sí... es cierto.

Edward asintió y se encaminó a la puerta, que abrió con cuidado antes de pararse.

—Buenas noches, Violet —se despidió.

—Buenas noches, Edward —contestó ella.

Solo cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda, Violet soltó el aire que había contenido sin darse cuenta. No sabía qué iba a pasar, pero por un momento deseó que el pacto no fuese para cazar a lord Penley, sino para conquistarlo a él, lord Edward Barnett.

## Capítulo IX

### *Ratina trenzada*



Julio y agosto volaron como un suspiro, y antes de darse cuenta habían pasado casi tres meses desde su mudanza a Londres. A unos días de dar comienzo septiembre, Violet se encontró extrañando Plymouth, algo que nunca antes había creído posible. Añoraba la costa y el aire puro del sur. No tenía quejas sobre la capital, tan llena de estímulos y actividades, tan llena de damas y caballeros que lucían hermosos atuendos, tan cerca del origen de su sueño, *Stuart's Clothing Company*. Había pasado las noches cosiendo y, desde que Edward confirmó que le gustaba la ropa masculina que diseñaba al vestir su levita un par de días más tarde sin previo aviso, se animó a hacer más. Estaba tan centrada en cumplir su objetivo que hizo avanzar la relación con Lincoln unos cuantos peldaños.

Desde que se vieron en la regata dos semanas antes, las cartas no habían cesado. Violet se aseguró de ser cariñosa y atenta con él, aun así, distante para mantener su interés. Por consejo de Edward no volvió a quedar con el futuro conde, y parecía que la estrategia funcionaba, pues apenas hacía unos minutos había llegado un mensajero con una nueva carta del futuro conde de Winslow. Contenía una invitación. Violet la leyó con avidez y su estómago hormigueó con anticipo. Un baile, Lincoln la invitaba a un baile. Y no a uno cualquiera, sino el de solsticio de otoño, uno de los más importantes de Londres. Estaba tan emocionada como una debutante.

Apenas lo supo, Violet comenzó a hacer planes en su cabeza: qué vestido llevaría, cuantos bailes le concedería, si se lanzaría por fin a darle un beso... Cada pequeño gesto la acercaba más al compromiso y por consiguiente a su herencia y a su sueño. Satisfecha, se levantó del butacón que había frente a la chimenea dispuesta a contarle las noticias a Edward. En ese baile él mismo podía encontrar a una mujer, y si no se decidía, Violet estaba decidida a ayudarlo.

Con esa idea en la cabeza salió de la habitación y bajó las escaleras. Braithbury Hall estaba tranquila, con sus hermanas y su madre de compras para el próximo curso escolar de Rose, que estaba a punto de dar comienzo. Violet sabía que Edward no las había acompañado al centro, así

que cruzó el corredor y se encaminó al salón, donde supuso que lo encontraría. Estaba a punto de llegar cuando la voz de Florence la detuvo en seco, y se apresuró a esconderse tras una de las columnas del recibidor. Las voces de Edward y su madre se oían con claridad.

—Deja de darme largas, hijo —acusó Florence—. Por Dios, ¡incluso tu protegida de veintitrés años ha tenido más éxito que tú al engraciarse con Lincoln Penley!

—¿Ahora me estás llamando viejo? ¿Debo tener miedo a que se me pase el arroz, o ese es un miedo de damas? —se burló Edward—. Cuidado, madre, me has herido.

Violet asomó la cabeza a tiempo de ver a la duquesa viuda fruncir el ceño.

—Me sacas de quicio, Edward, ¡de verdad que no te entiendo! —dijo—. ¿Por qué has tenido que ser tan terco y dejar pasar tu oportunidad con ella? Ya me he rendido con las Greenbach y, dado que has rechazado a la mayoría de herederas adecuadas de Londres, Violet Stuart era tu salvavidas. ¿Debo recordarte que es tu deber, no, tu obligación como duque de Braithbury arreglar el desaguisado cometido por William y proporcionarle un heredero al ducado que asegure el apellido Barnett?

—No te atrevas a jugar esa carta, madre, por supuesto que no lo he olvidado.

—¿Entonces por qué, hijo, por qué has sido tan estúpido? —insistió Florence—. ¿Por qué no la has seducido? Eres bien parecido y encantos no te faltan, un par de palabras amables y unos cuantos besos y la tendrías en tu cama. ¿Te has quedado impotente en el frente, o acaso solo te atraen las indias?

—¡Basta ya, madre, eso es pueril! —cortó Edward furioso.

—¡Ni pueril, ni nada! Si hasta Lincoln Penley, el ratón de biblioteca, ha conseguido engatusar a una mujer, tú también lo harás.

Violet se cubrió la boca para ahogar un jadeo, al sentir que se le formaba un nudo en la garganta. ¿Edward había estado considerando cortejarla y la había descartado? ¿Acaso solo la veía como a una cría inexperta, desagradable y anodina? No era eso lo que le habían demostrado sus labios la noche que entró en su cuarto. O tal vez solo se dedicaba a fingir constantemente y sí que le desagradaba. El mero pensamiento le dolió más de lo que creía, ofendió su orgullo. Arrugó la carta que llevaba sujeta entre los dedos.

La voz de Edward la distrajo e hizo que prestara atención.

—Puedes rabiarse lo que quieras, madre. Me aburre... no, no me aburre, ¡me irrita!, mantener la misma conversación una y otra y otra vez —exclamó enfadado—. Entiéndelo ya: me casaré con quien me plazca y no puedes hacer nada por cambiarlo, fin del asunto. Oh, y la sola comparativa con Lincoln Penley me ofende, ahórratela, por favor.

—Entonces demuestra que me equivoco —insistió Florence—. Este fin de semana es el baile de solsticio de otoño en el Royal Opera House, toda la flor y nata londinense estará allí. Si no vuelves habiendo encandilado a una mujer pondré en duda tu hombría.

El comentario pareció enfurecer aún más a Edward, que lanzó la servilleta sobre la mesa y se levantó, arrastrando la silla por el suelo de madera de caoba lacada.

—Que pases buen día, madre —dijo y se alejó.

Cruzó el salón a toda prisa y cuando llegó al recibidor se topó con Violet y detuvo sus pasos de golpe. Un leve rubor le encendió las mejillas al verse descubierto, pero se recompuso rápido y le sonrió como si nada.

—Violet, ¿estás teniendo una buena mañana? —inquirió—. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo de algo, pero he cambiado de opinión —contestó ella—. ¿Te importaría acompañarme? Hay una cosa que tenemos que hacer y no puede esperar.

—¿Ocurre algo? —dudó preocupado.

—Sí, pero no voy a hablar de ello aquí.

—Muy bien, vamos al patio. Allí tendremos más privacidad que...

—No, vamos a tu habitación, ahora —cortó Violet sin mirarle—. Ve tú delante.

El duque frunció el ceño, pero no replicó más. Se volvió hacia las escaleras y se dirigió a su dormitorio tal y como ella había sugerido. Todos los dormitorios se encontraban en la planta alta de la mansión, la zona personal de los duques de Braithbury y su familia. Las áreas comunes estaban en la planta intermedia: salón, biblioteca, sala de ocio masculina, balconada... Los criados se alojaban en la planta inferior, junto a los almacenes y las cocinas. Violet nunca había estado en el ala de la casa a la que se dirigían, las habitaciones próximas al sur con vistas al jardín de atrás. Allí estaban los dormitorios de Edward, sus hermanos Theodore, William, y de *lady* Florence y *lady* Marjorie.

De pronto se detuvo frente a una puerta, y tras una fugaz mirada a Violet, abrió y se apartó para cederle el paso. La joven entró y observó la estancia. Las paredes eran de madera clara, como los suelos. Había una chimenea grande al fondo y, frente a esta, un sofá, una mesita y una lámpara de pie. A Violet no le pasó desapercibido el par de libros encima. Había deducido que Edward era un gran lector, como ella, y ahora lo confirmaba. La cama estaba al otro lado, tanto el dosel como la colcha y las cortinas eran blancas. Le pareció una habitación clara y luminosa, no lo que había esperado de él en absoluto. Se preguntó si habría sido cosa suya o de su madre.

Entonces vio los recuerdos traídos de la India: escudos de gemas y cobre rojo, una espada curvada, un mosquete colgado en la pared, figuras de dioses de muchos brazos...

—¿Admirando la decoración? —preguntó él para romper el silencio.

—Oh, lo siento, me había distraído —admitió Violet y parpadeó para despejarse. Entonces recuperó la compostura y carraspeó—. Admito que no es como esperaba.

—¿Y qué es lo que esperabas?

—No importa, hablar de decoración no es lo que quería —afirmó ella y se volvió para encararlo—. Creo que es momento de seguir con las lecciones, me corre prisa.

—Recuerdo haberte dicho que no era bueno apresurarse con él.

—Entonces permite que yo te recuerde, coronel Barnett, que no eres el mayor implicado. Soy yo la que tendrá que hacer todo el trabajo duro para que el plan funcione. No pienso fracasar en el intento, así que cumple con lo prometido y hazme triunfar.

—¿Eso es lo que quieres, Violet? —inquirió Edward y la traspasó con la mirada.

—Ya me has oído.

—Como quieras pues.

Apenas hubo terminado de decirlo cruzó la distancia que los separaba y la tomó por la cintura para acercar sus cuerpos. La joven jadeó al sentir su pecho firmemente pegado al del hombre y al alzar los ojos notó los verdes de Edward pararse en sus labios. Se sonrojó en el acto y él atrapó su boca sin más miramientos. A diferencia de la noche en su dormitorio el beso no fue tentativo, sino ardiente y feroz, Violet sintió que le temblaban las rodillas.

No sabía que se podía besar así y le costó seguir el ritmo cuando él la devoró como un sediento. Sin embargo, era una alumna veloz y se amoldó a su ritmo para envolver sus lenguas en un roce febril. Entonces, sin previo aviso, Edward se lanzó a adorar su cuello, que cubrió de besos y caricias. El roce de su barba le hacía cosquillas, y el paso de su lengua, caliente y húmeda, la hizo hormigear el vientre en una sensación que jamás había tenido. Se sentía arder por todas partes, como una antorcha. De pronto, notó que le succionaba la fina piel entre el cuello y el hombro y gimió sin poder evitarlo.

¿Qué demonios había sido aquello? Se había sentido muy muy bien.

Al oírla, Edward se apartó para mirarla, y la encontró sonrojada y jadeante. Se había enardecido con las palabras de Violet, que, inconscientemente, le había dado permiso para hacer lo que quisiera. Pobre ingenua. Ni siquiera entendía lo que pedía y se lanzaba al precipicio sin dudarlo. Podría haberla desnudado y haberla tomado allí mismo, en su cama, pero no era esa clase de hombre. Jamás se había impuesto a una mujer ni lo haría. Sabía que Violet lo deseaba, sus jadeos y el calor de su piel le decían lo que ella no sabía, lo que su cuerpo ansiaba. Pero no lo haría. Si algún día yacían juntos quería que la joven lo pidiera, que lo deseara de forma consciente.

En este momento era demasiado ignorante, así que tensó la mandíbula y se alejó para volver a mirarla a los ojos. Los tenía cerrados y estaba embelesada. Entonces tomó su mano y bajó la otra a su cintura en una posición muy conocida. Cuando comenzó a bailar sobre la cara alfombra afgana, Violet levantó los párpados, sorprendida.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió.

—Lo que tú me has pedido, seguir con las lecciones —contestó él—. Te enseñaré a bailar de tal forma que los demás no lo noten, pero Lincoln quede extasiado.

—¿Eso es posible? —dudó Violet.

—Mira y aprende —contestó Edward con una pequeña sonrisa.

Parecía que la joven se había olvidado de su anterior irritación, y aunque intuía el por qué, se alegraba de que así fuese. Era obvio que Violet había oído la conversación con su madre, si bien, Edward no veía el motivo para que le molestara. Ya sabía que se oponía a la caza de esposa de Florence, luego, ¿qué le importaba? Negó para centrar las ideas, después, llevó la mano que Violet tenía en su hombro hasta su nuca. La joven le miró desconcertada y de nuevo él sonrió.

—Acaríciame en el cuello, entre la camisa y el pelo —pidió.

—¿Por qué? —inquirió perpleja.

—Ese punto es muy sensible para un hombre, sensual e íntimo —explicó Edward, entonces Violet le acarició con suavidad—. Sí, justo así. Ahora sube y enreda los dedos en mi pelo. Improvisa, pero siempre con toque lento y calmado, que parezca natural.

Violet asintió y jugó con las suaves hebras de cabello color miel, enredándolas entre sus dedos en una tierna y sensual caricia. Edward tuvo un escalofrío y asintió, satisfecho. ¡Bendita mujer! Apenas una caricia y un beso y ya le dejaba temblando. Y pensar que él se lo estaba ensañando todo... Su melodiosa voz le devolvió a la realidad.

—¿Te gusta? —murmuró Violet.

—Claro que me gusta, ese es el punto —dijo él y tragó saliva.

—Perfecto, primera lección superada. ¿Ahora qué sigue?

—Ahora acerca tu rostro a mi cuello, como si fueras a darme un beso en la mejilla —explicó Edward—. Rózame la piel con los labios, pero no me beses. Susurra algo suave, cualquier cosa servirá al propósito.

—Muy bien.

La joven se apresuró a cumplir la petición y dijo lo primero que le vino a la cabeza. «Supongo que todo esto lo habrás aprendido estando con otras, como dijo tu madre», susurró. Edward volvió levemente la cabeza, pero Violet se alejó para evitar rozarlo. «A fin de cuentas, encantos no te faltan. ¿No es cierto, coronel Barnett?».

—¿Qué me estás preguntando exactamente? —inquirió Edward sin dejar de bailar.

—Oh, nada, solo me limito a constatar un hecho —señaló Violet.

«Bueno, al fin estamos llegando al fondo de la cuestión», pensó Edward molesto. Tensó la mandíbula y giró como si estuviesen en medio de un vals. Violet no añadió nada, y el duque supo

que se sentía vencedora de aquella diatriba, como si juzgarlo fuese gratis. Como si le conociera y supiera de lo que estaba hablando. No pensaba darle ese gusto, así que se inclinó y la hizo doblarse hacia atrás para enterrar su rostro en el escote de su vestido de ratina trenzada. Cuando la alzó, más bruscamente de lo que pretendía, dejó de bailar y se miraron a los ojos. Ambos respiraban con fuerza y parecían enfadados.

—No tienes ni idea de lo que hablas, Violet, no me conoces —declaró Edward.

—Sé lo suficiente, no pienses que no he oído rumores sobre ti —replicó ella—. Al poco de llegar, cuando tú ni siquiera te habías dignado a hablarme, oí una conversación en la tienda de Berkeley Square. Parece que tienes a las hermanas Greenbach alteradas, y más aún a su madre. Excuso decirte que rechazar a las mujeres como a una prenda que eliges y desechas está muy mal.

—Entonces ten valor y pregúntamelo directamente, querida. No te escudes detrás de una charla cuyos antecedentes desconoces —espetó él—. Además, excuso decirte que escuchar a escondidas y juzgar la vida de los demás está muy mal.

Violet se sonrojó como una guinda y frunció el ceño, pero decidió seguir adelante.

—Muy bien, como quieras. ¿Es cierto lo que dice tu madre?, ¿te has dedicado a seducir mujeres en la India mientras cumplías el servicio militar? ¿Es allí donde has aprendido todo esto que me estás enseñando?

—¿Tan bajo piensas de mí? —acusó Edward.

—No lo sé, Edward. Tú mismo lo has dicho, no te conozco.

El duque apartó la mirada, dolido. No supo por qué, pero le molestó que ella creyese eso de él. No le había dado motivos para juzgarlo como mujeriego, al contrario, le había contado su deseo de encontrar una mujer afín y no a una de esas tontas malcriadas que buscaba su madre. Un picaflor no hubiese actuado de esa forma.

—Voy a decir esto únicamente por el bien de nuestro plan, porque soy tu tutor y no quiero que pienses mal de mí, y para eso debe haber confianza mutua si queremos triunfar —declaró Edward y sonó muy serio—. No es cierto. No me he dedicado a seducir por capricho ni a indias ni a inglesas, y la razón por la que sé todo esto es obvia. ¿Acaso eres tan ingenua para pensar que mi padre no me llevó a desfogarme cuando alcancé la edad apropiada? Oh, Violet... Como me dijiste una vez, a las mujeres se os enseñan ciertas cosas, pero lo mismo se nos aplica a los varones. Se espera que las damas no sepáis nada y nosotros lo hagamos todo. No soy un santo ni un mojigato, pero mi fama no es cierta.

Violet le miró en silencio unos instantes, y algo en su mirada le dijo que era sincero. Se sintió como si desenlazaran un nudo en su estómago.

—Te creo —declaró al fin.

—En tal caso creo que podemos dar por zanjada esta lección —suspiró Edward.

Dicho aquello se alejó para detenerse frente a la ventana. La mañana estaba soleada, pero hacía bastante viento y el aire se movía cargado de hojas. El otoño estaba muy cerca. Como si intuyese que le había ofendido, Violet se mordió los labios y trató de remediar la situación. Había sido su orgullo herido el que la había movido a actuar así. Se había precipitado al juzgarlo y ahora que conocía su respuesta se sentía mal. Decidió encauzar las cosas a la conversación que tenía pensada inicialmente.

—¿Sabes que Lincoln me ha escrito? —comentó con voz suave.

—¿Y qué?

—Me ha invitado al baile de solsticio de otoño en el Royal Opera House. Pienso que será un buen sitio para poner en práctica todo lo que me has enseñado hasta ahora —dijo Violet y avanzó

hacia él, que seguía de espaldas con la vista fija en el jardín—. Si todo va bien creo que podrás librarte de mí muy pronto.

El duque sonrió de medio lado. Librarse de ella... ya, como si pudiera. Incluso cuando lograra «librarse» de la tutela de Violet, aún le quedaban Rose y Camelia. Volvió la cabeza tan solo para encontrarla en pie a su lado.

—Bueno, socia, en tal caso será mejor que centremos nuestros esfuerzos en la tarea, ¿no crees? Deberías llevar uno de los vestidos que te compré, son los más adecuados para un baile como ese. Eso, a menos que prefieras usar uno diseñado por ti.

—No, está bien, usaré uno de los tuyos. Son preciosos.

Edward asintió por toda respuesta y Violet dejó escapar un suspiro. No había más que pudiese hacer, así que comenzó a alejarse hacia la puerta de la habitación, y el duque no trató de detenerla. Solo cuando la puerta se hubo cerrado Edward se volvió.

Se había sentido atrapado al verla juzgándolo, y luego tratando de librarse del remordimiento como si nada, pues a pesar de todo la joven le agradaba. No, no solo le agradaba. Le gustaba en la forma que sabía era la más inapropiada del mundo. Primero, porque era la hija de su mentor. Segundo, porque era su protegida. Tercero, porque a diferencia de las demás jóvenes de Londres a las que conocía y detestaba, Violet mostraba autenticidad y espíritu, algo que él valoraba y deseaba en una compañera. Y, por último, porque era obvio que a ella no le interesaba él en absoluto más allá de la lujuria.

Violet soñaba con vivir su sueño de infancia, y una boda no entraba en la ecuación.

La fiesta de solsticio resultaba ahora una necesidad, y se hizo evidente que no podía retrasar más la búsqueda de una mujer. Suspiró de nuevo, resignado. Solo restaba actuar.

## Capítulo X

### *Lana donegal y tul púrpura*



Tal como le había prometido a Edward, Violet se decantó por uno de los vestidos que adquirió para ella en la *boutique* de *Madame Rossbound*. En aquel entonces apenas sabían nada el uno del otro, aun así, Violet se sorprendió con lo acertado que había estado al elegir el estilo y el color. Le había comprado seis en total, todos ellos una maravilla. Para el baile de otoño se decantó por uno que creía iba a causar una pequeña sensación: la tela de tul que formaba la falda era de un intenso tono púrpura, igual que una amatista, y brillaba a la luz de las velas igual que la gema. El cuerpo y la sobrefalda eran de lana donegal tejida en un patrón de rombos grises y verdes. Violet sabía que, de lucirlo acompañado por una gargantilla y unos pendientes se vería espectacular.

La fiesta empezaba a las seis, pero a las cuatro y media ya tenía los nervios bailando un vals entre su estómago y su garganta. Estaba decidiendo qué enaguas se iba a poner cuando escuchó una familiar llamada en su puerta.

Sonrió, pues solo había una persona que llamase de esa forma.

—Puedes entrar, Rosie —anunció sin perder la sonrisa.

Apenas dijo aquello la puerta se abrió para revelar a Beatrice y a sus hermanas. La sirvienta se adelantó para ayudarla con las enaguas, mientras las dos jóvenes se sentaron sobre la cama. Rose estaba revolucionada como un colibrí, pero Camelia permanecía serena cual estatua. A veces Violet envidiaba su tranquilidad y saber estar, aunque en esa ocasión no se creyó la fachada. Estaba a punto de preguntar al respecto cuando Beatrice se adelantó.

—¿Ese es el vestido que se va a poner, señorita Violet? —inquirió.

—Sí, así es. Edward, quiero decir, el coronel Barnett, me lo regaló hace semanas para que lo llevara en ocasiones como esta —confirmó ella.

—¿Edward te compra vestidos? —se sorprendió Rose y suspiró—. Ay, Vivie, ¡qué suerte tienes! Creo que le gustas, a mí no me ha regalado nada todavía...

—Eso no es cierto, Rosie. Te compró el uniforme del internado, los libros y los materiales, sin contar el precio que pagó por la matrícula —intervino Camelia—. Esas cosas cuestan una pequeña fortuna, deberías darle las gracias en vez de quejarte.

—¡Oh, y se lo agradezco! Pero Cami, hasta tú deberías entender que el deber no es lo mismo que el placer. Edward solo lo hace porque es mi tutor, no porque sienta nada.

—Y con razón, señorita Rose, es usted muy niña todavía —dijo Beatrice.

La adolescente abrió los labios para replicar, pero lo pensó mejor y volvió a cerrarlos. Clavó la mirada en la colcha antes de llevarla de nuevo hacia Violet, que estaba sosteniéndose de los tirones de Beatrice mientras anudaba con fuerza de los lazos del corsé. Al ver que sus hermanas la miraban, Rose volvió a romper el silencio.

—Ese corsé te hace una figura ideal, Vivie, aunque Camelia sigue siendo la más guapa de las tres, la que más se parece a padre —dijo, y se levantó para compararse con Violet, palpándose el abdomen y el busto casi plano por encima del vestido—. ¡Ojalá tuviera unos pechos como los tuyos, no dejaría a ningún caballero indiferente! Creo que hasta ese soso aburrido de Lincoln Penley estará complacido contigo hoy.

—Pues a mí me gusta lord Penley, no sé por qué muestras tal inquina hacia él, Rosie —comentó Camelia—. Es un hombre amable, bien educado, y su cortejo a Violet ha sido ejemplar: le ha enviado flores, cartas y dulces. La invitó a la regata de su familia y a acompañarlo a un baile social. Es lo que todo buen caballero haría.

—¿Eso piensas? —inquirió Violet.

—Sí, y tú deberías pensar lo mismo.

—Si tanto te gusta Lincoln podrías ir tú a la fiesta y casarte con él. Violet solo lo soporta para complacer a madre, todas lo sabemos —resopló Rose y elevó las cejas—. Hablando de eso, ¿por qué no vas a la fiesta?, ¿acaso no te apetece?

—Claro que me apetece, pero madre no me deja. Piensa que no es adecuado que Violet y yo compitamos por la atención de los hombres... y estoy de acuerdo —contestó Camelia—. No os preocupéis, sé que mi momento no ha llegado, hasta que Vivie no se case ninguna deberíamos preocuparnos por eso. Con suerte ya no falta mucho.

«Sí, con suerte», pensó Violet y se contuvo de poner los ojos en blanco. Entonces Beatrice se alejó para tomar el vestido y ajustarlo a la anatomía de Violet. Solo cuando la joven estuvo perfectamente enfundada dio un par de palmadas al aire.

—Pues ya está señorita, vamos a peinarla, ¡verá que hermosa la dejamos! —dijo.

Media hora más tarde las tres jóvenes salían por la puerta seguidas de la criada. El gran reloj de péndulo del salón marcó las cinco y media, y Violet miró a su alrededor en busca de Edward. No se le veía por ninguna parte. Estaba empezando a preocuparse cuando la puerta del despacho se abrió para dar paso a lady Florence, lady Marjorie, y Edith, que avanzaron hacia ellas a paso rápido. Al llegar a su altura, la duquesa viuda la recorrió con los ojos de arriba abajo, y Violet sintió que la desnudaba hasta el alma. Sin embargo, no se achantó y elevó la cabeza con orgullo.

—Lady Florence —saludó.

—Señorita Stuart, está usted radiante —dijo Florence con fría cortesía—. Supongo que lord Penley vendrá a recogerla para ir al baile, ¿me equivoco?

—En realidad pensaba que acudiría junto a su hijo —confesó Violet.

—Pues no creo que sea posible, Edward salió hace rato y seguramente esté ya allí. No se apure, lo verá en la fiesta bailando con alguna mujer.

El tono despectivo era innegable, así que Violet tensó la mandíbula y sonrió forzada. No quería montar una escena por contestarle alguna fresca a la impertinente duquesa viuda, pero

ganas no le faltaban. En vez de ello asintió y amplió la sonrisa.

—No se apure, estoy segura que así será. Encantos no le faltan, ¿cierto? —afirmó.

Florence notó que le ardían las mejillas, pero no dijo nada. En vez de ello frunció los labios y Violet se anotó una pequeña victoria. Estaba a punto de darse la vuelta cuando la puerta principal se abrió y el señor Hubbert, mayordomo de Braithbury Hall, entró a paso rápido para detenerse frente a Violet.

—Señorita Stuart, el coronel Barnett la está esperando —anunció.

—Creí que se había ido —dijo Violet.

—Él mismo me ha enviado a buscarla, señorita, aguarda por usted en la calle.

Violet le sonrió a sus hermanas y a su madre antes de encaminarse a la salida. La tarde había caído y el cielo estaba teñido de naranjas y violetas como en un cuadro de Delacroix, pero los faroles de la calle estaban encendidos. La joven cruzó el camino que la separaba de la verja y de la acera para encontrar a Edward montado a lomos de *Galán*.

Al verlo se le secó la garganta.

El duque parecía lo que era, un lord de Inglaterra imponente y varonil sobre su semental blanco. Vestía la levita azul que Violet le había regalado sobre un chaleco de seda *dupioni* y una camisa y pañuelo blancos que ataba con un broche de zafiros. Llevaba pantalones y botas negras, y un sombrero de copa sobre sus suaves hebras rubias como la miel tostada.

—Señorita Stuart, está magnífica esta noche —saludó desde la silla.

—Lo mismo podría decir de usted, coronel Barnett —dijo Violet y siguió el juego—. ¿Va a llevarme al baile a lomos de su valiente corcel blanco?

Edward se rio y relajó la postura.

—Podría, pero eso deprimiría un poco al futuro conde de Winslow. En realidad, he venido a escoltarte, he alquilado esto para ti —dijo y señaló a su espalda—. Harás toda una entrada si llegas montada en una calesa como una princesa de cuento.

La joven volvió la cabeza en la dirección que él había señalado, para encontrar un precioso carruaje sin capota parado tras él. Un par de ponys marrones tiraban del mismo, y Violet sintió que se le dibujaba una sonrisa en los labios sin poder evitarlo.

—Me consiente usted demasiado, caballero —bromeó.

—Vivo para hacer feliz a mi dama —contestó él y le guiño un ojo—. ¿Vamos?

—Será un placer.

Dicho aquello Oliver acercó la calesa para que Violet subiera, y una vez sentada en el reluciente asiento de terciopelo rojo, siguió a Edward camino al Royal Opera House. Aquella iba a ser una velada decisiva para ambos, de eso no tenía ninguna duda.

\*\*\*

Al igual que la noche del estreno de «*Il Campanello*», el edificio estaba repleto. Decenas de carruajes hacían cola frente a las escaleras, donde los invitados charlaban mientras esperaban su turno para entrar al gran teatro. La música de violines, violas y piano se escuchaba desde fuera, y Violet sonrió con la emoción que antecede a la sorpresa. No sabía qué iba a encontrar, pero se moría por averiguarlo. Cuando llegaron, Edward entregó las riendas de *Galán* a Oliver, que las ató a la parte trasera de la calesa. Después le ofreció el brazo a Violet para encaminarse juntos a la entrada.

El interior, como Violet recordaba, era un sueño. La gran lámpara central iluminaba el *hall* con cientos de velas, y entre el brillo de la seda de los trajes, de los candelabros y de los

diamantes que lucían las damas, el lugar parecía encantado. En ese momento sonaba un vals, y estaba planteándose pedirle bailar a Edward cuando él se detuvo.

—¿Qué ocurre? —dudó Violet.

—Acabo de localizar a tu hombre —dijo Edward y lo señaló con un ademán—. Será mejor que vayas a saludarle, yo iré a tantear el panorama.

—De acuerdo, nos vemos luego.

En cuanto Edward la soltó, Violet se sintió abrumada por la sensación de vacío. Le gustaba sentir el toque firme de su brazo, la calidez de su cuerpo contra el suyo, y verlo alejarse en la dirección contraria le hizo dar un vuelco el corazón. Era estúpido y lo sabía, pero no podía evitarlo. Tal vez seguía molesto por las acusaciones de la otra mañana. No tenía forma de saberlo sin hablar con él, así que, deseando desterrar esa sensación se encaminó hacia el futuro conde de Winslow y le tocó en el hombro para hacerse notar.

Lincoln sonrió y Violet notó que la sonrisa le iluminaba los ojos, de un precioso gris claro. Era un hombre guapo, había que reconocerlo. Sin embargo, en vez de quedarse parada mirándolo se inclinó en una reverencia y devolvió la sonrisa.

—Me alegro mucho de verlo, Lincoln. Espero que no le parezca impertinente si le pido que me saque a bailar —comentó—. Llevo deseando hacerlo desde que llegué.

—Será un placer, Violet. Me honra que me haya concedido a mí el honor de su primer baile de la noche —respondió él y le ofreció la mano, que ella estrechó—. Conociéndola, estoy seguro de que estará muy querida. ¿No ha venido con Edward?

—Sí, está por ahí, saludando a unos conocidos.

El futuro conde asintió y los guio hacia la pista de baile, al otro lado del salón. Mientras andaban, Violet vislumbró a Edward hablando con un grupo de mujeres. Tragó saliva y apartó la mirada. No tenía por qué importarle, así que trató de centrar su atención en Lincoln. El hombre se detuvo en la pista de baile, y cuando dio inicio una pieza se unió a la danza. Se trataba de un vals lento y romántico, y Violet encontró su oportunidad. Era el momento de poner en práctica las enseñanzas del duque de Braithbury.

Cuando Lincoln bajó la mano a su cintura y entrelazó sus dedos, Violet se acercó.

—¿Le parece inapropiado que haya abandonado los formalismos? —preguntó.

—Inusual, pero agradable. Reconozco que me ha supuesto gran deleite escuchar mi nombre en sus labios —admitió Lincoln—. ¿No piensa lo mismo, Violet?

—En tal caso obviemos por completo el trato formal. Me encanta pronunciar tu nombre, Lincoln, y espero que no sea lo único tuyo que tenga pronto entre mis labios.

La declaración dejó al hombre sin palabras, tanto, que el rubor ardió en sus mejillas. Violet sabía que había sido atrevida, nunca en su sano juicio se habría atrevido a insinuar un beso de forma tan poco sutil, pero esta noche era distinta. Esta noche había salido a ganar y tenía que engatusarlo a como diese lugar. Cuando el vals llegó a su fin Lincoln se alejó, pero Violet negó con una sonrisa y volvió a colocarle su mano en la cintura.

—Esta noche es para ambos, Lincoln, no creas que te librarás de mí tan fácilmente —declaró—. A fin de cuentas, solo he venido porque tú me has invitado.

—No soñaría con librarme de ti —sonrió Lincoln—. ¿Bailamos?

—Esta noche estoy a tu completa disposición.

El hombre se sonrojó de nuevo, pero comenzó a moverla por la pista de baile al ritmo de la música, y una hora más tarde ambos tenían las mejillas rojas de tanto danzar. Violet amaba el baile y si su compañero era bueno no le importaba nada más. Lincoln lo era. No bailaba con la frescura de Edward, pero su técnica era perfecta, así que lo disfrutó más de lo que había

imaginado. Cuando dio comienzo una pieza lenta, Violet decidió tirar las redes a ver si él picaba. Tal como Edward le había enseñado, llevó los dedos al cuello del futuro conde para acariciar sus suaves ondas oscuras.

Lincoln se estremeció y desestabilizó la postura, pero Violet no se alejó.

—Lo siento, no quería asustarte. —Se disculpó.

—No me asustas, solo me has sorprendido —dijo él—. De hecho, es agradable.

—No más agradable que el tacto de tu pelo, es tan suave como creía.

El comentario sorprendió a Lincoln, que bajó los ojos para encontrar sus miradas.

—¿Te lo habías estado preguntando?

—Desde luego, creí que sabías que... —comenzó ella y de pronto se interrumpió—. ¿Por qué no salimos a tomar el aire? Estoy un poco acalorada de tanto bailar y me hará bien refrescarme un poco.

—Por supuesto, vamos a uno de los balcones, allí no nos molestarán.

Violet asintió y en cuanto el vals terminó se alejaron de la pista en dirección a las escaleras. Cuando pasaron junto a la puerta volvió a ver a Edward, aunque del grupo de señoritas que le acompañaba solo quedaba una. Alta, de cabello negro y ojos azules, toda una preciosidad. No se parecía en absoluto a ella. Donde Violet tenía curvas, la otra era rectilínea. Violet tenía la piel lozana gracias al sol y la brisa, la otra, clara como porcelana. Los ojos de Violet eran verdosos, los de la otra parecían el cielo al mediodía. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta al verla sonreír tras una caricia de Edward. Sintió ganas de vomitar y aceleró el paso sin darse cuenta. Quería salir de allí cuanto antes.

Entonces Lincoln se detuvo frente a una puerta acristalada que daba a una pequeña terraza. Estaba alumbrada por farolillos, había un banco y una mesa, pero por lo demás estaba vacía. Lincoln se volvió a mirarla.

—Un lugar muy coqueto, ¿verdad? —comentó—. Vengo aquí a fumar a veces.

—Sí, es bonito —admitió Violet y suspiró—. Lo necesitaba para aclarar las ideas... el silencio, quiero decir.

—¿Es por eso que te has interrumpido antes, para aclararte? ¿qué querías decirme?

Violet se acercó hasta que el espacio entre ambos fue mera suposición. Los volantes de su vestido rozaron la levita de Lincoln, cuya nuez de adán se movió arriba y abajo. Estaba nervioso, pero no más que ella misma.

—En realidad no es cierto. No necesito aclararme, Lincoln, lo supe desde el día que me arruinaste el vestido.

—¿Supiste, el qué? —dudó él.

—Que me interesas —declaró Violet y rezó por no haber sido demasiado directa.

Las cartas estaban sobre la mesa, y al ver que él no decía nada, el corazón de Violet comenzó a latir a toda velocidad. ¿Y si la rechazaba? ¿y si lo había arruinado todo? Cerró los ojos, cuando de pronto notó una cálida brisa en la mejilla y el roce de unos labios. Abrió los suyos de golpe, para encontrar a Lincoln inclinado sobre ella. Sabía lo que tenía que hacer, pero se sentía tan distinto de Edward... El beso de Lincoln fue suave, delicado, blando. Los besos de Edward eran calientes, le hacían derretirse como la mantequilla. Entreabrió los labios para profundizar la caricia, pero apenas rozó con la lengua la boca de Lincoln, este se apartó.

—Lo siento, no he debido hacerlo, me he sobrepasado —declaró él.

—No te disculpes, me ha gustado —mintió Violet y volvió a besarlo.

Entonces Lincoln dejó de contenerse y devolvió el beso. A diferencia del primero, fue él quien ahondó, y Violet le dejó hacer. Lincoln la acarició con la lengua y recorrió su boca,

jadeando suavemente al hacerlo. Su bigote le hizo cosquillas en la mejilla y de nuevo la sensación de los labios del heredero sobre los suyos le resultó penosa a Violet. Se entregó al beso, pero deseaba que fuera la boca de otro la que atrapaba la suya. Solo se alejaron cuando el aire se volvió pesado y su pulso veloz, y Violet sonrió con la esperanza de parecer extasiada y no decepcionada.

—¿Volvemos? Si nos ven aquí y te atrapan besándome tu reputación de caballero quedará arruinada —sugirió y rogó internamente para que él aceptara.

—Creo que por una vez valdría la pena —declaró Lincoln.

La joven bajó la mirada para fingir recato, y cuando él le tomó la mano y entrelazó sus dedos, elevó sus iris verde oliva hacia los suyos. Volvieron al salón, donde el baile seguía animadamente. Cuando Lincoln se ofreció a ir a por una limonada, Violet asintió. Vagó por la sala hasta encontrarse frente a la pista de baile. Y allí volvió a toparse con su tutor, que bailaba en brazos de la belleza morena. No supo qué fue, pero Violet sintió la chispa de una emoción desconocida. Sin poder controlarse se puso en la fila para que al darse el cambio de parejas Edward tuviese que bailar con ella. El momento llegó dos turnos más tarde, y el duque sonrió al envolver su cintura.

—¿Disfrutando de la fiesta, estimada socia? —inquirió.

—No tanto como tú, parece —contestó Violet más mordaz de lo que pretendía.

—Deduzco que lord Penley no está a la altura. Lástima, pero la noche es joven y debemos seguir con la función hasta las últimas consecuencias.

Ella asintió, y al notar un pequeño suspiro sobre su cuello, Edward la miró.

—Estamos a tiempo de parar, Violet. Como te dije el primer día, no pienso lanzarte a los brazos de un patán o un perverso, ni de un hombre que te desagrade tanto como parece que lo hace Lincoln —declaró—. Di la palabra y hablaré con él.

—No, no importa, cumpliré con mi parte —negó la joven.

—¿Entonces qué te pasa?

—Solo me estaba preguntando hasta qué punto estabas decidido a... actuar.

El comentario sorprendió a Edward, que los alejó de la pista para esconderse detrás de un par de columnas. Se veía todo el salón desde allí. De nuevo pensó en lo que acababa de decir. ¿Acaso eran celos lo que veía? ¿Violet estaba celosa por él?

—¿Lo dices por la joven con la que estaba bailando? —inquirió perplejo. Violet no dijo nada, así que él se explicó—. Se llama Caroline Brightman y acaba de llegar de las colonias de África, de Ciudad del Cabo. No la conocía en persona, aunque he tratado con su padre. Creo que voy a ir adelante con ella. No me malentiendas, nunca será la mujer que hubiese soñado, pero al menos no es como la mayoría de malcriadas de Londres.

—Sí, supongo que tenéis eso en común, el amor por las colonias —dijo Violet—. India, África... no son tan diferentes.

—Tan distintas como una mujer de otra —contradijo Edward.

Estaba a punto de hablar cuando la mencionada señorita Brightman se acercó y le interrumpió. Edward frunció los labios, pero ocultó su molestia detrás de una sonrisa. Caroline parecía sorprendida de verlo allí escondido con otra mujer, pero el duque la tomó de la mano y le besó el dorso en un gesto cortés antes de volverse hacia Violet.

—Señorita Brightman, permítame presentarle a la señorita Stuart, hija de mi mentor y mi protegida —presentó Edward—. Violet, esta es la señorita Caroline Brightman, de quien ya te he hablado.

—¿Le ha hablado de mí? —interrumpió Caroline y se ruborizó—. Ay, Edward, ¿es usted un

encanto!

—No tanto como usted, querida.

Ambos se miraron y compartieron una risa, y Violet sintió que la bilis le subía a la garganta. Tenía que salir de allí cuanto antes o no sabía lo que haría. Gritarle a esa idiota entrometida, gritarle a él o echarse a llorar de frustración al ver al hombre que le aceleraba el pulso tontear con otra delante de sus narices.

—Es un placer conocerla, señorita Brightman. Si me disculpa tengo que irme.

—¿Por qué tanta prisa, acaso está indispuesta? —dudó Caroline.

—No, pero me están esperando —contestó Violet.

Dicho aquello se dio la vuelta sin esperar respuesta. Sabía que se había comportado de forma irracional y maleducada, pero quería encontrar a Lincoln para pedirle que la acompañara a casa. Había perdido las ganas de bailar y no se veía con ánimos de fingir galantería delante del otro hombre. Parecía que el duque de Braithbury se le había metido bajo la piel más de lo que imaginaba, tenía mucho que pensar.

## Capítulo XI

### *Terciopelo de seda devore*



Edward detuvo el cepillo entre el lomo y los cuartos traseros de *Galán*, pensativo. Apenas faltaba media hora para salir hacia la finca de los Penley, a las afueras de Londres, donde se celebraba la cacería a la que él y Violet habían sido invitados. La intención de Lincoln era evidente, lucirse delante de la joven, e invitarlo no era más que un daño colateral que soportar. Desde la noche de la fiesta hacía cuatro días Violet y él apenas habían hablado, y el asunto preocupaba a Edward más de lo que quería admitir. No sabía qué había hecho para enfadarla tanto y, si los celos que detectó eran una señal, estaba bastante molesta. Él deseaba arreglar las cosas, pero no sabía qué decir para no empeorarlo.

Ni siquiera estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Que Violet le gustaba era una verdad que no se molestaba en negar: le atraía no solo intelectualmente, sino de forma física y primaria. La mayoría de señoritas de Londres se esforzaban en estar delgadas como juncos, rectas y planas en cada aspecto de sus cuerpos. Cuanto más pálida se viera su piel, más hermosas se sentían. ¿Pero en qué pensaban? ¿A qué hombre en su sano juicio le atraería una muchacha pálida y flaca como un cadáver? A él no, desde luego.

Por eso Violet le enardecía. Su piel era pecosa, levemente tostada por el sol. Estaba delgada, pero poseía curvas en las caderas y el busto y, desde que había entrado en su dormitorio aquella noche e intuido la rosada perfección de sus pezones bajo el encaje del camisón, se moría por verla desnuda. Tragó saliva con solo imaginarlo. Que era preciosa no era un secreto. Como tampoco que era imaginativa, resuelta, original y apasionada. Sonrió al recordar su iniciativa al ordenarle que la llevase a su cuarto para seguir con la lección. Era una joven de carácter, como su padre ya le había advertido, y le encantaba.

Sin embargo, era precisamente el hecho de que fuera hija del brigadier Stuart lo que frenaba a Edward. Si llegaba a algo con ella estaría traicionando la memoria de su mentor, falta que no pensaba cometer así tuviese que casarse con alguien que le gustara menos, como Caroline

Brightman. Caroline. La joven también estaba invitada a la cacería, y supo que tendría que caminar con pies de plomo para encandilarla sin enfurecer a Violet. Solo faltaban veinte minutos para salir y la joven aún no había aparecido. Miró a *Mantequilla*, a la que ya había ensillado en espera de su dueña. ¿Debería ir a buscarla?

Esos eran sus pensamientos cuando la puerta se abrió y apareció Violet enfundada en un traje de montar: falda de terciopelo verde oliva, camisa blanca y una capa corta de seda con patrón Devore. Llevaba el cabello recogido en una trenza, igual que el día que llegó a Londres, y un sombrerito de copa para completar el atuendo. Estaba muy guapa. Al llegar a su lado la joven se detuvo y frunció los labios.

—Dado que has ensillado a *Mantequilla* y a *Galán*, deduzco que iremos a caballo —comentó—. ¿Queda muy lejos la propiedad de los Penley?

—A unos veinte minutos, está a las afueras de Londres, en la zona sur —explicó él.

—Entonces no hay tiempo que perder, no deseo hacer esperar a Lincoln.

Sin esperar a que él respondiera, Violet metió el pie en el estribo de la yegua y se sentó, antes de dar un par de toquitos con la fusta en su costado y arrancar a cabalgar. Edward se apresuró a seguirla, y cuando logró darle alcance casi habían salido del distrito de Belgravia. Le estaba empezando a irritar esa conducta, así que habló, molesto.

—¿Qué pretendes, llegar tú sola hasta la salida de Londres? Cuidado, querida, tendrás que pasar por algunos barrios de lo más desagradables.

—No soy de las que se asustan con cuentos, coronel Barnett.

—¿Ahora me llamas «coronel Barnett»? —resopló Edward y la miró molesto—. Violet, no sé qué he hecho que te ha enfurecido tanto, pero tienes que dejarlo de lado.

—¿Para que Lincoln no note nada? —gruñó Violet y también le miró—. No temas, tengo al heredero de Winslow comiendo de mi...

—¡Al infierno con Lincoln, olvídate de él, te lo pido por mí!

El repentino arrebato sobresaltó a *Mantequilla*, y Violet tuvo que darle un par de palmadas en el cuello para tranquilizarla. Solo cuando la equina se hubo calmado miró al duque, con un deje de sorpresa fijo en sus ojos verde oliváceos.

—¿De qué estás hablando? —Se atrevió a preguntar.

—Hablo de que no soporto que me hables así, que me evites y me mires con desdén. ¡Maldita sea, Violet, conocías mi parte del trato cuando accediste a ayudarme en todo esto! —exclamó Edward y soltó el aire, más calmado—. Caroline es... no significa nada para mí, ¿lo entiendes?

—No tienes que darme explicaciones, lo entiendo.

—Y, sin embargo, me castigas por mi elección —objetó él.

Violet clavó la vista en el paisaje. Estaban cruzando la parte sur de la ciudad, no podían faltar más de dos minutos para salir de Londres.

—Admito que he sido inmadura —dijo de pronto y suspiró—. Bueno, supongo que no se me puede culpar. Mientras yo debo besuquear a un hombre que no me interesa, tú coqueteas con otras y bailas como un príncipe encantado con su princesa. Tú mismo lo dijiste, ¿recuerdas, Edward? No sé nada de hombres y verte con ella me dolió.

—¿Por qué? —inquirió él.

«Porque me gustas», pensó Violet y apartó la mirada. No podía decir eso.

—No lo sé, pero te prometo que no volverá a pasar —respondió y trató de cambiar de tema—. Parece que vamos de caza. ¿Eres bueno en eso?, ¿tienes mucha practica?

—A riesgo de sonar presuntuoso, confieso que no se me da mal —dijo Edward.

—¿Otra nueva virtud que sumar a la lista? —bromeó Violet.

—Qué puedo decir, ¡es terrible haber sido bendecido con tantos talentos!

Ambos se miraron y rompieron a reír. Habían salido de Londres y estaban cruzando la carretera en dirección paralela a la costa. El ambiente entre ambos se había relajado y antes de darse cuenta estaban charlando de todo lo que veían: del buen tiempo, de lo frondoso del paisaje, de los animales que iban cazar, de sus anécdotas de infancia... Edward se encontró disfrutando de escucharla, y con el malentendido arreglado se sentía libre del peso de una losa. Disfrutaba mucho en compañía de Violet.

Un cuarto de hora después, llegaron a un cruce de caminos donde un poste indicaba las rutas: derecha, Greenwich, izquierda, Enfield, abajo, Londres, arriba, Bexley. Violet sintió un deje de emoción recorrerla al ver las posibilidades que se abrían ante ella.

—¿Qué ruta tomamos? —inquirió.

—Hacia Greenwich, socia.

Violet asintió y, tras espolear sus monturas se encaminaron hacia el destino.

\*\*\*

Winslow Park, la propiedad ancestral de los Penley, era una absoluta maravilla. El terreno era enorme: hectáreas de bosque virgen en las que cazar y pasear sin ser molestados, amplios jardines e incluso un arroyo que atravesaba los terrenos donde pescar y bañarse. A Violet le encantó cada centímetro, y no pudo disimular su entusiasmo cuando se detuvieron frente a las puertas para reunirse con los demás invitados. Lincoln salió a recibirlos, aunque iba tan rodeado de personas que parecía llevar un séquito.

Violet reconoció a varios: el vizconde de Earnswick y amigo personal de Edward, lord Raymond Hatton, su hermano gemelo Clifford, lord Alphonse Bedford, la señorita Brightman y un hombre mayor que, a juzgar por el parecido, supuso sería el actual conde de Winslow y padre de Lincoln. Estaba a punto de desmontar cuando Lincoln lo impidió al dejar su mano sobre su botín. Violet le miró extrañada, así que se explicó.

—Es un gran placer que nos hayan honrado con su presencia, pero no es necesario que desmonten, la cacería va a empezar, solo estábamos esperando a que llegasen ustedes —comentó con formalidad y una sonrisa.

—Desde luego, y justo a tiempo. ¡Diez minutos más y me hubiese ido a tomar algo! —dijo Clifford.

—Usted siempre tan sutil, lord Hatton —suspiró lord Bedford.

Clifford abrió la boca para replicar, pero su respuesta fue interrumpida por Caroline.

—Ya que lord Edward y la señorita Stuart han llegado a tiempo podemos empezar. ¿No es cierto, lord Penley? —comentó alegremente.

—Por supuesto, señorita Brightman, excelente idea. No hagamos esperar más a las presas —asintió Lincoln y tomó las riendas de su caballo, un frisón negro al que subió de un salto—. Muy bien, damas y caballeros, ¡doy por inaugurada la cacería!

El grupo entero asintió, después, se encaminaron hacia el bosque a galope tendido.

\*\*\*

Violet era buena cazando, pero nunca le había gustado hacer gala de sus habilidades con el rifle. Su madre lo encontraba una actividad masculina, y siempre que hablaba de ello la regañaba

e instaba a que no presumiera de ello. Habiendo vivido en Plymouth toda la vida estaba acostumbrada a salir de caza con su padre; él, como militar, fue quien le enseñó a disparar. El mosquete era su arma preferida y, a pesar de que no era tan mortal como la escopeta, había insistido en usarlo. Thomas siempre sonreía ante su elección.

Y ahí estaban ahora, en medio del bosque, agazapados tras unos arbustos mientras observaban a un grupo de jabalíes mordisquear unos tallos de nabos silvestres. Oía los gimoteos de la señorita Brightman detrás de ella, y cuando soltó un gritillo sobreexcitado Violet puso los ojos en blanco. Qué era lo que veía Edward en esa mujer lo ignoraba.

—¡Qué emocionante! —exclamó Caroline—. Nunca le he disparado a un cerdo de semejante tamaño, solo he cazado perdices y patos.

—Y no lo hará si alerta a los jabalíes hablando tan alto. —Se quejó Raymond.

—No seas así, Ray, la muchacha solo quiere cobrarse una pieza —susurró Clifford.

—Lo siento, no tenía ni idea, caballeros... —se disculpó ella.

Después se sucedió una tanda de disparos y un par de jabalíes cayeron abatidos antes de que los demás arrancaran a correr bosque adentro. Edward se levantó con el mosquete bajo el brazo y echó a correr en la dirección opuesta.

—¡Daos prisa, montad o los perderemos! —exclamó.

Sin embargo, no llegó muy lejos, pues al oír la voz a su espalda se detuvo en seco.

—La premura no es necesaria, lord Barnett, hay plenitud de animales en mis tierras. No voy a corretear como un niño tras unos jabalíes —declaró Willow, padre de Lincoln.

—Estoy de acuerdo con mi padre. Dejemos que los porteadores lleven las presas a la mansión, nosotros volvamos a buscar otros animales —dijo este—. ¿Me acompaña, señorita Stuart? Si acepta le dejaré elegir qué animal abatimos primero.

—Por supuesto, lord Penley, será todo un placer —contestó Violet.

Edward tensó la mandíbula al ver a la joven caminar junto a Lincoln en dirección a los caballos. ¡Cómo detestaba a ese bufón! Y su padre no era mejor. Menudos papanatas, tener las presas al alcance y dejarlas marchar por mero capricho. En la India una decisión como esa podría haberles costado la vida. Pero claro, esos dos jamás pisarían un lugar menos «civilizado» que su preciosísimo Londres. Estúpidos y malcriados arrogantes.

Dicho aquello el grupo entero volvió a montar para recorrer el bosque al paso. Cabalgaban en parejas: lord Willow y lord Shultton, Lincoln y Violet, Edward y Caroline, y cerrando la marcha Clifford y Raymond. La escena era un juego de marionetas, y los gemelos sonreían mientras veían desarrollarse el drama ante sus ojos. Violet charlando con Lincoln con aparente interés, Edward fulminándolos con la mirada mientras fingía escuchar las anécdotas de Caroline, y ella en su mundo de ensueño. Magnífico. Estaban a punto de llegar a un claro cuando el futuro conde de Winslow detuvo la marcha. Ante ellos había una manada de ciervos que pastaba ajena al peligro.

—Creo que ya tenemos premio —comentó Lincoln y se volvió hacia Edward—. Como ve, lord Barnett, la paciencia es una virtud que arroja recompensas. Si esperamos, los ciervos se nos pondrán a tiro.

—Descubrirás, Lincoln, que cuando se trata de animales salvajes la parsimonia puede costarte la vida. Yo no esperaré más y atacaré ahora —contradijo él.

—No discutan, no hay necesidad, los ciervos no se van a ir... —intervino Caroline—. En lo personal, creo que lord Penley tiene razón. Obtendremos pronto la recompensa.

Lincoln miró a Caroline con un rubor en las mejillas, y la joven sonrió con timidez. Para nadie pasó desapercibido el gesto, así que Violet decidió intervenir.

—Pues yo opino igual que lord Barnett. Nunca se ha ganado nada quedándose atrás —afirmó y se adelantó—. Ya que quieren hacer gala de su paciencia, permitan disparar a los demás. A fin de cuentas, hay muchos animales en sus terrenos, ¿no es así?

—Por supuesto —asintió Lincoln.

Violet cruzó una mirada con Edward, que sonrió mientras espoleaba a *Galán* para ponerse a su altura. Había sentido una calidez en el pecho al oírlo concordar con él. Eran más compatibles de lo que podía parecer a simple vista y le encantaba comprobarlo. Cuando llegaron al límite de la manada alzaron los mosquetes para disparar. Un estruendo y una nube de humo después, un par de ciervas cayeron sin vida hacia un lado. La manada se alarmó y echó a correr, así que se apresuraron a seguirlos. Violet sonrió. Le encantaba sentir la brisa en el rostro al cabalgar, la emoción de la cacería, y al volver la vista atrás encontró que los gemelos Clifford y Raymond se habían unido a ellos.

Al llegar a un afloramiento rocoso se detuvo para recargar, y, mientras lo hacía, observó que Edward saltaba de la silla con una escopeta corta en la mano. Le disparó a un macho joven, pero no reparó en el adulto que avanzaba hacia él por un lateral. Violet lo vio todo a velocidad lenta, y supo que tenía que ayudarlo o le derribarían.

—¡Edward, cuidado, a tu izquierda! —gritó.

El duque volvió la cabeza en el momento que el macho le golpeó, dio con el costado en tierra, antes de rodar sobre sí mismo en un intento de apartarse de sus pezuñas. Fue Raymond quien abatió al macho. Violet y los gemelos se apresuraron a ayudar a Edward, encontrando que salvo por sus ropas rasgadas y un gran cardenal en el costado, estaba vivo y a salvo.

—¿Estas bien, Edward?, ¿estás muy malherido? —inquirió Violet.

—Lo único herido es mi orgullo, me temo, lo demás solo es un rasguño —dijo.

—Tal vez deberíamos volver a la mansión, Ed, ese golpe no tiene muy buena pinta —contradijo Raymond—. Se te está empezando a poner morado.

—Estoy de acuerdo con lord Hatton —asintió Violet.

Edward tanteó sus opciones y asintió. Le dolían las costillas que se habían golpeado contra el suelo más de lo que iba a admitir, así que se levantó renqueante antes de que sus amigos le sostuvieran uno por cada brazo. De pronto Clifford rompió a reír.

—Deberías verte, Ed, ¡tienes la ropa hecha un harapo! Nada señorial —bromeó.

—¡Al menos deja que salve un poco de dignidad, Cliff, que hay damas presentes! —contestó Edward con una suave risa, pero cesó rápido cuando sintió un tirón de dolor.

Violet eligió ese momento para intervenir.

—A la dama no le importa y, en realidad, tiene la solución perfecta —dijo—. Lord Clifford y lord Raymond te prestarán una camisa de repuesto, mientras tanto yo te coseré la levita y la camisa rotas. De hecho, las mejoraré.

—Me parece buena idea —asintió Clifford.

—Entonces no se hable más, volvamos —finalizó Raymond.

Como en un silencioso acuerdo, los tres hombres y la joven echaron a caminar.

## Capítulo XII

### *Algodón rasgado*



De regreso en Winslow Park se le asignó a Edward una habitación de invitados para que descansase sin ser molestado. Y a pesar de que Violet debería haberse quedado en el salón con los invitados que reían y comentaban el éxito de la cacería, logró escabullirse tras la segunda ronda de canapés para subir a la habitación de su tutor. Edward estaba tumbado en la cama con la espalda reposando sobre un montón de cojines con una camisa nueva. Al recorrer la habitación con la mirada, Violet notó la antigua tirada sobre el butacón frente a la chimenea, así que allí se dirigió. Cuando escuchó el ruido de la puerta, el duque de Braithbury se volvió.

—Mi estimada señorita Stuart, ¿no debería estar codeándose con los ricachones? —comentó con una alegría que no se molestó en ocultar.

—Me temo que le hice una promesa, coronel Barnett —contestó ella y sonrió antes de tomar las prendas rotas para sentarse frente a él sobre la cama—. Descubrirás que soy de las que cumplen su palabra, lo que digo, lo hago.

—Rasgo que tenemos en común.

—Ah, ¿sí?

—Tus hermanas y tú no estaríais a mi cuidado si fuese de otra forma —dijo Edward, y notó que ella sacaba una cajita de plata de su bolso—. ¿Pretendes coserlo ahora?

—Esa es la idea, sí.

La respuesta sorprendió a Edward, que cuanto más veía de Violet más atraído se sentía. ¿Qué mujer de clase alta llevaba un alfilerero con agujas e hilo en el bolso? Cuando la joven comenzó a remendar el rasgón con una maestría y velocidad aprendidas con la práctica, el duque observó como la rotura desaparecía poco a poco bajo el hilo de algodón, y no pudo evitar decir lo que le rondaba la mente como una abeja zumbadora.

—Te das buena maña con la aguja. Siempre lo he sabido, pero es distinto saberlo a verlo de primera mano —comentó, y elevó los ojos al sentir que le miraba—. ¿Cómo es que una joven

proveniente de una familia adinerada ha llegado a esto?, ¿dónde aprendiste?

—¿A coser? —inquirió Violet.

Él asintió, así que la joven continuó.

—Fue casualidad. Mi madre contrató a una institutriz que nos enseñara a bordar a Camelia y a mí, ya sabes, a hacer punto de cruz y ganchillo. Un día, en el maletín donde siempre guardaba los hilos traía un libro de patrones —explicó Violet y dejó de coser, con los ojos brillantes y una sonrisa—. Ver aquellos dibujos de vestidos de ensueño y diseños nunca vistos en Plymouth me fascinó. Pasé las siguientes noches devorando las páginas, incluso intenté hacer mis propias creaciones con unas cortinas.

—Casi puedo visualizarlo: una diminuta y adorable Vivie trabajando a destajo en algo que terminó en un gran fiasco para disgusto de su madre —comentó Edward con una calidez inusual en su voz—. ¿Qué edad tenías entonces?

—Diez años. En realidad, has estado muy cerca de la verdad sin saberlo —contestó ella y rompió a reír—. ¡Mi madre se puso furiosa! Pero accedió a que recibiera unas clases de costura. Supongo que creyó que eso me haría elegir mejores vestidos al ir de compras. Nunca pudo imaginar que esas páginas gastadas iban a suponer tanto para mí.

—Y tras las clases seguiste adelante en secreto —aventuró Edward.

—Sí, seguí adelante en secreto —confirmó ella—. Por eso quiero abrir mi casa de moda y costura, para que mi trabajo pueda inspirar a otras muchachas a hacer aquello que les guste. No todas las jóvenes tienen que tocar el piano y pintar porcelana para complacer a sus maridos. ¡Hay mucho más que una mujer puede hacer que delicadezas!

Edward no respondió y Violet apartó la mirada para volver a centrarse en la costura. No sabía si lo había disgustado al exponer sus pensamientos de forma tan sincera, pero creyó que él de entre todos la comprendería. Su voz la devolvió a la realidad.

—Eres asombrosa, Violet. Prefieres desafiar lo que te han determinado sin importar las consecuencias o que crean que eres inadecuada en vez de casarte bien. Ojalá todas las mujeres fuesen como tú. Dudo que haya conocido a una sola mujer auténtica en toda Inglaterra, al menos hasta que te he conocido a ti —declaró.

—Ojalá todos lo pensasen —suspiró Violet—. Estoy segura de que Lincoln...

—Olvida a Lincoln —cortó Edward.

Violet abrió los labios para responder, pero el duque la silenció con una suave caricia. La joven se estremeció. Un roce de su tutor y se le aceleraba el pulso cual tambor sonando a ritmo de fiesta. Entonces él continuó.

—Quería darte las gracias por haberme apoyado en la cacería —dijo—. Para mí significa más de lo que crees, teniendo en cuenta mi relación con Penley.

—Solo dije lo que pensaba —admitió ella—. Ha sido un movimiento un tanto arriesgado, quizá lo haya ofendido al darte la razón.

—No te preocupes, está demasiado deslumbrado como para enfadarse. No sé qué hiciste con él en el baile, pero sea lo que fuera ha funcionado a las mil maravillas.

Las palabras en apariencia inocentes lograron subirle los colores a Violet. No había hablado con nadie de lo sucedido entre el heredero de los Winslow y ella, y que Edward lo mencionase le hizo dar un vuelco el corazón. Había llegado el momento de hablar.

—Nos besamos. No, yo... yo lo besé, como tú querías —murmuró sin mirarle—. Sin embargo, hubiese preferido que fuese otra persona la que calentaba mis labios.

Nada más oírlo Edward se tensó sobre las almohadas, y al ver que no decía nada, Violet elevó el rostro. Sus miradas se encontraron, y en un repentino impulso el duque se incorporó para

atrapar su boca. El beso fue breve, pero apenas se separaron volvieron a besarse, larga y apasionadamente. Para Violet la boca de Edward era un elixir, la embriagaba y no podía dejar de beber de ella. Para Edward, el toque lanzado de Violet, que nada tenía que ver con los inexpertos besos que le había dado aquella primera noche, era la prueba evidente de su deseo. No podía ocultarlo más, la deseaba con vehemencia, y la sola idea de que Lincoln Penley probara lo mismo le daba náuseas.

Violet merecía mucho más, se merecía el mundo entero. Rompió el beso, jadeante.

—Violet, ¿me creerías si te digo que no quiero que le beses? —murmuró—. Sé que debes hacerlo por el bien de nuestro plan, pero la sola idea me resulta amarga.

«¿Amarga?», repitió Violet, sorprendida por la elección de palabras. «¿Será posible que sienta algo por mí? ¿Qué me vea como más que una cría insulsa con la que cargar?».

—Si te consuela, tampoco me gusta... pero como dices, debe hacerse —dijo.

Él asintió y dado que se habían sumido en sus pensamientos, se produjo un silencio tranquilo solo roto por el crepitar de las llamas de la chimenea. Pasaron así veinte minutos en los que la joven remendó por completo la camisa, a la que añadió un fruncido en la parte central que se semejaba a los patrones del siglo XVIII. Cuando hubo terminado, Violet alzó la prenda y se la mostró a Edward, que la observó maravillado. Lo que hacía dos horas no era más que una camisa de algodón rasgada en un costado, era ahora una bonita obra de costura como las que solía usar su abuelo. De pronto una idea acudió a su cabeza y sonrió sin poder evitarlo.

—¿Qué ocurre? —dudó Violet y las comisuras de sus labios se alzaron.

—Ya sé qué podemos hacer para sentar los pilares de tu sueño.

—¿De qué estás hablando?

—Lo que has dicho antes me ha dado la idea. Dijiste, «hay mucho más que una mujer puede hacer que delicadezas», y ya sé el qué —comenzó Edward y se explicó—. Haremos un desfile de moda. Es la mejor forma de dar a conocer tu trabajo, ni siquiera es necesario que menciones tu nombre para no indignar a tu madre, podemos decir que son diseños de la costurera que va a abrir una tienda próximamente. De esa forma ganarás la atención de muchas damas.

Violet le miró con los ojos abiertos como dos lunas y su sonrisa se amplió. Nunca se le había ocurrido la idea de hacer algo así, no tenía ni idea de qué hacer. Fue la voz del duque la que la sacó de sus ensoñaciones.

—Bueno, ¿qué opinas? —dudó.

—Es una gran idea, Edward —dijo Violet y se lanzó a sus brazos, sin embargo, se apartó rápido—. ¡Pero no sé ni por dónde empezar! Temo que tendrás que ayudarme.

—Lo haré encantado —asintió él—. No temas, no es difícil, he asistido a varios con mi madre y mis hermanos. Le pediremos a Camelia, a Caroline, a Beatrice y a un par de doncellas más que hagan de modelos. Tú solo tendrás que coser los vestidos y esperar a que los demás los vean encantados. De hecho, Caroline tiene amigas entre las damas de alcurnia, me lo ha repetido varias veces... Esas mujeres son público objetivo para ti.

—¿Y crees que les gustarán mis diseños?

Edward asintió.

—Si son como los dos que ya te he visto lucir, no te quepa la menor duda —dijo.

Algo en las palabras del duque le hizo revolotear un montón de mariposas en el estómago y se sonrojó sin poder evitarlo. No sabía qué iba a pasar, pero sabía que con Edward a su lado nada podía ir mal. Cuando el reloj de la mesilla tocó las cuatro y media, la joven reparó en todo el tiempo que llevaban juntos a solas sin que nadie se hubiese dado cuenta. Se puso en pie de golpe y alisó las arrugas de su falda.

—Debería bajar ya, lo que menos necesitamos son habladurías a nuestro alrededor —dijo Violet y se volvió hacia la puerta.

Edward asintió y, tras una sonrisa compartida, la joven salió de la habitación.

## Capítulo XIII

### *Vicuña y lana escocesa*



La carta de Lincoln fue del todo inesperada. Había pasado una semana desde la cacería, y al no recibir noticias tuyas, Violet creyó que se había enfadado debido al hecho de que había apoyado a Edward. Al parecer era un temor infundado, pensó mientras observaba el sobre que sostenía en la mano. Durante esos días el duque de Braithbury se vio forzado por el médico de la familia, el muy respetable *sir* Ismail Hammond, a permanecer en cama hasta que su contusión sanara. Por suerte no se había roto ningún hueso, aunque el aspecto de su costado era muy desagradable. Lo que había empezado siendo rojo y lila era ahora una gran mancha negra y amarilla.

En tales circunstancias las hermanas Stuart habían aprovechado para pasar más tiempo con él, y todos parecían satisfechos con el hecho. Edward, que cada día disfrutaba más de la compañía de sus tres jóvenes protegidas y, ellas, descubriendo más del carácter de su tutor. Con el paso de los días y el reposo pudo salir y moverse sin dolor.

El reloj de péndulo marcó las once y media y Violet alzó la vista del sobre. Estaba sentada en el alfeizar de la ventana del salón con la espalda apoyada en un par de cojines de plumas mientras diseñaba en un montón de hojas de papel para su inminente desfile. Por el momento había llegado a la cifra de siete diseños, pero sabía que necesitaría al menos el doble si quería que el evento tuviese éxito. Nunca podría agradecérselo a Edward lo suficiente. De solo pensar en el coronel, su pulso se aceleraba y se le dibujaba una sonrisa. ¡Quién lo hubiese dicho cuando llegaron de Plymouth! Aquel hombre que tanto detestaba ahora calentaba su pecho como una manta caliente durante el más frío invierno. Eso estaba pensando cuando escuchó el ruido de tacones sobre el suelo alfombrado.

—Buenos días, *lady* Marjorie —saludó Violet.

—Solo Marge, querida, te lo he repetido decenas de veces —contestó la mujer—. Y buenos días a ti también, Violet. Venía a preguntarte si sabes dónde está mi sobrino, su madre lo está

buscando y no logramos encontrarlo por ningún sitio.

—Está en las caballerizas cepillando a *Galán* —explicó Violet y sonrió traviesa—. Creo que se está escondiendo de *lady* Florence, por eso no os ha dicho adónde iba.

—Curioso. Parece que le entiendes muy bien para conocerlo desde hace solo cuatro meses. No es extraño que disfrute tanto de pasar el tiempo contigo, independientemente de que seas la mayor. Como supongo que sabrás, mi sobrino no es de los que se guían por la posición de una mujer a la hora de heredar —comentó Marjorie y notó la carta cerrada que Violet tenía entre las manos—. ¿Alguien te ha escrito?

—Sí, lord Lincoln Penley.

—¿Y no vas a abrirla? Tal vez sean noticias importantes.

Violet bajó la mirada al sobre sellado con cera roja y frunció los labios al ver la pulcra caligrafía de Lincoln. *Lady* Marjorie notó su reticencia y sonrió. Al parecer, su sobrino no era el único que disfrutaba de la compañía del otro en vez de la de terceros, y ver eso en los gestos de la joven, le hizo simpatizar con ella. Quién sabía si en un futuro no terminarían por ser familia.

—No pareces muy contenta de que tu pretendiente te escriba, querida —señaló—. Tal vez sea una señal de que ese cortejo es un error y deberías mandarlo a volar.

«Oh, lo haré, pero me temo que aún falta para que pueda hacerlo», pensó Violet.

—No es eso, me había distraído pensando en otras cosas —mintió.

—¿Cómo en lo hábil que es Edward cepillando a los caballos? —tanteó Marjorie.

—No sé a qué te refieres, Marge.

*Lady* Marjorie se rio al ver que el rubor le encendía las mejillas a Violet. Por supuesto que sabía de lo que estaba hablando, lo sabía muy bien, pero decidió no forzarla.

—Desde luego, discúlpame, habré errado en mis conclusiones —dijo, y se sentó a su lado—. Vamos a abrir la carta de lord Penley a ver qué es lo que dice, ¿te parece?

—Claro, por qué no.

Dicho aquello Violet rompió el sello y sacó la carta. Era una nota pequeña doblada por la mitad, así que procedió a leerla bajo la atenta mirada de la otra mujer.

*Mi querida Violet,*

*Sé que no te he escrito desde la velada en mi casa a pesar de ser lo que más deseaba, pero he considerado oportuno darle tiempo al coronel Barnett para sanar sus heridas antes de pedirte que me acompañes de nuevo en lo que los poetas llaman una «cita». Anhele el calor de tus labios sobre los míos y cuento las horas para verte.*

*Debo añadir que la señorita Brightman ha sugerido compartir la cita de forma conjunta con Edward y con ella. Resulta que la casa de los Brightman está muy cerca de la mía, así que hemos tomado el té y paseado juntos en estos días de ausencia. Es una joven extraordinaria, y me resulta tan tonto no haber reparado en mi propia vecina hasta ahora, que me rio de mí mismo. Edward es afortunado... aunque no tanto como yo.*

*No te aburriré más con mis divagaciones, solo espero que aceptes acudir a pasear y tomar un chocolate con pastas conmigo. Por supuesto, tu tutor está más que invitado. Acudiré a las cuatro y media a tu casa, si estás de acuerdo.*

*Mis cordiales saludos, lord Lincoln Penley.*

Violet dejó la carta sobre las rodillas y suspiró. ¿Una cita doble con Lincoln y Caroline? Tenía que contárselo a Edward. Aceptaría, por supuesto, le concedería el deseo de «probar sus labios», pero la invadió el desasosiego. Si se debía a besar a Lincoln o a ver a Edward haciendo lo mismo con Caroline no supo decirlo. Sin más que añadir, se despidió de Marjorie y dejó el salón en dirección a las caballerizas de Braithbury Hall.

\*\*\*

Tal como había prometido, a las cuatro y media la campanilla de la puerta sonó y el señor Hubbert dio la bienvenida a Lincoln y a Caroline. Ni Edward ni Violet se hicieron esperar. La joven no tenía ni idea de dónde quería llevarlos el futuro conde, pero se enganchó de su codo y se dejó guiar por el camino de piedra hacia la calle. Estaban a punto de cruzar la barandilla de hierro forjado cuando Edward rompió el silencio.

—¿No vamos a caballo, Penley? —dudó—. Por lo que veo, tu carruaje se ha marchado y no has traído monturas para ti ni para la señorita Brightman.

—Esa era mi intención desde el principio, Barnett. Iremos caminando, el sitio al que os llevo no queda muy lejos —explicó Lincoln y se volvió para mirarle—. Tal vez lo conozcas: «*Il Cioccolatiere*», es muy popular en Londres, de las mejores chocolaterías.

—Me suena de oídas, creo que mi madre y mi tía han estado allí —admitió.

—¡En tal caso me muero por verlo! —exclamó Caroline—. En África tenemos las mejores plantaciones de cacao, no espero menos que una delicia, lord Penley.

—Quedarás satisfecha, mi estimada señorita Brightman —asintió Lincoln.

Ambos se miraron con complicidad antes de sonreírse y apartar las miradas. Un leve rubor tiñó las mejillas de Lincoln y Violet lo observó perpleja. Miró a Edward por encima del hombro para comprobar si lo había notado, y la expresión de asombro en sus ojos le indicó que había sido tan consciente como ella. Era obvio que existía la atracción entre sus dos pretendientes, lo cual significaba que tendrían que acelerar las cosas.

Caminaron durante diez minutos por el arbolado paseo antes de llegar a una plaza llena de tiendas y cafeterías. En la esquina izquierda había una fuente que representaba al dios Apolo montado en su carro, y Lincoln los dirigió hacia allí. Frente a la estatua se encontraba la mencionada chocolatería. «*Il Cioccolatiere*» poseía un toldo verde con letras doradas y un gran escaparate. Las mesas eran blancas, y las sillas, tapizadas en terciopelo esmeralda. Pequeños jarrones de loza llenos de rosas decoraban las mesas, y tanto a Caroline como a Violet les encantó el lugar. Incluso Edward tuvo que admitir que no estaba mal.

—Sentaos donde gustéis, queridas, os seguiremos —dijo Lincoln.

—¿Qué tal junto a la chimenea? —propuso Caroline y se arrebujó bajo la mantilla de vicuña que llevaba sobre los hombros—. Si algo añoro de África es su calor tropical y el radiante sol que siempre brilla. Londres es tan fría y húmeda en comparación...

—Apoyo esa idea, también prefiero el calor al frío —dijo Edward.

Lincoln se volvió hacia Violet con una suave sonrisa, gesto que ella devolvió.

—¿Estás de acuerdo, querida mía? —inquirió.

—Sí, claro, no veo por qué no.

Se dirigieron a una de las mesas junto a la chimenea y aguardaron a que llegara el camarero a tomarles el pedido. Un instante después se acercó un muchacho con un curioso y simpático acento italiano ataviado con frac y pajarita. Decididos los pedidos, el joven se marchó para regresar un minuto después con sus comandas: chocolate con *toffee* para Caroline, italiano para Lincoln, con ron y especiado para Edward, y con canela y crema para Violet. De aperitivos pidieron una bandeja de pastas de mantequilla y merengues.

Cuando el dulce brebaje rozó sus labios, Violet suspiró con deleite.

—Lincoln... está delicioso —dijo tras un sorbo—. ¿Cómo sabías que me gustaría?

—A todas las damas les gustan los dulces, y también a muchos caballeros, entre los que me incluyo —contestó el futuro conde—. Quería compartir contigo este placer.

—Es cierto, lord Penley, muy cierto. No hay mujer que no esté enamorada del cacao —dijo Caroline y miró a Edward—. ¿No piensas lo mismo, Edward?

—En absoluto, más bien estoy en completo desacuerdo —dijo Edward y mordió una pasta de mantequilla con chispas de avellana y almendra.

—¿Y eso por qué? —inquirió Lincoln.

—Porque es absurdo asumir que es lo mismo para todas las mujeres. Mi madre, por ejemplo, adora el sabor del chocolate, pero la mujer que me servía en Calcuta lo odiaba, lo encontraba demasiado amargo —explicó Edward—. Tal vez en la pequeña burbuja que es Londres es un lujo apreciado para las damas de buena familia, pero el mundo es mucho más grande que Inglaterra.

—Debía ser solo una criada sin paladar... —comentó Caroline con desdén.

—Tal vez, pero sea como sea prueba mi argumento: criada o no, tenía sus gustos. Además, he conocido a más de una mujer cuya riqueza te dejaría muda que preferiría comerse un mango con miel y azafrán antes que un delicado chocolate italiano.

Caroline se sonrojó y no respondió, así que Violet decidió intervenir. Lo que menos quería era entorpecerle las cosas a Edward con su inocente observación. Se había prometido no volver a sentir celos, así que intentaría ayudar. Si el duque se peleaba con Caroline sería indirectamente culpa suya.

—Cuidado, lord Barnett, por un comentario así podrían considerarte un antipatriota —bromeó Violet y sonrió.

—Estoy lejos de ser considerado eso, querida pupila. Soy un duque de Inglaterra y serví a las órdenes de su majestad, ¿recuerdas? —contestó él y devolvió la sonrisa.

—*Touché*.

Ambos rieron bajo las atentas miradas de Lincoln y Caroline. El ambiente se había tensado, así que el futuro conde de Winslow carraspeó y cambió de tema.

—Violet, querida, la señorita Caroline ha mencionado en varias ocasiones lo hermosos que son tus vestidos —comentó—. Tal vez deberías decirle en qué *boutique* los has comprado, estoy seguro de que es de un gusto exquisito.

—¿Es cierto, señorita Brightman, le gustan mis vestidos? —Se sorprendió Violet.

—¡Me encantan! Creo que no había visto diseños tan coloridos y originales desde que dejé mi casa en Ciudad del Cabo —confirmó Caroline—. Estaré encantada de ir de compras con usted, si quiere. Podemos pasar una tarde de chicas, como amigas.

—Me encantaría, pero está en un error, los vestidos son míos.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que la mayoría de mis vestidos los he diseñado yo misma —explicó Violet—. En realidad, ahora que menciona ese tema, me gustaría pedirle ayuda.

El comentario sorprendió a Caroline, que no esperaba que su ayuda fuera necesaria. Sin embargo, le gustó. Desde que había llegado a Londres no había hecho más que ir a fiestas de té, dar paseos por Hyde Park y otras frivolidades. La invadió la curiosidad.

—La ayudaré encantada, ¿qué es lo que necesita? —inquirió.

—Pues verá, Edward ha organizado un desfile para que pueda mostrarle al mundo mis diseños y, dado que ha mencionado que le gustan y es toda una belleza, he pensado que tal vez querría lucir uno y hacer de modelo —explicó Violet—. Por supuesto, podrá quedarse con el vestido después de la gala... un regalo por su ayuda.

—¡Vaya, no tenía ni idea de esta afición, Violet! —comentó Lincoln.

—No lo sabe nadie, mi madre está en desacuerdo. Pero bueno, eso no es importante. Lo

importante es que lo sabes ahora —dijo Violet y se volvió hacia la otra mujer—. Y bien, Caroline, ¿lo hará?

—¡Por supuesto, cuente conmigo!

Las dos jóvenes se sonrieron y Violet sintió que iba a estallar de felicidad. Ya tenía a la primera modelo que no era una de sus hermanas o de sus criadas.

—Muchísimas gracias, señorita Brightman —dijo.

—Caroline, por favor. Ya que vamos a ser amigas, qué menos que tutearnos, ¿eh?

—Como prefieras, Caroline.

Roto el hielo, la tarde pasó veloz como un suspiro. Comieron pastas y merengues, bebieron chocolate y pasearon por la rivera del Támesis. Parecía que la tarde se había encauzado después del tirante inicio en la chocolatería. Cuando el sol llegó a la línea del horizonte y cubrió el cielo de suaves rosas e intensos violetas, se encaminaron de nuevo hacia Belgravia. Edward y Caroline caminaban delante, tomados de la mano, mientras que Lincoln y Violet se habían rezagado para poder hablar sin ser molestados.

La joven tenía el brazo enganchado del codo del futuro conde, y cuando él rozó sus dedos para entrelazarlos, se sorprendió de lo fríos que estaban. Se volvió para mirarla.

—Tienes las manos heladas, Violet. ¿Cómo es que no te has puesto unos guantes? —dudó—. Puedo prestarte los míos, si quieres.

—No hace falta, el calor de tus manos me calentará —contestó ella—. Además, no quiero dejarte sin nada para abrigarte.

—No te preocupes, mi capa es de pura piel, mucho más cubriente que ese abrigo de lana escocesa que llevas. No obstante, complaceré tu deseo. Nada me hará más feliz que sostener tus manos.

Violet sonrió y elevó la cabeza para encontrar sus miradas. Los ojos de Lincoln, de un claro gris, mostraban calidez y deseo. Tragó saliva y apartó la mirada para observar el paisaje. Estaban ya en Belgravia, a punto de llegar a la calle donde vivía.

—¿Acudirás al desfile? —inquirió Violet para romper el silencio.

—Lo haré si quieres que lo haga, no deseo imponerme —contestó Lincoln y apretó el agarre sobre su mano.

—Quiero que estés. Después del desfile habrá un *cocktail* y estoy segura de que podremos escabullirnos para estar a solas. No he olvidado lo que decías en la carta.

—Tampoco yo —admitió él.

Violet sonrió con fingida timidez y se mordió los labios, gesto que atrapó la mirada del futuro conde. Miró a su alrededor, estaban frente a la barandilla de Braithbury hall. Edward y Caroline estaban parados en el porche con los rostros a escasos centímetros de distancia. Violet no supo si se habían besado ya o estaban a punto de hacerlo, pero la sola idea de los labios de Edward sobre los de la otra joven le hizo sentir nudo en la garganta. Tomó la decisión en ese instante. No le importó estar en plena calle y a la vista de todos, se puso de puntillas para rodear el cuello de Lincoln antes de lanzarse y atrapar su boca en un beso que nada tuvo de casto.

Lincoln respondió a la ardiente caricia y enzarzaron sus lenguas en una danza veloz. Violet gimió entre sus labios y enredó los dedos en el oscuro cabello del hombre, logrando que rompiera el beso y la mirara con evidente excitación.

—Dios sagrado, Violet, debo irme ya, por tu bien... y por el mío —jadeó mientras trataba de recuperar el aliento—. Contaré los días para volver a verte, preciosa mía.

—Yo también, Lincoln —contestó Violet.

Dicho aquello, el futuro conde volvió a rozar sus labios en un toque fugaz y se dio la vuelta

para esperar a la señorita Brightman junto al farol que había en la acera. La joven caminó hacia ellos con los ojos muy abiertos, al parecer, perpleja por el espectáculo. Violet buscó a Edward en el porche, pero no lo encontró. No supo si porque se había ido tras besar a Caroline o porque no había querido verla con Lincoln. Sea como sea, dolió.

Solo cuando estuvo dentro de la mansión a salvo de miradas, Violet se permitió un suspiro. Después se llevó la mano a los labios. Lincoln la había devorado entera, sus ojos brillaron con deseo, pero cuanto más se le acercaba más lejos de él se sentía. Que se estaba enamorando sin remedio de lord Edward Barnett era innegable.

Y, aun así, lo negaría.

## Capítulo XIV

*Velvet carmesí*



Violet tardó tres semanas y media en terminar de coser los vestidos que había diseñado para el desfile. Camelia, Rose y Beatrice la habían ayudado, y, aun así, resultó mucho trabajo para cuatro personas. Decírselo a su madre o a *lady* Florence estaba fuera de toda discusión; la única a la que se hubiese planteado pedir ayuda era *lady* Marge, pues parecía que la mujer sabía lo que se cocía y la apoyaba. Ahora, a tres días de la llegada de octubre, se habían enviado cincuenta invitaciones para el evento de ese fin de semana.

El sábado señalado se levantó lluvioso, y Violet estaba más nerviosa de lo que se atrevía a decir en voz alta. Temía que debido al clima desapacible ninguna de las invitadas acudiera a la pequeña fiesta que habían organizado. Si sucedía se llevaría un disgusto, pero no se rendiría, lo volvería a intentar el fin de semana siguiente. No pensaba desperdiciar el esfuerzo que sus hermanas, Beatrice y Edward habían llevado a cabo para sacar su sueño adelante. Decidida, se miró en el espejo y soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Llevaba puesto el vestido que cerraría el desfile, uno de los más espectaculares que había diseñado nunca, y se sentía frágil como una muñequita.

Ella era modista, no modelo, y no quería arruinarlo o causar una mala impresión. Confiaba en sus dotes con la aguja, no tanto en sus pasos firmes sobre el mármol.

—Deja de preocuparte, Vivie, estás guapísima —dijo Rose a su lado.

—No me preocupa eso, más bien que no acuda nadie, o peor, arruinarlo —admitió Violet—. Tal vez debimos moverlo a otro día que...

—Violet, si la expectación que la señorita Brightman ha levantado es la mitad de lo que ella alardea, no te quepa duda de que acudirán todas —interrumpió Camelia—. Además, esto lo haces por tu futuro, no para impresionar a cuatro señoritas ricas.

—Cierto, pero necesito llamar su atención si quiero tener clientela.

La puerta se abrió en ese momento para dar paso a Edward, que se cruzó de brazos y se

apoyó contra el marco mientras las observaba. Camelia lucía un vestido dorado de muselina y encaje, guantes blancos y una diadema de perlas. Estaba preciosa, como un hada salida de un sueño. Rose, aunque más joven y de cuerpo grácil, se veía muy favorecida con el conjunto de seda marfil y flores purpuras. Por último, llevó los ojos hacia la mayor de sus protegidas.

Violet se volvió al sentir la mirada del duque recorrerla de arriba abajo. Al encontrar sus ojos se le secó la boca y su pulso se aceleró. Sintió un cosquilleo en el vientre al ver cómo se detenían en su escote antes de clavar sus intensos orbes verdes en los suyos, del mismo color. Reflejaban hambre y deseo, y no era para menos: el fino velvet rojo se amoldaba a las curvas de Violet y resaltaba el claro tono de su piel y sus pecas. Sus pechos sobresalían del escote en forma de corazón, y el corsé ceñía tanto su cintura que la voluminosa falda parecía abrirse como los pétalos de una rosa. Llevaba el cabello castaño claro recogido en un moño con tirabuzones que dejaban su sensual cuello libre.

Edward nunca había visto a una mujer lucir el rojo como ella, parecía una visión.

—Si las diosas existen, créeme, Violet, te están envidiando ahora —dijo.

—Deduzco que te gusta el vestido, entonces —afirmó ella.

«¿Gustarme? Si pudiera, te llevaría a mi cama para hacerte mía con vestido y todo», pensó Edward y asintió con una suave sonrisa. Ya no se molestaba en luchar contra el deseo que sentía por ella. Cada día que pasaba la anhelaba con mayor intensidad.

—Me encanta, estás espectacular —admitió él y amplió la sonrisa—. Aun así, creo que te falta un detalle.

—¿De qué estás hablando? —dudó Violet.

—Hablo de esto.

Entonces se posicionó a su espalda para sacarse algo del bolsillo del pantalón que le puso sobre el escote. Cuando retiró las manos, Violet se quedó boquiabierta. Ante ella se hallaba el mayor rubí que había visto en toda su vida: grande y lustroso como una cereza, rodeado por pequeñas perlas de oro. Llevó la mano a la pieza para rozarla con los dedos, perpleja, y miró a Edward con un intenso rubor en las mejillas.

—Dios mío, Edward, esto es... increíble. Nunca he visto nada igual —susurró—. Debe de haberte costado una fortuna, no puedo aceptarlo.

—Acéptalo, es un regalo —insistió él, y prosiguió al ver que iba a interrumpir—. Soy tu tutor, por tanto, estoy en mi derecho de obsequiarte lo que me plazca.

—¿Estás seguro de que quieres darme algo así? —dudó Violet.

Al ver su expresión Edward elevó la mano para acariciarle la mejilla, logrando que Violet sintiera que se su corazón iba a explotar. No quería nada más que besarlo.

—Ah, Violet... creo que ya sabes que no soy de los que hacen algo que no quieren —contestó él, y se notaba una mezcla de afecto y diversión en su voz—. Si te he comprado el colgante es porque al verlo he pensado en ti y, ahora que te lo veo puesto sé que estaba en lo cierto, ese rubí fue tallado para que lo lleves al cuello.

—Entonces no puedo más que darte las gracias.

Ambos se miraron con sendas sonrisas, él aún con la mano sobre la mejilla de Violet y ella con las suyas sobre el rubí. Resultó un momento tan íntimo que se olvidaron de que no estaban solos en la habitación. Solo cuando el carraspeo de Camelia los devolvió a la realidad recobraron la compostura y se alejaron.

—Creo que es hora de bajar, Oliver está esperando con el carruaje —comentó—. No deberíamos llegar tarde a la casa de la señorita Brightman, que tan amablemente nos ha dejado celebrar el desfile allí. ¿No crees, Violet?

—¿Qué? Ah, sí, sí... por supuesto, vamos —asintió esta.

Ambas hermanas avanzaron y dejaron a Edward y Rose atrás. Camelia enganchó a Violet del brazo mientras bajaban las escaleras y, tras una mirada fugaz a su alrededor para asegurarse de que no las oirían, se atrevió a susurrarle al oído a su hermana mayor.

—No sé a qué juego estás jugando con el coronel Barnett, pero sea lo que sea te está afectando, Violet —dijo—. No creas que te vas a librar, esta conversación no ha acabado.

—Hablares esta noche, Camelia, te lo prometo —suspiró Violet.

—Muy bien, esta noche.

Después subieron al carruaje que los llevaría a la mansión Brightman, donde iban a tener lugar el desfile y el cocktail en menos de una hora.

\*\*\*

Cuando se asomó por el hueco de la cortina de terciopelo que los criados de los Brightman habían colgado entre el recibidor y el salón, que separaba el área del desfile de la zona de modelos, Violet tragó saliva. Al contrario de lo que había imaginado, no solo habían acudido todas las personas que habían invitado, sino muchas más, entre las que se encontraba *lady* Marjorie Barnett. Su madre y *lady* Florence no estaban, pero que Dios la ayudara si Edith se enteraba de lo que había estado haciendo a sus espaldas. Había al menos setenta personas entre el público, y al darse cuenta de todo lo que se jugaba el corazón comenzó a latir en su pecho al ritmo de un purasangre al galope.

El gritillo emocionado de Caroline la devolvió al mundo real.

—¡Santo cielo, estoy pletórica! ¡Nunca jamás había hecho algo tan emocionante! —exclamó y abrazó a Violet—. ¡Y pensar que mis amigas de Londres me verán desfilar con este maravilloso vestido! Se morirán de envidia y ansia por comprarte un montón modelos... Estoy en deuda contigo, Violet.

Violet la observó y sonrió. El vestido que había diseñado para Caroline era un sueño de tafetán azul turquesa. El escote estaba remachado con plumas de cisne blanco, y sobre las mangas había cosido decenas de pequeñas perlas. Era elegante, femenino y delicado.

—No me debes nada, Caroline, soy yo quien está en deuda contigo —negó.

—En tal caso estamos en paz —afirmó la joven de cabello negro—. Sea como sea, gracias a ti y a Edward estoy descubriendo cosas de mí misma que ignoraba.

—Me alegro, de corazón.

Ambas jóvenes se sonrieron, pero no fue hasta que los criados descorrieron la cortina que dio comienzo el desfile. Para la ocasión se había contratado a un cuarteto de cuerda que pusiesen ambiente en la escena: dos violinistas, un chelista y un violista. En cuanto comenzó la música los modelos se pusieron en fila, tal como habían ensayado.

Entonces Edward salió al *hall* y elevó las manos para hacerse notar.

—Estimadas damas y pacientes caballeros que hayan tenido a bien acompañarlas —comenzó, ganando un par de risas que rompieron el hielo—. Estamos aquí para disfrutar del desfile de la nueva casa de moda y costura que próximamente abrirá sus puertas en la ciudad. La costurera responsable desea permanecer en el anonimato por el momento, pero créanme cuando les digo que, cuando vean sus diseños no les importará.

Unos aplausos siguieron a la declaración, así que él continuó.

—El desfile contará con dieciocho maravillosos diseños, de los cuales, cuatro son de la línea masculina. Sin más dilación, espero que les guste —dijo Edward y esperó a que los aplausos

terminaran para seguir presentando—. En primer lugar, os presentamos tres diseños de corte primaveral, tejidos suaves, ligeros y vaporosos.

Entonces salieron Rose, Beatrice y la doncella de Caroline, que desfilaron un par de veces antes de pararse en el centro de la sala para que Edward explicara sus vestidos. Violet notó que a la gente parecía gustarle lo que veía, y su corazón dio un brinco. Cuando las sirvientas y su hermana volvieron, las siguientes tres salieron a la palestra luciendo trajes de la línea veraniega. Causaron gran sensación y multitud de aplausos. Sin embargo, aún no estaba todo ganado. Era el momento de que el primer caballero, que no era otro que su cochero, Oliver, saliese a desfilar. Violet estaba tan nerviosa que temblaba.

—He aquí el primer modelo de línea masculina —explicó Edward y continuó—. Viste una levita con solapas triangulares, doble botonadura, bordados en flor de lis y largura a la altura de los muslos. Como ven, la camisa tiene líneas más rectas de lo habitual, pero sienta de maravilla en combinación con ese chaleco de seda y el pantalón de algodón beige, tan cómodo que parece un sueño.

Los caballeros estudiaron a Oliver, que paseó varias veces y ganó sendos aplausos. El desfile estaba siendo un éxito, y así se sucedió durante la siguiente hora y media. Cuando el desfile estaba a punto de terminar y le llegó el turno desfilar a Violet, sintió que sus piernas, que hasta entonces se habían sentido como mantequilla tibia, la guiaban firme y segura hacia el *hall*. La sala se quedó en completo silencio, pero la joven caminó hasta el final con la cabeza alta. Los asistentes se quedaron mudos de asombro al ver el atrevido vestido de velvet escarlata y el rubí sobre su escote. Como si fuese una señal, Violet sonrió, y un mar de vítores y aplausos recorrió el abarrotado lugar.

Ni siquiera escuchó las palabras de Edward para describir su vestido, solo su pulso latándole en los oídos fuerte como un tambor. El desfile había sido un gran éxito, y Violet sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas de emoción cuando regresó al salón bajo el tronar de las palmas. Solo cuando la cortina se hubo cerrado tras ella se permitió romper a llorar. Al instante sintió que la envolvían por detrás unos brazos fuertes y cálidos, y supo a quién pertenecían sin necesidad de abrir los ojos.

—No llores, cielo, tu sueño está ahora al alcance de la mano —susurró Edward—. Esta noche ha sido una muestra de éxito, no hay nadie que brille más fuerte que tú.

—Lloro de alegría, Edward. ¡Estoy tan contenta que nada parece real!

—Pues es muy real, así que sécate las lágrimas, tienes mucho que celebrar.

La joven se dio la vuelta y el duque le limpió el agua de las mejillas con los dedos. Tal como sucedió en la habitación, se quedaron mirándose a los ojos como dos idiotas. No fue hasta que una conocida voz rompió la burbuja que se alejaron. Lincoln llegó como un vendaval. Estaba emocionado y sonriente, ajeno a la tierna escena que acababa de interrumpir, así que tomó a Violet de la mano y le besó el dorso con adoración.

—Ah, Violet, ¡ha sido magnífico, un gran éxito! —exclamó—. A todo el mundo le ha encantado el desfile, ¡te auguro un futuro glorioso en este campo!

—Gracias, Lincoln. Que lo digas significa para mí muchísimo más de lo que crees —contestó Violet y le sonrió.

—Entonces vamos a celebrarlo con los invitados, ¿te parece?

La joven estaba a punto de responder cuando él atrapó su boca en un beso feroz que la tomó por sorpresa. Abrió los ojos como platos cuando Lincoln le lamió los labios, y jadeó, antes de darse cuenta de que tenía que responder. Cerró los parpados y se entregó a la caricia, ya no solo deseando, sino imaginando que era la boca de Edward la que estaba sobre la suya. Que era su

barba la que le rozaba la piel, su aliento el que respiraba. Cuando se alejó, Violet buscó al dueño de sus suspiros con la mirada, pero no lo encontró. Al ver que la había vuelto a dejar sola un peso se hundió en su estómago.

—¿Vamos, querida? —animó Lincoln.

—Sí, por supuesto, vamos.

Entonces, el futuro conde de Winslow tomó su mano y la condujo hacia el *hall*.

\*\*\*

Apenas se hubo cerrado la puerta, Violet avanzó por la habitación y se dejó caer en la cama como una muñeca de trapo. Estaba muerta de cansancio y el colchón rebotó bajo su peso cuando se lanzó sobre él. Miró el dosel de la cama, oscurecido por la penumbra nocturna que envolvía la habitación a pesar de que no era tan tarde. El reloj marcaba las ocho y media, pero en esos meses de otoño la luz del día apenas duraba. No fue hasta que alguien encendió la lamparilla de aceite de la mesilla que la luz iluminó la habitación. Violet no se volvió, sabía de sobra quien era.

Camelia se sentó sobre el colchón y aguardó en silencio. Ambas llevaban puestos los vestidos del desfile, sin embargo, Camelia no quería perder el tiempo en cambiarse. Al ver que Violet no tenía intención de romper el silencio se tumbó a su lado.

—Bueno, ¿vas a contarme lo que te traes con el coronel Barnett? —inquirió.

—No sé de qué hablas, Camelia, no sé qué es lo que esperas que te diga —contestó Violet y la miró—. Edward solo me está ayudando a sacar adelante el sueño de abrir una tienda de moda y costura, no sé qué más ves entre ambos.

—¿Que qué es lo que veo? No te hagas la ingenua, hermana, sabes bien de lo que estoy hablando —insistió Camelia e hizo una pausa—. Nunca has sido una mujer sentimental, romántica. Siempre te he considerado la más práctica, la más realista. Conoces tu lugar en el mundo y luchas por ser lo que quieres y no lo que nos imponen. Los sueños de romance y caballeros andantes son cosa mía. Y, sin embargo, no soy yo la que suspira, se sonroja y se queda mirando embobada al galán de ardiente mirada.

—Vamos, Cami, sabes de sobra que Lincoln no es...

—No estoy hablando de Lincoln, Violet —cortó la menor.

Ambas se miraron y Violet sintió que le ardían las mejillas. Nunca había tenido secretos con su hermana. Camelia y ella siempre habían sido uña y carne y se apoyaban la una a la otra, dada la edad cercana que compartían. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al ver la preocupación en los azules de su hermana.

—Te has enamorado de Edward Barnett —declaró Camelia.

No era una pregunta, así que Violet no respondió. Apartó la mirada y la clavó de nuevo en el dosel. Las lágrimas desbordaron de sus ojos, y Camelia creyó que se le rompía el corazón al verla sufrir. No fue necesaria una respuesta para confirmar sus palabras.

—Oh, Vivie... ¿Por qué permites que lord Lincoln Penley te corteje si amas a otro? —inquirió—. ¿Por qué dejas que te bese y te torturas a ti misma de esa forma?

—Porque es lo que Edward y yo pactamos —contestó Violet—. Él no me ama, Camelia, nunca le he interesado. Su intención es casarse con Caroline e irse a la India.

—Tienes que estar en un error, Violet, he visto cómo te mira —negó Camelia.

—Eso es porque es un gran actor, hermana, como la mayoría de los hombres. Y, aun así, no le culpo, ¿sabes? Lo único que desea es huir de la caza de esposa de *lady* Florence. Si Caroline Brightman es la elegida le deseo lo mejor. Se lo deseo a ambos.

Camelia se incorporó hasta quedar sentada, sin dar crédito a lo que oía.

—¿Y qué hay de ti? ¿Vas a casarte con un hombre que no amas?

—No, claro que no. Me ocuparé de resolver el asunto con Lincoln más adelante —contestó Violet—. Liberarle de este cortejo es lo mejor que puedo hacer por él, librarle de un matrimonio sin amor y permitirle ser feliz junto a otra persona.

—¿Insinúas que tenías todo esto planeado?

Violet asintió y se mordió los labios mientras se sentaba. Si Camelia se enfadaba y la juzgaba no sabía si podría soportarlo. Le dolía el corazón y, a pesar de la tarde de éxito, se sentía perdedora. Sin embargo, Camelia la envolvió en un abrazo y suspiró.

—No respondas, ya sé la respuesta —dijo—. Solo espero que sea cual sea el plan de lord Edward no termines escaldada, o tendré que ir a la India y ponerle en su sitio.

—¡Ay, Cami! No sé qué haría sin ti... —sollozó Violet.

—Una cantidad de locuras inadecuadas para una dama —bromeó la menor—. Cuentas conmigo, ¿me oyes, hermana? No tienes que pasar por este embrollo tú sola.

Violet se limitó a asentir mientras Camelia canturreaba una nana en un intento por consolarla. Un rato más tarde se retiró y dejó a Violet a solas con sus pensamientos. Después de lo que había pasado en los últimos días tenía mucho que meditar.

## Capítulo XV

### *Shetland y seda moiré*



Hacía bastante frío, y el duque de Braithbury se arrebujó bajo su larga capa de lana irlandesa de un elegante tono azul marino. La prenda fue un regalo de William antes de marcharse a América. Estaba a punto de adentrarse en Eaton Square cuando el cartel en un escaparate cercano llamó su atención, así que encaminó sus pasos hasta allí. Un anciano ataviado con camisa, delantal y gafas estaba limpiando los cristales. Al llegar a la puerta Edward llamó, para ser recibido por un musical sonido de campanillas.

—Buenos días, buen hombre, ¿es usted el dueño? —saludó Edward.

—Buenos días, joven, y sí, solía serlo... el dueño, quiero decir. Me temo que llega un poco tarde para hacer compras, ya hemos cerrado —explicó el anciano.

Edward asintió y observó el cartelito, en el que se leía: «cese por jubilación».

—En realidad, ni un minuto antes de tiempo —dijo el duque y sonrió—. Disculpe, ¿tiene un momento libre para hablar ahora?, me gustaría hacerle una oferta por el local. O, si lo prefiere, puedo venir en otra ocasión, no deseo importunarle.

—En absoluto, joven, pero me sorprende usted. No tiene pinta de emprendedor.

—Descubrirá que soy una caja de sorpresas.

El anciano miró a Edward a través de sus gruesas gafas desde el taburete en el que estaba subido. Desde luego, «emprendedor» no era la palabra para definir a su invitado. «Señorito» encajaba mejor con él. Alto, buen porte, capa carísima de lana Shetland, botas de equitación de cuero lustrado, sombrero de copa... Sin duda un caballero adinerado. No pudo negar que la curiosidad le invadió al escuchar la palabra «oferta».

¿Por qué motivo iba a interesarle a un hombre como ese una pequeña tienda de zapatos ya cerrada? Al ver que pretendía bajar del taburete, Edward le ofreció la mano, y el anciano los condujo hacia el mostrador de madera de roble pulida. Después le hizo un gesto al muchacho para que comenzara su alegato, y Edward no se hizo de rogar.

—Antes de nada, permita que me presente. Me llamo Edward Barnett, es un placer conocerlo, señor —dijo y le ofreció la mano, que el otro estrechó de forma amistosa.

—¿Barnett, como el hijo de lord Archivald, el duque de Braithbury? —Se sorprendió el anciano.

—Lord Archivald era mi padre, el actual duque soy yo.

—¿Y qué hace un duque en una humilde zapatería cerrada? —dudó el anciano—. Oh, por Dios, discúlpeme, no me he presentado. Soy John Blackwood, a su servicio.

—Encantado, señor Blackwood. Y, en respuesta a su pregunta, estoy aquí porque deseo comprarle el local —explicó Edward—. Según dice el cartel del escaparate, cierra usted debido a su jubilación, ¿estoy en lo cierto?

—Así es, lord Barnett.

—¿Estaría dispuesto a venderlo por un precio justo, digamos, seiscientas libras?

El señor Blackwood tosió y casi se atragantó. Seiscientas libras era una cifra exorbitante para un hombre como él, que ni en diez años ahorraría ese dinero. Miró a Edward con los ojos como platos antes de encontrar su voz, débil e insegura.

—Claro que lo aceptaría, lord Barnett, pero insisto. ¿Está seguro de querer hacerlo? No veo qué utilidad podría tener este lugar para usted.

—No es para mí, es un regalo. —Se apresuró a contestar Edward, pero se corrigió—. No, un regalo no, una promesa que le debo a alguien importante.

—Para una mujer, entonces —asintió Thomas con una sonrisa.

Ambos hombres se sonrieron, y el anciano se decidió a venderle la tienda. Para él, viudo desde hacía una década, el amor era algo que atesorar. Y si darle nueva vida a su pequeña zapatería iba a ayudar a florecer un romance, su Lauren estaría de acuerdo.

—¿Qué le parece si le enseño el lugar? —propuso—. Si aún está de acuerdo venga mañana con el dinero y le daré las escrituras y las llaves.

—Así lo haré, señor Blackwood —asintió Edward.

Dicho aquello el anciano guio a Edward por el lugar. La sala principal tenía forma hexagonal, las paredes y el suelo eran de madera de abedul, y Edward supo nada más verlo que a Violet le encantaría. Tenía un toque romántico y femenino innegable. El mostrador estaba al lado derecho, junto a la puerta principal, y el frontal de la tienda estaba cubierto por grandes cristalerías a dos aguas. Edward supuso que ese sería el lugar perfecto para plantar los maniqués, tendría que comprar algunos para Violet. Avanzaron aún más, y Edward descubrió que el lugar poseía otras dos plantas, igual que *Madame Rossbound*: una superior a la que se accedía por unas escaleras al fondo y un sótano.

Era justo lo que Violet quería. En la planta de abajo podría ocuparse de la corsetería y colocar los probadores para las prendas íntimas, y en el ático instalarían las mesas de diseño, rebosantes de luz e inspiración para ella. Se le formó una sonrisa en el rostro y el corazón le latió más rápido. Pagaría lo que fuera por ver feliz a su joven protegida, y esa humilde tienda era perfecta para ella.

Un rato más tarde se despidió y salió al aire libre. Hacía sol, aunque el frío no se había atenuado. Edward miró al reloj de bolsillo que colgaba de la cadena en su chaleco. Apenas eran las doce menos cuarto, pero ya llegaba tarde a su reunión con Clifford y Raymond. Los gemelos le habían invitado a una partida de cartas en su casa, que él había aceptado de buena gana, ansioso por salir de Braithbury Hall. Después de ver a Violet en brazos de Lincoln, la idea de divisar las posibles marcas de besos en el cuello de la joven y soportar las regañinas de su madre le parecía más de lo que podía soportar. Lo que en un inicio parecía un plan sólido, lanzar a una

desconocida a los brazos de un tipo que no le importaba, se había transformado en una pequeña tortura personal.

Y, aun así, seguiría con la charada hasta el final. Era lo que le había prometido a Violet: ayudarla a cumplir su inusual deseo, a obtener la herencia que por derecho le pertenecía y a evitar la furia de la señora Edith tras enterarse de su teatrillo.

Eaton Square estaba dentro de Belgravia, así que no tardó mucho en llegar a la casa de sus amigos. A diferencia de Braithbury Hall, Earnswick Manor era de un luminoso tono amarillo pastel. Las ventanas tenían portezuelas blancas y el tejado de pizarra contrastaba con los suaves colores. Edward llamó un par de veces a la campanilla antes de que la señora Sampson, ama de llaves, abriera la puerta.

—Buenos días, coronel Barnett —saludó la mujer.

—Buenos días, Agnes. ¿Están lord Clifford y lord Raymond en casa? —inquirió.

—Así es, le están esperando en el salón. Oh, y la vizcondesa viuda está deseando saludarlo. Se alegrará mucho de verlo, joven, hace semanas que no nos visita.

—No te apures, Agnes, se lo compensaré —sonrió Edward.

Cuando la puerta se cerró, el duque suspiró. La acusación era cierta y, teniendo en cuenta que la madre de Clifford y Raymond era su madrina, se lo debía. Quería mucho a la mujer, más similar a su tía Marjorie que a su madre, consideraba muy afortunados a sus amigos por tenerla. Cruzó el gran recibidor de mármol para detenerse frente a las puertas del salón, abiertas de par en par. La escena que le recibió fue de lo más curiosa, una que la perfecta y rigurosa *lady* Florence Barnett jamás hubiese reproducido en Braithbury Hall.

*Lady* Clementine Hatton, vizcondesa viuda de Earnswick, estaba sentada a la mesa mientras jugaba al póker con sus dos hijos como un trilerero más. A Edward se le dibujó una sonrisa al verla, y no pudo evitar romper a reír y captar toda la atención.

—Veo que los viejos hábitos nunca mueren —comentó.

—Ya sabes lo que dicen, niño, más sabe el diablo por viejo que por diablo —contestó ella—. Alguien tenía que poner en su sitio a estos embaucadores que tengo por hijos y, ya que ibas a venir, te enseñaré un par de trucos a ti también.

—Me alegro mucho de verte, madrina —sonrió Edward.

—Yo también, ¡casi nunca vienes de visita! Ven a sentarte antes de que te tire de las orejas, a ver si nos ponemos al día y me cuentas que hay de cierto en lo que me han dicho Clifford y Raymond sobre ti y cierta protegida tuya.

Edward se sentó a su lado frente a los gemelos, y al ver su expresión de sorpresa no les quedó más remedio que admitir la verdad.

—Antes de que digas nada, nos lo ha sonsacado sola, Ed —se disculpó Clifford.

—¿Sonsacado el qué, exactamente? —dudó Edward.

—¿Tu absurdo plan de jugar a las dobles parejas con la hija del brigadier Stuart y Caroline Brightman? Oh, ya lo sé todo. O al menos lo imagino a grandes rasgos —resopló Clementine—. Reparte cartas, Raymond, la mesa se está quedando fría.

El joven se apresuró a obedecer a su madre y tras barajar rápidamente repartió dos cartas a cada uno. Edward miró las suyas: un diez de picas y un cuatro de corazones, o lo que era lo mismo, una porquería. Miró las cartas sobre la mesa, dos jotas de trébol, un ocho y una reina. Mientras los demás hacían sus apuestas con galletas, se planteó qué hacer. ¿De verdad estaba allí para jugar al póker? Quería calmar su ánimo y contarles a sus amigos las noticias de su próxima compra. Dado que Theo y Will estaban ausentes ellos eran su único desahogo. Arrojó las cartas sobre la mesa y suspiró audiblemente.

—Esto no tiene sentido, no he venido para eso...

—¿Tal vez una copa para entrar en ambiente? —ofreció Raymond.

—No es necesario, iré al grano —negó Edward y se volvió hacia su madrina—. Clementine, sabes que aprecio tu opinión sinceramente, pero de esto no sabes ni la mitad. Mi intención al venir era hablar con Cliff y Ray, pero ya que lo sabes todo no voy a negar lo obvio. Antes de nada, necesito saberlo. ¿Estás conmigo o con mi madre?

La mujer dejó las cartas sobre la mesa y enarcó una ceja.

—¿Por quién me tomas, Edward? ¿cuándo he apoyado a Florence en vez de a ti? —acusó—. Chico, tu madre y yo somos como el agua y el aceite, ya lo sabes. Nunca he estado de acuerdo con su estúpida manía de casarte bien, ni siquiera tras la huida de Will a Boston. Yo jamás forzaré a mis hijos a unir sus vidas con alguien que no soporten, y no quiero eso para mi ahijado. Sin embargo, tampoco me parece bien lo que estás haciendo.

—¿Por qué? —inquirió Edward—. Si mi idea sale como la he planeado Violet accederá a su herencia y yo podré ignorar las peticiones de mi madre. Caroline es alegre, curiosa, simpática, y compartimos la afición por las tierras lejanas y los viajes. No es una malcriada como otras. Además, la considero bastante atractiva, dicho sea de paso.

—Todo eso está muy bien, sí, pero, ¿la amas?

Edward no respondió y su silencio fue suficiente para *lady* Clementine.

—Dado que es obvio que no, no es justo que le hagas creer lo contrario. Vi como os mirabais la señorita Stuart y tú en el desfile, Ed. No solo Caroline Brightman saldrá escaldada de este juego, Lincoln Penley va a sufrir cuando Violet caiga en tus brazos.

—¡Violet no va a caer en mis brazos! ¡No pienso faltar a la memoria de mi mentor encamándome con su hija! —Se defendió Edward.

—¿Ni aunque estés enamorado de ella? —insistió Clementine.

—Yo no estoy enamorado de...

—¿Y si es ella la que te ama, la que te ruega que la hagas tuya? —cortó la mujer—. ¿Será el valiente coronel Barnett tan digno y estoico para resistirse a sus suplicas?

De nuevo Edward no respondió y Clementine le miró con dureza. Había dado en el blanco. No había nada que él no hiciera por Violet, no podía negarle nada a sus cálidos ojos verde oliva, y su madrina lo vio con total claridad. Le conocía bien. Al ver que la velada podía torcerse Raymond decidió intervenir y calmar los ánimos.

—Creo, madre, que Edward ya es mayorcito para decidir por sí mismo —dijo—. Si quiere casarse con Caroline Brightman, ¿quiénes somos nosotros para discutirlo?

—Sus amigos, aquellos que le queremos y deseamos su felicidad —contestó ella y suspiró—. Entiendo el motivo, Edward, de veras. Por eso voy a apoyarte, aunque no esté de acuerdo con tu decisión ni con tus formas.

—Gracias, madrina.

Clementine asintió y Edward sonrió un poco.

—En realidad quería daros una noticia, resulta que voy a convertirme en propietario de una tienda —anunció—. Ahora no es más que un humilde local cerrado, pero pronto será una prestigiosa *boutique* de moda y costura. ¿Podéis creerlo?

—¿La compras para Violet? —dudó Raymond.

—¡Pues claro, hermanito, no creo que Ed tenga muchas dotes costureras! —bromeó Clifford y le dio un empujón cariñoso a su amigo—. ¿Se lo has enseñado ya?

—Aún no, voy a cerrar el trato mañana, pero hasta que no esté decorada no quiero que lo sepa —contestó Edward y los miró con seriedad—. Te lo digo a ti, Cliff.

—Mis labios están sellados, palabra de honor —prometió este.

—En tal caso dejaos de parloteos y vamos a jugar —dijo Clementine.

Los tres jóvenes asintieron y ella misma barajó y repartió las cartas. El tiempo pasó volando entre risas, apuestas y rondas de galletas de coco, y antes de que se dieran cuenta habían pasado un par de horas. El mediodía pasó rápido, así que Edward se quedó a comer allí. Cuando se sirvieron los cafés eran casi las cuatro, y el duque salió a las escaleras que daban al jardín para fumar. Se sentó sobre los escalones y encendió un cigarro. Apenas había dado un par de caladas cuando alguien se sentó a su lado.

—¿Puedo sentarme? —dudó Raymond.

—Pues claro, Ray.

El vizconde sonrió y una vez acomodado sacó su pipa y la encendió, para saborear con deleite el sabor de las hojas de tabaco traído directamente desde las colonias. Una pequeña delicia: picante, suave y aromático. Fumaron en silencio un par de minutos, sumidos en sus pensamientos, antes de que Raymond rompiera el silencio.

—Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro Ed, así que perdóname por lo que te voy a decir. Con franqueza, creo, a diferencia de mi madre, que deberías lanzarte con Violet y zanjar el tema de una vez y para siempre —dijo.

—¿Qué estás diciendo, Raymond? —dudó Edward.

El mencionado miró a su amigo y frunció los labios. Sabía que sus palabras iban a ofenderle, pero no había otro remedio más que decirlas. Veía lo que Edward trataba de ocultar y solo encontraba una solución.

—Digo que te acuestes con ella. Ambos sabemos que sientes algo más, no te molestes en negarlo, te conozco —comenzó—. Sea lo que sea te está afectando, estás... apático, actuando como un autómatas. Haces las cosas porque lo prometiste, o porque es tu deber, o porque tal y cuál. Actúa según lo que sientes y sácatela de la cabeza.

—Ray...

—No, Edward, analízalo con lógica —insistió Raymond—. Si os acostáis dejarás de pensar en ella, podrás centrarte en ti y en casarte con Caroline si aún quieres hacerlo. Igual que librarse de una obsesión. Y, si resulta que después de todo amas a Violet, tendrás la convicción para casarte a pesar de tus obligaciones morales hacia su padre.

Edward tensó la mandíbula y arrojó el cigarrillo al suelo, exhalando el aire por la nariz. No podía negar que había pensado en eso muchas veces en los últimos tiempos, en cómo sería tener a Violet en su cama, bajo su cuerpo, en sentir el calor y el sabor de su piel. Cada vez que la veía besando a Lincoln ese sentimiento crecía... pero no podía.

—No puedo hacer eso —dijo al fin.

—¿Por qué no? —insistió Raymond y se volvió a mirarlo.

—Porque si me acuesto con ella, Raymond, no podré alejarme. ¿Lo entiendes? Violet no es un capricho para mí —explicó Edward—. Me gusta de verdad, y no tiene que ver con su padre. Si la hago mía voy a caer rendido de rodillas como un imbécil.

—Tienes miedo.

—Miedo no, estoy aterrorizado.

El vizconde de Earnswick miró a su amigo. Edward no era un mujeriego, como tantos otros caballeros, como su propio hermano Theodore. Era un hombre leal, y aunque había tenido escauceos aquí y allá, nunca se había enamorado. Que admitiera ahora que estaba aterrorizado significaba que lo que sentía era amor, amor de verdad.

—Lo siento, amigo mío —dijo Raymond.

—No lo sientas, no es tan malo. Sea como sea voy a seguir con el plan: le daré su dinero a Violet y me libraré de escuchar a mi madre, todos ganamos —declaró Edward—. Lo demás pasará con el tiempo. ¿No lo sabes? Lo que no te mata te fortalece.

—Si tú lo dices...

Edward asintió y ambos amigos observaron el camino del sol hacia el horizonte.

## Capítulo XVI

### *Seda de Sable*



Aquella noche de octubre se levantó gris. El viento que azotaba la ciudad se detuvo con sorprendente calma, y cuando el sol salió por el horizonte, los londinenses descubrieron la gran nevada que había cubierto la ciudad. El suceso causó conmoción generalizada, pues las autoridades no estaban preparadas para enfrentar al pesado manto blanco, que no solía llegar hasta finales de diciembre. En tales circunstancias a la ciudad no le quedó más remedio que adaptarse: la gente echó sal sobre las aceras, los bomberos despejaron la calzada con palas para permitir la circulación de los carruajes, y los peatones caminaron de puntillas para no resbalar. Dado que no hubo previsión la vida tuvo que continuar, los colegios abrieron sus puertas, los bancos recibieron clientes, los trabajadores acudieron a sus puestos de trabajo como si nada hubiese sucedido.

Hacía seis días que se efectuó la compra de la tienda, y Edward no podía esperar para mostrársela a Violet. Había visitado a ebanistas y decoradores a lo largo de aquella semana para comprar muebles y otros enseres útiles, desde los más finos maniqués, masculinos y femeninos, a cómodos sofás para la sala de espera, estanterías hechas a medida para los sombreros y las sombrillas, reposapiés, lámparas y un sinfín de cosas más. Le encantaba el resultado, el aspecto que había adquirido el lugar. Desde el fondo de su corazón esperaba que a ella también le gustara: era luminoso, claro y alegre, justo como Violet.

Aquel día, noveno de octubre, la mañana de «la gran nevada del 37», Edward entró en Braithbury Hall dispuesto a pasar un rato agradable juntos. Pasó de largo del salón y se dirigió al patio cubierto tras el comedor, que hacía las veces de invernadero. Violet había instalado allí una mesilla y un sofá, junto a las ventanas que había bajo la datilera india. Solía sentarse a leer mientras disfrutaba del sol y el calor y, como suponía, la encontró. Estaba enfrascada en una obra de Alexander Pushkin, uno de sus autores preferidos. Sonrió al ver que tenían eso en común.

—¿*Ruslán y Ludmila*? Vaya, vaya, Violet, no te tenía por una romántica tradicional —

comentó mientras se sentaba en el hueco libre del sofá.

—Podría decirte lo mismo —sonrió Violet—. Sé que conoces la obra de Pushkin porque una vez te vi leyendo *La hija del Capitán*, pero no sabía que te gustaran las obras sensibles. ¿Has leído a Shakespeare?

—Como todo el mundo, supongo, aunque no me gusta especialmente.

El comentario sorprendió a Violet. Ella pensaba lo mismo, algo casi sacrílego, y era una rareza encontrar a un lector inglés que no bebiera los vientos por el dramaturgo. Al ver que no añadía nada tras su confesión, Edward se explicó.

—No me malinterpretes, el hombre era un genio creando historias y personajes, pero encuentro que sus diálogos son muy rebuscados, muy...

—¿Poco realistas, poco creíbles? —propuso Violet.

—Exactamente, eso mismo estaba pensando —confirmó Edward y sonrió—. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque pienso igual. Ya ve, coronel Barnett, usted y yo somos dos inconformistas contra el mundo.

—Que tiemble bajo nuestros pies, querida socia.

Ambos se miraron y rompieron a reír. Entonces el duque reparó en su aspecto. Violet iba enfundada en un ligero vestido de seda lila sembrada de diminutos topos, apenas cubierta por una mantilla de lana, debía estar muriéndose de frío. Sin pensarlo dos veces se quitó el abrigo y lo puso sobre los hombros de la joven, que sintió que le ardían las mejillas ante el espontaneo y afectuoso gesto.

—Así, mucho mejor, ya no pasarás frío —sonrió Edward—. Como te dije una vez, ¿qué clase de tutor sería yo si no cuidara de ti?

—Gracias, pero no hacía falta. No quiero que tú... —contestó ella.

—Sin replicas, Violet, solo acéptalo.

La joven le observó en silencio y se perdió en la inmensidad de sus ojos verdes. Bajo esa luz fría parecían aún más claros, y sintió una calidez envolverla que nada tenía que ver con el abrigo. La prenda olía a él, a su perfume de maderas, mandarina y especias. Y, de nuevo, un cosquilleo la recorrió hasta los muslos. ¿Qué diantres le ocurría?

Carraspeó para romper el silencio y clavó la mirada en sus manos.

—¿Qué haces en casa tan temprano? Ni siquiera es mediodía —inquirió.

Edward estaba a punto de responder cuando el señor Hubbert apareció en la puerta con una carta que le tendió al duque tras una leve reverencia. Edward leyó el remitente y elevó la mirada hacia el mayordomo, confuso. Su expresión alertó a Violet.

—¿Acaban de traerla? —inquirió Edward.

—Así es, coronel, el mozo acaba de irse —confirmó el señor Hubbert.

—Gracias, Francis.

Dicho aquello, el mayordomo se retiró y Edward procedió a romper el sello para leer la carta. La enviaban desde del internado de Westminster, el colegio al que acudía Rose. Y, a medida que leía, la expresión del duque se ensombrecía y preocupaba a Violet.

—¿Quién te escribe? Pareces inquieto —comentó.

—Es del colegio de Rose, parece que se ha metido en problemas —explicó Edward mientras se levantaba—. Iré a solucionarlo ahora mismo. ¿Quieres venir conmigo?

—¡Por supuesto que iré! —confirmó Violet.

Edward asintió, y a una velocidad pasmosa se pusieron en marcha.

\*\*\*

*Westminster School* era impresionante, pensó Violet nada más descender del carruaje. De piedra amarilla, formada por grandes torres y arcos, parecía un castillo medieval sacado de un cuento. Comparado con el internado al que Camelia y ella acudieron en Plymouth parecía el palacio de Buckingham. A medida que se acercaban a la puerta reparó en los uniformes de las estudiantes: falda azul real, camisa, chaleco y corbatín. Sin duda alguna Rose lo odiaría con toda su alma. Tan distraída estaba en su análisis que cuando Edward le ofreció el brazo tardó unos instantes en reaccionar.

—Vamos, la oficina de la directora es por aquí —dijo.

—¿La conoces? —inquirió Violet mientras caminaban.

—Sí, yo mismo hablé con ella para que admitiesen a Rose —explicó Edward—. Parecía que iban a ponerse quisquillosos dada su falta de linaje, pero en cuanto oyeron mi apellido se les pasó la duda. Hipócritas hasta la médula, pero, por desgracia, estudiar aquí es necesario para una señorita si quiere tener posibilidades de pescar a un buen marido.

«Como todo en esta necia sociedad regida por las apariencias», pensó internamente. Violet frunció el ceño cuando se detuvieron frente a un despacho, molesta tras saber que habían tenido reticencias contra su hermana pequeña. Si alguien tenía que defenderla sería ella. Y vaya si lo haría. No esperó a que Edward llamara, alzó la mano y dio tres fuertes golpes antes de que un escueto «adelante» sonara, y entraron en la elegante habitación. Se trataba de un despacho de madera lleno de diplomas, trofeos y cuadros de paisajes bastante ostentoso. La directora, una mujer de mediana edad, ojos pardos y cabello rubio los miró a través de sus gafas redondas sin moverse de su asiento tras el escritorio.

—Buenas tardes, coronel Barnett, no esperaba su visita —saludó—. ¿A qué debo el placer?

—Buenas tardes, señora Woodrow, me temo que no puedo decir que sea un placer —saludó Edward—. Antes de entrar en materia, por favor, permita que le presente a mi pupila, la señorita Violet Stuart.

—Un placer conocerla, señorita Stuart —dijo la mujer y la miró de arriba abajo—. Asumo que es usted hermana de la señorita Rose Stuart, alumna del centro.

—Así es, es mi hermana. En realidad, estamos aquí por ella —confirmó Violet—. Hemos recibido una carta del internado diciendo que estaba en problemas.

—Pues le habrán informado mal, señorita, Rose está bien. El único problema que ha tenido su hermana es el que ella misma ha causado y, francamente, su comportamiento deja mucho que desear para los estándares de un internado de esta categoría. Si no fuera por la amistad que nos une con el ducado de Braithbury...

Violet cerró los puños de forma inconsciente. ¿Cómo se atrevía a insultar a su hermana delante de ella? ¿Quién demonios se creía esa mujer? Tensó la mandíbula y contó hasta cinco en su mente. No quería montar una escena, no podía. Por suerte, Edward intervino antes de que dijese algo de lo que se arrepentiría más tarde.

—Diga más bien lo generosa que ha sido mi familia haciendo donaciones a este centro a lo largo de los años. Si no fuera por ellas su esposo no tendría el cargo que ostenta —dijo serio cual estatua—. Ahora, señora Woodrow, le agradecería que me ponga al corriente de lo ocurrido con mi protegida.

—Por supuesto, coronel Barnett, no quería ofenderle. Quizá he sido muy categórica —contestó la mujer—. Rose se ha visto envuelta en una pelea con la señorita Mary Jane Clearwater. Ambas han hablado ya con su tutora, la señorita Elisabeth Bell y, según sus

declaraciones, la señorita Stuart agredió a la señorita Clearwater tras una provocación.

—Quiero hablar con Rose, mi hermana nunca agrediría a nadie —dijo Violet.

—Por supuesto, la encontrarán en la sala de al lado.

Violet se levantó y Edward la siguió un instante después. La mencionada habitación era una sala de espera, vacía con la excepción de Rose y otra joven que hablaba con dos adultos que debían ser sus padres. Al verlos llegar la menor de las Stuart se acercó y ambos pudieron ver el alcance de la pelea. Rose lucía un arañazo inflamado en la mejilla, pero la otra muchacha tenía el ojo izquierdo morado y el pelo revuelto como si se hubiese arrastrado por el suelo de una cochiguera.

—Vivie, Edward, ¡cómo me alegro de que estéis aquí! —exclamó Rose.

—Dios mío, Rosie... ¿Qué te ha pasado? —exclamó Violet.

—Ha sido esa estúpida de Mary Jane Clearwater, dijo algunas cosas que no debería haber dicho y me limité a ponerla en su sitio.

—¿Qué fue lo que dijo? —Quiso saber Edward.

Rose frunció los labios, furiosa, y soltó el aire antes de responder.

—En realidad lleva molestándome desde el día en que llegué —explicó—. Siempre andaba con el cuento de que no soy hija de nobles, que soy una nueva rica, que no debería estudiar aquí... Eso no me importaba demasiado, a fin de cuentas, no puedo negar mi origen. Pero hoy se ha pasado de la raya. Ha dicho que Violet es una puta y una cazafortunas que se revuelca con lord Lincoln Penley para acceder al título de condesa de Winslow. ¡Me puso tan furiosa! Como si no supiéramos que lo detestas, Vivie.

—Sssh, Rosie, tranquila, no me importa lo que diga una extraña —consoló Violet.

—Pues a mí sí —intervino Edward—. Sigue, Rose, me interesa mucho ese tema.

La adolescente asintió y continuó.

—Cuando dijo eso de Violet le pedí que lo retirara, pero en vez de hacerlo se rio y me llamó campesina. Dijo que mi padre era un muerto de hambre, y se rio aún más cuando dijo lo de «muerto», entonces le pegué —explicó Rose y frunció los labios—. Le di un puñetazo, me lancé sobre ella y me arañó la cara. Pero bueno, salí vencedora. Nos separaron los cuidadores del centro, ¡pero si no hubiesen intervenido la hubiese hecho tragarse sus palabras como hierba seca!

—No te preocupes, Rose, no se volverá a repetir, te doy mi palabra —dijo Edward y le acarició la mejilla sana a la adolescente antes de volverse hacia Violet—. Acompáñala al carruaje, por favor, yo saldré en un rato.

—¿Qué vas a hacer? —dudó Violet.

—Nada que no debería haberse hecho hace mucho tiempo.

Dicho aquello el duque salió de la habitación tras fulminar con la mirada a los Clearwater, que se habían quedado mudos al verlo allí plantado. No los conocía más que de pasada, pero para presumir tanto apenas poseían títulos y vivían de prestado en tierras que pertenecían a otros. No eran los más indicados para criticar al brigadier Stuart, un hombre que sin tener herencia ni títulos se había forjado una de las mayores fortunas de Gran Bretaña. No lo iba a dejar correr sin más.

Defendería el honor de su protegida, ya era hora de hacer valer su poder.

Cuando regresó al despacho de la señora Woodrow, esta se levantó de golpe, como si temiera no parecer lo suficientemente amable. No tenía ni idea de lo que le esperaba cuando le hizo un gesto al duque para que se sentara, y Edward no se hizo de rogar. Se sentó frente a ella y apoyó los codos sobre la mesa para, acto seguido, apoyar el rostro en las manos y fijar su mirada verde clara en la de la mujer, que se removió incómoda.

—¿Han podido hablar con la señorita Stuart? —preguntó.

—Así es, y, parafraseando lo que usted dijo hace un rato, señora Woodrow, su comportamiento deja mucho que desear para un lugar como este —contestó Edward.

—Lo sé, y se lo advertí cuando rellenó su matrícula, coronel Barnett. La joven Rose tiene unos modales de pueblerina que le cuesta reprimir, y en Londres no...

—Oh, no hablaba de Rose, querida, estaba hablando de usted —interrumpió él.

La mujer notó que le ardían las mejillas al entender la acusación y borró la sonrisa.

—Ha habido un malentendido, coronel Barnett, le ruego que se modere. Nunca he pretendido nada más que lo mejor para la señorita Stuart.

—¿Qué me modere? ¡Acaba de llamar a mi pupila pueblerina delante de mí no hace ni un minuto! —señaló Edward y se echó hacia atrás, para quedar recostado sobre la silla—. Mire, seré franco. Detesto los métodos clasistas y los modales sumisos que se les inculca a las niñas que acuden a este internado. Creo que las mujeres deberían ser capaces de mostrar sus propias opiniones e ideas, más allá de querer complacer a su esposo, y gente como usted no hace nada por mejorar eso, más bien al contrario. La única razón por la que no saco de aquí a Rose y la llevo a otro colegio es porque ambos sabemos el prestigio del que goza *Westminster School* a la hora de otorgar valor a una joven dama. Sin embargo, eso no quiere decir que vaya a quedarme parado ante incidentes como este.

—¿De qué está usted hablando? —inquirió la señora Woodrow.

—Hablo de que quiero ver cambios reales en este lugar, y creo que no se producirán hasta que no haya un cambio en la directiva —explicó Edward y prosiguió, al ver que ella iba a interrumpir—. No se apure, no voy a hacer que la junta directiva la despida. Sin embargo, quiero que se sancione a la señorita Clearwater con trabajos comunitarios y ayuda a los humildes, a ver si así aprende el valor de las personas más que del dinero.

La señora Woodrow tragó saliva y asintió, con las mejillas rojas como una guinda.

—Veré que se haga algo al respecto, coronel Barnett —dijo.

—Eso espero —asintió Edward y se puso en pie para encaminarse a la puerta—. Y, en cuanto a usted, señora, le recuerdo que mi familia es mecenas de este internado, le vendría bien un cambio. Si me entero de un solo incidente como este de nuevo, dejaremos de aportar dinero al centro. Creo que eso los dejaría en mala posición a usted y a su esposo, ¿no es cierto?

—No se preocupe, lord Edward, se tendrán muy en cuenta sus peticiones.

El duque asintió y salió sin mirar atrás. No le gustaba jugar la carta de su apellido, pero ya era hora de que las cosas cambiaran. A veces, los pequeños cambios provocaban un alud y, si la educación de decenas de niñas de clase alta tenía un final feliz, mejor.

\*\*\*

La portezuela del carruaje se abrió casi una hora más tarde para revelar a un Edward tan tenso como la cuerda de un violín. Nada más verlo, Violet se preocupó. ¿Qué le habría llevado tanto tiempo?, ¿por qué parecía de tan mal humor? ¿Qué había hecho?

—¿Estás bien, Edward?, ¿qué ha pasado ahí dentro? —inquirió preocupada.

—Nada, el asunto de Rose está arreglado —explicó él y sonrió, aunque para Violet, que había visto su verdadera sonrisa, resultó forzada—. No me preguntes más ahora, por favor, no quiero hablar de ello. Mejor vamos a pensar en otra cosa, en hacer algo divertido para aprovechar la nevada. ¡Ya sé! Pasemos por casa para recoger a Camelia y luego os llevaré a patinar sobre hielo, seguro que nunca lo habéis hecho en Plymouth.

—¡Por favor, Vivie, di que sí, nunca he ido ir a patinar! —rogó Rose.

—De acuerdo, te lo has ganado, Rosie —contestó ella y miró al duque—. Muy bien, aceptamos tu invitación.

—No os arrepentiréis, bellas damas.

La sonrisa que siguió a la frase fue auténtica, y Violet sintió que no solo iluminaba el carruaje, sino su corazón. El trayecto de regreso a Braithbury Hall resultó mucho más animado que el de ida al internado, y los dos adultos se rieron con las anécdotas y manías que Rose contaba de sus profesores. Cuando llegaron a la mansión, Edward le pidió a Oliver que fuese a buscar a Camelia, y quince minutos más tarde la joven apareció abrigada como si fueran a patinar a los lagos de Siberia.

Violet sonrió al ver el pesado abrigo marrón claro de pieles y el gorro a juego, que, comparado con su propio atuendo era absurdamente llamativo. Tal vez debería haberse puesto algo más grueso, pensó, pero con las prisas fue lo último que le cruzó por la cabeza.

Cuando Camelia se hubo sentado Oliver espoleó a los caballos.

—¿Adónde vamos con tanta prisa? ¿es urgente? —dudó la joven.

—Lo es, Camelia, ya es hora de que te diviertas un poco —contestó el duque y le guiñó un ojo—. Hay que aprovechar la nevada, lo más seguro es que cuando deshiele no volvamos a disfrutar de este paisaje hasta diciembre, finales de noviembre si hay suerte. ¿Supongo que sabrás patinar?

—Sí, claro, pero nunca he patinado en hielo, siempre sobre tierra firme —contestó ella y jadeó al reparar en el aspecto de Rose—. ¡Santo cielo, Rosie! ¿Qué te ha pasado?

—Oh, nada, solo una pequeña riña en el colegio con una remilgada.

—No te preocupes, Edward ya se ha encargado de todo. —La tranquilizó Violet.

—Pero la cara de Rosie... tal vez deberíamos volver y avisar a madre.

La mencionada resopló y se cruzó de brazos con un mohín.

—¡Ni hablar! No pienso perderme la diversión por oír un sermón de madre —dijo—. Por favor, Camelia, sé compasiva... Solo por esta vez.

—Está bien, solo por esta vez —contestó Camelia.

Dicho aquello las tres jóvenes y el duque se dedicaron a observar por la ventana, Rose y Camelia por el lado derecho y Edward y Violet por el izquierdo. El paisaje blanco era perfecto, como salido de una postal. Cuando un leve escalofrío recorrió a Violet, Edward volvió la cabeza hacia ella. La joven parecía entretenida, ajena a todo. De pronto el carruaje se detuvo. Al igual que el día del picnic, Holland Park estaba tranquilo, mucho menos concurrido de lo que estaría Hyde Park a esas horas, de allí que lo hubiese elegido. Fue el primero en bajar y, una a una, ayudó a descender a las chicas.

Al ver dónde estaban, Rose dio un gritillo emocionado y se enganchó a Camelia.

—¡Me encanta! Podremos patinar en la cascada, ¡va a ser estupendo! —exclamó.

—De acuerdo, pero no corras tanto, hermanita, antes hay que alquilar los patines —suspiró Camelia—. Veo un puesto ahí delante, vamos a ver si tienen nuestra talla.

—Bien dicho —contestó Edward y le ofreció el brazo a Violet—. ¿Vamos?

—Por supuesto, vamos —sonrió ella.

Anduvieron juntos el trayecto hacia el puesto de alquiler de patines de hielo frente al cual había unas cuantas personas haciendo cola, y mientras esperaban su turno, Violet rompió el silencio.

—Gracias, Edward, ha sido una gran idea venir —dijo Violet.

—No hay por qué darlas, era lo mínimo que podía hacer para que Rose olvidara el mal trago

de esta mañana —contestó él—. ¡Cada vez que lo pienso me pongo furioso!

—Entonces no lo pienses, piensa en algo más.

—¿Alguna sugerencia, socia? —bromeó Edward.

—Alguna que otra.

Ambos se miraron y rieron. Estaban a dos pasos del dependiente, así que Camelia eligió los patines y el duque lo pagó todo con una sonrisa. Se dirigieron a la laguna y se sentaron en un banco a calzarse los patines. Rose estaba pletórica, aquella era su primera vez en el hielo y se moría de ganas de empezar. Nada más tocar la superficie helada de la laguna se le fueron los pies y cayó de culo con un grito de sorpresa. Superado el *shock*, rompió a reír a carcajadas.

—¿Estás bien, Rosie? —dudó Camelia.

—¿Te has hecho daño en algún sitio? —inquirió Violet.

—Solo en mi orgullo, por lo demás estoy mejor que nunca —bromeó la joven y trató de levantarse. Estaba a punto de volver a resbalar cuando Edward la atrapó y la sostuvo entre sus brazos.

—Tranquila, no voy a dejarte caer —prometió él con una sonrisa—. Habrá que enseñarte a patinar, querida Rose. Recuerda que antes de correr, debes caminar.

Ella asintió y el duque la guio al centro del lago mientras la sostenía con ambas manos, para ayudarla a mantener el equilibrio. Rose parecía un ganso patoso, pero era evidente que estaba disfrutando, y en apenas unos minutos logró sostenerse sola. Edward se mantuvo a su lado y al ver lo dulce y atento que era con su hermana, el corazón de Violet saltó en su pecho. Cada cosa que descubría le hacía apreciarlo más y más, enamorarse más de él. Al ver la expresión de Violet, Camelia sonrió.

—Lord Edward es todo un caballero, ¿verdad? —comentó—. Hemos tenido suerte, padre hizo bien en nombrarlo tutor nuestro a él y no a otro.

—Tal vez, pero es mucho más que «solo» un caballero —contradijo Violet—. Por eso me gusta tanto, porque tiene un carácter tan idealista como el mío. ¿Crees que se ha dado cuenta de cómo me siento, o solo soy obvia a ojos de las damas?

—Desde luego que se ha dado cuenta, Vivie, no hay más que ver cómo te mira. Sé lo que dijiste la otra noche al respecto, pero sigo pensando que estás en un error.

Violet frunció los labios y suspiró. No quería pensar en eso ahora.

—Sea como sea no hay nada que hacer, así que vamos a olvidarlo y patinar un rato. Como ha dicho Edward, hay que aprovechar la nevada mientras dure, ¿no? —dijo.

—Como tú quieras —suspiró Camelia.

Después se calzaron y se acercaron a la laguna. Cuando sus pies tocaron el hielo Violet comenzó a deslizarse por la superficie helada como una ninfa. El frío la aterecía y le arrebolaba las mejillas, pero la sensación de velocidad e ingravidez era insuperable. Cerró los ojos antes de dar un salto, e igual que si fuera una bailarina, su falda de seda se enroscó a su alrededor antes de volver a abrirse. No supo cuantos minutos pasaron o si alguien la estaba mirando, pero siguió patinando hasta que la voz de su hermana la alertó. El grito dolorido de Camelia la hizo volverse con celeridad. La encontró en el suelo con las manos sobre la pierna, y un grupo de personas se reunió a su alrededor. Violet se lanzó a su lado, muerta de preocupación al ver su gesto.

—¿Qué ha pasado, Camelia? ¿estás herida? —inquirió.

—Me he torcido el tobillo. El hielo era más frágil ahí detrás y se me ha enganchado el patín en una grieta —explicó la joven—. Me duele un poco al moverlo.

—No te apures, te llevaremos a casa y el doctor Hammond te curará.

—Permíteme cargarte en brazos, así no tendrás que apoyar el pie —dijo Edward.

—No es necesario, Oliver se ocupará, no pienso arruinaros la diversión por un error —negó Camelia—. Rosie, ¿me acompañas? No deseo volver sola con madre.

—Por supuesto, iré a buscar a Oliver e iremos juntas —asintió la menor.

Mientras Edward y Rose se alejaban en dirección a la entrada del parque, Violet cruzó una mirada con Camelia. Los demás patinadores comenzaron a alejarse al ver que estaba a salvo, y una vez a solas Violet elevó las cejas.

—Conque no vas a arruinaros la diversión, ¿eh? —dijo.

—Desde luego, y, quién sabe, quizá salga algo bueno de mi accidente —sonrió Camelia—. No seas tonta y aprovecha para sincerarte con Edward.

—Camelia...

—Violet...

Ambas se miraron y sonrieron, pero antes de que alguna llegase a añadir nada, Oliver, Edward y Rose regresaron. El cochero tomó en brazos a Camelia y tras una breve despedida Rose y ella se marcharon dejando a Violet y Edward a solas.

## Capítulo XVII

### *Seda de Sable y piel de marta*



Cuando el carruaje se hubo perdido de vista, Edward le ofreció la mano a Violet para ayudarla a levantarse. La joven la estrechó y patinaron hasta el borde de la laguna, donde se alzaban unos bancos de piedra solitarios bajo un par de pinos nevados.

—Parece que nos han dejado solos —comentó el duque.

—Sí, eso parece —confirmó Violet.

—¿Ha sido premeditado, o...?

—Totalmente espontáneo, Camelia no es de esas jóvenes que fingen enfermedades para salirse con la suya —se apresuró a explicar Violet, y sonrió—. De todas formas, no me oírás quejarme de la situación, me encanta pasar tiempo contigo, querido tutor.

El comentario hizo reír a Edward, que se inclinó con una marcada reverencia.

—*Touché*, mi estimada pupila, no pienso poner ni una sola objeción —dijo—. Dado que estamos solos, ¿te apetece hacer algo distinto? No vas vestida para el frío. ¿Tal vez prefieras tomar un chocolate caliente en ese café del centro al que nos llevó Lincoln?

—No, prefiero dar un paseo en la nieve que ir contigo a un sitio que me recuerde a él —negó Violet y comenzó a quitarse los patines.

—Pues no se hable más, dalo por cumplido.

Dicho aquello comenzó a quitarse los patines, y una vez guardados se dirigieron al puesto para devolverlos. Cada vez había más gente en el parque, Violet dedujo que debía ser casi hora de comer. Tenía hambre, pero por nada del mundo quería arriesgarse a que alguien interrumpiera su paseo con Edward. Unió sus manos y avanzó por el camino empedrado hacia el cobijo de los árboles, en dirección opuesta a la cascada. Edward se dejó guiar con una sonrisa.

—¿Sabes adónde vamos? —inquirió sin perder la diversión.

—No, pero eso es lo de menos —contestó Violet—. ¿Acaso no tienes espíritu aventurero? Mucho me sorprendería, siendo que tu sueño es vivir en la India, ¿cierto?

—Cierto en parte. En realidad, deseo viajar por el mundo, no solo por la India. ¿Y qué hay de ti? ¿Quieres ver mundo más allá de Inglaterra, o la tienda es el punto final?

Violet se detuvo de golpe y Edward la miró con las cejas en alto. La joven parecía pensativa, pero de pronto sus ojos se iluminaron y mostró una gran sonrisa.

—Como tú mismo dijiste, el mundo es mucho más grande que Inglaterra, y yo deseo verlo todo —admitió—. ¿Imaginas la de cosas que me estoy perdiendo? ¡Tiene que haber algo más ahí fuera que matrimonios pactados, ricachones con fortuna y fiestas de té! Me niego a creer que ese es toda la perspectiva de futuro para una mujer, por rica que sea. Seguro que tú lo sabes bien, una vez oí que...

—¿Sí?

—Olvídalo, no es importante —dijo ella con una sonrisa forzada.

Al ver que pretendía evitarlo, Edward tomó el rostro de Violet entre sus manos y le acarició las mejillas. Estaban sonrosadas debido al frío, pero suaves como un melocotón maduro. Acercó el rostro a ella para unir sus frentes y su corazón se aceleró. No supo si ella también lo sintió, pero el impulso de besarla le hizo tragar saliva y mojarse los labios. Las pupilas de Violet estaban dilatadas debido a la falta de luz y el tono verde oliva de sus ojos le pareció más oscuro que nunca, casi avellanado.

—Estás helada... —susurró Edward y abrió los brazos—. Ven, entra bajo la capa, el calor de mi cuerpo te mantendrá cálida.

Por una vez Violet no protestó e hizo lo que le pedía. Avanzó hasta envolverlo con los brazos, y Edward la sostuvo por la cintura con los ojos cerrados. Algo en todo aquello se sentía correcto, le hacía sentir bien, como si tener a Violet contra su pecho, a salvo junto a él, fuese lo que necesitaba. No supo cuánto tiempo pasaron así, pero cuando un pájaro se posó en una rama cercana y les salpicó con nieve en polvo salieron del embrujo. Aun así, Edward no se apartó. Violet era tan bajita respecto a él que encajaban como las piezas de un puzzle bajo el grueso abrigo de piel de marta.

—¿Vas a contarme que cosa sobre mí has oído que te avergüenza tanto confesarme? —inquirió con diversión.

—No dejarás de insistir si no te lo digo ¿verdad? —suspiró Violet.

—Verdad.

—Está bien, te lo diré. En realidad, no es gran cosa, pero me parecía una invasión a tu privacidad y no sabía si te enfadarías —admitió ella y él asintió para darle ánimo—. Aquella vez cuando escuché la discusión que mantuviste con tu madre, la misma en la que te acusó de ser menos hombre que Lincoln, ¿te acuerdas?

Edward asintió, lo recordaba. No porque supiese cuanto de la conversación había oído o no, sino por las acciones que vinieron después. Violet prácticamente le había obligado a que la llevase a su habitación y siguiese las lecciones. Sonrió al recordar los besos ardientes que se dieron, pero dejó de hacerlo al sentir el deseo.

—Lo recuerdo —dijo al final, cuando reparó en que no le había respondido.

—Te pregunté si era cierto que habías seducido a muchas mujeres en la India, tú contestaste que tu fama no es cierta, y yo te creí. Te creo —aclaró Violet—. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que en realidad equivoqué la pregunta. Como dijiste, no eres un mojigato ni un santo, y eso no debería haberme sorprendido. Ningún hombre es célibe.

—Violet...

—No, espera, déjame terminar, por favor —interrumpió ella y prosiguió—. Lo que me gustaría saber es si hay algo de verdad en lo que dijo tu madre. ¿Es verdad que solo te interesan

las mujeres de piel y cabello oscuro, como las que viven en las colonias?

«Por favor, di que no», rogó Violet y aguardó en silencio con el corazón latiendo muy rápido. «Si la respuesta es afirmativa jamás tendré una posibilidad con él», resolvió. Siendo ella de piel blanca, ojos verdes y cabello castaño claro, sería una batalla perdida.

Sin embargo, en vez de aclarar sus dudas Edward se rio, y Violet se detuvo.

—No le veo la gracia —comentó indignada.

—La tiene, créeme. ¡Ah, Violet, eres increíble! ¡Es extraordinaria la forma de razonar de tu mente! —exclamó Edward—. ¿De verdad crees que eso es posible?

—No veo por qué no iba a serlo, eso es lo que insinuó tu madre.

—La sola idea es tan ridícula... Lo que describes se llama fetiche, y permíteme decirte que no tengo ninguno. Te lo expondré de una forma que zanje tus dudas para siempre, ¿eh? Bueno, la cosa es esta: existen muchas clases de hombre, algunos disfrutan del amor con las mujeres, otros disfrutan del amor con otros hombres, y otros disfrutan de ambos. Pero, ¿sabes qué? Si eres varón y te atraen las damas lo que menos va a importarte es que la susodicha sea rubia, pelirroja, o de piel oscura.

La respuesta sorprendió a Violet, que elevó la cabeza para encontrar sus ojos.

—¿De verdad?

—¿Acaso no es igual para vosotras? —insistió Edward—. Tú misma dijiste que le veías cierto atractivo a Lincoln, y sé bien que yo no te soy indiferente en ese ámbito. Como ves, Penley y yo no nos parecemos en nada: él es moreno y yo no, él es delicado y yo no. El deseo no conoce fronteras, Violet. Claro que he deseado acostarme con mujeres de la India, pero eso no impide que desee a otras aquí, o dónde sea.

—Ah, ya veo —fue lo único que acertó a responder.

La respuesta de Edward supuso una liberación para Violet, como quitarse una piedrecita molesta del zapato. Tenía posibilidades con él después de todo, lo que había visto en sus ojos al besarse era deseo real, no algo fingido por el bien de la situación. Sonrió sin poder evitarlo, y como si intuyera lo que estaba pensando, el duque comenzó a caminar con la vista todavía fija en ella.

—No creerás que soy tan superficial como para elegir a una mujer por su aspecto, ¿verdad? —inquirió.

—Claro que no, no he olvidado lo que me dijiste —dijo Violet.

—¿Y qué hay de ti? ¿qué es lo que buscas en un hombre? ¿Lo que me dijiste aquel día en el carruaje lo resume todo?

—¿La verdad? Nunca me lo había planteado abiertamente. Camelia es la romántica, la que lee novelas de amor y sueña con caballeros. Rose es la inquieta y yo la soñadora. Siempre he querido triunfar sin tener que renunciar a mis sueños en pos de una boda, por eso nunca me he puesto a hacer una lista de cualidades real —dijo—. Sin embargo, eso no significa que no haya soñado con casarme y formar una familia.

—Entonces, ¿quieres? —dudó Edward.

Violet asintió y sonrió.

—Claro que quiero, solo que no había encontrado al hombre que me hiciera verlo como algo factible. Sin embargo, sé que es muy difícil que suceda si no renuncio a mis sueños, pido demasiado para un caballero real. Busco un hombre que me vea como soy, no como a una cuenta corriente, no como a un complemento, no como a un trofeo que llevar a cenas, fiestas y paseos para lucir ante sus amigos. Busco a un hombre al que no le importe trabajar, que esté conmigo en lo bueno y en lo malo. Busco a un compañero para mi alma, que tenga los mismos deseos de

aprender, de descubrir y liberarse que yo.

—¿Y existe un hombre así?

La joven no respondió. Edward apartó la mirada y la clavó en el paisaje, habían vuelto a la entrada del parque sin darse cuenta, y el deseo de saber la respuesta le quemó por dentro. ¿Encajaba él con lo que había descrito? Creía que sí, pero no pensaba forzar a Violet a decir algo para lo que no estaba preparada, pues tal vez lo que veía en ella no eran más que sus propios deseos reflejados.

—¿Volvemos a Braithbury Hall? —propuso—. Habrá que contratar un carruaje, está empezando a nublarse y no quiero andar por ahí si comienza a nevar.

—Estoy de acuerdo, deberíamos regresar ya —asintió Violet.

Caminaron en silencio hacia la línea de carruajes aparcados, y tras pagarle a un cochero se sentaron en la parte de atrás del vehículo, cubierto y con puertas de madera. Solo cuando se hubo puesto en marcha Edward rompió el silencio.

—¿Quieres saber la verdadera razón que se esconde detrás de los rumores de mi comportamiento en la India, Violet? —inquirió.

—¿A qué te refieres? —dudó la joven.

—A lo que hacía... a lo que hice, para dar pie a las habladurías de que yacía con jóvenes humildes mientras estaba en el ejército. Lo que insinuó mi madre.

Violet se volvió para mirarlo. No sabía si le gustaría la respuesta que él le iba a dar, pero al menos sería real y no una conjetura de *lady* Florence. Asintió decidida.

—Visité casas de placer, no voy a negarlo, pero no para yacer con las cortesanas, sino para ocuparme de sus penurias —explicó Edward—. No tienes ni idea de cómo vive aquella gente, Violet, del comportamiento indigno al que les someten los británicos. A las mujeres las toman hasta preñarlas y luego las dejan cargar con los hijos solas. Mandan a los críos a trabajar en las plantaciones de tabaco, café y algodón; disfrutan de sus bailes y las miran como a mascotas de zoológico. Me indignaba, así que actué en consecuencia.

—Dios santo, eso es horrible... —murmuró Violet—. ¿Qué fue lo que hiciste?

—Les llevaba comida y tela para que vistiesen a sus hijos, les enseñé nuestro idioma y costumbres para que aprendieran a defender sus derechos. Pasaba mucho tiempo allí, por eso algunos oficiales creyeron que gastaba mi sueldo en yacer con ellas. Sin duda fue uno de mis superiores el que le escribió a mi madre con el cuento, algo ridículo, si me lo preguntas. ¿Qué motivo tendría yo para ocultarlo?

—¿Entonces admites que es cierto?

—¿Qué yací con ellas? —dudó Edward y Violet asintió—. No, no lo es. No soy un libertino, Violet. No voy a decir que en los cinco años que pasé allí no yací con nadie, hubo una mujer llamada Resha, aunque solo intimamos cuando ella así lo quiso. Nunca lo busqué ni me impuse. ¿Sacia eso tu curiosidad? —inquirió Edward y la miró.

—Supongo...

—Entonces me doy por satisfecho. Creo que esto iguala las tornas, ¿no crees?

La joven elevó la mirada hacia él con el ceño fruncido, y el duque sonrió.

—¿De qué estás hablando? —dudó Violet.

—De la primera noche que pasamos juntos practicando en tu dormitorio —explicó Edward—. Te pregunté qué experiencia tenías con los hombres y tú me contaste lo tuyo con aquel mozo de cuerdas. Bueno, ya estamos en paz: conoces mi pasado y yo el tuyo. Ahora somos un lienzo en blanco el uno para el otro. Eso, a menos que aún quieras saber algo más. Aprovecha, socia, estoy con ánimo hablador.

Su respuesta hizo reír a Violet, que sin saber bien por qué lo encontró muy divertido. Tanto, que su alegre risa se le contagió y rompió a reír. Le encantaba verla feliz, sin preocupaciones, tal y como era, justo como ahora. De pronto la joven se dejó caer contra el respaldo del carruaje y volvió la cabeza para mirarle.

—¡Qué maravilloso debe ser vivir como lo hace un varón! —exclamó.

—¿Tú crees? Te cambio el puesto cuando quieras —bromeó él—. Yo coseré, coquetearé e iré a fiestas, y tú te encargas de lidiar con mi madre y los asuntos del ducado: presión social, hermanos mujeriegos, administración de negocios y propiedades...

—Visto así no parece tan divertido, supongo que me he dejado llevar por lo que dicen. ¿Sabes que Camelia estaría encantada con un hombre que encaje en el estereotipo? Rico, amable, caballeroso —y sonrió al añadir—, algo pusilánime... un príncipe azul.

—Alguien como Penley —completó Edward.

—Sí, alguien como Lincoln sería perfecto para ella —confirmó Violet.

—¿Y qué hay de Rose, también busca un caballero de brillante armadura?

Violet sonrió con ternura antes de alejar la vista para clavarla en el techo del carro. Estaban ya en el distrito de Belgravia, no podía faltar mucho para llegar.

—A decir verdad, Rosie está prendada de ti —admitió—. Creo que te ve como al hombre perfecto: varonil, impetuoso, valiente.

—¡Me va usted a sacar los colores, señorita Stuart!

Violet se encogió de hombros y sonrió. «Y eso que no he dicho en voz alta que eres un gran besador y posees un aroma que embriagaría a cualquier mujer», pensó. Fue la voz de Edward la que la sacó de sus cavilaciones.

—Es una lástima que mi corazón no sea libre para elegirla, si no, en cuanto creciera unos años más me lanzaría sin dudarlo —dijo.

—Oh, sí, por supuesto... solo era una broma —contestó Violet.

Edward sonrió, pero a Violet se le formó un nudo en la garganta. Todo le había parecido tan perfecto hasta ahora, que había tenido que arruinarlo con esa reflexión final. El corazón de Edward no era libre. Saberlo le dolió, pero se sobrepondría y cumpliría con su parte tal y como habían pactado. No era culpa de Edward no sentir nada por ella. De pronto, el carruaje se detuvo frente a Braithbury Hall y Violet se dirigió a la casa como si nada hubiese cambiado. Debía mantener la máscara perfecta solo un poco más.

## Capítulo XVIII

### *Dupioni perlada y lirios de agua*



Una semana después llegó una carta de Lincoln. Edith la había leído una decena de veces y, tras analizar cada frase, daba saltos de alegría. Para ella era evidente que el futuro conde quería formalizar la relación con Violet. Desde que Camelia se torció el tobillo unos días antes, la mujer no se había separado de sus hijas. Ahora, con Violet preparándose para una cita no planeada con lord Penley, se afanaba por dejarle el cabello bien rizado y sembrado de pequeñas perlas rosas. Deseaba impresionarlo a como diese lugar.

—Madre, esto no es necesario. —Se quejó Violet—. Ni siquiera es una invitación, Lincoln no tiene ni idea de lo que estás planeando.

—Pues mucho mejor aún. ¿Es que no lo ves, hija? Ese hombre está colado hasta los huesos por ti, ya es hora de que ajustes la lazada —contestó Edith—. De todas formas, no te preocupes, me encargaré yo misma de tus hermanas. Camelia tiene posibilidades con lord Edward, ya has visto cómo se ha preocupado por ella desde que está convaleciente del pie.

—¡Porque es lo que haría un hombre considerado! Te lo ruego, madre, no alimentes las esperanzas románticas de Camelia respecto a él —suplicó Violet—. El coronel Barnett tiene las miras en otra parte, en la señorita Caroline Brightman, para ser exactos.

—Eso es porque nadie le ha dado un empujón en la dirección adecuada. Tú padre querría que su pupilo se casara con una de sus hijas, de esa forma se cierra el círculo.

El comentario molestó a Violet, que se removió en la silla para encararla. Edith la miró con la horquilla aún en la mano y las cejas en alto. No le gustaba la actitud rebelde de su hija, y menos ante lo obvio. Detestaba lo terca que era en ocasiones.

—No metas a padre en esto, no tienes ni idea de lo que querría —dijo Violet.

—Lo sé muy bien, Violet, estuve casada veinticuatro años con ese hombre ¿sabes? —resopló Edith—. Además, no olvides lo que estipuló antes de morir, que bien sabes quedó plasmado en sus últimas voluntades. Thomas deseaba que sus hijas se casaran antes de poder acceder a su

herencia, eso es lo que yo estoy tratando de asegurar: vuestro futuro.

—Pues tal vez deberías dejar que el destino siga su curso, madre.

—Ya me conoces, hija, nunca me ha gustado dejar las cosas al azar.

«Oh, soy muy consciente de ello», se lamentó Violet. Se permitió un suspiro antes de ponerse en pie para mirarse en el espejo. Estaba vestida con una ligera enagua de algodón, el corsé ya prieto elevaba sus pechos, y las medias de encaje cubrían sus piernas. Estaba a punto de encaminarse al vestidor cuando Edith adivinó sus intenciones y la detuvo con un gesto.

—No te molestes, ya he elegido yo el vestido que usarás hoy —explicó—. Está ahí, sobre el sofá junto a la chimenea.

Violet frunció el ceño y siguió la dirección que señalaba su madre, para encontrarse uno de los vestidos que Edward le había comprado en *Madame Rossbound* extendido sobre el respaldo. De seda dupioni gris clara, tenía un delicado entramado de hojas y flores en el pecho y el centro de la falda, lirios de agua tejidos con hilo plateado. La sobrefalda era de un suave tono aguamarina, lo que le daba a la tela el aspecto de una flor. ¿Y su madre pretendía que se lo pusiese para ir a ver a Lincoln?

—Vamos, Violet, date prisa y te ayudaré a ponértelo —urgió Edith.

—No pienso ponerme ese vestido, madre —negó Violet.

—¿Por qué?

«Porque no quiero que Lincoln me haga cumplidos con un vestido que me regaló Edward», escupió la joven en su mente. «Si alguien debe decirme lo hermosa que me veo, que sea él». Sin embargo, no podía admitir eso. No era nada para Edward, no tenía ningún derecho sobre él: no era su novia, su prometida, ni su esposa.

—Porque es un poco ligero para estas fechas, ¿no lo ves? Es de pura seda, se me erizaría la piel al contacto con el aire helado —mintió Violet.

—Pues mucho mejor aún, así lord Penley se verá forzado a calentarte con...

Su frase murió en sus labios cuando un par de firmes toques sonaron sobre la puerta. Ambas se volvieron, y cuando Violet pronunció un claro «pase», la puerta se abrió para revelar al duque de Braithbury. Entonces Edward fue dolorosamente consciente del estado de Violet, casi desnuda, con los pechos a medio cubrir por el corsé y la fina enagua ocultando su piel hasta las rodillas. La joven se apresuró a tomar un cojín para cubrirse, antes de que él se volviese y frunciese los labios en una mueca, como si se reprendiera.

—Lo siento, no sabía que no estabas presentable, me iré. —Se disculpó Edward.

—No es necesario, Edward, espera —dijo Violet—. ¿Qué querías?

—Venía a invitarte a dar un paseo, hay algo que quiero enseñarte. Si estás ocupada lo entiendo, tal vez ya tenías planes y me he precipitado.

—En realidad, lord Barnett... —comenzó Edith.

—¡Estoy libre! —interrumpió Violet—. Dame un minuto y estaré lista.

—Te esperaré en la puerta principal —asintió él, de espaldas, y sonrió al añadir—. Oh, y te aconsejo que lleves algo de abrigo, vamos a cabalgar entre la nieve.

—Dalo por hecho.

Violet sonrió y aferró con fuerza el cojín mientras el duque cerraba la puerta. Solo cuando se hubo marchado se atrevió a soltar el aire que retenía sin darse cuenta. Edith la observó con el ceño fruncido, pero el mal humor de Violet se había evaporado golpe. La idea de dar una vuelta con Edward era mucho más atractiva que ir a visitar a Lincoln.

—¿A qué ha venido eso? —inquirió su madre—. Habíamos quedado en que irías a la casa de lord Penley para darle una sorpresa. ¡Prácticamente te ruega que lo visites en su última carta!

—Te equivocas, madre, eso es lo que habías planeado tú —contestó Violet y dejó el cojín para ponerse el vestido de seda dupioni—. Vamos, ayúdame a vestirme.

—¿Ahora quieres ponértelo?

—Es lo que tú querías, ¿no? —dijo ella y sonrió.

La señora Stuart puso los ojos en blanco y tomó el vestido de las manos de su hija para ayudarla a vestirse. Cinco minutos más tarde Violet corrió escaleras abajo con una capa de terciopelo en la mano. Se había puesto los botines de piel para la nieve y un gorrito de terciopelo celeste a juego con la capa. Llevaba el cabello suelto en una marea de ondas sobre la espalda, solo una cinta las alejaba de su rostro. Cuando llegó al recibidor se puso la capa sobre los hombros y salió al jardín delantero. Edward estaba de pie junto a *Galán*, y a su lado aguardaba *Mantequilla* ya ensillada.

—Gracias por prepararla para mí —comentó Violet.

—Un favor sin importancia, es lo menos que podía hacer —dijo Edward y la miró de arriba abajo, aliviado al ver que se había abrigado—. ¿Estás lista?

—Más que nunca.

—Entonces, después de usted, estimada socia.

Violet se rio y las comisuras de la boca de Edward se elevaron. Subieron en sus respectivas monturas, y bajo la atenta y suspicaz mirada de la señora Stuart y de la duquesa viuda, que espían cada una desde las ventanas de sus dormitorios, los rebeldes retoños dejaron atrás Braithbury Hall para perderse de vista calle abajo.

Hacía mucho frío, y Violet tembló bajo la fina capa de terciopelo. No tenía ni idea de donde quería llevarla Edward, pero tampoco le importaba, cualquier lugar era bueno para pasar tiempo juntos. Estaban cabalgando a paso tranquilo por una de las calles laterales de Eaton Square cuando se decidió a preguntar.

—¿Adónde vamos? —inquirió Violet.

—No te apures, ya no queda mucho —dijo Edward.

Y se negó a explicar más, lo que de inmediato suscitó la curiosidad de la joven. Aún seguían en el distrito de Belgravia y no parecía que fuesen a salir de él. Sus sospechas se confirmaron cuando Edward tiró de las riendas del purasangre y se detuvo en un extremo de la plaza, junto a Eaton Street. Violet. Al verlo desmontar para atar a *Galán* al poste de amarre que había en la acera, Violet detuvo a *Mantequilla* y el duque le ofreció la mano. Para su sorpresa, el destino de la excursión se trataba de un local cerrado, cuyas cristaleras estaban cubiertas por gruesas cortinas que impedían ver lo que había dentro.

La curiosidad hizo presa de Violet. Cuando Edward sacó una llave que introdujo en la cerradura antes de volverse hacia ella, le miró sorprendida.

—¿Qué es esto? —dudó.

—Una promesa cumplida —contestó él e hizo un gesto para que se adelantara—. Haz los honores, te corresponde solo a ti ser la primera en entrar.

Violet asintió antes de girar la llave y tirar del pomo para abrir la puerta. Al hacerlo, un musical sonido de campanillas la recibió y, al recorrer el lugar con los ojos, sintió que el corazón le daba un vuelco. Era sencillamente magnífico, un sueño hecho realidad.

La tienda tenía paredes y suelos de madera de abedul pulidos como el mármol. Había una elegante alfombra redonda en tonos dorados y pastel frente al mostrador, que se erigía a la derecha de la puerta. Una caja registradora de color dorado presidía la mesa y, en la pared trasera, un grupo de vitrinas de cristal llenas de soportes para guantes y sombreros decoraban el lugar. Estaban vacías, pero Violet las llenaría rápido. Avanzaron hacia el interior, y la joven notó

que al lado izquierdo había una sala de espera con dos sofás y una mesa de cristal. En el escaparate, cubierto por cortinas, habían instalado seis maniqués: tres femeninos y tres masculinos. Eran preciosos, muy detallados, de madera labrada y rostro de porcelana pintada.

Violet sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se llevó la mano al pecho en un intento por calmarse. Tras avanzar por un amplio corredor decorado con ilustraciones de la moda francesa, llegó a una gran sala con una tarima de madera. La pared posterior estaba cubierta de espejos, y al lado había varios sofás. La pared restante tenía una gran barra de acero con perchas vacías. Había tocadores para los complementos y un maniquí de medio cuerpo, todo era perfecto. Entonces reparó en la puerta y en las escaleras.

Violet se volvió para mirar a Edward, que asintió para animarla, y ambos la cruzaron para bajar a un luminoso sótano lleno de estantes para guardar la lencería. En la pared opuesta había una línea de probadores. Le encantó el detalle de que las barreras fueran puertas de madera maciza y no simples cortinas.

Con el corazón latiendo a mil por hora, salieron del sótano y subieron las escaleras para encontrar un ático amueblado con amplias mesas de madera, un par de novedosas máquinas de coser y un estante con rulos de telas vacíos. Pero lo más impresionante del lugar era la tarima sobre la cual había una gran mesa inclinada y una butaca de piel. Desde allí podría diseñar, dirigir la tienda y sus finanzas junto a su equipo de confianza. Era más de lo que Violet jamás se había atrevido a soñar, y no se molestó en ocultar sus lágrimas, que corrieron por sus mejillas. El duque la miró preocupado.

—¿No te gusta? —dudó—. Podemos cambiarlo, esto es solo la idea que creí...

—No, Edward, ¡es perfecto, es un sueño! ¡es... es...!

Pero al no encontrar las palabras que expresaran la inmensidad del agradecimiento y la fuerza de lo que sentía hacia él se lanzó a sus brazos y atrapó sus labios. Le manchó el rostro de lágrimas, que mojaron su barba bien recortada, pero Edward devolvió el beso con pasión. No le importaba el motivo, solo que su corazón ardía de amor y deseo. Violet abrió los labios y enzarzó sus lenguas, el beso se convirtió en varios, y pronto la boca de Edward estuvo sobre el cuello de la joven.

Cuando sintió el cálido roce sobre su clavícula, Violet jadeó y echó la cabeza hacia atrás. No sabía qué era aquello, pero sabía que quería más. Al ver que le concedía libre acceso Edward no se pudo contener y succionó la suave piel, para ir sembrando de caricias la cremosa y delicada superficie de su escote. Cuando llegó al borde del vestido y le lamió el pecho, Violet cerró los ojos con fuerza. Sintió de nuevo aquella sensación recorrerla desde el vientre hasta las piernas y empapar sus enaguas. Necesitaba algo de Edward, pero no sabía qué era. Solo sabía que cuanto más jugaba con la boca sobre su piel desnuda más necesitaba de él.

Al oír el leve gemido que escapó de los labios de Violet la razón abandonó al duque, que alzó a su joven protegida para que le rodeara la cintura. Volvió a devorar su boca con ferocidad mientras avanzaba hacia una de las mesas y cuando chocó contra la madera, sentó a Violet y la inclinó hasta dejarla tumbada. La miró en silencio, con la respiración agitada. Ante él se abría un mar de posibilidades. Sentía que le tiraban los pantalones, pero ignoró su propio deseo y observó a Violet. Tendida sobre la mesa con las piernas abiertas y los pechos desbordando por encima del escote mientras se movían al ritmo de su respiración acelerada. Sus mejillas estaban teñidas de rojo, sus labios, hinchados por el roce con su barba y la pasión de sus besos. Era, en resumen, la viva imagen de lo que él más deseaba.

Podría simplemente desabrocharse la tela, subirle las enaguas y enfundarse en ella. Sabía que Violet lo disfrutaría, sabía bien cómo complacer a una mujer. Podía inclinarse sobre la mesa e

introducir la lengua entre sus muslos, eso le daría tal placer como estaba seguro que jamás había experimentado. Ya ni sabía lo que estaba pensando, quería hacerlo todo, y ni siquiera se dio cuenta de que Violet lo estaba mirando.

—Edward... ven aquí, bésame —rogó la joven.

Y no pudo más que obedecer su súplica.

Subió a la mesa, se tendió encima de ella y encajó a la perfección entre sus piernas. Violet le rodeó la espalda con sus pequeñas manos, y Edward atrapó su boca y la besó hasta quedarse sin aliento. Deseaba darle algo que la hiciese sentir bien, así que llevó la mano al vestido y lo levantó con cuidado, rozando el encaje de las medias a medida que lo hacía. Cuando llegó a sus muslos le apartó las enaguas y la rozó de forma tentativa con los dedos. ¡Dios santo! Estaba tan húmeda y lista para él... la acarició sin dejar de besarla, y al sentir sus caricias Violet rompió el beso, paralizada por el placer.

A Edward no le costó mucho llevarla al límite. Y cuando el maremoto se desató, la joven explotó entre sus dedos y gritó su nombre. Violet se aferró a su capa como si lo necesitara para sostenerse mientras trataba de recuperar el aliento. Nunca había sentido algo semejante, ni siquiera sabía que existía tal placer. Edward sonrió. Aquel había sido el primer éxtasis de Violet y había sido él quien se lo había dado. No supo quien había gozado más, ella, o él mismo. Suspiró, con el rostro escondido en el cuello de la joven.

Fue el fuerte pitido de un silbato el que los devolvió a la realidad. Seguro que no era más que un policía que estaba dirigiendo el tráfico, pero fue suficiente para romper el hechizo. Entonces Edward se dio cuenta de lo que había hecho, de su posición, y sintió vergüenza de sí mismo. Se había aprovechado de la inexperiencia de Violet. Había hecho justo lo que su madrina le había recriminado: *«¿Y si es ella la que te ama, la que te ruega que la hagas tuya? ¿Será el valiente coronel Barnett tan digno y estoico para resistirse a sus suplicas?»*. Al parecer no lo había sido. Su mentor le estaría maldiciendo desde el más allá por haber tocado de esa forma a su querida hija.

Se levantó de golpe y llevó ambas manos a su cabello en un intento por calmarse.

—¿Qué te ocurre, Edward? ¿estás bien? —dudó Violet.

—No es nada, lo siento, pero deberíamos volver —contestó sin mirarla, agitado—. ¿Te ha gustado el regalo?

Nada más decirlo se reprendió mentalmente por su elección de palabras. *«¿En qué demonios piensas, Barnett? ¿regalo, en serio? ¿Qué va a creer de ti ahora, que concedes favores como una ramera?»*. Sin embargo, Violet sonrió mientras se levantaba.

—Es lo mejor que me han obsequiado jamás, muchísimas gracias —afirmó.

—Entonces vamos, acabo de recordar que tenía otro compromiso —dijo Edward—. Si no te importa tomaremos caminos separados. Te acompañaré hasta Eaton Square, pero seguirás tú sola desde allí. ¿Sabrás llegar a Braithbury Hall?

—Por supuesto, no está lejos, conozco bien el camino.

—De acuerdo, no perdamos más tiempo.

Violet asintió y bajaron las escaleras para salir de la tienda, que Edward cerró con llave antes de dirigirse en silencio hacia los caballos. Cabalgaron por la calle en dirección a la plaza, una vez allí, Edward se despidió con una sonrisa que Violet devolvió. La joven no sabía qué emoción era la que brillaba en los ojos verdes del hombre, pero sea la que fuera supo que habían cruzado una línea irreversible. Tragó saliva mientras conducía a *Mantequilla* de regreso a casa por la nevada calle y, a medida que avanzaba su corazón se aceleraba, a rebosar de sentimientos.

Sabía que Edward quería casarse con Caroline, que ella había iniciado el beso y él se había

limitado a responder. Pero se había sentido tan bien, tan correcto tenerlo sobre ella... como si todo su cuerpo le perteneciera y le llamara a voz en grito. Y, sin embargo, el corazón del duque no era libre, él mismo se lo había confesado.

«Santo cielo, ¿qué es lo que he hecho?».

## Capítulo XIX

### *Terciopelo medianoche y perlas de oro*



Con la llegada de diciembre no solo llegaron el invierno y las fiestas navideñas, sino el cumpleaños de Edward. Aquella tarde, 10 de diciembre de 1837, se celebraba una gran fiesta en Braithbury Hall organizada por *lady* Florence para matar dos pájaros de un tiro: primero, celebrar el trigésimo segundo cumpleaños de su hijo, el duque de Braithbury. Segundo, poner el broche de oro al año. La realidad era que en su interior esperaba que Edward le pidiese matrimonio a la joven señorita Brightman y acallara de una vez los rumores concernientes a su familia que aún corrían por las casas de té de Londres.

Al parecer, los varones Barnett estaban enlazados al escándalo: su difunto esposo fue un borracho. Su primogénito, William, casado con una cazafortunas americana. Edward ensuciando su prestigio en la India y rechazando de paso a jóvenes inglesas, y Theodore... mejor no pensar en Theodore y en a quién podía haber desflorado. No quería que su familia se enfrentase a la humillación de verlo batirse en un duelo de honor. Por eso, que Edward se casara con una joven respetable era de máxima prioridad. Caroline Brightman no era su elección preferida, pero ya que su hijo se negaba a casarse con Violet, debía conformarse. Al menos pertenecía a una familia agradable, respetables cafetaleros de Ciudad del Cabo.

Florence suspiró y dejó la taza de té sobre el platillo, lo que le valió una mirada de su cuñada. Marjorie parecía estar pasándoselo en grande y le molestaba esa actitud, como si supiese algo que ella ignoraba que no quería contarle.

—¿Qué te pasa, Marge, por qué me miras así? —inquirió molesta.

—Oh, por nada —contestó Marjorie y bebió un sorbo de su café con leche.

—Vamos, chismosa insufrible, cuéntame ya qué es lo que te ronda por la cabeza. No creas que no he notado que estás muy zalamera con Edward en los últimos tiempos. ¿Qué me ocultas sobre mi hijo?

—¡Qué paranoica te has vuelto, Florence! —exclamó Marjorie y se rio—. ¿Qué cosa podría

saber yo de mi sobrino predilecto?

Sin embargo, se apiadó al ver que la duquesa tensaba la mandíbula.

—Bueno, está bien, si insistes... te lo contaré. Resulta que me he estado carteando con *lady* Clementine Hatton, parece que Edward ha sido más comunicativo con ella que con nosotras. Y, antes de que te pongas a hacer un drama, diré que son buenas noticias.

—¿A qué te refieres? —dudó Florence.

—Parece que pronto habrá una boda en Braithbury Hall, querida cuñada.

Aquello suscitó la curiosidad de Florence a tal punto que se olvidó del té y se giró por completo, olvidando los buenos modales de postura. Marjorie se rio sin poder evitarlo.

—¿Quién es la elegida, es Caroline Brightman, u otra? —inquirió Florence—. ¡Vamos, Marge, habla, habla!

—Eso no me lo ha dicho, Florence, pero de que Edward está enamorado, lo está.

La revelación le hizo hormigear los dedos en anticipo a la duquesa viuda. Que su hijo se hubiese enamorado era una gran noticia y, aunque le irritaba que hubiese preferido contárselo a su madrina en vez de a su propia madre, no iba a quejarse si el resultado era una boda. Satisfecha con su conclusión, Florence se levantó y se encaminó a la puerta.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —preguntó Marge.

—A prepararme —contestó Florence—. ¡Quién sabe si no habrá un anuncio esta noche! Si la elegida va a estar en la fiesta seré la primera en saberlo.

—Oh, de eso no tengo ninguna duda, cuñada.

Dicho aquello Marjorie dio un largo sorbo a su café para ocultar una sonrisa. Poco sabía *lady* Florence Barnett que «la elegida» llevaba viviendo en su casa más de medio año. Solo les quedaba esperar y ver como se desarrollaba el asunto, para bien o para mal.

\*\*\*

El caer de los copos era lento, los pequeños cristales de nieve flotaban como plumas hasta morir en el alfeizar de la ventana. Edward suspiró y miró su reflejo en el cristal medio empañado. Las preocupaciones que antes solían enturbiar su rostro se habían acentuado, e incluso sus ojeras lucían más pronunciadas. Desde la mañana en que llevó a Violet a la tienda de Eaton Street apenas habían tenido contacto, y la lejanía le estaba matando. Se sentía miserable por haberse aprovechado, por haberla corrompido.

Era obvio que Violet le deseaba como hombre. No. Que él había logrado que le deseara como hombre al enseñarle todo aquello. Y eso era una clara ventaja a su favor, que ya ansiaba acostarse con ella desde hacía mucho. A veces el deseo era tan grande que se despertaba en plena noche con la necesidad de aliviarse a sí mismo, y no podía más que tocarse hasta derramarse con el recuerdo de los muslos de Violet entre sus dedos, del calor de su piel, del sabor de sus labios. En tales circunstancias la única solución que había encontrado para apaciguar su ánimo había sido la distancia, alejarse de ella.

Sin embargo, eso le había entristecido y sumido en una nube de apatía que había tratado de aliviar en compañía de Caroline. No podía negar que la joven era un encanto: dulce, imaginativa, alegre y compartían aficiones. Pero también eran muchas las cosas que los separaban. Caroline era terriblemente clasista y egoísta, daba las cosas por sentadas y se creía superior. Edward esperaba que al casarse aprendiera a ver el mundo de otra manera, pues era obvio que tales ideas procedían de su padre, el señor Brightman, un hacendado con maneras de la vieja escuela, demasiado arraigado para cambiar.

Suspiró por segunda vez y se fijó en su aspecto, su madre estaría orgullosa de él: traje de tres piezas, chaleco, pañuelo y camisa de seda, botas de cuero pulido y una de las levitas que Violet le había regalado, púrpura con bordados en oro. Parecía lo que era, el duque de Braithbury, una carga que sentía más pesada que nunca. «Ah, Will, espero que estés disfrutando tu vida con Sylvia y que te vaya mejor que a mí... ¡Menudo cumplidor de promesas estoy hecho! Urdo un plan para que madre no me controle y caigo en mi propia red con la mujer que me iba a ayudar a librarme».

Se alejó de la ventana y se encaminó a la salida., eran las siete menos diez, la fiesta estaba a punto de empezar. Y, como buen anfitrión, era su deber recibir a los invitados. «Que dé comienzo la farsa», pensó antes de cerrar la puerta sin volver la vista atrás.

\*\*\*

Cuando el reloj de cuco sonó para indicar las siete de la tarde, Violet se sobresaltó. Estaba sentada frente al espejo mientras Beatrice terminaba de ajustar las horquillas de flores de oro en su cabello, recogido como dictaba la norma. Aquella suponía la primera fiesta en Braithbury Hall a la que acudía y, como protegida del duque, era su deber cumplir con las expectativas. El duque. El mismo hombre que tras el regalo maravilloso que le hizo, ofrecerle la casa de moda que siempre había deseado, y del placer indescriptible que la hizo sentir, se alejaba de ella como si fuese unaapestada. No podía negar que le dolió la actitud esquiva de Edward tras lo sucedido, pero no podía culparlo.

«A fin de cuentas él jamás me engañó, fui yo la tonta por hacerme ilusiones», pensó.

—¡Anime esa cara, señorita Violet! —dijo Beatrice—. Seguro que lord Penley le hace algún regalo que le saca una sonrisa. ¡Podrá ser un soso, pero no está descalzo!

—Si el dinero fuese un incentivo no me casaría con él, mi fortuna es mayor que la suya, Beatrice —suspiró Violet—. Pero sí, supongo que me hará sonreír.

—Aunque sea por los motivos menos adecuados...

Ambas se sonrieron y un par de minutos después la sirvienta dio por acabado su peinado. Violet se miró en el espejo. Estaba preciosa con el vestido elegido. Se decantó por uno de los que Edward le había comprado, a ver si de ese modo lo sacaba de su apatía, y no se arrepentía de la elección. El estilo era tan atrevido como si lo hubiese diseñado ella misma. El cuerpo estaba tejido en terciopelo azul medianoche sembrado de diminutas perlas, tenía escote barco y manga corta de encaje. Completaba el atuendo con unos guantes beige y un broche de oro. Si aquello no llamaba la atención del duque, nada lo haría.

—Voy a bajar ya, no quiero dejar en mal lugar al anfitrión —dijo.

—¡Espere, señorita Violet, no olvide el regalo! —exclamó Beatrice—. Menuda impresión daría si no le regala nada al cumpleaños, ¿no cree?

—No te preocupes, Beatrice, llevo conmigo el regalo que voy a obsequiarle.

—Entonces disfrute de la fiesta, se lo merece.

Violet asintió y se encaminó hacia la salida. El sonido de los vales y las polkas se oía desde arriba, y a medida que se acercaba a las escaleras, notó la cantidad de gente que había en Braithbury Hall. *Lady Florence* se había esforzado con aquella fiesta. El lugar se veía apabullante, lleno de guirnaldas de acebo, lazos rojos y dorados y adornos de cristal con forma de angelito de Navidad. La orquesta estaba junto a la chimenea, y toda la planta baja abarrotada como un hormiguero. «Santo cielo, ¿a cuanta gente a invitado?», pensó Violet. «Ni que quisiese hacerle sombra a la fiesta navideña de la reina Victoria...». Miró en derredor para encontrar

algunas caras conocidas.

Lincoln estaba en pie junto a su padre mientras hablaban con el señor Brightman y su hija, ambos parecían cómodos el uno con el otro. En realidad, Caroline y él parecían más felices juntos de lo que lo parecían Lincoln y ella. «Si tan solo las circunstancias fueran diferentes...», pensó antes de llegar a su altura. Al verla, lord Willow Penley inclinó la cabeza a modo de saludo, y Lincoln dejó la copa de champán que sostenía sobre una bandeja, para tomarle la mano y besarla. Se miraron y Violet sonrió. Lincoln estaba muy guapo enfundado en el elegante traje negro, era innegable. Como también lo era la mirada que el heredero echó sobre su anatomía. Se sonrojó sin poder evitarlo.

—Mi estimada Violet, estás... ¡estás sencillamente magnífica! No hay mujer que pueda hacerte sombra ni en la fiesta ni en toda Inglaterra —comentó Lincoln—. Dado que no nos vamos a ver durante las navidades, que voy a pasar con mi familia en nuestra propiedad de Gales, me veo en la necesidad de desearte felices fiestas ahora.

—Y yo te corresponderé como es debido. Que pases unas felices fiestas, Lincoln —contestó Violet y sonrió al añadir en voz baja—. Tampoco te ves nada mal...

—Es lo que le estaba diciendo hace un minuto, ¿verdad, Lincoln? —dijo Caroline.

—Es cierto, sí.

La joven se rio suavemente al ver el rubor del futuro conde y le sonrió a Violet.

—Violet, permite que te presente a mi padre antes de entrar en frivolidades —dijo, y se volvió hacia el caballero a su lado, que inclinó la cabeza ante Violet—. Padre, esta es la señorita Stuart, hija del brigadier Stuart y pupila del coronel Barnett. Es la dueña de la cadena de tiendas *Stuart's Clothing Company*.

—Albert Brightman, es un placer conocerla, señorita Stuart —saludó Albert.

—El placer es todo mío, señor Brightman.

—Estupendo, ahora que ya nos conocemos debo preguntarle si ha visto a su tutor, ¡menudo anfitrión está hecho ese muchacho! —exclamó el hacendado—. Nos recibió en la puerta hace media hora y desde entonces no ha dado señales de vida. ¡Qué descortesía!

—Padre, es su cumpleaños, ¿recuerdas? Estará muy ocupado —dijo Caroline.

—No se apure, señor Brightman, seguro que lord Edward estará aquí a tiempo para bailar con su hija —dijo Violet y se volvió hacia Lincoln—. Mientras tanto, lord Penley puede saciar el ímpetu de estas dos aburridas damas, ¿cierto, Lincoln?

—Desde luego, mi querida Violet, estaré más que encantado de bailar con ambas. ¿Me hacen los honores, señoritas?

—Faltaría más, lord Penley —bromeó Caroline.

Sin perder la sonrisa, la joven se enganchó al brazo derecho de Lincoln mientras él le ofrecía el izquierdo a Violet para dirigirse juntos al centro del salón, donde las parejas flotaban felices sobre la elegante alfombra.

\*\*\*

Al ver al mojigato sensiblero de lord Penley con dos damas pendidas una de cada brazo, Clifford Hatton casi escupió el trago de ron que acababa de beber. Estaba apoyado sobre la barandilla de mármol, en la parte alta de las escaleras y, como si intuyesen que algo le había alterado, Edward y Raymond se volvieron hacia él.

—¿Qué ocurre, Cliff, un mal trago? —inquirió su hermano gemelo.

—Un mal trago es lo que me provoca ver al papanatas de Penley convertido en un dandi

conquistador de repente —declaró Clifford, y lo señaló con un ademán—. ¿Pero qué demonios...? Ed, ¿puedes creerlo?

Edward siguió la dirección con la mirada para ver a Lincoln con las dos mujeres de su vida a su lado: a su diestra Caroline, aquella con la que debía casarse para limpiar el honor de los Barnett. A la izquierda, Violet, aquella a la que amaba, pero no podía tener. Qué ironía, el hombre que había elegido por creerlo débil e inofensivo era en realidad más listo y hábil con las damas de lo que aparentaba a simple vista. Tensó la mandíbula al reparar en Violet, sola al borde de la pista mientras veía como los demás danzaban.

Llevaba uno de los vestidos que le había comprado en *Madame Rossbound*. La tela de terciopelo azul medianoche envolvía su cuerpo y contrastaba con el tono de su piel, mientras que el brillo de las perlas resaltaba sus ojos claros y sus pecas. Se había recogido el cabello como dictaba la moda, en un intrincado recogido del que colgaban tirabuzones. Estaba preciosa, y el estúpido de Lincoln la dejaba esperando al extremo del salón para unirse a la pieza con Caroline en vez de con ella. Aquello le hizo hervir la sangre y, sin poder contenerse, se encaminó a las escaleras.

—Espera, Edward, ¿adónde vas? —llamó Raymond.

—¡Ed! —llamó Clifford.

Edward ignoró a sus amigos y bajó los peldaños de dos en dos para llegar al océano de gente que poblaba el *hall*. Ignoró las palmadas en la espalda, las felicitaciones de los invitados y no se detuvo hasta llegar al borde de la pista de baile, donde varias jovencitas aguardaban a que los caballeros las sacaran a bailar, donde muchos otros charlaban mientras observaban el espectáculo. Violet estaba algo alejada, tenía la vista fija en las parejas que se movían al ritmo de la orquesta, y cuando sintió el roce de la levita de Edward sobre la piel desnuda de su hombro, dio un brinco.

—¡Edward, eres tú! Me has asustado —admitió con la mano sobre su pecho.

—Lo siento, no lo pretendía. ¿Quieres bailar? —dijo él.

Violet no respondió, en vez de ello se mordió los labios. Se debatía entre dos opciones: demostrar lo indignada que estaba ante la desfachatez del hombre, que, tras ignorarla durante un mes le salía con una pregunta tan trivial, o demostrar lo feliz que se sentía de que al fin hubiese dado el paso para acercarse a ella. Se decantó por la segunda opción, no queriendo tentar a la suerte y alejarlo de nuevo.

—Por supuesto, será un placer. —Fue lo único que dijo.

Entonces él bajó la mirada para encontrar sus ojos y Violet se sintió de nuevo como si el sol prendiese fuego a su corazón. Sonrió mientras Edward la tomaba de la mano para conducirla al centro del salón. En ese momento iniciaba una nueva pieza y, tras bajar la mano hasta su cintura, acercó sus cuerpos para comenzar a moverse por la pista.

Violet sintió que su pulso aleteaba como un colibrí.

—Bueno, parece que al fin nos encontramos —dijo.

—Sí, te debo una disculpa, últimamente he estado muy ocupado —contestó Edward sin mirarla, con la vista fija en las parejas que pasaban junto a ellos mientras bailaban—. Por cierto, estás preciosa.

—Gracias por el cumplido, pero... soy yo quien debe disculparse.

El comentario logró que el duque clavara los ojos en ella.

—¿De qué estás hablando? —inquirió confuso—. ¿Por qué querrías disculparte?

—Por lo que sucedió el día en que me llevaste a Eaton Street —explicó Violet—. Quedé tan abrumada por la tienda que creí... confundí las cosas. Creí que tus motivos eran algo más que

ceñirte al pacto que hicimos, y te obligué a hacer algo que no querías. Deseaba dejarlo claro para que no te sintieras incómodo o en la necesidad de evitarme. Eres mi tutor y has cumplido con la tarea, Edward, no me debes nada. Puedes volver a la normalidad conmigo si es lo que quieres.

—Santo Dios, Violet. ¿Eso piensas, el motivo por el que crees que hice aquello?

Al notar el horror en su voz fue el turno de la joven en mostrarse confusa, así que elevó sus cálidos ojos verdes a los de él, que la miraba expectante. Violet asintió y Edward cerró los parpados, dolido. Cuando los abrió había tal determinación brillando en sus iris que parecieron traspasarla.

—No actué movido por el deber, o por agradecimiento, o por quién sabe Dios qué más que has imaginado, Violet. Si te besé y me dejé llevar hasta el límite fue porque...

Pero no pudo terminar su declaración antes de que un grito interrumpiera la música y dejara el salón en completo silencio. Todos los presentes volvieron la mirada hacia el origen, para ver a una sonrojada Caroline Brightman con la parte delantera del vestido desgajada a sus pies mientras trataba de cubrirse el escote y las piernas con las manos. Lincoln estaba a su lado tan horrorizado como ella pues, para espanto del futuro conde de Winslow, la tela del vestido de Caroline se había enganchado en su zapato.

—Oh, no, Caroline... —murmuró Edward.

—Démonos prisa, hay que ayudarla —dijo Violet.

El duque asintió y se abrieron paso entre los invitados que cuchicheaban mientras Lincoln trataba desesperadamente de sacarse la tela del vestido de la hebilla del zapato. Al llegar a su altura Edward se quitó la levita y cubrió a Caroline, que estaba tan roja y al borde del colapso que unas lágrimas rebeldes brillaban ya en sus ojos.

—¿Qué ha pasado? —dudó Violet y se agachó para ayudar a Lincoln.

—Un accidente, la he pisado sin querer y el vestido se ha enganchado en mi pie. Al moverlo se ha rasgado la tela por la mitad y ella ha quedado expuesta —explicó el futuro conde y miró a Caroline, tan roja como ella—. Carol, lo siento, lo siento tantísimo.

—No importa, Lincoln, por favor... sacadme de aquí —musitó ella.

Cuando Violet logró desenganchar la tela, Lincoln se acercó a la señorita Brightman y la miró arrepentido. La joven devolvió la mirada, sonrojada como una cereza.

—Por favor, deja que te acompañe a casa, no aceptaré otra cosa —dijo él—. Lo que ha pasado ha sido solo culpa mía y es mi deber compensártelo. Te lo ruego, Caroline.

—Está bien, Lincoln, iré contigo.

—¿Seguro que no prefieres quedarte en Braithbury Hall? —inquirió Edward—. Tenemos habitaciones de sobra, Violet o Camelia pueden dejarte uno de sus vestidos.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, Edward, pero no deseo arruinar aún más tu fiesta de cumpleaños —negó Caroline y caminó hacia la salida—. Volveré a casa en el carruaje de lord Penley. Nos acompañaran mi padre, mi doncella y el criado de Lincoln para aclarar las posibles habladurías.

—Como prefieras —suspiró Edward y asintió.

Después, dio un par de palmadas y la música se reanudó. El baile continuó donde se había quedado, pero el ambiente festivo había cambiado. Aún eran las ocho, temprano para cortar la tarta, pero demasiado tarde para escabullirse, así que el duque se encaminó con Violet hacia una de las mesitas de canapés y bebidas que había en el extremo del salón para tomar una copa que le templara el ánimo. Cuando llegó a la mesa agarró la primera que encontró, un *Chardonnay* cosecha de 1805 que vació de un trago. Tan distraído estaba que no se dio cuenta de que Violet estaba todavía a su lado.

—¡Menudo desastre! Pobre Caroline, no alcanzo ni a imaginar cómo se debe sentir — comentó la joven.

—Sí, pobre Caroline, estoy seguro de que Lincoln sabrá consolarla adecuadamente — masculló Edward y tomó otra copa, que balanceó entre sus dedos.

Violet estuvo tentada de responder algo en defensa del futuro conde, pero se mordió la lengua. La molestia en la voz de Edward era evidente y no quería incordiarlo más.

—¿Sabes qué? Olvida lo ocurrido, aún me debes un vals, dado que el que estábamos bailando se interrumpió a la mitad —dijo.

—¿Todavía tienes ánimo de baile? —se sorprendió Edward.

—¡Desde luego! Esto es una fiesta y en las fiestas bailar es sagrado. Además, debo felicitarte el cumpleaños como es debido —sonrió Violet y le ofreció la mano—. Así que, coronel Barnett, ¿me hace el honor de concederme esta pieza?

—Sus deseos son ordenes, señorita Stuart.

La joven se rio al oír su tono, y sin más dilación se encaminaron de nuevo a la pista. Estaba sonando un vals de Chopin, y el agarre de Edward sobre su cintura le hizo hormiguar todo el cuerpo. Violet acercó sus rostros hasta que sus narices casi se rozaron. Y, cuando él bajó la cabeza para encontrar sus ojos, le sostuvo la mirada sin titubear. Sabía lo que tenía que hacer, así que elevó la mano que descansaba sobre el hombro del duque hasta su cuello, que acarició con la suavidad de la seda para enredar sus dedos en el corto cabello castaño claro. Edward tembló, pero le sonrió.

—¿Ahora usas mis trucos en mi contra? —bromeó.

—Solo cuando son necesarios —contestó Violet y devolvió la sonrisa—. ¿Te gusta?

—Sabes que sí, Violet.

—¿Entonces dirías que la alumna ha superado al maestro?

—¡Ja! No tan rápido, mi estimada pupila, aún te queda mucho camino que recorrer —señaló Edward y contuvo una pequeña risa—. Ya sabes lo que dicen: «solo el ejercicio hace maestro al novicio».

Violet no se molestó en ocultar una sonrisa, y al volver la cabeza la barba de Edward le hizo cosquillas en la mejilla. La sensación le causó un escalofrío y se mordió los labios con el ansia de la travesura recorriéndola. Había extrañado tanto esa camaradería, ese tonto que se traían, que no deseaba volver a alejarse de él jamás. En esa noche de fiesta, libres de la presencia de Lincoln y Caroline, Violet sintió el valor correr por sus venas. ¿Qué daño iban a hacer?

Como si el destino quisiese darle la razón el vals terminó para dar comienzo una polka, y Violet amplió la sonrisa mientras arrastraba a Edward hacia la fila de caballeros. Al ver las intenciones de la joven, que se paró frente a él junto a las otras damas, el duque sonrió. El sonido de las palmas llenó la sala y cuando avanzaron el uno hacia el otro para entrelazar sus manos y girar en una rápida pirueta, Violet rio.

—Así nos conocimos, ¿recuerdas? En medio de una polka como esta —dijo.

—Lo recuerdo, cuando tú no sabías quién era yo —asintió Edward—. En cuanto cruzaste las puertas del salón supe que el baile sería la mejor manera de abordarte.

—Oh, ¡así que admites que todo fue premeditado!

Edward rompió a reír y ella se le unió. Qué lejano parecía aquello ahora.

—Claro que lo fue, quería ver cómo actuabas ante un desconocido contra el que no tenías ninguna inquina —admitió él sin remordimiento.

—Entonces habrá que darle las gracias a la reina Victoria, de no ser por su fiesta de coronación nunca habría bailado contigo —dijo Violet.

—*Touché*.

La polka terminó y Edward los condujo hacia la terraza que daba al jardín trasero, igual que hizo aquella primera noche, la misma en la que hicieron el pacto. La misma en la que su destino quedó sellado, y su corazón, sin saberlo todavía, atado a ella. Bajaron las escaleras y caminaron por el jardín al abrigo de los árboles, igual que aquella noche, y cuando el aire fresco la golpeó en el rostro Violet se dio cuenta del frío que hacía. La recorrió un escalofrío, pero antes de que pudiera llevarse las manos a los brazos para calentarse Edward lo hizo por ella. Estaban al resguardo de un gran abeto, cubiertos de la nieve por las ramas, la luz de los faroles y el salón iluminaba el lugar desde lejos.

—La noche está preciosa, muy tranquila —comentó Edward y el vapor blanco dejó sus labios. Al darse cuenta se volvió a mirarla—. Estás helada, ¿quieres volver?

Violet negó. Tenía la vista fija en el cielo despejado, sin luna y sin nubes, con un mar de estrellas brillando como luciérnagas. De pronto rompió el silencio y clavó la vista en él, que se perdió en sus iris verdes.

—¿Qué habrías hecho si no hubiese aceptado ayudarte? —dijo.

—Habría logrado convencerte —contestó él, sabiendo que se refería al pacto.

—¿Tan seguro estás de qué me conquistarías?

—Funcionó, ¿no es cierto?

—No lo sé, deberás decírmelo tú... —murmuró Violet y lo besó.

## Capítulo XX

### *Satén ciselé dorado*



Al sentir el contacto, la poca fuerza de voluntad que le quedaba a Edward se esfumó como copos de nieve entre la brisa. Los labios de Violet eran suaves y cálidos, había anhelado tanto sentirlos que respondió como un sediento. No supo quién fue el primero en alejarse, pero antes de darse cuenta, la joven estaba entre el tronco del árbol y su pecho. Violet le envolvió la espalda con los brazos mientras devoraba su boca y enzarzaba sus lenguas, entonces gimió y rompió el beso para darle acceso a su cuello, que Edward recorrió con la lengua y los labios.

Sentía el pulso acelerado de la joven palpar bajo su boca, y besó con ternura la sedosa piel hasta el lóbulo de su oreja, que rozó de forma delicada para después susurrarle con la más suave de las voces lo que llevaba en el pecho sangrando como una herida.

—Estoy perdido, Violet. No sé qué me has hecho, pero no puedo alejarme más. Dios es testigo de que lo he intentado... —murmuró con los ojos fuertemente cerrados.

—Entonces no lo hagas, Edward. No quiero que lo hagas.

Esa respuesta silenció sus últimos vestigios de resistencia. Al oír de labios de Violet que no quería que se alejara cedió al deseo que llevaba tanto tiempo conteniendo. Alzó el rostro para volver a besarla y devorar su boca con pasión, que la joven correspondió acercándose más. El mero movimiento le hizo sentir a Edward un tirón en el bajo vientre, y rompió el beso sin poder evitarlo. Un gemido ronco dejó su garganta cuando se lanzó a acariciar el escote de Violet. Sus pechos sobresalían por encima del terciopelo azul de forma tentadora, y se movían al ritmo de su respiración agitada. Cuando acercó su boca para adorarlos la molesta tela del corpiño se interpuso.

Miró a Violet como si pidiera permiso, y ella se limitó a asentir por toda respuesta. Enardecido, Edward la giró y se lanzó a desatar los lazos del vestido. Una a una las lazadas se abrieron, y la tela cayó a sus pies para revelar el corsé y la crinolina, que desanudó con impaciencia, más ansioso de lo que admitiría por verla desnuda. Desde la primera noche en su

dormitorio había soñado con su cuerpo, que finalmente podría adorar.

El frío era intenso, pero ocultos de las ventanas por los árboles del jardín se sentían como en un pequeño remanso. Suspiró. Cuando el último de los nudos del corsé estuvo desecho, Edward hizo girar con ternura a Violet, que aún sostenía la prenda con las manos, para clavar sus ojos en ella. La joven sentía que su corazón podía estallar cuando notó los iris verdes del duque recorrer su anatomía con deseo y, sin más dilación, dejó caer la prenda para desvelar la última barrera que los separaba.

La enagua era dorada, con bordados de flores del mismo color. Sin embargo, a Edward lo último que le importó fue el delicado entramado de rosas que recorría la prenda, sino lo que vislumbraba bajo ella. La tela de satén era tan fina que los pezones de Violet se veían claramente, erguidos por el frío, suaves y rosas como una flor.

Al ver que se detenía, la joven se mordió los labios, inquieta.

—¿Te gusta el regalo de cumpleaños? —dudó.

—¿El regalo? —repitió Edward con voz ronca.

—La enagua... o bueno, más bien yo enfundada en ella. Es de satén en patrón *ciselé*, la he bordado yo misma —explicó Violet y se ruborizó—. Quise enseñártelo después de que me llevaras a Eaton Street, pero te alejaste y no tuve la ocasión.

—Es una maravilla, pero no la más impresionante que he visto esta noche.

Violet sintió que le ardían las mejillas, y cuando él alzó la mano para retirar los tirantes y que la tela cayese, creyó que su corazón estallaría. La mirada de Edward la traspasó como un hierro candente y, ahora, vestida solo con un corto pololo y las medias, se quedó paralizada sin saber qué haría él. Edward dudó. Sabía que Violet estaba nerviosa, lo que menos deseaba era asustarla. Podía quitarse la ropa y lanzarse, acariciarla, besarla y hacerla suya, pero deseaba por encima de todo darle placer. Aquella noche era su cumpleaños y no había mejor regalo para él que hacerla feliz.

Satisfecho con su conclusión, Edward la besó despacio. Y, mientras lo hacía, le soltó las horquillas del recogido para liberar su melena. Una marea de rizos castaños claros como la canela tostada cayó sobre sus hombros y su espalda, y el coronel enredó sus dedos en ella para comprobar lo suave que era. Le dolía el cuerpo de deseo, así que, sabiendo que no iba a resistir se apartó para quitarse el chaleco y arrojarlo sobre la hierba húmeda. Mismo camino siguieron la camisa y el pañuelo, que lanzó a su lado. Una vez tuvo un lecho seco inclinó a Violet y la tumbó sobre las prendas para tenderse encima. El contacto de su piel caliente le cortó la respiración a la joven, que cerró los ojos entregada al placer mientras él se dedicaba a adorar su cuerpo.

Los labios de Edward eran suaves, sentía su peso sobre ella como un recordatorio, y una dureza desconocida presionarle los muslos. Sentía el roce del pelo que le recorría el pecho rozarle los pezones y mojarla entre las piernas. No sabía qué era esa sensación, pero el cosquilleo que la recorrió cuando él la había besado anteriormente era ahora un fuerte latido. Se sentía arder por todas partes. Edward la besó y acarició como nunca antes había imaginado que fuese posible. Adoró su cuerpo, sembró de besos su piel y, cuando sus labios rozaron el borde del pololo, la miró.

Violet sabía que la estaba advirtiendo, así que asintió para dejarle claro que no pensaba volverse atrás. Al ver el firme asentimiento, el duque tomó la cinturilla y retiró la prenda con cuidado, rozándole los muslos y las caderas a medida que lo hacía. Observó el cuerpo de Violet y sonrió sin poder evitarlo. La vista no le decepcionó, era más hermosa de lo que había soñado: de cintura pequeña, caderas rectas y pechos llenos, la viva imagen de lo que anhelaba. Eso estaba pensando cuando de pronto ella habló y lo devolvió de golpe a la realidad.

—¿Puedo? —inquirió.

Edward clavó la mirada en ella y Violet señaló sus pantalones con un ademán.

—Lo justo, querido socio, es que iguale las tornas —explicó la joven—. Tú me has desnudado, permíteme hacer lo mismo.

—Eres libre de hacer conmigo lo que desees, mi preciosa socia. —Se rio él.

Violet le tomó la palabra. Con manos firmes se arrodilló, le desató los botones y bajó la tela para observar su cuerpo. No era ninguna ingenua, había visto a los hombres bañarse en la costa de Plymouth. Sin embargo, comprobarlo de cerca era otra cosa. Se quedó sin aliento al ver la hombría de Edward, tanto, que sus dedos temblaron al rozarla.

—¿Esto es lo...? —dudó.

—Lo que provocas en mí, Violet —completó Edward y envolvió su mano alrededor de la de ella sobre su miembro erguido, guiándola para que lo acariciara despacio.

La joven entendió lo que él quería y la movió al ritmo que le marcaba, sintiendo que al hacerlo se le ruborizaban hasta las orejas. Aquello era lo más erótico que había hecho. Continuó tocándolo un rato más, hasta que Edward la detuvo con un suave beso.

—Basta por ahora, si no, no voy a aguantar.

Violet estaba a punto de preguntar a qué se refería cuando el duque se tendió sobre ella. Igual que aquel día en la tienda, llevó la mano a sus muslos y la acarició hasta hacerle ver las estrellas. Era la segunda vez que Edward le regalaba ese sentimiento y Violet no se molestó en contenerse, le arañó el hombro a medida que las oleadas de placer la sacudían y se derretía bajo su toque. Sus dedos eran expertos y cuanto más la tocaba, más se sentía flotar. Solo cuando su mente se aclaró fue consciente del roce de la dureza de Edward. Violet abrió los ojos, consciente de lo que aquello significaba. Como si notara su inquietud, él se alejó para mirarla.

—Aún estás a tiempo de pararme, Violet, solo dilo —logró articular.

—No, yo... quiero que lo hagas —susurró Violet.

Aquella fue la última defensa que Edward iba a oponer, tras esas palabras no había vuelta atrás, no cuando ella se lo estaba pidiendo directamente. Con un jadeo ahogado se posicionó y la penetró de un solo movimiento. Para Violet los siguientes minutos pasaron borrosos entre una niebla de besos y caricias. Y, cuando el éxtasis la envolvió de nuevo, se dejó llevar. Por primera vez entendió lo que Camelia leía en sus novelas, lo que era compartir con otra persona no solo el cuerpo, sino el alma. Cuando Edward se derramó, sonrió, cargada de emociones. Todo lo que habían pasado para llegar hasta ese instante había valido la pena.

—Gracias... —susurró Violet.

—¿Por qué? —dudó Edward.

—Por ser tú.

«¿Por ser tú?», repitió Edward y abrió los ojos de golpe, con el corazón encogido. De pronto fue plenamente consciente de lo que acababan de hacer y la razón le golpeó como un mazo. Había cedido a lo que sentía por ella movido por sus palabras, sus propios sentimientos y el deseo contenido durante semanas. Y, al hacerlo, había roto su promesa. Tal y como vaticinó su madrina, había traicionado sus ideales. ¿Podría perdonárselo?

Se movió para salir de su interior con el pulso acelerado. A pesar de que lo que más deseaba en el mundo era tomarla en brazos y llevarla a su cama para acurrucarse y dormir juntos hasta el amanecer, se levantó y comenzó a vestirse. Violet tembló al sentir la lejanía, pero entendió que lo más sensato era volver a la mansión. Después de todo estaban en una fiesta y los echarían en falta si se retrasaban más.

—Feliz cumpleaños, Edward —felicitó Violet cuando él hubo terminado de atarle el vestido.

El duque sonrió, aún con el corazón acelerado.

—Cuando termine la fiesta iré a verte, debemos hablar de algo importante.

—Está bien, te esperaré —contestó ella.

Edward asintió y se hizo a un lado para que Violet volviese a entrar. Él lo haría un rato después, cuando hubiese calmado su pulso y aclarado sus ideas. De pronto, las pocas ganas de cortar la tarta y festejar se esfumaron. Debía enfrentarse a una dura prueba.

\*\*\*

Después de aquello, para Edward, la fiesta perdió el poco sentido que tenía. Comió canapés, bailó con jovencitas, brindó con sus amigos, cortó la tarta y abrió los regalos... pero su mente estaba muy lejos, perdida junto al recuerdo de los labios de Violet. Estaba tan distraído que cuando alguien se le acercó por detrás y le rozó la espalda, saltó sobre sí mismo. Se volvió de golpe, para encontrar a su tía observándole con una ceja en alto.

—Deberías disimular, sobrino. Si se dan cuenta de lo que estás pensando, a tu madre le dará un síncope y tendrás que soportar sus berrinches durante días —comentó.

—No sé de qué estás hablando —dijo Edward.

—Ah, ¿no? Entonces tal vez haya sido el viento el que le ha deshecho el recogido a Violet. La pobrecita se ha inventado una excusa, pero no me ha hecho falta atar cabos para entender lo ocurrido. Estáis convenientemente alejados uno del otro, pero ambos gravitáis a vuestro alrededor como peonzas que ruedan desparejadas por el salón.

Sabiendo que no tenía sentido disimular con su tía, Edward la observó en silencio. Se miraron a los ojos y Marjorie asintió para sí. Lo que le aseguró *lady* Clementine Hatton era cierto, lo veía claramente en los actos del muchacho.

—No te preocupes, Edward, te cubriré. No seré yo quien se oponga a tu felicidad, aunque no esté de acuerdo con el método y las formas —dijo Marjorie—. Sube si quieres, ya me encargaré yo de despedir a los invitados.

—¿Qué alegarás para explicar mi ausencia? —dudó Edward.

—Borrachera, qué si no —se rio la mujer—. Vamos, vete antes de que vean que estás sobrio. Y, sobrino...

—¿Sí?

—Aclara este lio. Si amas a Violet no sigas cortejando a Caroline Brightman y, si por el contrario piensas casarte con ella, aléjate de tu pupila sin tardanza. Desflorar a una mujer no es un asunto menor, muchacho, espero que lo tengas en cuenta.

Edward tensó la mandíbula y bajó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada.

—Lo tendré. Gracias, tía Marge.

—No hay por qué darlas —contestó la mujer y sonrió—. Feliz cumpleaños, Ed.

El duque asintió, antes de darse la vuelta en dirección a las escaleras. Faltaban diez minutos para la medianoche y se preguntó si Violet habría vuelto ya a su cuarto. Al pasar frente a la puerta del dormitorio de Rose abrió la lámina con cuidado, para encontrar la estancia oscura y a la joven dormida bajo las mantas. Cerró con cuidado y repitió la operación en el dormitorio de Camelia. Igual que Rose, la joven estaba profundamente dormida, así que avanzó hasta llegar a la puerta de Violet, la última del pasillo. Llamó dos veces antes de que se abriera, para revelar a la joven enfundada en una bata. Edward tragó saliva, sabiendo las maravillas que había bajo el delgado camisón.

—¿Estás sola?, ¿puedo pasar? —inquirió en voz baja.

—Entra, Beatrice se ha ido hace un buen rato —contestó Violet y se hizo a un lado.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, el duque se llevó la mano al rostro para acariciarse la barba. Estaba nervioso por lo que sabía que estaba a punto de pasar, y no sabía cómo decir lo que debía sin ofenderla. Todo había salido terriblemente mal.

—Violet, yo... no sé cómo empezar.

—¿Qué tal por el principio? —animó ella—. ¿Qué ocurre, Edward?

—Antes, mientras bailábamos, dijiste que creías que lo que sucedió en Eaton Street se debió a que te debía algo, o a que estabas forzándome a hacer algo que no quería hacer —comenzó—. Voy a decir esto solo una vez, después jamás volveremos a hablar de ello. Lo que pasó en la tienda, lo que ha sucedido entre nosotros esta noche...

«No digas que ha sido un error, no digas que ha sido un error», rogó Violet.

—...ha sido maravilloso, pero no debe volver a suceder, y no va a volver a suceder —dijo Edward y continuó al ver que la joven palidecía—. No voy a negar que no le eres indiferente a mi corazón, me importas —admitió y se detuvo con brusquedad, pensativo. «Menudo eufemismo, Barnett, ¿*me importas*? Bonita forma de decir que la quieres». Entonces continuó, al ver que ella pretendía interrumpir—. Antes de que protestes, lo que acabo de decir es irrelevante, sienta lo que sienta por ti no cambiará nada.

—¿Que no cambiará nada? ¡Lo cambia todo, Edward! —musitó Violet.

—Te equivocas. Soy un hombre de honor y le hice una promesa a tu padre en su lecho de muerte. Mientras moría, esto fue lo último que dijo, no logro olvidarlo: «No hay hombre más honorable que tú, Ed, no le confiaría mi familia a nadie más. No dejes que se aprovechen de ellas». ¡Aprovecharme de ti es lo primero que he hecho por motivos egoístas, Violet! Pero se acabó, ya no más.

Aquel simple «ya no más» paralizó a Violet y le hizo contener el aliento.

—¿De qué estás hablando? —murmuró.

—Hablo de que desde esta noche nuestro acuerdo termina —contestó Edward—. Tienes a Lincoln Penley comiendo de tu mano, te propondrá matrimonio cualquier día y, en cuanto lo haga, te devolveré tu herencia. No te preocupes, como último favor ayudaré a que rompa contigo para que puedas evitar casarte, es lo mínimo que te debo.

—Y después le propondrás matrimonio a Caroline —completó Violet.

—Sí, después me declararé a Caroline.

—¿Ya está, eso es todo? —dijo ella dolida.

Edward notó el claro matiz en su voz y supo que, testaruda como era, Violet seguiría insistiendo hasta convencerlo. Ese era el poder que tenía sobre él, conmover su corazón de tal forma que no podía negarle nada. Debía ser tajante y darle la libertad que quería, aunque le doliese. Violet siempre había tenido un sueño y no deseaba que lo desperdiciara por él, por lo que ella creía que era amor basado en su inexperiencia.

—No creas que soy tan mezquino, Violet. Esto no ha sido un juego, ni una broma, ni un ardor momentáneo. Seguiré velando por ti y tus hermanas, pero no pasará nada más entre nosotros, seguiremos caminos separados —explicó y sintió que las palabras pesaban en su garganta como piedras—. Me pediste que siguiera las lecciones, que te enseñara a seducir a un hombre... y lo has logrado con éxito. Ahora podrás acceder a tu fortuna tal y como deseaba tu padre, podrás vivir tu vida. ¿No es eso suficiente?

«¿Suficiente?», repitió ella aún en *shock*, enfadada y disgustada a la vez.

—Y supongo que te irás con Caroline a la India para velar por nosotras desde allí, ¿no es cierto? —espetó con más amargura de la que pretendía.

—Tal vez.

—Bien, coronel Barnett, quizá tenga razón. Visto lo visto, ahora es el momento adecuado para poner fin a nuestro pacto, no queremos que nadie se haga falsas ideas.

—Violet...

—Buenas noches, caballero —zanjó Violet y señaló la puerta.

El duque entendió la indirecta y se encaminó a la salida con la mandíbula tensa. Había dolido como una cuchillada, pero había hecho lo que dictaba el honor. Entonces, si había hecho lo correcto, ¿por qué se sentía tan mal?

## Capítulo XXI

### *Chiffon rosa palo*



Los tres días que siguieron a la fiesta de cumpleaños, Edward y Violet se evitaron el uno al otro como en un mutuo acuerdo. Solo faltaba una semana para Nochebuena, y a Rose se le concedieron vacaciones del internado. Toda la familia estaba reunida en Braithbury Hall, incluso Theodore había escrito para anunciar su regreso a Londres. Al parecer se había cansado de Bath y deseaba volver a la capital. Sería la primera vez en casi un año que el menor de los Barnett veía a su familia, la primera que veía a las Stuart. Edward se alegró tanto por la noticia que decidió aferrarse a esas novedades antes que seguir elucubrando en la prisión que era su dormitorio con tal de no cruzarse con Violet. Solo se habían topado una vez en el recibidor y ella había evitado sus ojos.

Para Violet las cosas no habían sido mejores. No solo se sentía estúpida por haber creído que podría tener a Edward, sino dolida en lo más hondo. Era la primera vez que se enamoraba y, Dios, cómo dolía. Lo que tuvo con Joseph ni siquiera alcanzaba el estatus de aventura, no fue más que un tonto inocente de adolescencia. Edward era otro asunto totalmente diferente: lo amaba de forma sincera y desinteresada. Deseaba que fuera feliz lejos de Inglaterra, en aquel lugar en el que se sentía libre, incluso si era en brazos de otra mujer. Supuso que eso era el amor, poner por delante de la propia la felicidad del otro.

Desde entonces se había enfrascado en la costura, no había dejado de diseñar hasta que sus hermanas la sacaron a rastras de su cuarto. Si bien, su encierro impuesto dio frutos: había logrado crear cincuenta nuevos modelos que añadir a los que confeccionó para el desfile. Sabía que necesitaría contratar a varias costureras para sacar el proyecto adelante, y esa era su tarea para el día, se dijo. Decidida, llamó a Beatrice para que la ayudara a vestirse. Estaba a punto de darle el vestido cuando la sirvienta suspiró.

—Me temo que si se disponía a salir sus planes tendrán que retrasarse —comentó.

—¿Por qué? —dudó Violet.

—La señorita Caroline Brightman la está esperando abajo, dice que tiene que hablar con usted de algo importante —explicó Beatrice—. Trae un paquete, ahora, lo que hay dentro no me lo pregunte, porque no tengo ni la menor idea de qué puede ser.

—Dile que suba, puedes terminar de vestirme mientras hablamos.

El comentario sorprendió a Beatrice, que elevó una ceja poco convencida.

—¿Está segura?

—Somos mujeres, no veo el problema —bromeó Violet.

—Muy bien, iré a llamarla.

Dicho aquello Beatrice salió, para volver un par de minutos más tarde acompañada de la señorita Brightman. Tal como había dicho, Caroline cargaba una bombonera sujeta con un lazo de cola de ratón rosa. Al ver a Violet cruzó la habitación y la abrazó.

—¡Ay, Violet, estoy tan emocionada! —exclamó Caroline.

—¿Por qué?, ¿acaso ha habido alguna noticia de la que no nos hallamos enterado? —inquirió ella.

—Aún no, pero estoy segura de que muy pronto podré daros las mejores. Edward ha estado muy cariñoso conmigo últimamente, creo que es cuestión de días que se declare —sonrió la joven de cabello negro y ojos azules para desasosiego de Violet—. En vista de ello, he decidido adelantarme a los acontecimientos y empezar a confeccionar mi ajuar. ¡No hay mejor costurera que tú, querida amiga, no le confiaría la labor a nadie más!

Violet sonrió forzosamente, como si tuviera una espina en la garganta y le costase tragar la amargura que las palabras de la joven le habían causado. Sin embargo, fingió.

—¿Y qué tenías pensado? —inquirió por cortesía.

—Oh, ya lo verás.

Caroline se acercó a su bombonera y abrió la tapa, para revelar una preciosa tela de *chiffon* rosa pálido que alzó para que todas la vieran. Violet extendió la mano y palpó el tejido, tan suave y fino como el satén, y tragó saliva al recordar su propia enagua dorada, la que bordó para la fiesta. Ajena a sus pensamientos, Caroline continuó.

—Bueno, qué dices, ¿te gusta la tela que he elegido?

—Mucho, es preciosa y muy delicada, perfecta para un ajuar —confirmó Violet—. ¿Qué quieres que haga con ella exactamente?

—Había pensado en un camisón y una bata a juego. Ya sabes, algo íntimo y sensual, que le dé una sorpresa en la noche de bodas... ¿Crees que a Edward le gustará?

Violet cerró los ojos un instante y recordó. «¿Te gusta el regalo?, dudó». «Es una maravilla, pero no la más impresionante que he visto esta noche, respondió él». Después le había quitado la prenda para lanzarse a sembrar su cuerpo de caricias.

—Le gustará, estoy segura —contestó, y se propuso pensar en otra cosa—. ¿Cuándo quieres que lo termine? La verdad es que tengo mucho entre manos con la apertura de mi casa de moda, tendré que organizarme bien para poder entregártelo a tiempo.

—Esperaba que lo tuvieses cuanto antes... A decir verdad, para inicios de febrero, que es cuando deseo casarme —admitió Caroline—. ¿Crees que podrás?

—En tal caso es mejor que te tome las medidas ya, no queremos perder tiempo.

—Bien dicho, querida.

Violet asintió, decidida a tomarse aquello como la petición de una clienta más. No podía permitir que sus sentimientos se interpusieran. Ante todo, era una profesional, le daría a Caroline el camisón más bonito que jamás hubiese visto. Uno que haría arder de deseo a Edward. Con la decisión tomada se volvió hacia Beatrice, que había escuchado toda la charla en silencio desde

un rincón.

—Beatrice, ayuda a la señorita Brightman a quitarse el vestido —pidió Violet.

—Por supuesto, señorita.

Sin más dilación la sirvienta comenzó a desatar los lazos del vestido de muselina verde pastel de Caroline, para dejarla vestida solo con enaguas, corsé y crinolina. Una vez desatadas Beatrice se dispuso a sacar el corsé, pero Violet la detuvo.

—Así está bien, Beatrice. Acércame la cinta métrica del cajón, por favor —pidió.

Esta lo hizo, y Violet comenzó a rodear la cintura, la cadera y los pechos de su amiga con la cinta medidora. Caroline tenía una complexión mucho más esbelta que la suya, más adecuada a la moda: recta como un junco y sin apenas curvas. Sus pechos eran tan pequeños que apenas se elevaban con el corsé, que siempre llevaba muy ceñido.

—Bueno, creo que ya tengo lo que necesito, Caroline, puedes vestirme —dijo—. ¿Tienes idea de cómo quieres que sea el diseño, la altura del escote o su forma?

—Dejaré que me sorprendas. —Se rio la joven.

Violet sonrió, y mientras ella anotaba los números en una libreta, la morena se enfundó el vestido con ayuda de Beatrice. Una vez lista se despidió con un par de besos en la mejilla y la promesa de una tarde de pastas y chocolate en su casa, que Violet aceptó con el corazón encogido. Después, Caroline se marchó y la dejó con la tela de *chiffon* extendida sobre la cama como el recuerdo de las palabras de ruptura del duque de Braithbury, y la certeza de su futura boda cortándole el alma en pedazos. Pero tomaría esos pedazos y los cosería con un hilo de seda.

Se sobrepondría y resurgiría, costara lo que costase.

\*\*\*

El golpeteo de la pelota que sonaba como el goteo de un grifo mal cerrado sobre la pared de su despacho logró que Edward levantara la pluma del documento, para clavar la vista en su amigo, que se había sentado en la alfombra junto a la chimenea. Clifford tenía las piernas flexionadas y la espalda apoyada sobre el sofá, y como si notara los ojos verdes del duque perforándole la nuca, volvió la cabeza para mirarlo con una sonrisa torcida.

—Hasta que das señales de vida, creí que ese documento te había absorbido el cerebro —dijo, y atrapó la pequeña pelota de cuero.

—Y yo que estaría aburrido de verme trabajar y te habrías ido por ahí a pasar el rato —contestó Edward tras arrojar la pluma sobre la mesa—. Lo siento, Cliff... No quería sonar tan brusco, sencillamente estoy cansado.

—No te preocupes, amigo, lo sé. ¿En qué estás trabajando?

—En un contrato para un proveedor de algodón de la India —explicó Edward—. Cuando estuve en Guyarat hice contactos, pero no quería firmar con ninguno hasta asegurarme de que no van a utilizar niños ni a explotar a los trabajadores en el proceso.

Clifford elevó las cejas y botó la pelota un par de veces.

—¿Acaso existe alguien tan altruista en ese negocio? —inquirió, poco convencido.

—Existe y lo conozco, se llama Henry Abrams. Es dueño de una de las plantaciones más fructíferas de la colonia, pero respeta y trata bien a los nativos. Y no te olvides de Charles Cadden, Charlie, uno de mis mejores amigos, de quien ya te he hablado mil veces. Es inglés, aunque se educó y crio allí en la fe hindú. Nos caímos bien en el acto.

—Me alegro, encontrar a gente así no es muy habitual —asintió Clifford—. Sin embargo, tengo curiosidad, ¿para qué necesitas tú un cargamento de algodón? Que yo sepa tu familia no se

sustenta gracias a ese negocio, sino a la inversión en bolsa.

—Ese era el modo de proceder de mi padre, no el mío —dijo Edward—. Ya que soy duque de Braithbury gracias a Will, enriqueceré el ducado a mi manera, y expandir los negocios es el primer paso. ¿Qué por qué quiero invertir en el algodón? Bueno, supongo que ahora que soy socio de una cadena textil me ha parecido lógico.

—Oh, así que lo haces para ayudar a Violet.

Ahora estaban llegando al fondo del asunto, pensó Clifford. Después se puso en pie para acercarse a Edward, que tensó la mandíbula nada más escuchar el nombre. Cuando llegó al escritorio, el joven Hatton le lanzó la pelota a Edward y se cruzó de brazos. El duque atrapó la bola y sonrió, sabiendo que se venía un discursito.

—Antes de que lo digas, sí, sí lo hago por ella, pero no por la razón que tú piensas —dijo Edward—. Sé que su padre era dueño de una plantación algodonera enorme, una de las mayores de Inglaterra, y que con ella se nutren la fábrica y las tiendas de *Stuart's*, pero Violet se verá abrumada si tiene que enfrentar la administración de una tienda propia, un negocio de exportación e importación de materias primas, un emporio textil, una plantación y todo lo que la rodea... Si comprando yo el algodón para su casa de moda aligero esa carga, me doy por satisfecho. Además, me llevaría parte de los beneficios.

—Venga, Ed, no trates de justificarte, sabemos que el dinero no es lo que te mueve —dijo Clifford y continuó, al ver que a su amigo se le fruncía el ceño. Decidió cambiar de tema—. ¿Sabes que hemos recibido carta de William?

El comentario sorprendió a Edward, que dejó de estrujar la pelota y clavó sus ojos en los de Clifford, que le miraba sonriente. ¿Por qué les escribiría su hermano?

—¿De William? —repitió perplejo.

—Sí, y seguro que a vosotros también os habrá escrito. Deberías revisar el correo que tienes en la bandeja, le va a crecer moho —bromeó Clifford y lo señaló—. ¿Por qué no lo haces ahora? Son buenas noticias, te lo aseguro.

Sorprendido por la declaración, Edward se apresuró a obedecer. Había estado tan distraído con otros temas que llevaba días sin revisar la correspondencia, que Francis había ido dejando sobre la bandeja de correo hasta formar un montón. Una a una, el duque revisó las cartas acumuladas: invitaciones a cenas, de la señora Greenbach, de Caroline, del banco... y de Boston, Norteamérica. Al reconocer el matasellos decorado con barras y estrellas y la caligrafía de su hermano mayor, Edward rompió el sobre sin molestarse en usar el abrecartas, demasiado ansioso para perder tiempo con eso.

Sacó la misiva con mano firme antes de desplegarla y leer.

*Boston, 9 de diciembre de 1837.*

*Querido Edward,*

*Cuando te llegue esta carta probablemente no falte mucho para que nos veamos. La estoy escribiendo desde la estación central de correo de Boston para que salga lo antes posible, y al ritmo al que viajan los barcos le doy un mínimo de tres semanas. Pero olvida eso, tengo buenas noticias... O al menos espero que así las veas, dado que ha pasado tanto tiempo que ya no sé cómo voy a ser recibido. Me disculpo por la tardanza.*

*Sin embargo, me alegra informarte de que vuelvo a casa. Os he hecho mucho de menos a todos, a ti y a Theo en particular. He logrado convencer a mi esposa, a pesar de la última escena que vivimos en Braithbury Hall. Sylvia y yo nos quedaremos en Inglaterra para que nuestra hija nazca allí, en mi hogar. Sí, hermanito, voy a ser padre por segunda vez, y me gustaría que seas tú el padrino. ¡Sé que es una niña, aunque no me preguntes cómo, solo lo sé! Además, es hora de*

*que conozcas a tu sobrino, Jeremiah, que acaba de cumplir 6 años. Como te dije una vez, mi ausencia sería como unas vacaciones, y cuando volviera ya te habría hecho tío. ¡Solo que han sido unas vacaciones un poquito largas!*

*Disculpa esa pequeña broma, pero te extraño, hermanito. Añoro la camaradería que teníamos y espero volvamos a tener. ¿Qué tal te va? Espero que seas feliz y hayas encontrado a una joven dulce, hermosa y tan valiente como tú. O, si no es así, que no hayas cedido a las presiones de madre. Sé por experiencia lo pesada que puede llegar a ser con el tema del linaje... Sea como sea, lo sabré pronto. Dale un abrazo a Theo y a tía Marge de mi parte, y sí, también a madre.*

*Espero nuestro encuentro con impaciencia. Con cariño, tu hermano.*

*William Barnett*

Edward relejó la carta un par de veces antes de asimilar lo que acababa de leer. Así que Will volvía, solo Dios sabía por cuanto tiempo. Habían pasado siete años sin verse, el mayor no sabía nada de él: ni que se había ido a la India, ni que había templado su carácter, ni que era tutor de tres mujeres, ni que se había enamorado de una de ellas. Tampoco sabía que Theodore, que cuando se fue tenía veintitrés años, era un picaflor. Todo había cambiado tanto durante la ausencia de William, que Edward dudaba que reconociera a ninguno de ellos.

—¿Qué os dice Will en su carta? —dudó Edward.

—Que vuelve a casa y desea vernos —contestó Clifford—. ¿Y a ti?

—Mas o menos lo mismo.

Clifford asintió y observó a su amigo con atención. No parecía entusiasmado con la noticia, y aquello era sorprendente, pues William, Theodore y él solían ser uña y carne.

—No se te ve muy contento, ¿acaso no te alegras? —cuestionó.

—Claro que me alegro, es solo que... ya no sé si conozco a mi hermano —dijo Edward—. Siete años son mucho tiempo, Cliff, la gente cambia. Seguro que Will no es el mismo que conocimos, yo no soy el mismo que forzó a ser duque de Braithbury. En la carta pregunta si he encontrado a alguien digno de mí. ¿Tendré la confianza para decirle lo que planeé?, ¿qué me ha salido el tiro por la culata y me he enamorado? No sé, Clifford, no sé si quiero ver al culpable de que esté en esta situación.

—Supongo que solo lo sabrás cuando lo tengas delante.

—Sí, tal vez.

Clifford frunció los labios. Sí Edward tenía un defecto era que pensaba demasiado. Si ya se había decidido a no estar con Violet debido a un prejuicio de honor entre militares, o Dios sabía qué otra absurda tontería, al menos no tenía que castigarse por su elección. Pronto se casaría con Caroline y encontraría algo de consuelo. Mientras tanto podía darse un poco de libertad, él le ayudaría.

—Anímate un poco, hombre, no me gusta verte así —dijo—. Vamos a mi casa, o mejor aún, salgamos a dar un paseo por el centro. Seguro que se nos ocurre algo divertido. ¡Ya que has decidido hacerte el mártir, al menos echa una cana al aire antes de casarte!

—¿Sabes qué? Tienes razón, Cliff, hagámoslo —asintió Edward—. Ron y mujeres es lo que necesito, ¡al infierno con todo y con todos!

—Pues no se hable más, ¡lord Barnett y lord Hatton arrasarán con la ciudad!

—Brindaré por eso.

Dicho aquello, Clifford tomó a su amigo del brazo y lo arrastró a la salida. Edward se dejó llevar, deseoso de hundir la cabeza en cualquier licor que le hiciera dejar de pensar.

## Capítulo XXII

### *Fustán coral y visión*



Lincoln regresó a Braithbury Hall una mañana de miércoles, primera de febrero, a unos días de la celebración de San Valentín. Las Navidades habían quedado atrás, y tras soportar los coqueteos de Edward y Caroline, que había sido la invitada de honor de la mansión para las cenas festivas, Violet descubrió que sentía cierto consuelo al volver a ver al futuro conde de Winslow. Parecía que el hombre la había añorado mucho y tras su estancia en las tierras de Gales volvía con renovadas energías. Por eso Violet aceptó de buena gana salir a pasear con él por Hyde Park aquella mañana de miércoles. Quería sentirse verdaderamente amada y valorada.

Cuando Lincoln apareció con un ramo de tulipanes rojos no pudo evitar sonreír. Tulipanes en vez de rosas, una elección tan poco clásica y, sin embargo, la hizo sonreír como a una chiquilla con un dulce. Lincoln la llevó en carruaje hasta el parque y una vez a solas en uno de los coquetos paseos de Hyde Park le ofreció el ramo, antes de acariciar su rostro y atrapar sus labios. Violet suspiró y se entregó al beso con los ojos cerrados. Sintió un deje de amargura al notar de nuevo lo diferentes que eran sus besos a los de Edward, pero se enzarzó en aquella caricia apasionada.

El tupido bigote de Lincoln le hacía cosquillas en la mejilla, y cuando se apartó para besarla en el cuello, Violet apretó el ramo con una mano mientras se aferraba a su espalda con la otra. Aquel era un punto sensible, y Lincoln lo lamió despacio.

—Ah, Violet, mi dulce flor de primavera... No te haces idea de cómo te he añorado —susurró Lincoln con el rostro oculto entre su cuello y su hombro—. No he dejado de pensar en ti durante mi ausencia, rogando porque tú hicieses lo mismo. ¿Lo has hecho?

«Desde luego, pero no en la forma que hubiese debido», pensó Violet.

—Claro, Lincoln, te he extrañado mucho —admitió.

—¡Oírte decir esas palabras me hace más feliz de lo que imaginas, querida!

Sin darle opción a responder, volvió a besarla. Estaban en un pequeño sendero a medio

camino de Rotten Row y los campos deportivos y, dado que no había nadie más, Lincoln los condujo hacia un gran roble sin dejar de besarla, para atrapar a la joven entre el tronco y su pecho. Violet soltó el ramo para rodearle la espalda con ambas manos, y cuando echó la cabeza hacia atrás para darle acceso a su escote Lincoln dudó. Ardía de deseo, pero, como caballero, sabía que no era adecuado aprovecharse. Sin embargo, Violet tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, respiraba deprisa y dejaba sus pechos a su alcance. Una sola mirada y Lincoln sintió que se excitaba, así que se rindió y hundió la boca en aquel tentador escote.

Apenas notó la lengua del futuro conde acariciar su redondez Violet abrió los ojos. No era lo único que sentía. La dureza de Lincoln presionaba contra su muslo, y el recuerdo de la hombría erguida de Edward la hizo entrar en razón. Debía detener aquello ya.

—Lincoln... —llamó y lo empujó levemente.

—¿Qué ocurre? —jadeó él.

—Aquí no, podría venir alguien y vernos.

—Lo siento, yo... no sé qué ardor me ha poseído. —Se disculpó y la soltó antes de darse la vuelta, plenamente consciente del estado de su cuerpo—. ¡Dios santo, soy un imbécil! Lo he arruinado todo. ¿Qué clase de caballero soy?

Avergonzado, se llevó las manos a los rizos oscuros, y la joven se sintió culpable. Nada en aquella situación era culpa de Lincoln. Violet supo que de haber estado con Edward y no con él, le habría dejado alzarle la falda y meterse en sus enaguas sin importar dónde estuvieran. Desterró ese pensamiento y se acercó para rozarle la espalda.

—Eres el caballero que toda mujer querría —contestó para animarlo y, aunque no se aplicaba a ella, lo creía sinceramente—. Fíjate, ¡si hasta me has traído tulipanes! Nunca nadie me había regalado flores aparte de ti.

—La pérdida de esos hombres es mi ganancia, Violet. Si me lo permites, no es lo único que deseo regalarte hoy —dijo Lincoln y se volvió a mirarla.

Se había calmado lo suficiente para que su excitación bajara, y una vez seguro se acercó a ella y le tomó la mano. Violet elevó las cejas. Se le aceleró el pulso al ritmo de un purasangre al galope al ver que Lincoln se metía la mano en el bolsillo del pantalón para sacar algo, que le ofreció. No se puso de rodillas, la miró a los ojos mientras abría la mano para revelar un anillo de oro y diamantes engarzados en forma de flor tan caro que le cortó el aliento a Violet. De pronto todo se sentía demasiado real.

Antes de que encontrase la voz para responder, Lincoln se adelantó.

—Violet Stuart, ¿me harás el hombre más feliz del mundo aceptando ser mi esposa?

*«No voy a negar que no le eres indiferente a mi corazón, me importas. Antes de que protestes, lo que acabo de decir es irrelevante, sienta lo que sienta por ti no cambiará nada».* La voz de Edward resonó en su mente como un martillo al golpear un yunque, y sintió que se le secaba la garganta y le picaban los ojos. *«Te ayudaré a encontrar un pretendiente, algún idiota ingenuo con el que puedas prometerte para luego dejarle. Una vez a las puertas de la boda te devolveré tu dinero, como estipula el testamento de tu padre».* «Parece que el momento de la verdad ha llegado, Edward», pensó con el corazón a punto de salirse del pecho. *«Desde esta noche nuestro acuerdo termina. Tienes a Lincoln Penley comiendo de tu mano, te propondrá matrimonio cualquier día, y en cuanto lo haga te devolveré tu herencia».*

—Acepto, Lincoln, me casaré contigo.

Lincoln rompió a reír antes de saltar a sus brazos para volver a besarla. Violet devolvió el beso con pasión y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Parecía que al fin había llegado a la meta. Lo que había perdido por el camino sería una anécdota que enterrar en su

corazón, como lo que sentía por lord Edward Barnett.

\*\*\*

La conmoción en Braithbury Hall fue generalizada. Apenas hubo cruzado el patio trasero, donde se encontraban reunidas las mujeres Barnett y las Stuart, para mostrar el anillo de oro y diamantes que adornaba su dedo, la fiesta estalló. Edith tenía una gran sonrisa que no se molestaba en ocultar y Camelia parecía complacida. A pesar de lo que le dijo a Violet, creía que un hombre como Lincoln podría hacerla feliz si se entregaba a la labor de amarlo. Marjorie los felicitó, e incluso Rose, que parecía más sorprendida que otra cosa, les dio un gran abrazo. Solo *lady* Florence parecía descontenta, aunque se molestó en disimular su disgusto con una seca sonrisa.

Cuando les sirvieron la limonada con miel, Florence sopló su taza.

—Parece que vamos que celebrar una boda en estos jardines, habrá que empezar a planearlo todo —comentó.

—No se apure, *lady* Barnett, tal vez lo celebremos en la propiedad de mi familia —contradijo Lincoln—. No es por menospreciar Braithbury Hall, es maravillosa, pero al estar en las afueras Winslow Park tiene mucho más terreno.

—No se apure, eso que nos ahorramos en catering y decoración floral.

—¡Florence, no seas soez! —regañó Marjorie y rompió a reír—. Discúlpela, lord Penley, esta celosa porque siempre creyó que Edward sería el primero en casarse.

—Bueno, tal vez no falte mucho para eso, *lady* Marge —contestó Lincoln—. Sé de buena fuente que sus amores con la señorita Brightman son fructíferos. Quien sabe, tal vez Caroline sea la afortunada en atrapar el ramo de novia de Violet, ¿eh?

Nada más oír el comentario el pulso le tembló a Violet, que soltó la taza y derramó la limonada sobre su vestido. Dio un pequeño grito al sentir el líquido caliente sobre la piel, y todos se volvieron a mirarla. Edith frunció el ceño, preocupada.

—Violet, ¿estás bien?, ¿te has quemado? —inquirió.

—Sí, sí, solo se me ha resbalado la taza. No te preocupes, madre —dijo Violet.

—¡Qué desastre, querida, tu precioso vestido arruinado! —exclamó Florence—. Deberías ir a cambiarte, el limón destiñe las fibras y el *fustán* es muy difícil de limpiar, especialmente en ese color coral tan... pintoresco.

—Eso haré, *lady* Florence, gracias por el consejo.

Cuando Violet dejó la taza sobre la mesilla de mimbre y se puso en pie, Marjorie la imitó, para sorpresa de la duquesa viuda, que la miró con suspicacia y una ceja en alto.

—¿Adónde vas, Marge? —Quiso saber.

—Iré a ayudar a Violet, la pobrecita va a necesitar mi ayuda para quitarse el vestido —explicó la mujer—. Además, le daré a Beatrice las instrucciones adecuadas.

—Mnn, como quieras —contestó Florence y volvió la vista al frente.

Satisfecha, *lady* Marjorie enganchó a Violet y las condujo hacia el dormitorio de la joven. Anduvieron el corto trayecto en silencio, hasta detenerse frente a la puerta de brillante y pulida madera, que Violet abrió con un suspiro. Una vez dentro, *lady* Marjorie la observó con una expresión indescifrable y comenzó a desatar el vestido de tela *fustán* para dejar a Violet en enaguas y crinolina.

—Gracias por la ayuda, Marge, pero no hacía falta. Beatrice habría podido cumplir la tarea, como hace siempre —dijo Violet.

—Disculpa mis artimañas, pero tenía que hablar contigo.

—¿Hablar de qué?

—Ya sabes de qué, así que vamos a dejar de dar rodeos —dijo Marjorie, y mientras se acercaba al vestidor para sacar uno limpio, perdió la sonrisa—. Seamos sinceras, querida, ambas sabemos que estás enamorada de mi sobrino.

Apenas escuchó las palabras el color dejó el rostro de Violet, que tragó saliva mientras se metía en el vestido nuevo, azul pastel con pequeñas flores blancas.

—No sé de dónde sacas que...

—¡Violet, déjalo ya, chiquilla! Sé que yaciste con él la noche de su cumpleaños —cortó Marjorie y palmeó la cama para invitarla a sentarse. Violet dudó, pero lo hizo—. Mi sobrino es un hombre difícil, aunque ha tenido que soportar una gran carga a su edad. No voy a justificar su comportamiento, pero al menos deja que te explique por qué es como es.

—Está bien —asintió Violet y clavó la mirada en la colcha.

*Lady* Marjorie suspiró y tomó la mano de la joven entre las suyas. Que se negase a mirarla a los ojos era un claro indicativo de que accedía a escucharla de mala gana, tal vez porque estaba dolida por algo. Si su intuición no fallaba, seguramente ese «algo», fuese culpa de su sobrino. Su voz fue firme cuando rompió el silencio.

—Veras, Edward siempre ha estado en una posición difícil. Es el hermano mediano de tres varones, el que tenía que mediar para aplacar los embrollos que causaba Theodore y las impertinencias de William ante los ojos de su padre —comenzó—. No sé si lo sabes, pero es un hombre honorable, nunca ha sido tan alocado como su hermano pequeño. Edward adora leer, le encantaba ir a la academia, disfruta de ir a cabalgar y de caza... y ni falta hace que diga que nunca ha sido un mujeriego ni un vividor.

—Sí, lo sé, él me lo ha contado —confirmó Violet.

—Entonces te haces idea del tipo de hombre que era: responsable y curioso, pero lleno de ansias de vivir —continuó Marjorie—. Sin embargo, tras la muerte de su padre y de que su hermano le legara el título de duque, su carácter... se endureció. Todo el peso del ducado de Braithbury recayó sobre sus hombros, Ed solo tenía veinticuatro años. Sospecho que se sintió atrapado y la única solución que encontró fue irse al frente. ¡No me malinterpretes, sé que la carrera militar es honorable y muy respetada! Pero pienso que Edward solo la eligió para huir.

—Pero, ¿huir de qué?, ¿por qué William le legó el título?

—Oh, pues para huir de ese destino que creía una cárcel: matrimonios por interés, acudir a eventos sociales a cotillear y besar traseros, aparentar lo que no sentía... ya sabes. Edward siempre ha sido una persona justa, ese tipo de fingimientos le asquea. Por eso me ha sorprendido tanto su maniobra con la señorita Caroline Brightman. No es algo que hubiese sospechado que haría, no encaja con él, con el tipo de hombre que es.

—¿Por qué? —dudó Violet.

—Más que nada por la promesa que le hizo a su hermano William el día que se marchó de Inglaterra —contestó Marjorie.

Violet elevó los ojos para clavarlos en los de Marjorie, que sonrió con ternura.

—¿Ed no te lo ha contado? —inquirió y continuó al ver que la joven negaba—. Bueno, pues ya es hora de que lo sepas, William renunció al título de duque de Braithbury que le correspondía por derecho de nacimiento porque se enamoró de una extranjera.

—¿Cómo? —repitió Violet perpleja.

—Así es, de una joven americana de clase humilde —explicó Marjorie—. Sylvia trabajaba como actriz en Boston, pero al llegar a Londres se vio obligada a actuar en un pub. Allí cantaba

comedias satíricas, no sé hasta qué punto verdes... Pero que trabajara en algo tan vulgar casi le causó un infarto a mi cuñada cuando lo supo. Le prohibió la relación a William alegando que la chica solo era una cazafortunas. ¿Imaginas el escándalo? Una casquivana como duquesa de Braithbury. Tal vergüenza habría matado a Florence y William lo sabía, así que renunció a su herencia para casarse.

—¿Y renunció sin más?, ¿qué dijo Edward al respecto?

—No dijo nada, supongo que sea lo que sea que hablaron quedará para siempre entre ellos, pero asumió la responsabilidad y a los pocos meses se marchó a la India. Pasó allí cinco años, y al volver empezó el insoportable tira y afloja con su madre. Poco después se leyó el testamento de tu padre y entraste en su vida. Solo sé que le prometió a William que no se casaría por órdenes de Florence, por interés, y aquí estamos.

Violet asintió mientras ataba cabos en su cabeza. Si lo que Marjorie decía era cierto, todo el juego que había ideado Edward cobraba perfecto sentido. La noche en que se conocieron le dijo claramente que no sería un perro faldero de su madre, que lo que ella y él entendían como «una buena esposa» difería mucho. Violet había sido la ingenua.

—Lo entiendo, pero no sé qué tiene que ver conmigo —comentó dolida.

—Pues a mí me parece obvio —resopló Marjorie—. Te acabas de comprometer con lord Lincoln Penley cuando es evidente que estás enamorada de Edward y él de ti. Niña, no sé a qué esperas para ir y decirle al muchacho que está en el salón que pierde el tiempo.

—Las cosas no son tan simples, Marge, estás en un error que me puede costar caro. Edward no está enamorado, y desde luego no está dispuesto a renunciar a sus sueños por mí. Además, ¿sabes qué? Jamás se lo pediría, el amor no funciona así.

—¡Así que lo admites! —exclamó Marjorie—. ¡Estás enamorada de Edward!

La joven no respondió. Se soltó del agarre y se levantó, para encaminarse hacia la puerta. Solo entonces se detuvo para responder, de espaldas a *lady* Marjorie.

—Deberíamos bajar, como has dicho, Lincoln estará esperándome —zanjó.

—Muy bien, como quieras, Violet.

Dicho aquello, *lady* Marjorie se levantó y acompañó a la joven escaleras abajo. Violet era tan necia y terca como Edward, pero sí de ella dependía, pondría remedio al entuerto. Si algo tenía claro es que cuando *lady* Clementine Hatton y ella unieran fuerzas no podrían detenerlas. Sonrió para sus adentros, decidida a ayudar a ese par de necios.

\*\*\*

Edward llegó a la casa a media tarde borracho como una cuba. Por supuesto, las noticias no ayudaron a mejorar su ánimo. En cuanto cruzó las puertas Florence se abalanzó sobre él y le dio un par de bofetadas, en reprimenda por el bochorno que había tenido que pasar al soportar los insufribles aires de lord Lincoln Penley respecto a su compromiso.

—¿Y qué esperabas que hiciese, madre? —inquirió molesto.

—¡Lo que fuera! —gritó Florence—. Ay, Señor, ¿que he hecho para merecer esto? Mi Willy casado con una ramera, Theo perdido el señor sabe dónde, y tú...

—Cuidado, madre —advirtió Edward y se dejó caer en el sofá, para cubrirse los ojos con el brazo antes de romper a reír—. Para que lo sepas, tu Willy vuelve a casa con «la ramera» y su hijo, así que ve preparando los pañuelos para secarte las lágrimas.

—¿Como dices?

—Te lo contaré mañana, ahora calla y acércame una botella. Habrá que beber a la salud de

los novios, ¿no es cierto?

Florence le fulminó con la mirada, pero a Edward no le importó.

—¿No has bebido ya suficiente? —inquirió la mujer.

—En este día me lo merezco. Como dijiste, si Lincoln conseguía algo antes que yo, quedaría en duda mi hombría. Creo que tengo motivos más que suficientes para beber.

—Edward...

—Chss, chss, madre, menos hablar y más brindar —bromeó él.

Como si supiera que aquella era una batalla perdida, Florence le lanzó una botella de coñac a su hijo y se dio la vuelta para salir del salón, no quería ser testigo de aquel espectáculo. Cuando el repiqueteo de tacones se hubo alejado, Edward abrió la botella.

—¡A tu salud, Violet, porque obtengas lo que buscas muy pronto! —dijo y bebió.

## Capítulo XXIII

### *Piel de Ángel blanco*



Los acontecimientos parecían haberse acelerado de forma imposible de detener, como un carruaje tirado por un caballo desbocado. Violet veía las flores florecer en los cerezos y los días volar como golondrinas. Antes de darse cuenta marzo y los inicios de la primavera eran una realidad. Su corazón aún estaba sumido en un invierno sordo, para protegerse a sí mismo del dolor que Edward le había causado. Evitaba cruzarse con él tanto como le fuese posible, y aunque la mayoría de las veces lo conseguía, en otras era inevitable. Caroline visitaba Braithbury Hall de forma constante para estar con él y, dado que eran amigas, no encontraba ninguna excusa válida para imponer distancia. ¿Qué podía decir? «Disculpa, querida Carol, pero estoy enamorada del hombre que va a declarársete y no soporto verte besarlo». No, aquello era imposible, impensable y absurdo. Por eso se veía forzada a compartir aquellas tardes de visita con ella, Edward, Rose y Camelia.

Para colmo de males su madre estaba acelerada como un colibrí borracho de néctar. Volaba de un lado a otro con decenas de preparativos: flores, invitaciones, elección del color de los manteles y los lazos de las cestas de regalos, colocación de invitados, menú... Violet sentía que se ahogaba y le dolía el pecho como si se lo estuviesen estrujando. Quería salir huyendo de Londres y no regresar, no volver a ver a Edward ni a Caroline. Sentía que se había hundido hasta el fondo en su propia mentira, que la farsa la había engullido y no tenía escapatoria. Y luego estaba el hecho de que le había dado su palabra a Lincoln. ¿Sería capaz de dejarlo plantado como Edward y ella habían ideado?

En tales circunstancias había comenzado a plantearse la posibilidad de quedarse con Lincoln de verdad. ¿Tan malo sería casarse con él? Era caballeroso, amable, la quería y deseaba. No poseía la pasión de Edward, ni su ingenio, ni su porte, ni su... ¡suficiente! Debía dejar de compararlos, Edward estaba fuera de su alcance y no tenía fuerza ni ánimo para romper con

Lincoln, no era esa clase de mujer. Por duro que fuese admitirlo, el resultado del análisis era tajante: se casaría con lord Lincoln Penley y viviría sus sueños de costura sin Edward. Que fuese feliz en la India con la mujer que había elegido, Violet no sería un obstáculo en su vida. Como le dijo a Marjorie, «así es el amor, sacrificarse por la felicidad del ser amado», ¿verdad? Violet tragó saliva con fuerza.

Tan centrada estaba en sus pensamientos que cuando arrojó el muestrario de telas que tenía entre manos sobre la mesa, Edith y Camelia se volvieron a mirarla con sendas expresiones de sorpresa. Al parecer había sido más brusca de lo que pretendía. Arrastró la silla hacia atrás con un chirrido y se puso en pie para salir del salón.

—Violet, hija... ¿adónde vas? —exclamó Edith perpleja—. ¡Violet!

Violet la ignoró y salió de la casa, para echar a correr sin rumbo por los adoquines de piedra de la acera. Cuando le faltó el aliento se detuvo, jadeando, y volvió la cabeza hacia ambos lados en busca de algún coche de pasajeros. Encontró un par libres aparcados junto a la línea de árboles, así que subió al primero y aguardó al cochero, que le dedicó una mirada preocupada antes de sentarse en la parte delantera y tomar las riendas.

—¿Se encuentra bien, señorita? Parece algo agitada —comentó.

—Estoy bien, tan solo es que he venido corriendo. —Se excusó Violet—. ¿Puede llevarme a Winslow Manor?, ¿sabe dónde queda?

—Por supuesto, a las afueras de Londres, cerca de Mayfair. ¿Desea ir allí ahora?

—Sí, por favor —rogó Violet.

—Como usted desee.

El hombre espoleó al caballo, y mientras el traqueteo de la calesa bamboleaba a Violet, llegó a una conclusión: pondría a prueba su resolución quedando a solas con Lincoln. Si aquello salía bien se casaría con él, y si no... solo el tiempo lo diría. Decidida, observó el paisaje mientras se alejaban del centro de Londres, a medida que se acercaban a la propiedad de los Penley su determinación crecía. Pasó casi un cuarto de hora hasta que el carruaje se detuvo frente a las puertas de la mansión. Violet pagó la tarifa y se alejó para llamar a la campanilla de bronce que adornaba la puerta de abedul blanco. Un minuto más tarde apareció en el umbral el mayordomo de los Penley, Joseph Owens.

—Buenos días, señorita Stuart. ¿Busca al señorito Lincoln, desea que la anuncie? —inquirió.

—No es necesario, Owens, dígame dónde está y le daré una sorpresa —sonrió Violet mientras él se hacía a un lado.

—Se encuentra en su estudio, la primera puerta junto al salón.

—Gracias, Owens.

El mayordomo asintió y Violet avanzó hacia el interior de Winslow Manor. El lugar era precioso, olía a flores y a dulces, a bizcocho de miel, tal vez. Sin embargo, Violet no se dejó embelesar por el aroma y se plantó frente a la puerta del estudio de Lincoln, para llamar tres veces de forma musical. Al oír un leve «adelante» la joven entró, encontrando al dueño de sus pensamientos sentado en un sofá doble con una taza de café en una mano y un documento en la otra. Violet se mordió los labios, y al verla, el heredero de los Penley elevó las cejas y sonrió, antes de posar la tacita sobre la mesa para acercarse a ella.

—¡Violet, menuda sorpresa! —exclamó alegre—. ¿Qué haces aquí, querida?

—Quería verte, espero que no te parezca muy atrevido que haya venido sin avisar... —comenzó Violet y se sonrojó al darse cuenta de lo ridícula que sonaba—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto que no me pareces atrevida por venir a verme —dijo Lincoln y se apartó, para que ella se sentara en el sofá—. En realidad, pensaba ir a Braithbury Hall esta tarde para

hablar con tu madre y pasar un rato juntos. ¿Acaso ha ocurrido algo?

Violet bajó la mirada. ¿Qué podía decir? Si mentía sería peor, pues no se le ocurría una excusa para lo que quería hacer con él, y si decía la verdad la odiaría. Decidió contar una verdad a medias; de esa forma ocultaría sus sentimientos, pero sería sincera.

—He discutido con Edward, ahora mismo no deseo estar en la misma casa que él —admitió al final—. Lincoln, ¿me llevarías lejos de Londres un tiempo? Creo que de esa forma nos conoceremos antes de la boda y nuestra convivencia será mejor.

—¿Quieres pasar tiempo a solas conmigo lejos de Londres? —Se sorprendió él—. ¿Te das cuenta de lo inapropiado que es eso? La gente hablará, no te quepa duda.

—¡Pues que hablen! ¿Acaso no soy tu prometida? ¿Qué tiene de malo?

Lincoln rompió a reír e hizo que el sonrojo de Violet subiera de rosa a rojo encendido. ¿Tanto había hecho el ridículo como para que se carcaseara en su cara? Bajó la mirada a la alfombra y cerró las manos en puños. Entonces notó la caricia de Lincoln, que le elevó el mentón para hacer que lo mirase.

—No tiene nada de malo, mi querida Violet, solo es terriblemente poco habitual. ¿Y sabes lo mejor? Qué no me pienso oponer, ¡desde luego que no! —dijo Lincoln—. Si lo que deseas es salir de Londres te llevaré a la casa de mi familia en Gales. Podemos pasar allí unos días hasta que se calmen las aguas. ¿Te gustaría eso?

—Me gustaría mucho, Lincoln.

—Entonces decidido, mañana nos vamos a Gales. Debo avisar a los criados con un telegrama para que aclimaten la casa y repongan la leña de las chimeneas... formalidades, ya sabes —explicó él y sonrió—. ¿Quieres decirme qué ha sucedido con Edward? No seré yo quien te culpe por discutir con él, es un imbécil, pero si te ha hecho algo o se ha aprovechado...

—¡No, no es eso! —se apresuró a añadir Violet—. Digamos que tenemos diferentes opiniones respecto a mi futuro, eso es todo.

—Pues que deje de preocuparse, desde ahora tu futuro es asunto mío, no suyo.

—O tal vez mío, si tengo algo que decir en el asunto.

Lincoln rompió a reír de nuevo y Violet sonrió.

—¡Desde luego que tienes mucho que decir, querida! Es tu vida, pero espero hacerte muy feliz —dijo él y acercó el rostro para besarla.

Violet cerró los ojos y abrió la boca para que él enzarzara sus lenguas en una batalla que dejó que ganara. Su pulso comenzó a latir desaforado, y cuando Lincoln se alejó de sus labios para recorrerle el cuello y hundir su rostro en su escote, se dejó hacer. Notó la lengua del hombre rodar por sus pechos hasta el borde del vestido y sus labios succionar la piel con avaricia. Notó su bigote hacerle cosquillas y su aliento erizarle los poros. Un suspiro involuntario salió de sus labios. El sonido alertó a Lincoln, que se alejó de golpe con un carraspeo y las mejillas rojas como una guinda.

—L-lo siento, me he sobrepasado. —Se disculpó.

—No importa, no es nada más que deseo, y eres un hombre...

—Sí, tal vez. Provocas que me arda la sangre, Violet —admitió Lincoln y se puso en pie, pero a Violet no le pasó desapercibida su excitación, por más que él tratase de ocultarla con el brazo—. Será mejor que te vayas, querida, debo prepararlo todo para el viaje. Iré a buscarte mañana por la mañana, tenlo todo listo, ¿de acuerdo?

—Lo tendré —asintió Violet.

El futuro conde tuvo la cortesía de acompañarla hasta la puerta antes de desaparecer tras la arcada de Winslow Manor. Una vez en la acera Violet soltó el aire, sin creer que hubiese tenido

la audacia de plantear aquello. Comenzó a caminar y, mientras se alejaba, supo que había hecho lo correcto: iría a Gales con Lincoln. Y si se tenía que casar con él para no romperle el corazón, como le habían roto el suyo, lo haría.

\*\*\*

La noticia fue recibida con pasmo entre las mujeres Stuart y Barnett. Marjorie la fulminó con la mirada sin disimulo, y Violet se sonrojó, incapaz de sostener el duelo. Sabía lo que pensaba la tía de Edward, lo que sabía sobre sus sentimientos, y que eligiese un movimiento tan audaz e incorrecto para lo que ella creía su felicidad y la de Edward la enfadaba. Violet no podía culparla, solo tratar de ignorarla. Su madre, por otro lado, estaba entusiasmada. Incluso propuso que Camelia acompañase a Violet para acallar las posibles habladurías. Fue la mayor de sus hijas quien declinó la oferta, a solas en su dormitorio junto a su hermana y Beatrice, antes de lanzar un par de camiones de satén de piel de ángel en tono blanco y champán al baúl que estaba llenando para el viaje.

—Camelia no tiene por qué sufrir el tedio de pasar los días en un páramo como Gales, madre, no es preciso que venga —negó Violet—. Además, no es ese mi propósito.

—¿Tedio? Violet, hablas como si Cardiff fuese un pantano horrible. ¡Con la de paseos y comercios bonitos que podrás visitar junto a tu prometido! —contradijo Edith—. ¿Qué te pasa, por qué no quieres que te acompañe tu hermana?

—No me pasa nada y, para que lo sepas, la casa de los Penley no está en Cardiff sino en Pembrokeshire.

—No has respondido a mi pregunta, Violet —insistió Edith.

La joven suspiró y dejó el vestido de muselina dorada que tenía en las manos sobre la cama, para volverse a mirar a su madre. Tanto Camelia como Beatrice aguardaron en silencio en espera de su respuesta.

—¿Quieres saber la verdad, madre? Muy bien, te la diré —dijo Violet—. Deseo estar a solas con Lincoln para saber cómo sería mi vida si me caso con él. No todas las mujeres pueden presumir de tener esa oportunidad, y yo no voy a desperdiciarla.

—Señorita, ¿acaso planea yacer con él? —Se sorprendió Beatrice.

—Tal vez.

—¡Violet, no! —exclamó Camelia, roja como la grana.

—Estoy de acuerdo con Camelia, Violet, no cedas a esos... asuntos sin estar casada —asintió Edith y suspiró—. Está bien, confío en tu juicio, bastante es que hayas entrado en razón y accedido a ponerte de buenas con la boda. ¡Parecías tan poco entusiasmada, que menuda novia hacías! Verás qué feliz eres con lord Penley, hija mía.

—Seguro que sí, madre.

Camelia se mordió los labios y cruzó una fugaz mirada con Violet. Estaba a punto de decir algo para hacer cambiar de opinión a su hermana, cuando un par de toques sonaron sobre la puerta e hicieron que todas volviesen la cabeza.

—Adelante —dijo Violet.

Edward se asomó por el hueco de la puerta y observó la habitación para ver si todas estaban presentables antes de entrar. Sin embargo, se quedó parado en el umbral.

—Edward, ¿podemos ayudarte? —preguntó Violet en tono cortés y sin emoción.

—Me gustaría hablar un momento a solas contigo, si no es mucha molestia —dijo él y se volvió hacia Edith—. No se preocupe, señora, no le robaré mucho tiempo a su hija.

—No hay problema, coronel Barnett, hablen tranquilos —sonrió Edith y se puso en pie—. Vámonos, Camelia, Beatrice, démosle privacidad a nuestro anfitrión.

Dicho aquello la sirvienta y las dos damas salieron de la habitación, para dejar solos al duque y su protegida. Solo cuando el sonido de tacones se hubo alejado escaleras abajo y Edward estuvo seguro de que no los oirían, dejó su fachada neutral y se acercó a Violet en cuatro largos pasos. La joven elevó el mentón para sostenerle la mirada, retándolo. Edward frunció el ceño y expulsó el aire por la nariz de forma airada, al notar las finas enaguas de satén que ella acababa de guardar dentro del baúl que había junto a la cama.

—¿Qué demonios estás haciendo, Violet? —espetó enfadado.

—Recoger mi ropa, o al menos eso hacía hasta que has llegado —contestó ella.

—Olvídate de eso, sabes perfectamente de qué estoy hablando. ¿Por qué vas a ir a Gales con Penley? ¿Qué es exactamente lo que estás buscando?

«¿Cómo se atreve siquiera a preguntármelo?», pensó Violet molesta.

—¿Que qué es lo que busco? ¡Busco alejarme de ti, Edward! —exclamó—. Por si acaso no es evidente, me has roto el corazón.

—¿E ir a pavonearte junto a ese estúpido va a mejorar en algo las cosas? ¿Sabes que estando a solas allí con él no tendrás ninguna excusa para librarte de su compañía? ¡No podré ayudarte, Violet! ¿Eso es lo que quieres?

«¡No!», pensó ella y frunció los labios con fuerza. No podía decirlo, claro. Bastante había dependido ya de su ayuda, estaba completamente ligada a él en cuerpo y alma.

—Ese «estúpido» es mi prometido gracias a tu magnífico plan —señaló Violet—. Ya que tú estás atado a maldito tu honor y vas a casarte con otra mujer, ¿por qué no puedo yo tratar de ser feliz con Lincoln como tú con Caroline?

—¿Ser feliz con Lincoln? —repitió Edward—. ¿Qué hay de nuestro plan?

—Fuiste tú quién lo rompió, lord Barnett. No te debo nada, dejé de hacerlo cuando dijiste que lo que había entre nosotros había terminado. No eres mi maestro, ni mi aliado.

—Eso no es todo lo que soy, Violet...

La joven no respondió y él acortó la distancia que los separaba hasta que sus narices se rozaron. ¿Qué eran ahora, amigos? Violet notó su aliento sobre la mejilla y su corazón se aceleró como un purasangre. La joven le sostuvo el pulso de miradas sin titubear, hasta que fue el propio coronel quien se rindió y bajó la cabeza, para apoyarla sobre el hombro de ella. Violet se estremeció, contuvo el impulso de rodearle la espalda y cerró las manos en puños. La voz de Edward sonó derrotada, sus palabras fueron casi un susurro.

—Violet, sabes que no es... esta situación... «esto», todo, lo odio —murmuró—. Deseo que seas feliz, lo sabes, ¿verdad?

«¿¡Entonces por qué no me eliges!? ¿De verdad estás enamorado de Caroline?», pensó Violet y no respondió, así que él se alejó con expresión dolida.

—¿Cuánto tiempo vais a quedaros en Pembrokeshire? —Quiso saber Edward.

—No lo sé, tal vez una semana, quizá dos.

—Te deseo un feliz viaje.

—Gracias, seguro que lo tendré —sonrió Violet.

Y para Edward, que conocía el color y el sabor de su sonrisa, resultó falsa y forzada. Aun así, decidió respetar su deseo y se dio la vuelta para salir de la habitación.

## Capítulo XXIV

### *Piel de zorro y encaje de Bruselas*



El viaje desde Londres duró varias horas, y al cruzar la frontera entre Gales e Inglaterra era noche cerrada. Violet había permanecido en silencio la mayor parte de la travesía, apoyada en el regazo de Lincoln, que le envolvía la espalda con el brazo para que ella apoyase la cabeza sobre su hombro. El hombre hizo ameno el viaje contándole curiosidades y aspectos que debía conocer sobre la casa a la que iban, el hogar de la madre de Lincoln, *lady* Marian Penley. La joven escuchó y asintió, deseosa de llenar su mente con cualquier cosa que le hiciera dejar de pensar en lo que dejaba en Braithbury Hall.

A medida que avanzaban hacia el noreste el paisaje se volvió más agreste y Violet se encontró disfrutando las vistas. La casa de los Asthor, familia de Marian, que le habían regalado como lugar de veraneo al casarse con lord Willow Penley, estaba ubicada en el corazón de Newport, ciudad costera del condado de Pembrokeshire. Violet adoró el lugar nada más verlo. Situada junto a la arboleda sobre un acantilado a las afueras de la ciudad, poseía unas vistas de escándalo y un acceso privado a las playas, donde la joven planeaba dar largos paseos a pie y a caballo. No quedaba a más de medio kilómetro del centro de la urbe, con lo que podrían ir a tomar café o curiosear las tiendas, iglesia y biblioteca. A medida que el carruaje se acercaba a la mansión, Violet se animaba.

La casa era de piedra y aspecto antiguo, con tejado a tres aguas y sin balconada, con un estilo más medieval que otra cosa. Había muchos árboles a su alrededor: castaños, robles, hayas... Incluso poseía una fuente que daba la bienvenida a los visitantes con la forma de una estatua de Artemisa con el arco en alto y dos corzos a su lado. El agua salía desde una plataforma a sus pies. Violet sonrió y miró a Lincoln, que bajó en cuanto el carruaje se detuvo, para ofrecerle una mano y ayudarla. Una vez en tierra firme la joven miró en derredor.

—¿Cómo es que no hay barandilla? —comentó perpleja—. ¿No teméis que entren ladrones mientras estáis residiendo en Winslow Park?

—Esto no es Londres, querida mía, las gentes de aquí no hacen esas cosas. —Se rio Lincoln—. Todo el mundo conoce a los condes de Winslow en Gales, se nos respeta. Y, si acaso quisieran intentarlo... —en ese momento Lincoln dio un fuerte silbido y ni un minuto después tres grandes mastines aparecieron por un lateral—, ...temo que se llevarían una desagradable sorpresa, la finca no está desprotegida.

Violet retrocedió con el corazón en la boca, los animales eran tan altos como ella, lo pudo comprobar cuando uno de los perros se puso en dos patas para lamer la cara de Lincoln. El futuro conde le rascó tras las orejas y se rio, apartando al perro con cuidado.

—Violet, te presento a *Windy*, *Cazador* y *Salero*, mis perros —dijo—. Amigos, esta es Violet, no la asustéis, ¿de acuerdo?

—Dios mío, Lincoln, son enormes... con razón no entra nadie aquí a robar. ¡Quién quiere que un perro de ese tamaño le muerda el trasero! —exclamó Violet y le acarició el flanco a uno de los mastines—. ¿Alguna otra sorpresa que me vaya a robar el aliento?

—Eso espero, si no, menudo esfuerzo malgastado...

Ambos se miraron y el hombre sonrió antes de ofrecerle una mano a la joven, para que entrasen juntos al hogar con los perros a su zaga. Apenas llamó a la campanilla y el ama de llaves les abrió, una hilera de sirvientes se puso en fila para darles la bienvenida. Violet contó ocho, incluyendo a la mujer regordeta y canosa que había abierto la puerta. Cinco varones y tres mujeres, siendo todos, excepto dos, de edad madura o avanzada. La que tenía todas las papeletas de ser el ama de llaves se inclinó con respeto.

—Señorito Lincoln, es un gran placer recibirle tan pronto desde las navidades —saludó—. Será un placer atenderle a usted y a la señorita Stuart, ya hemos acondicionado la habitación de invitados que nos señaló, por si gustan de ir a descansar ahora.

—Muchas gracias, Esther, creo que antes de irnos a dormir comeremos algo caliente —dijo el futuro conde y se volvió hacia Violet—. ¿Qué dices, querida, tienes hambre o prefieres ir a descansar ahora?

—Cenaría algo si no es mucha molestia, ¡me muero de hambre! —dijo ella.

—En tal caso pasen al comedor, les serviremos la cena ahora mismo, señorita. No pienso permitir que la invitada de lord Penley piense mal de nuestra cortesía —sonrió la señora e indicó a los criados que se pusieran en marcha—. Soy Esther Addison, el ama de llaves de la casa, pero usted puede llamarme como prefiera.

—Muchas gracias, señora Addison, Esther... es usted muy amable.

La mujer asintió risueña y se volvió hacia Lincoln.

—¿Desea que se suban los baúles a los dormitorios ahora? —inquirió.

—Sí, que estén colocados cuando hayamos terminado de cenar —asintió Lincoln.

—Así será, milord.

Tras decir aquello la señora Addison se perdió de vista por el pasillo y dejó solos a los jóvenes. El heredero de los Winslow se volvió hacia Violet y le ofreció el brazo. Cruzaron el *hall*, de madera decorada con tapices bordados, y se adentraron en el amplio comedor. La chimenea estaba encendida, aunque el fuego ardía mortecino. Violet supuso que habían prendido los fuegos de toda la casa para calentarla; una mansión tan grande necesitaría de mucho calor para ser confortable, e incluso las salas vacías necesitaban aclimatarse.

En el centro había una gran mesa ovalada de caoba con doce asientos. Lincoln se sentó en el centro, antes de hacerle un gesto a Violet para que se colocase frente a él al otro lado de la mesa. Ella lo hizo y unos minutos más tarde una sirvienta joven regresó cargada con dos bandejas, que depositó frente a ellos para servirles un par de platos calientes. El primero era una sopa de

verduras dulces de temporada: calabaza, cebolla blanca, patata y zanahoria acompañada de hierbas provenzales. El segundo plato consistió en truchas asadas a la sal. Dada la hora tardía a la que habían llegado no hubo postres, pero Violet se disculpó con el servicio por las molestias que habían causado.

Después, Lincoln la condujo por las escaleras que subían al piso superior hasta un pasillo que se abría a un recibidor redondo. En él se abrían dos nuevas escaleras y él tomó la de la izquierda. Violet lo observaba todo con curiosidad mientras avanzaban: paredes de piedra maciza revestidas de madera en la parte inferior, retratos de gente vestida de distintas eras, mesillas con jarrones y flores... Era una casa preciosa, pensó, muy digna de una dama como *lady* Marian Penley. Eso estaba pensando cuando chocó con la espalda de Lincoln. El hombre se había detenido frente a una puerta, que abrió antes de hacerse a un lado para permitirle pasar. Sin embargo, ella no se movió.

—Este será tu dormitorio mientras estemos aquí —señaló Lincoln y sonrió—. El mío es el que está justo al lado, por si necesitas algo o te asustas de la oscuridad en plena noche. La campanilla para llamar al servicio está junto a la mesilla, solo tienes que tirar.

—Muchas gracias, pero creo que podré arreglármelas —dijo Violet.

—En tal caso, que tengas una buena noche. Duerme bien, querida Violet.

—Gracias, tú también... buenas noches, Lincoln.

El heredero de la casa se limitó a sonreír antes de inclinar la cabeza y darse la vuelta para alejarse hacia su propio cuarto. Había mucho que hacer y necesitaban descansar.

\*\*\*

Por cliché que pareciera, fue el canto de un gallo lo que la despertó. Violet abrió los ojos y notó que, según el reloj de péndulo que había sobre la pared, eran las siete de la mañana. Sorprendida, la joven se levantó con cuidado de la cama y se acercó a la jofaina de porcelana para llenarla de agua y refrescarse la piel. Cuando las gotas heladas bajaron por su cuello y se colaron por su escote hasta rozar sus pechos se sintió mucho mejor. El frío lograba ponerla alerta, despierta como un zorro. Tomó la toalla que había a un lado y se secó, antes de acercarse a la cama para tocar la campanilla y que una sirvienta la ayudara a vestirse. Mientras esperaba que llegara abrió el baúl y sacó un vestido verde agua de popelín y unos guantes de piel. Hacía frío, así que tomó su capa también, de pelo de zorro de la estepa. Un regalo de su difunto padre, le encantaban el diseño y el tacto.

En eso se hallaba cuando sonaron unos toques en la puerta y entró una sirvienta, la misma joven que les había servido la cena la noche antes, que sonrió y se inclinó alegre.

—Buenos días, señorita Stuart, ¿necesita que la ayude con el corsé? —aventuró.

—Sí, por favor, eh...

—Oh, cierto, ¡soy Elsie, la hija de Esther, Elsie Addison! —Se presentó la joven.

—Es un placer, Elsie, yo soy Violet —sonrió Violet y se volteó para que la otra comenzara a ajustarle las enaguas—. ¿Se ha levantado ya lord Penley?

—Sí, el señorito Lincoln está abajo, desayunando. No se enfade porque no la haya esperado, siempre ha sido un hombre de costumbres fijas. En realidad, mencionó que tenía planes de salida para ustedes, así que tal vez por eso haya madrugado más.

El comentario sorprendió a Violet, que elevó las cejas y movió la cabeza.

—¿Y no ha dicho adónde planea ir? —dudó.

—Mnn, mnn, no, supongo que tendrá que preguntárselo. ¡Tal vez sea una sorpresa! —

exclamó la joven y rio alegre, antes de dar un toque sobre su brazo—. Pues ya está usted lista, señorita, deje que le ate el vestido, verá que bonita la dejo en un plis plas.

—Estoy segura, Elsie —asintió Violet.

Ambas se sonrieron, y diez minutos más tarde Violet salía de la habitación con una trenza se seis cabos sembrada de lazos y el hermoso vestido de popelín azul, atado con un cinturón marrón azul oscuro en forma de lazo. Para la ocasión se decantó por unos botines cómodos de tacón bajo, y cuando llegó al *hall* inferior encontró a Lincoln entretenido con sus tres enormes perros, que estaban tumbados frente a la lumbre. Al verla, el heredero se incorporó y la saludó con una sonrisa.

—Buenos días, Violet, confío en que hayas dormido a gusto —saludó.

—Buenos días, Lincoln... y gracias, he dormido muy bien, estaba cansada —afirmó Violet—. Elsie me ha dicho que tienes planes para nosotros. ¿Qué habías pensado?

—Antes de nada, querida, desayuna, yo estaré fuera un momento.

Violet elevó las cejas, pero asintió mientras se sentaba en el sofá, junto a la cual había una mesilla en la que habían dejado una bandeja llena de artículos de desayuno: café, té, tostadas con mantequilla y miel, pan dulce y fruta fresca. La joven agradeció el detalle y comenzó a untar su tostada con la miel de brezo sobre la mantequilla caliente mientras *Cazador* y *Windy* la observaban. Estaba deliciosa, justo como a ella le gustaba, dulce y amarga a partes iguales. Había dado ya cuenta del pan y empezado a morder su tercer gajo de manzana cuando Lincoln regresó, risueño como un colegial, y los mastines se levantaron de la alfombra donde se habían despanzurrado, para ir a saludarlo. Violet sonrió de medio lado. Nunca había visto al hombre tan entusiasmado y supuso que sus planes serían algo grande.

—Si estás lista, podemos irnos —comentó.

—¿Me vas a decir ya adónde vamos? —preguntó Violet mientras se sacudía las migas de la falda sobre la alfombra.

—¡Pues claro, no es ningún misterio! —Se rio Lincoln—. Dado que la vez anterior que fuimos de caza en la finca de mi familia no pudiste ver mis habilidades gracias a la intervención de tu tutor, he pensado que te gustaría probar tu puntería contra la mía.

—¿Un concurso de tiro?

La joven elevó las cejas de nuevo y su anfitrión negó sin perder la sonrisa.

—No, no, nada de eso, no apruebo la competitividad, Violet —explicó—. Lo que quiero es que veas lo bien que se me da cazar patos, ya que yo estoy seguro de que tú lo harás de lujo. Hay muchos en la desembocadura del río, en la marisma cercana. Dime, ¿te apetece?

—Desde luego, aunque no creo que el carruaje llegue hasta allí con tanta arena embarrada, se podrían trabar las ruedas...

—Nadie ha dicho que vayamos a ir en carruaje.

—¿Planeas que compartamos una montura? —dijo Violet perpleja.

Lincoln rompió a reír y la joven se ruborizó hasta las raíces. Se había precipitado al hacer tal sugerencia, pero era algo que hubiese sido factible de haber sido Edward el que proponía la salida. El futuro conde de Winslow era harina de otro costal.

—Pero, querida mía, ¿qué ideas ridículas te ha metido ese necio de Barnett en la cabeza? Algo así sería total y completamente inapropiado, casi absurdo, si me apuras... —expuso Lincoln y comenzó a caminar hacia la salida—. Ningún hombre que se precie permitiría que una dama montara en la misma silla que él, para eso las mujeres tienen sus propios arreos, más pequeños y adecuados para montar de lado.

—No veo que hay de malo en ello, de no haber algo lujurioso entre los implicados —dijo

Violet y su sonrojo aumentó.

—Puedo hacerte una lista, para empezar, lo peligroso que es que una dama monte a horcajadas. ¿Sabes que el bamboleo de la silla puede romperle la virtud a una señorita? Su reputación quedaría en tela de juicio. Eso sin contar los rozamientos con la hombría del varón que se sentase con ella, un hombre inevitablemente se puede... emocionar. De todas formas, no sé por qué te importa tanto. ¿Acaso tú lo has hecho?

Violet tragó saliva, tan roja que le ardían el rostro y las orejas. Podría mentir y decir que no lo había hecho nunca, pero su expresión la estaría delatando, y tampoco le apetecía mentir. Seguía sin arrepentirse de haber montado a caballo con Edward.

—Pues sí, sí que lo he hecho —confirmó.

—¿Con Barnett?

—Sí, me llevó de paseo por Holland Park en su caballo —explicó Violet y le miró a los ojos, firme y sin achantarse—. No veo el problema, fue anecdótico y es mi tutor.

—Bueno, pues yo lo veo, no me gusta nada que tengas esas confianzas con él. Tal vez tú no lo conozcas, Violet, pero yo sí, y te lo aclaro: Edward Barnett es un gran imbécil —dijo Lincoln—. Vas a ser la futura condesa de Winslow, así que puedes irte olvidando de eso. Si a tu tutor no le importan la corrección y el buen nombre, a mí sí.

—No tienes de qué preocuparte, no estoy por la labor de confraternizar con él.

Dicho aquello Violet dio por zanjada la conversación. Le había molestado la actitud de Lincoln, que pretendía que actuara como una marioneta en base a la «corrección». ¿Así iba a ser su vida a su lado, callar y obedecer? Si algo tan simple como montar a horcajadas le molestaba, ¿qué más no le molestaría? Decidió alejar esas ideas y subir a la yegua zaina que el criado había ensillado para ella, y a su lado Lincoln hizo lo mismo. El heredero de los Penley abrió la marcha y durante casi media hora siguieron la línea del acantilado hasta la marisma en la que desembocaba el río Nevern. El paisaje era tranquilo y apacible, hacía sol, pero el frío era intenso. En ese momento agradeció haber traído la capa de piel de zorro ártico azul, resultaba un consuelo en contraste con el aire helado.

El aroma a brisa marina era cada vez más fuerte, y al llegar al estuario Violet vislumbró multitud de aves: patos, gaviotas, garzas, martines pescadores... Se preguntó qué arma iban a usar para abatirlos, y al volver la cabeza encontró que Lincoln había descendido de la silla para buscar algo en la alforja de su caballo hannoveriano, un par de rifles de cerrojo. Al encontrar sus ojos, Violet decidió tragarse el malestar y sonreír.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lincoln.

—Sí, por favor —dijo Violet en un intento por parecer cándida.

—Toma mi mano, querida, yo te sostendré.

La joven bajó los pies a tierra, para abrazar a Lincoln de forma casual. El hombre sonrió y le ofreció el brazo para comenzar a caminar juntos hacia la orilla. Una vez allí se detuvo y observó a las aves con una expresión casi exaltada.

—Bueno, Violet, ¿quieres empezar tú, o debería hacer yo los honores? —dijo.

—¿Por qué no a la vez? Dijiste que querías medir nuestras habilidades —propuso ella.

—Estupendo, querida, como tú quieras. Daré un tiro inicial para que vuelen las aves y después comenzamos, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Apenas terminó de hablar, Lincoln elevó el rifle y efectuó un disparo al aire que alertó a los pájaros y los patos, que volaron en bandada hacia los acantilados. Violet se apresuró a colocar la culata del rifle sobre su hombro y acto seguido abatió a un martín pescador. Dado que su arma

era de cerrojo solo tuvo que mover la palanquilla para volver a disparar, y le acertó a una gaviota. A su lado, Lincoln también había efectuado dos disparos, para derribar a dos aves grandes: una gaviota y un ánade real. El tercer tiro fue simultaneo, pero solo una gaviota fue alcanzada y no supieron a quién atribuirle.

—Parece que este último deja las cosas en tablas, ¿eh? —dijo Violet.

—Tal vez haya sido tuyo el disparo, no puedo estar seguro —admitió Lincoln—. De todas formas, no hago daño alguno concediéndote el mérito y la presa. Es algo que ha de hacer un buen caballero con su dama, como Arturo con Ginebra. ¿No lo crees?

El comentario sorprendió a Violet, que casi se atragantó con una risa.

—¿No me digas que lees esas historias de hidalgos? —dudó.

—Bueno, no veo que tiene de malo —contestó Lincoln y se ruborizó—. La leyenda Artúrica es la base de todo lo que aspiro a ser: buen esposo, buen siervo de Dios y buen administrador de mi fortuna y propiedades.

—La leyenda de Arturo no es más que la historia de un hombre que perdió a su esposa por ser demasiado complaciente. Tal vez Ginebra eligió a Lancelot porque pesaba mucho más de lo que su marido, con título y corona, podía haberlo hecho en su corazón.

—¿Eso es lo que crees?

—Es un hecho: el guerrero se llevó a la dama, no el rey —afirmó Violet.

Entonces fue turno de Lincoln de mostrarse molesto. Había sentido las palabras de Violet como un dardo, algo que no esperaba de su prometida. Más propio de los hermanos Hatton o del propio Barnett, pero no de ella. Tal vez el coronel tenía más influencia sobre su Violet de la que era adecuada, como quedó patente en la cacería en Winslow Park o en la cita doble en *Il Ciocolatiere*. Caroline nunca le habría hablado así, es más, Caroline siempre coincidía con él en todo. Caroline era tan distinta de Violet que sorprendía: dulce y cariñosa, tan correcta y educada, tan bonita como un ramo de azucenas, el mismo color de sus ojos, azul profundo. Violet era como una tormenta, tan poco habitual que resultaba extraordinario hablar con ella, dadas sus ideas tan raras e innovadoras.

No le molestaba que quisiese coser o diseñar, la animaba a hacerlo. Si bien, detestaba su más que obvia preferencia por Edward Barnett. Lo que veían las mujeres en él, Lincoln lo ignoraba, pero no iba a alentarle. Parecía que Caroline, incluso encajando mejor con él mismo, también había preferido al duque. ¿¿Qué demonios tenía ese tipo!? ¿Era por ser militar, enardecía eso a las mujeres? ¿O por ser un cínico, quizá? Edward Barnett era lo contrario a lo que un caballero de buena casa debía ser y aun así triunfaba. ¡Bendito Jesús, cómo le detestaba! Sea como fuere, Violet se iba a casar con él y no había vuelta atrás, los preparativos estaban en marcha y no podía esperar a hacerla su esposa.

\*\*\*

Resultó que, como si la providencia estuviese jugando al ajedrez con ellos como peones, cuando llegaron a la mansión después de una fructífera, aunque tensa jornada de caza, se encontraron con una visita del todo inesperada. Tras entregarle las aves al cocinero y quitarse las pesadas ropas de abrigo, Lincoln y Violet entraron en el salón, para encontrar a la joven señorita Brightman sentada junto a la chimenea. Los ojos de Lincoln se iluminaron, los de Violet se abrieron debido a la sorpresa. «¿Qué está haciendo aquí?», pensó. «¿Cómo se habrá enterado del viaje?». Fue la voz de su prometido la que expresó en voz alta sus dudas.

—Mi querida Caroline, ¡qué gran placer volver a verte tan pronto! —exclamó y se acercó a

ella para besarle la mano—. ¿Cuándo has llegado?

—Apenas hace una hora, ¡menudo viaje más movido, Lincoln! —dijo Caroline y se volvió hacia Violet, que había permanecido callada—. Violet, amiga mía, no sabes cómo me alegro de verte, ¿sabes que estoy aquí de visita debido a ti?

—¿A qué te refieres? —se sorprendió Violet—. ¿Acaso ha ocurrido algo?

—No, no, no, puedes estar tranquila. Resulta que has recibido un paquete de la India y Edward quería que te lo trajese personalmente. No sé qué hay dentro, pero los criados han dejado el baúl junto a las puertas del salón. ¡Esta es una casa preciosa! La arquitectura es tan fascinante y añeja como si hubiésemos viajado en el tiempo.

—¿De veras te lo parece? —comentó Lincoln ilusionado—. Si quieres puedo darte un recorrido y contarte los secretos de la propiedad. Las cristalerías interiores son venecianas, ¿lo sabías? Traídas directamente de la isla de Murano, costaron una fortuna.

—¿Así que la mansión tiene alguna leyenda? Ah, Lincoln, siempre conoces tantas curiosidades que yo ignoro, que escucharte es un placer ...

—El placer es contártelas, querida.

Violet había quedado olvidada a su lado, y pasó su mirada de uno a otro como una simple espectadora. Resultaba que, como había comprobado en innumerables ocasiones, existía tal complicidad entre Lincoln y Caroline que se sentía fuera de lugar. Los ojos del futuro conde brillaban cuando hablaba con la otra mujer y Violet dejó de prestar atención a sus coqueteos inocentes, para prestar atención a lo que había dicho Caroline. «Has recibido un paquete de la India, Edward quería que lo recibieses personalmente».

¿No sería aquello una maniobra premeditada del coronel para librarla de Lincoln, tal y como dijo en Braithbury Hall? Edward era tan consciente como ella de que Caroline era una excusa para monopolizar al futuro conde. Y tras la cacería y el incómodo ambiente que sus diferencias habían abierto entre Lincoln y ella, la llegada de la joven Brightman se sentía como una bendición. De pronto Violet carraspeó para alertarlos.

—Si me disculpáis, iré a ver qué es eso que me ha enviado mi tutor —explicó con una sonrisa—. Podéis seguir hablando, no tardaré demasiado en volver.

—Ah, pues gracias, Violet. Lincoln me había empezado a hablar de la fundación de la casa y estaba muy intrigada con el relato —dijo Caroline.

—¿Seguro que no te importa, querida? —dudó Lincoln mirando a Violet.

—Por supuesto, Lincoln, estaré aquí en un minuto.

El anfitrión asintió y Violet se alejó en dirección al pasillo, junto a cuyas puertas acristaladas habían depositado el cofre. Oía las voces de Lincoln y Caroline que llegaban desde el salón, pero las ignoró y levantó la tapa de madera lacada para ver qué contenía la misteriosa caja. Era grande, de abedul blanco, y estaba acolchada por dentro con terciopelo beige. Para sorpresa de Violet encontró un rollo de tela perlada que le robó el aliento. Su corazón comenzó a latir a toda velocidad al desenrollar el rulo y ver que era de tul con bordado encaje de Bruselas en hilo de seda de la India. Si sus ojos no la engañaban, era seda Bengalí, la más cara que existía.

—Santo cielo, Edward... —murmuró la joven y elevó la tela para acariciarla.

Entonces se resbaló un pequeño papel doblado, una nota que Violet se apresuró a abrir con avidez y dedos temblorosos. Nunca había leído nada más rápido en toda su vida.

*Encargué esto para ti hace muchos meses, aunque ha llegado tras tu partida. Considéralo una disculpa por mis palabras tras la fiesta de cumpleaños. Fui un... no, soy, soy un necio. Sé que no compensa mi comportamiento, pero no podía dejar de pensar que ibas a cometer un*

*error junto a Penley por despecho de mi mal comportamiento.  
Por favor, no me odies.*

*Edward*

Violet arrugó la nota y soltó el aire con fuerza. ¡Estúpido! ¿Eso era lo que pensaba? ¿Cómo iba a odiarlo, si estaba enamorada de él como una idiota? Los ojos se le aguaron mientras observaba la hermosa tela, y decenas de posibilidades comenzaron a tomar forma en su cabeza para darle uso: una mantilla de fiesta, una sobrefalda para un vestido de satén, las mangas largas de un corpiño de escote barco... Sonrió, dándose cuenta de lo mucho que Edward había llegado a conocerla. Era una lástima que fuese tan testarudo.

«Maldito sea el honor de los hombres, primero el de mi padre y ahora el tuyo».

\*\*\*

El pequeño reloj de péndulo marcó las tres y media, Violet dio la vuelta sobre sí misma por millonésima vez. No podía conciliar el sueño, ¿qué diantres le ocurría? La cama era cómoda, amplia y estaba recién almidonada, olía a flores frescas y perfume de limón. El ambiente era cálido y acogedor gracias al brasero bajo las sábanas y a la chimenea. No, no eran la casa ni la habitación lo que la mantenían despierta, era su propia mente dando vueltas. Las palabras de Edward no se le iban de la cabeza, no solo su disculpa, sino la última conversación que habían mantenido antes de irse de Braithbury Hall: «¿Sabes que estando a solas con él no vas a tener ninguna excusa para librarte de su compañía?» Enviar a Caroline había sido la respuesta de Edward, pero la resolución de por qué había querido hacer ese viaje golpeó a Violet como una lluvia helada.

¿Acaso no pretendía sacarse a Edward de la cabeza, de tratar de ser feliz con Lincoln? Buscarle defectos no era la solución, más bien al contrario. Debía encariñarse de él, dado que no tenía el valor para romper. Cumplir su sueño de abrir su tienda de moda y costura estaba fuera de discusión, lo haría con la ayuda de Edward o sin ella. Pero su corazón era harina de otro costal, le pertenecía al duque, y tenía que cambiar eso para que él fuese libre con Caroline, para que ambos pudieran ser felices. «¡Basta, Violet, deja de ser tan ridícula e infantil y afronta tus miedos!», se reprendió y apartó las sábanas y la colcha de un manotazo. Respiraba con fuerza cuando se levantó y cruzó la habitación, para salir al pasillo y plantarse frente a la puerta de Lincoln.

Una vez allí se mordió los labios. ¿Tenía el valor de cruzar la línea? Solo había una forma de averiguarlo. Abrió la puerta sin llamar y la cerró tras de sí con cuidado, después avanzó hacia la cama, donde el hombre dormía pacíficamente. La luz anaranjada de las brasas iluminaba la estancia, pues, aunque Lincoln tenía las cortinas abiertas no había luna; era una noche oscura de primavera. Violet observó al que había pedido su mano. Lincoln no era un hombre con mal porte, ella misma se lo había reconocido a Edward, le veía atractivo. Su perfil estaba bien cincelado, su nariz era recta y su mentón fino, sus pómulos altos y el bigote tupido le aportaban presencia. Se acercó aún más para ver su cuerpo, pero Lincoln vestía un pijama de satén azul a rayas.

Un pensamiento fugaz la asaltó. ¿Dormiría Edward desnudo? La vez que entró en su cuarto llevaba camisa y pantalones, pero siempre lo había imaginado como Dios lo trajo al mundo bajo las mantas de lana de cachemira. Se ruborizó con solo recordar lo que ocurrió entre ellos en el jardín la noche de su cumpleaños y negó para alejar aquellas ideas. Después alzó con cuidado la sábana que cubría a Lincoln y se subió en el colchón para quedar a horcajadas sobre él, con

ambas rodillas a cada lado de su cintura. Había llegado el momento de poner a prueba las enseñanzas de su coronel. Violet tomó aire con fuerza y expiró, antes de inclinarse sobre Lincoln y atrapar sus labios.

El hombre se removió en el acto y su primer instinto fue alejarse, pero al abrir los ojos y ver a Violet, suspiró y comenzó a devolver el beso. Elevó las manos y las llevó a sus piernas, subiendo y arrastrando la tela del camisón de satén a su paso. Cuando llegó a su trasero, Lincoln ancló las manos allí y se echó hacia atrás, jadeando.

—Sagrado cielo, Violet. ¿Qué estás haciendo? —murmuró Lincoln.

—No quiero hablar, Lincoln, quiero besarte, que me toques. Solo... —de pronto se interrumpió, incapaz de terminar la frase—, ...solo bésame, por favor.

El futuro conde la miró durante un momento eterno en el que Violet temió que fuese a alejarle y pedirle que se fuera. Entonces él se incorporó y volvió a atrapar su boca, apretando su trasero, que aún tenía entre sus dedos, para acercarla a él y rozar sus caderas contra su hombría medio dura. Violet se dejó, rodando la lengua por el cuello de Lincoln mientras él balanceaba las caderas arriba y abajo. No supo si lo hacía por instinto o porque sabía lo que hacía, pero de pronto se volvió para invertir las posiciones y quedar encima de ella. La joven notaba su miembro ya completamente duro entre sus cuerpos, pero no se alejó, se acomodó bajo él como Edward le había enseñado.

Lincoln jadeó y llevó una mano a sus pechos para acariciarla sobre la tela, entonces Violet contuvo el aliento. Después le apartó el bajo del camisón con la otra, para colar los dedos en el pantaloncito de seda que formaba su ropa interior, dispuesto a darle placer.

—Violet, ¿acaso no estás...? —Se sorprendió Lincoln.

La joven se congeló al darse cuenta de que, aunque intentaba actuar apasionada, no estaba extasiada en absoluto. Simplemente las caricias y los besos de Lincoln no lograban encenderla como lo hacían los de Edward. Sus sentimientos parecían una barrera muy alta ahora. «Oh Dios», pensó Violet y elevó la cabeza para mirarlo. Su corazón rompió a latir a toda velocidad, pero antes de que llegase a decir nada, Lincoln se adelantó.

—No te gusta «esto», ¿verdad? —enfaticó él moviendo la mano que aún tenía entre sus muslos, después suspiró y se apartó, para quedar tumbado a su lado—. Verás, Violet, yo... no tengo mucha experiencia, lo admito, pero sí sé lo suficiente para entender que cuando a una jovencita le gusta su prometido, esto no debería pasar. Que todas las veces que he tratado de tocarte no hayas respondido como yo tal vez sea una señal. ¿De verdad quieres casarte conmigo?

«Oh, no, no, no, no podía estar pasando aquello. ¿Iba a dejarla?», pensó Violet. Entonces la asaltó un pensamiento fugaz. ¿Y no sería eso lo mejor?, si Lincoln la dejaba ella no tendría que casarse con él... Si bien, eso no cumplía las exigencias del testamento de su padre. ¡Maldita fuera su suerte, por atraparla entre la espada y la pared!

—Claro que quiero casarme contigo, Lincoln. —Se apresuró a responder—. ¿No es cierto que en el matrimonio la pasión nace con el tiempo, cuando existe el afecto?

—Sí, tal vez tengas razón —dijo él y volvió a suspirar—. Vamos, vuelve a tu cuarto, no quiero que te resfríes y menos aún que los criados chismorreen de mis actos contigo. Tengo que ocuparme de... ciertos asuntos aquí, querida.

—L-lo siento, Lincoln, lo siento mucho.

Humillada y roja hasta las pestañas, Violet se subió el tirante del camisón que había resbalado por su hombro tras las caricias de Lincoln y salió corriendo de la habitación. Parecía que, después de todo, su plan había sido un rotundo fracaso, pues en vez de yacer con él lo había espantado. No, no solo espantado, sino abierto la posibilidad en su mente a descubrir la farsa que

se traía. Para cuando la puerta de su dormitorio se cerró a su espalda, las lágrimas corrían libremente por sus mejillas. Edward había nublado su pasión hacia cualquier otro hombre, lo amaba y deseaba tanto que no podía yacer con otro sin pensar en él, sin compararlo inevitablemente con él.

«¡Maldito seas, Barnett, por estar vivo en mi mente cuando yo no estoy en la tuya!», pensó y se lanzó sobre la cama a desahogar su frustración.

## Capítulo XXV

*Flannelette Príncipe de Gales*



La mañana siguiente fue, en opinión de Violet, una de las más incómodas que había vivido en su corta existencia. Tras la humillante y fallida noche de pasión, Lincoln y ella evitaban mirarse a los ojos. El desayuno se salvó gracias a la presencia de Caroline que, ingenua y alegre como era, no dejaba de cotorrear sobre los mil y un pensamientos que le pasaban por la mente: lo bonito que era el paisaje, los cuadros tan inspiradores que había en su dormitorio, lo ajetreado que había sido el viaje, lo mucho que añoraba a sus mascotas... Violet dio gracias por su verborrea, pero cuando Lincoln se dirigía a ella, se veía obligada a sonreír. Al finalizar su chocolate se levantó y se acercó a la ventana, encontrando que el día se había levantado soleado y más cálido.

—Tal vez deberíamos ir a dar un paseo por el jardín, he notado que esta propiedad posee un terreno bastante amplio entre el camino y el acantilado, las vistas deben ser preciosas desde allí —comentó con la vista fija en el horizonte.

—Si eso es lo que quieres, querida, será un placer complacerte —dijo Lincoln—. Puedo pedir que nos preparen una cesta con un pequeño refrigerio y disfrutar de la brisa marina entre las dunas.

—¿En la playa? No sabía que te gustaba tomar el sol.

—Y no me gusta, me quemo la piel como todo buen inglés con sangre galesa. Me gusta el aire puro, eso sí, pero si lo hago es por ti. Quiero que tengas una estancia agradable en mi hogar. ¿Qué clase de anfitrión sería yo de no hacerlo?

—Oh, Lincoln, ¡qué adorable! Eres todo un caballero —exclamó Caroline—. Violet es tan afortunada por tenerte... la mimas y consientes como a una princesa.

—Bueno, Caroline, estoy segura de que el coronel Barnett es muy atento contigo —señaló Violet.

—Desde luego que lo es, pero el suyo es otra clase de encanto. —Se rio la morena.

—Entonces las dos somos afortunadas, supongo.

—Así es, querida amiga —confirmó Caroline con entusiasmo.

Lincoln pasó sus ojos de una a otra, y mientras las dos muchachas caminaban con los codos entrelazados, no pudo evitar compararlas. Violet tenía la piel ligeramente bronceada por el sol y había pecas sobre sus hombros y escote, cuyo sabor y tacto él conocía bien. Su cabello era de un claro castaño dorado, como un rubio oscuro manchado de canela, y sus ojos, verdes. Caroline nada tenía que ver: donde Violet era voluptuosa, ella era plana, donde Violet era sonrosada, ella era pálida, su cabello negro y sus ojos azules la hacían parecer un hada de agua, una princesa de las nieves. Eran como el verano y el invierno, completamente opuestas. No podía negar su deseo por Violet, pero tampoco ocultaba la pasión que le despertaba Caroline.

Por si acaso aquello fuese poco, sus caracteres eran como la noche y el día, Violet era apasionada, inconformista e impulsiva. Caroline por otro lado era tranquila, comedida y bien educada. Su propio carácter encajaba mejor con el de la morena, no hacía falta más que ver las reacciones de ambas mujeres al llegar a la casa. Carol inmediatamente había comenzado a preguntar por la historia y arquitectura del lugar, cuestiones que a él le apasionaba compartir. A Violet ni siquiera le había interesado conocer nada hasta ahora, que deseaba poner distancia entre ellos tras lo sucedido hacía unas horas, supuso. No iba a quejarse, pues también él se sentía incómodo. ¿Qué es lo que había pasado en esa cama?, se preguntaba. Violet se había colado en su cuarto dispuesta a yacer con él, estaba seguro.

Sin embargo, si esa era su intención, ¿por qué no parecía satisfecha con sus caricias? Lincoln no era inexperto del todo. Su padre le había obligado a desflorar en una casa de placer al cumplir los dieciséis años, «una tradición de los Penley», dijo. Sabía cómo debía responder una mujer, aunque no hubiese estado nunca con una señorita como Violet. Lo único que se le ocurría para explicar su fracaso, era que en realidad no le atraía. El pensamiento dolía más de lo que quería admitir. No podía ser culpa suya, ¿verdad? Cuando le tomaba la mano a Caroline esta se sonrojaba y su piel ardía; eso era una buena señal, ¿no?

—¡Qué maravilla! —exclamó la joven de ojos azules—. Mira, Lincoln, ¡gaviotas!

—Hay muchísimas. —Se sorprendió Violet.

—Buscan peces azules, estamos iniciando la temporada de la anchoa, los bancos se desplazan y las aves llegan en grandes bandadas a alimentarse —explicó Lincoln.

—¿También entiendes de pesca? No tenía ni idea, Lincoln.

—Bueno, querida mía, hay muchas cosas sobre mí que aún ignoras —dijo él—. Mi padre solía llevarme con él cuando iba a hacer negocios al puerto. Supongo que estarás familiarizada con eso, ya que el tuyo era empresario antes de ser militar, ¿no es cierto?

—Más bien al contrario, mi padre era un hombre corriente que se hizo a sí mismo en el ejército. Tras volver de las Guerras Napoleónicas a disfrutar de su merecida paz, abrió la fábrica de *Stuart's Clothing Company*. Para entonces era ya capitán y dueño de grandes terrenos y plantaciones en la India —explicó Violet—. Así que supongo que sí, acompañar a un hombre de negocios era natural para mí de niña.

—Os envidio, el mío no me dejaba ir con él a ninguna parte —intervino Caroline—. Los negocios del café son muy peligrosos para una jovencita como yo, suele decir.

—Y dice bien, mi querida Caroline, yo hubiese actuado igual de tratarse de mi hija —dijo Lincoln—. No es lo mismo alternar con pescadores de pueblo que con negreros... ¡Jesús, qué gente tan bárbara! Son peores que bestias, ningún hombre respetable dejaría que su esposa o sus hijas se involucraran en un asunto así.

—¿Eso es lo que piensas? —dijo Violet.

El hombre se detuvo y la miró con el ceño fruncido, expresión que los dos tenían.

—Desde luego que sí, pensar lo contrario es algo absurdo. ¿Acaso tu padre te dejaba confraternizar con los hindúes de su plantación?

—Nunca he estado en la India —admitió Violet.

—Y estoy seguro de que él nunca te hubiese llevado, querida, buscaba protegerte —dijo Lincoln.

—Pues no estoy de acuerdo en absoluto. ¿Qué pasa si un matrimonio no tiene hijos varones y si una hija? ¿Acaso no podría ella llevar las cuentas de la familia? ¿Y si su negocio fuera, como dices, de café o de tabaco, debería quedarse parada sin actuar?

—Para algo existen los administradores y los contables, Violet. Y, en el caso de esa última suposición, un buen capataz se encargaría de mantenerlo todo en orden. No es labor de una dama pensar en tales cosas, cuando hay subordinados que se ocupan de ello.

—Pero eso no es... no importa, olvídale —dijo Violet y sonrió forzosamente.

—No te preocupes, querida mía, si acaso tenemos una hija, dejaré que le enseñes los pormenores del negocio de la moda. Nunca me opondría a que demuestres tus valores —contestó Lincoln, también tenso.

Caroline pasó sus ojos de uno a otro, y al notar el obvio desacuerdo, se ruborizó sin poder evitarlo. Había sido culpa suya por sacar a colación el debate con su comentario. Ella opinaba como Lincoln, pero no quería contradecir a Violet y dejarla en evidencia delante de él; no era eso lo que hacían las amigas. Violet era una mujer muy rara, pero admiraba su valor y su deseo de hacer cosas que se salían de la norma. ¿Administrar las propiedades? A ella jamás se le hubiese pasado por la cabeza hacer semejante cosa. Carraspeó, decidida a mejorar los ánimos y alejar las nubes de conflicto.

—Aprovechando que hace un día soleado, se me ocurre que podríamos ir al pueblo a tomar un café y dar un paseo. ¿Qué os parece? —propuso alegre.

—Creo que es una idea excelente, podemos ir en calesa, ya que ahora somos tres —asintió Violet agradecida por la sugerencia.

—Me inclinaría por complacerte, Violet, pero he cambiado de opinión respecto a los carruajes. Montaremos a caballo, tú puedes hacerlo conmigo y Caroline en tu yegua —dijo Lincoln.

Las dos mujeres se volvieron a mirarlo y Violet notó que le ardían las mejillas. ¿Por qué proponía de repente que compartiesen la montura, cuando ya había dejado bien claro el hecho de que una mujer cabalgara a horcajadas le parecía impropio?

—¿Estás seguro, Lincoln? No tienes que hacerlo si no quieres —dijo Violet.

—Completamente.

—En tal caso, estaré encantada.

—¡Estupendo! Me muero por conocer Newport —exclamó Caroline.

—Yo también, estoy segura que está llena de curiosidades —admitió Violet, y era la primera frase sincera que decía en un buen rato.

—Pues vamos, queridas, no nos demoremos, el día es joven —sonrió Lincoln.

\*\*\*

El trayecto hasta Newport fue menos tenso y más animado de lo que Violet había imaginado. Lincoln la sentó sobre sus piernas, en vez de sobre la silla como había hecho Edward. De ese modo evitaban los «rozamientos indebidos» que el hombre tanto temía, protegidos por las capas

y capas de la tela *flannelette* en estampado Príncipe de Gales de su vestido. La realidad era que el heredero de los Penley montaba mejor de lo que una podía imaginar, y Violet se encontró disfrutando del viaje a la luz del sol y la brisa marina. Caroline cabalgaba unos metros por delante, maravillada con el ambiente de campo. Violet estaba distraída con la vista y el romper de las olas cuando Lincoln habló.

—Quiero disculparme si lo que he dicho antes te ha ofendido —dijo logrando que ella apartara la vista del océano para mirarle—. Sé que tenemos pensamientos muy distintos, Violet, pero no es mi deseo hacerte sentir incómoda. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que me dijiste sobre tu discusión con Barnett.

—Él no tiene nada que ver con esto, Lincoln —objetó Violet—. No es culpa tuya que hayamos tenido educaciones diferentes, no tienes que disculparte por nada.

—Aun así, la disculpa se mantiene, eres mi prometida y querías venir para distraerte. Flaco favor te he hecho al hablar así.

—¿Por eso has querido que compartamos el caballo, para hacerme sentir mejor?

Él se encogió de hombros, pero un ligero rubor le coloreó las mejillas.

—No soy tan pusilánime como piensas, Violet —dijo.

—No pienso que...

—Sé lo que opina Edward, y tú compartes mucha de tu ideología con él. —La interrumpió Lincoln y clavó sus ojos en los de ella, firme—. En un matrimonio debe haber entendimiento, querida, debo esforzarme por comprenderte, aunque seamos tan distintos.

—En tal caso yo haré lo propio —prometió Violet.

Y como si quisiera dejar en claro esa promesa, acercó su rostro al del hombre para atrapar sus labios en un beso fugaz. Lincoln devolvió la caricia, y cuando notó la lengua de él sobre su boca, Violet le permitió profundizarlo. Se alejó unos instantes después con el corazón latiéndole veloz en el pecho. Decidió tomar ese beso como un carpetazo a lo ocurrido la noche anterior y, satisfecha, volvió la vista al frente y admiró la ciudad.

Al centro de Newport se accedía a través de un gran puente de piedra, y tanto Violet como Caroline se maravillaron con la antigua construcción. El castillo medieval se alzaba al fondo, rodeado por casas a un lado y flanqueado por verdes colinas al otro. Violet, acostumbrada a la arquitectura de Plymouth, tan distinta, se sintió como en un cuento. Las casas eran en su mayoría iguales, blancas con tejado de pizarra. El núcleo de la ciudad era la plaza, que separaba la pequeña urbe en tres, la que colindaba con el puerto, la que daba al castillo, y la que se abría hacia las colinas. Era un lugar hermoso, tan diferente de Londres como una uva de una manzana.

Apenas llegaron al centro, Lincoln ayudó a bajar de la silla a Violet e hizo lo mismo con Caroline, antes de amarrar a los dos caballos y ajustarse el sombrero sobre los rizos negros de su cabellera.

—Bueno, señoritas, ¿qué queréis ver primero? ¿la licorería? Es un lugar ideal para degustar muestras de diversas variedades de licor de hierbas. ¿O tal vez el castillo? Se edificó en el año 1327, es toda una delicia para los amantes de la historia —dijo.

—Yo voto por el castillo, no soy amiga del alcohol —dijo Violet.

—Creo lo mismo, me ha parecido precioso incluso desde lejos —sonrió Caroline—. Además, si bebo demasiado me dará vueltas la cabeza y no quiero indisponerme.

—Decidido, iremos al castillo. Después os llevaré a comer a un restaurante local para que degustéis la gastronomía de Gales. ¿Os parece?

Ambas asintieron, y juntos los tres pusieron rumbo al camino empedrado.

\*\*\*

«Castell Casnewydd», como se le conocía en la lengua local, era una maravilla. Los altos muros del castillo medio derruido estaban cubiertos por hiedras, pero el lugar se veía bien cuidado. Cuando Lincoln avisó al guardés para que les diese una visita, Violet sonrió. Aquello era justo lo que necesitaba cuando quiso venir a Gales para distraer la mente y alejarla de Edward. Resultaba que el castillo estaba lleno de leyendas locales: desde amores imposibles a batallas sangrientas, incluso la de un fantasma. Caroline se estremeció ante la mención del alma en pena y se frotó los brazos con las manos.

—¡Qué historia tan horrible! Pensar que ese hombre sigue por aquí vagando y vagando hasta que encuentre la forma de ayudar a la mujer que ama —comentó—. Y la gente de aquí parece creerlo, a juzgar por la reacción del guía.

—Desde luego que lo creen, es una historia muy arraigada, ya hace más de trescientos años de la traición de *sir Aelwydd Hughes* —asintió Lincoln y le rodeó los hombros con el brazo para darle calor—. No temas, querida Caroline, ningún fantasma te atrapará mientras yo esté aquí para salvarte.

—Doy gracias al cielo por ello, Lincoln.

Caroline sonrió con las mejillas muy rojas y Violet los miró en silencio. «Hacen buena pareja... Espero poder llegar a mirar a Lincoln de la forma en que lo hace Caroline, al menos con el tiempo», pensó y gruñó. «¿Es así como me veía yo al mirar a Edward?».

—¿Qué opinas, Violet? —la alertó la voz de la morena.

—Creo que es una historia preciosa, que un hombre te ame tanto que elija de forma voluntaria seguir en el mundo de los vivos para salvar el alma de su amada es inspirador —dijo ella distraída—. Ojalá alguien me amase así, con cada fibra de su ser y de su alma.

—Bueno, estoy segura de que Lincoln... ¡Violet, cuidado! —exclamó Caroline.

Violet volvió la cabeza para mirarla y no notó el hueco entre las escaleras. Distraída como estaba, hundió el pie en el hoyo y cayó hacia delante como un saco de harina con un grito de dolor. Lincoln y Caroline corrieron a ayudarla, la joven con expresión de susto y el futuro conde alarmado. Violet gimió, en un intento por sacar el pie del agujero; se le había atascado entero y, de seguir tirando, se rompería el tobillo. Fue la mano de Lincoln la que la ayudó a girar el pie y sacarlo. La media de punto y encaje que llevaba puesta estaba rota y había una línea de sangre donde se había rozado la piel con la piedra.

—Dios mío, Violet, estás sangrando... —señaló Caroline.

—¿Te duele mucho, crees que podrás andar? —inquirió Lincoln.

—Me duele, sí, creo que me lo he dislocado —contestó ella y frunció los labios—. Lo siento mucho, Lincoln, os he arruinado la visita.

—¡Pero querida mía, no te disculpes, ha sido un accidente! Caroline, por favor, ve a llamar al guardés para que traiga nuestros caballos, dile donde están amarrados y págale unas cuantas libras. Yo acercaré a Violet a la salida, ¿crees que sabrás volver?

—Por supuesto, estaré aquí en un minuto —asintió Caroline.

Una vez que la joven desapareció escaleras abajo, Lincoln tomó el pie de Violet y el dobladillo de su falda y la miró, como si pidiera permiso. Violet asintió y Lincoln le levantó el vestido, para tomarle la pantorrilla y posicionar el pie sobre su propio muslo. Entonces palpó el hueso del tobillo y se mordió los labios, antes de girárselo para colocar el juego en posición. Violet gritó, pero una vez con el hueso en su sitio se sintió mucho mejor. Entonces Lincoln la elevó en brazos y comenzó a caminar hacia la salida a paso lento, con ella rodeándole los

hombros y la espalda con los brazos.

—Parece que la torpeza corre por las venas de las mujeres Stuart —suspiró Violet.

—¿Y eso por qué? —Se sorprendió Lincoln.

—Edward nos llevó a Holland Park hace unos meses y Camelia se hizo un esguince mientras patinaba en el hielo —explicó ella, pero al pensar en su tutor perdió el ímpetu y decidió cambiar el tema—. ¿Peso mucho? Si es así puedo tratar de...

—Tonterías, no pesas casi nada, Violet. Y aunque así fuera lo soportaría como todo un caballero. ¡Qué hombre dejaría caminar a una mujer desvalida y herida!

—Uno con sentido de la autopreservación —bromeó Violet.

—Bueno, pues yo no soy de esos. Así que deja que te lleve y calla, querida.

La joven ahogó una risa y se dejó llevar hacia la salida. Parecía que sí, después de todo, su pequeña visita turística se había arruinado.

Los siguientes días se vio forzada a pasarlos en la cama leyendo libros que Lincoln le traía de su biblioteca personal. Descubrió algunas joyas antiguas que nunca pensó que le interesarían, y entre infusiones y páginas pasaron los días. Llevaba ya casi dos semanas en cama cuando el tedio fue tan grande que le pidió a Lincoln regresar a Londres. Deseaba ver a sus hermanas y a su madre, y, por qué negarlo, volver a ver a Edward. Casi un mes en Gales y sus sentimientos seguían frescos como una lechuga, su plan había fracasado de forma vergonzosa.

Si bien, una conclusión había alcanzado: si su sueños habían sido vivir una vida independiente y lejos de un marido, amar a Edward había cambiado eso. Ya no se conformaba con ser la mejor diseñadora de Inglaterra. Quería un hombre a su lado, formar una familia, y si Edward estaba atado a lo que sentía por Caroline y la promesa hecha a su padre, que así fuera. Se casaría con Lincoln, aunque se sintiera como ponerse una soga al cuello.

Que Dios la perdonara, muy pronto sería la señora de Penley.

## Capítulo XXVI

*Organdí suizo esmeralda*



Tal y como prometía en su carta, el anterior duque de Braithbury llegó a Londres dos semanas más tarde. Y lo que Violet había esperado se convirtiese en un alegre reencuentro familiar, resultó de lo más incómodo. Apenas descendió del carruaje, William corrió a saludar a sus seres queridos, solo para encontrarse con el tedioso protocolo: la línea de sirvientes que saludaban a su antiguo amo con una reverencia, el apretón de manos con el mayordomo, el señor Hubbert, y la presentación de las nuevas inquilinas de su hogar, la viuda Stuart y sus tres hijas. Solo cuando se hubieron completado todos los formalismos Florence se adelantó para saludar a su hijo.

—Me alegro mucho de verte, William, se te ve bien.

—También me alegro de verte, madre, apenas has cambiado —comentó William y sonrió—. En realidad, estás más bella que nunca, los años no pasan por ti.

—Adulador...

—Pero bueno, ¿y para mí no hay lisonjeo? —resopló Marjorie—. Con lo que yo te he echado de menos, sobrino. ¡Me vas a hacer llorar!

—Pues sécate las lágrimas, tía Marge, que tengo piropos de sobra para todas las damas presentes. —Se rio él, y se acercó para besarle la mano—. Estás preciosa, tan sagaz como siempre, por lo que veo.

—Ya sabes lo que dicen, querido: «genio y figura hasta la sepultura».

Lady Florence hizo rodar los ojos, pero tía y sobrino se sonrieron. Después, Will se acercó al lugar en que Edward estaba parado. Violet aprovechó ese momento para comparar a ambos hermanos. William era considerablemente más alto que Edward, que no era bajo, rozaría el metro noventa. Su cabello era ondulado, de un rubio oscuro como la miel tostada, y sus iris, marrón cálido. Su piel estaba más bronceada que la de Edward y no llevaba barba, lo que dejaba ver el hoyuelo que le adornaba el mentón. Era un hombre atractivo que poseía un porte envidiable, sin

embargo, no tenía la chispa que destilaba el menor, parecía más mundano.

Tan distraída estaba en su análisis que se perdió el cruce de miradas entre los dos hombres, que se observaron en silencio hasta que William habló.

—¿No vas a darle la bienvenida a tu hermano mayor, «gran duque»? —inquirió.

—Por supuesto, es bueno que estés de vuelta en Londres, William, sé bienvenido —contestó Edward y le tendió la mano en un gesto cortés.

William miró la mano y luego a Edward y enarcó una ceja. ¿Qué demonios pasaba con él?, ¿tanto se habían distanciado como para recibirse como dos desconocidos? Bueno, si había que romper el hielo era labor suya dar el primer paso. Sonrió y estrechó la mano del menor, para luego envolverlo en un fuerte abrazo.

—Corta ese absurdo protocolo, Ed. Me alegro mucho de verte.

—Yo también, William —asintió Edward.

—¡Es bueno estar en casa! Pero vamos, hermanito, debes ponerte al día.

—Lo haré, sin embargo, antes de nada, permite que te presente a mis protegidas.

Caminaron hasta detenerse frente a las Stuart, y al llegar a su altura las presentó. Comenzó por la madre, que inclinó la cabeza ante William con un saludo respetuoso.

—Esta es la respetable señora Edith Stuart, viuda del brigadier Stuart, mi mentor —explicó Edward. William le besó la mano a Edith y le sonrió antes de avanzar—. Esta jovencita es Rose, la menor de sus hijas y por quien siento gran debilidad. Os llevareis bien.

—Estoy seguro de que así será —asintió William—. Encantado, señorita.

—Señor Barnett —saludó Rose.

El anterior duque sonrió y se detuvieron frente a Camelia.

—Esta preciosidad es Camelia, que hará las delicias de Londres cuando debute de forma oficial —continuó Edward mientras Will le besaba la mano a la joven. Después avanzaron hasta detenerse frente a Violet, que no se inclinó, y William elevó una ceja—. Por último, te presento a Violet, la primogénita.

—Es un placer conocerla, señorita —dijo William.

—El placer es todo mío, caballero —contestó Violet y finalmente se inclinó—. Será interesante conocer a aquel cuyos actos han marcado tanto al coronel Barnett.

El comentario sorprendió a William. Primero, porque no era la sosa cortesía que había esperado oír en una presentación formal. Segundo, porque la joven se había referido a Edward como «coronel Barnett». Y, tercero, porque Edward se había puesto tenso al oírla. Al parecer tenían cierta complicidad que, por el momento, él desconocía.

Antes de que la situación llegara a enralecerse, Sylvia descendió del carruaje con el pequeño Jeremiah en brazos. En ese momento toda la atención de William se desvió hacia ella, dispuesto a protegerla de ser necesario. Si bien, para su sorpresa, su madre se comportó, como si intuyera que de ofender a la muchacha su hijo se marcharía y lo perdería para siempre. Terminadas las presentaciones la familia entró a Braithbury Hall dispuestos a compartir una velada encantadora.

\*\*\*

Como Violet descubrió un par de horas más tarde, Sylvia Barnett era lo más cercano a una amiga que podría tener en lo referente a las mujeres Barnett. *Lady* Marjorie era como una tía pícara, y *lady* Florence parecía que nunca la iba a perdonar por sabía Dios qué afrenta. Por el contrario, la esposa de William era agradable y simpática, cercana. Se acercó para sentarse a su lado en el sofá próximo a la terraza.

—Así que tú eres Violet —dijo.

—Así que tú eres Sylvia —contestó Violet.

—Sí, yo soy Sylvia, y a juzgar por tu reacción creo que ya te han hablado de mí. ¿Ha sido *lady* Florence, o *lady* Marjorie?

—Marjorie.

—Entonces aún hay esperanza. —Se rio Sylvia—. Me alegro de que estés aquí, ¿sabes? Es bueno que haya alguien en esta casa que no pertenezca a su pequeño círculo. Ya que William quiere que vivamos en Londres, me alegra tener a alguien más cercano a mí, alguien a quien pueda llamar amiga.

—Marjorie me contó lo sucedido entre William y tú, aunque no estoy de acuerdo con lo que hizo, sé que no es culpa tuya. Uno no elige de quien se enamora y menos aún los sueños que tenemos —dijo Violet y sonrió de medio lado—. Así que eres actriz, ¿eh?

—Sí, ese siempre fue mi sueño, cantar en un escenario mientras los demás bailan, interpretar maravillosas historias como hacen en las grandes óperas europeas.

—Espero que lo consigas algún día —asintió Violet.

Sylvia guardó silencio mientras analizaba a la otra joven en silencio. Para algunos Violet podía parecer un misterio, pero no para ella. Una joven heredera que venía de la clase humilde, una «nueva rica» viviendo en la casa de un duque con la aprobación de su madre. Era obvio que *lady* Florence tenía ambiciones respecto a ella, y tal vez no fuese mal desencaminada. Por la forma que la joven había hablado de Edward en la entrada y lo que acababa de decir hacía un minuto: «uno no elige de quién se enamora», estaba claro que algo se traía con el hermano de su esposo. El qué aún debía averiguarlo.

—¿Y qué hay de ti, Violet? —dijo para romper el silencio—. ¿Con qué sueñas tú?

—Si te dijera que, con ser dueña de una casa de moda y costura, ¿me creerías?

—Conque modista, ¿eh? Bueno, en tal caso tal vez puedas arreglarme el vestido —comentó Sylvia—. Me está empezando a quedar ceñido y, teniendo en cuenta lo poco flexible que es el organdí, pronto reventará y causará una escena. ¡Pobre de mí!

El comentario sorprendió a Violet, que elevó las cejas con una sonrisa. A juzgar por el vientre abultado que escondía la tela de rayas esmeralda y lila lo vio claro.

—¿Estás encinta?

—Así es, pero no por eso quiero verme menos hermosa —bromeó Sylvia—. Qué dices, ¿me ayudarás?

—Lo haré si está en mi mano —confirmó Violet.

—Bien, entonces creo que tenemos mucho de qué hablar, querida.

Ambas jóvenes se sonrieron, y Sylvia supo que lo más duro había pasado.

\*\*\*

Cuando la puerta del despacho se cerró a su espalda, Edward suspiró y se acercó a la mesa de licores para servir una copa para él y otra para su hermano. William se había sentado en el sofá frente a la chimenea y estaba liando un cigarro, cosa que hizo sonreír a Edward mientras servía el brandy en dos vasitos ornamentados. Después le ofreció uno y se sentó a su lado sin perder la sonrisa.

—¿En serio te gusta esa porquería, el tabaco a granel para liar? ¿Eso es lo que fumáis en América? Cuidado, Will, o se te pegarán los modales *yankees* —bromeó.

—Bueno, hermanito, no todos podemos permitirnos hojas de tabaco de La Habana o de

Ciudad del Cabo —contestó William mientras encendía el cigarro—. Era eso o nada.

—¿Acaso has tenido dificultades económicas? —Se sorprendió Edward.

—Nunca dije que mi vida fuese a ser fácil.

El duque abrió la boca para responder, pero encontró que lo que iba a decir era absurdo y volvió a cerrarla. ¿Por qué motivo iba William, que había huido a Boston para casarse, a pedirle ayuda a su madre? No, conociendo el carácter idealista y orgulloso de su hermano, preferiría trabajar como un descosido para mantenerse a sí mismo y a Sylvia. En eso estaba pensando cuando el mayor habló e interrumpió sus pensamientos.

—Ya basta de hablar de mí, mi vida no es tan interesante. Mejor cuéntame qué has estado haciendo tú, Ed —dijo—. Esa joven, Violet, se refirió a ti como «coronel Barnett». ¿Acaso estás en el ejército?

—Lo estaba, pero me licencié este invierno, tras la muerte del brigadier Stuart. El hombre me nombró tutor de sus hijas y me dejó al cuidado de su esposa y de su fortuna, así que no me quedó más remedio que irme y hacerme cargo de ellas —explicó Edward—. Por más que hubiese querido quedarme en Calcuta no podía ignorarlo.

—Así que la India... nunca lo hubiese imaginado. Siempre has querido ver mundo, ¿por qué te enrolaste en el ejército, para estar varado Dios sabe dónde? Creí que tras todos esos años en la academia militar lo sabrías mejor que nadie. ¿Es que aún no has aprendido que la guerra es peligrosa?

Edward expulsó el humo por la nariz y se bebió el brandy de un trago.

—¿Tú por qué crees? —inquirió con ironía.

—¿En serio, Ed, por el título? No te creía un cobarde.

—Vete a la mierda, William. ¿Cobarde yo? No fui yo quien escapó de su destino para alejarse de las habladerías. Me dejaste un puñado de responsabilidades para las que no estaba preparado, ¿y te sorprendes de que mi primer impulso fuera marcharme?

—Edward...

—¿Sabes lo primero que hizo madre cuando te fuiste? —continuó—. Concertarme una cita con *lady* Lauren Bedford, la hija del vizconde de Hale. «Una esposa ideal», dijo.

—Lo siento, Ed, no pretendía juzgarte, me disculpo —suspiró William y se terminó el licor—. Aunque no apruebo tu elección, me alegra que no cedieras ante madre, ¿sabes? Yo sé lo que es amar y ser correspondido, y deseo lo mismo para ti y para Theodore. ¿Dónde está, por cierto?

—La última vez que escribí, en la casa de Bath, pero parece que va a volver pronto —contestó Edward y puso los ojos en blanco antes de apagar el cigarro—. Larga historia, ya te la explicaré más tarde.

—Muy bien, en tal caso cuéntame de ti. ¿Has encontrado a alguien especial?

Edward se tensó y cerró los puños. No fue consciente de que lo hacía, pero William notó el cambio en su postura y entendió que allí se escondía algo grande. Aguardó en silencio mientras el menor ordenaba sus ideas.

—Supongo que sí, tengo a alguien especial —contestó Edward sin mirarle—. Se llama Caroline Brightman, llegó hace unos cuantos meses de Ciudad del Cabo. La estoy cortejando y planeo casarme con ella próximamente.

—Pues para estar a punto de casarte no pareces muy alegre —señaló William.

Edward no respondió, así que el mayor tuvo que insistir.

—Vamos, Ed, siempre hemos sido sinceros el uno con el otro. ¿Qué te ocurre?, ¿no estás enamorado de esa chica?, ¿la estás cortejando por petición de madre?

—No, madre no tiene nada que ver en esto, a Caroline la elegí yo —negó Edward—. Es

simpática, soñadora, de familia respetable y no está nada mal físicamente. Me llevo bien con ella y compartimos algunas aficiones, me gusta.

—Pero no la amas —declaró William, y no era una pregunta.

—No.

Tras unos momentos de silencio, Edward alzó la mirada para encontrar sus ojos verdes con los marrones de su hermano, y notó que algo dentro de él se ablandaba. Quizá porque se sentía familiar tener de nuevo a Will cerca, pero sea como sea suspiró derrotado. ¿Se atrevería a hablarle del pacto que hizo con Violet en la fiesta de coronación? Tras tanto tiempo lejos no sabía qué pensaría el mayor. Fue William quien rompió el silencio.

—¿Quién es ella? —dudó preocupado, y siguió, al ver la confusión de Edward—. La joven de la que estás enamorado. No te molestes en negarlo, Ed, te conozco.

—Sea quien sea no importa, hice una promesa y debo ser fiel a mi palabra.

—Es Violet, ¿no es cierto?

—¿Qué te hace decir eso?

El mayor se rio sin humor y le dio una palmada en la rodilla a Edward, que sintió que se le encendían las mejillas. ¿Tan transparente era que, hasta William, que acababa de llegar, veía como se sentía? Aguardó una respuesta que el otro no tardó en darle.

—En realidad no hace falta ser muy listo. Te ha defendido en la puerta y no habéis cruzado miradas en todo el tiempo que hemos estado en el salón —explicó William—. Aun así, ¿sabes qué? Ella no ha dejado de mirarte cuando tú mirabas a otro lado.

—¿De verdad? —Se sorprendió Edward y William asintió.

—Ahora dime, ¿qué promesa es esa que te impide estar con Violet?

Edward dudó, pero al cabo de un instante se derrumbó y se lo contó todo. Le habló de la guerra, de cómo Thomas Stuart había sido su mentor, cuidándolo y enseñándolo a sobrevivir, de cómo habían llegado a ser tan cercanos que al momento de estar en su lecho de muerte le dejó al cuidado de su familia. Le habló de la promesa que le hizo antes de morir y del pacto que sellaron Violet y él en la fiesta.

Solo se sintió mejor cuando hubo terminado, como libre de un gran peso.

—Así que, si lo he entendido bien, prometiste a tu mentor moribundo que cuidarías a su hija y no dejarías que se aprovecharan de ella para quedarse con su fortuna, ¿es correcto? —expuso William y Edward asintió—. Ed, ¡eso es soberanamente estúpido! ¿Cuánto tiempo llevas fustigándote por esa tontería?

—Yo no me...

—Calla y escúchame, Edward. No has hecho nada malo, ¿me oyes? Amar no es un pecado, casarte con la mujer de la que estás enamorado no es faltar a ninguna promesa. ¿Cómo podría serlo, si lo que deseas es cuidarla y hacerla feliz? El pecado sería casarte con una muchacha a la que no quieres y haceros infelices a todos en el proceso.

—Aunque así fuera y quisiese desdecirme, el daño está hecho —dijo Edward—. Rompí con ella después de acostarnos, ¿qué clase de hombre hace eso? Seguro que Violet no quiere tener nada que ver conmigo. La desfloré y luego me fui... lo ideal, vaya.

—No lo sabrás hasta que no lo aclares con ella —contestó William—. La mente de las mujeres es un misterio para los hombres, hermanito, en realidad no sabes lo que quiere.

—Sí que lo sé, conozco sus sueños y haré lo que sea por cumplirlos.

—Entonces no pierdas más tiempo y habladlo.

—Claro, será una charla magnífica, sobre todo porque está prometida con Lincoln Penley, que no me soporta —resopló Edward y se encaminó a la puerta—. No, William, si admito que la

amo solo empeoraré las cosas.

El mayor no respondió, y ante su silencio Edward se puso en pie y le dio la espalda.

—Espero que recapacites antes de que sea tarde —declaró William.

El duque se encogió de hombros y salió al pasillo sin mirar atrás. Quería cabalgar un rato para aclarar las ideas, y cedió ante la idea de recorrer el puerto a lomos de *Galán*. Una cosa estaba clara: William se equivocaba, y el tiempo terminaría por darle la razón.

\*\*\*

Resultó que, al final, no fue necesario que pasase mucho para que se demostrara que su plan estaba condenado a naufragar como un barco del tesoro. Apenas llegó de su paseo, el señor Hubbert le entregó una carta. Edward la tomó con desinterés y caminó hacia su cuarto para cambiarse la ropa sudada y lavarse el pelo. No, tal vez se diese un baño, eso le relajaría los músculos de la espalda, aún tensos. Mientras andaba le pidió a una criada que calentara el agua. Estaba pensando en eso cuando elevó el sobre y dio una mirada fugaz al remitente.

Entonces se dio cuenta de que se trataba de Caroline. Aquello suscitó su interés y, mientras cerraba la puerta de su cuarto con el pie, abrió el sello de cera.

¿Qué podía querer decir, si se habían visto hacía un suspiro? Tal vez había sucedido alguna desgracia, así que se quitó la camisa y las botas y avanzó hacia el baño con la carta en la mano. Sacó la misiva y, mientras Beatrice terminaba de llenar la bañera, comenzó a leer.

*Mi querido Edward,*

*No sé muy bien como decir esto, pero debo hacerlo o mi corazón no estará en paz. Te lo debo y, ante todo, me lo debo. Sabes que cuando mi padre y yo llegamos de África me sentía perdida, que aparecieses en mi vida en ese momento me salvó de la soledad. Voy a estarte toda la vida agradecido por ello, Ed, eres un hombre maravilloso y te quiero mucho, ¡Dios sabe cuánto! Eres divertido, alegre, cariñoso e imaginativo, pero creo que tanto tú como yo sabemos que no estamos hechos el uno para el otro: casarnos sería un error, tú no me amas. Es una suerte que no te me hayas declarado, ¿eh?*

Edward se quedó perplejo, releiendo la última parte con los ojos como platos, como si no pudiese entender lo que había escrito, el significado de aquellas palabras. Fue la voz de Beatrice la que lo sacó de su aturdimiento.

—Sí, Beatrice..., ¿qué decías? —murmuró al elevar la mirada.

—Su baño está listo, milord —anunció ella y le miró preocupada—. ¿Está bien?

—Sí, sí, solo estaba distraído, puedes irte.

La sirvienta dudó un instante antes de asentir, poco convencida.

—No dude en llamar si necesita cualquier cosa —dijo.

Edward asintió y se adentró en el baño, para quitarse los pantalones, las medias y los calzones, antes de entrar en el agua con la carta entre los dientes. Una vez cómodo volvió a leer, más por curiosidad morbosa que por verdadero interés; quería conocer los motivos por los que Caroline le dejaba.

*Espera, no maldigas todavía, Edward, casi puedo visualizar tu expresión hastiada. Quiero que sepas que, en otras circunstancias habría sido la mujer más feliz del mundo a tu lado, pero esos días que pasé en Gales me han hecho darme cuenta de la realidad. Tú no estás enamorado de mí y yo tampoco lo estoy de ti, de quien estoy enamorada es de Lincoln. Sé que no te cae nada*

*bien, pero, ¿no yace ahí la ironía?*

«Oh, desde luego, querida Caroline, es realmente irónico. El imbécil de Lincoln me roba a mí, el aparente mujeriego, no solo a una mujer si no a dos. Jajajaja, ¡Dios mío!», se rio Edward mentalmente, y luego en voz alta. Debía parecer un loco, riéndose a solas en la bañera. Siguió leyendo sin perder la sonrisa, como si aquello fuese una comedia.

*Lincoln y yo somos almas gemelas, él me comprende, reafirma mi forma de pensar de una forma en la que tú no te sientes cómodo. Eres valiente y revolucionario, yo soy conservadora y, lo admito, algo clasista; nunca entenderé tu... amistad, con esas gentes de la India. Me hubiese esforzado en comprenderlos de ser tu esposa, pero, ¿por qué forzarnos a ser lo que no somos? No quiero que seas infeliz por una promesa no hecha. ¡Eres libre, Ed! No sé quién será la mujer que amas, pero deberías ir a hablar con ella. Cualquier dama sería feliz de casarse contigo... cualquiera que no esté ya enamorada, quiero decir. Y, si te sirve de consuelo, tampoco yo voy a casarme pronto.*

*Ya sabes que Lincoln se va a casar con Violet... y eso me rompe el corazón. Ojalá lo hubiese conocido antes, tal vez sería mi boda la que se estuviese planeando. Les deseo mucha felicidad a ambos, ella es mi amiga y a él lo amo, pero no voy a casarme contigo por despecho. Deseo que encuentres el amor, así que, ¡ánimo, querido Edward, los dos lograremos cumplir nuestros sueños pronto! Espero que no te hayas enfadado conmigo y sigamos siendo amigos, no deseo perderte ni alejarte de mi vida.*

*Tu querida amiga, Caroline.*

«Sí, mi querida amiga», rio Edward y arrugó la carta antes de hundirse en el agua. Después de todo, su plan sí que estaba condenado al fracaso. Sin embargo, una cosa tenía clara: no iba a arruinar el futuro de Violet. No era tan egoísta como para romper la promesa que le había hecho al brigadier Stuart e ir corriendo a por ella sin más. Parecía que su madre se iba a quedar con las ganas de verlo casado, en eso no iba a ceder.

Volver a Calcuta parecía más apetecible que nunca.

\*\*\*

Una semana después de la llegada de William, Sylvia y su hijo a Braithbury Hall las cosas se tranquilizaron. Sin embargo, a Violet su situación le parecía insostenible, igual que una cárcel. Los preparativos de la boda se habían acelerado a ritmo vertiginoso y, dado que no sabía qué hacer para salir del embrollo en el que ella misma se había metido, decidió dejarle los detalles del enlace a su madre, para centrar toda su atención en la tienda que abriría próximamente en Eaton Square. Pretendía que estuviese lista para el solsticio de primavera, para el que apenas faltaban diez días.

El lugar parecía un sueño sacado de sus fantasías.

Aún se preguntaba cómo había conseguido Edward decorarla de forma tan perfecta, como si se hubiese metido en su cabeza y leído su mente. Con la tienda ya montada y decorada, el siguiente paso fue contratar a dos costureras de máxima confianza para que la ayudaran. Y para tal labor se decidió por las mismas que servían en el *Stuart's Clothing Company* de Berkeley Street, Rosemary y Elsie, a quienes conocía y apreciaba. En ellas delegó la labor de confeccionar los nuevos diseños y los vestidos del desfile en distintas tallas. Supuso un trabajo monumental, pero tres pares de manos bien avenidas trabajaban a buen ritmo, el necesario para mantener su mente alejada de la boda.

Se encontraba cosiendo una tira de encaje sobre la manga de uno de ellos cuando la puerta de

su habitación se abrió, la sobresaltó e hizo que se pinchara, lo que le costó una pequeña gota de sangre. Al verla se llevó la herida a los labios para limpiarse.

—Está usted demasiado angustiada, señorita, eso no es saludable —dijo Beatrice y dejó la jofaina y la jarra que traía sobre el tocador—. Deje de pensar en ese hombre un momento y salga a tomar el aire. Yo me ocuparé de coser esa manga, no se apure.

—Como si pudiera, Beatrice —contestó Violet y suspiró—. ¿Acaso no sabes que llegará en un rato para discutir los pormenores de la decoración de los centros de mesa?

—¿Y su solución es esconderse aquí como una cobarde?

—Tal vez sea la única que encuentro soportable, es eso o admitir la verdad.

—Violet, hágame caso, aunque solo sea una vez. Cuente hasta cinco y suelte aire, después se sentirá mucho mejor. Fíjese, es primavera, el sol brilla y los pájaros cantan. Olvídense de lord Lincoln, del coronel Barnett y de la costura, sencillamente disfrute.

Sabiendo que no tenía nada que hacer, Violet clavó la aguja enhebrada en la tela y apartó el vestido. Tal vez Beatrice tenía razón. Tal vez un descanso mental era lo que necesitaba, así que asintió y se encaminó a la puerta.

—Estaré en el jardín de atrás si me necesitas, ¿de acuerdo? —anunció.

—Por supuesto, señorita, vaya tranquila —sonrió Beatrice.

Violet cerró la puerta con cuidado y cruzó el pasillo con los zapatos en la mano. Lo que menos quería era llamar la atención, así que bajó las escaleras y corrió hacia la puerta trasera en silencio. El sol y la brisa matutina bañaron su rostro, e inmediatamente se sintió mejor, como Beatrice había dicho. Caminó descalza por el pasto hacia la baranda de piedra y sonrió sin poder evitarlo. Estaba a punto de reposar los brazos para sentir el sol en la espalda, cuando una voz la sobresaltó e hizo que se volviera. Los zapatos se le cayeron de las manos cuando la nubecilla de humo se disipó para revelar al duque sentado bajo un árbol con un cigarro entre los labios.

—Buenos días, señorita Stuart. ¿También viene a esconderse aquí? —inquirió.

—¿Eso es lo que estás haciendo? —dijo Violet ignorando la cortesía y la pregunta.

—Obviamente. No tenía ánimo para soportar al petulante de Penley hablando de tonterías durante toda una hora, y por lo que veo tú tampoco —contestó Edward volviendo al trato cotidiano. Después se levantó y se acercó para recoger los zapatos, que le tendió—. Deberías ponértelos, el césped está cargado de rocío.

—Gracias por el consejo, lo haré más tarde, me gusta sentir la hierba y el sol.

Edward asintió y se sentó sobre la barandilla con la vista fija en la mansión. Violet le imitó, aunque guardó una distancia prudente de más de un brazo entre ambos. Como si notara su reticencia, el duque frunció los labios y volvió la cabeza para mirarla, pero ella no devolvió el gesto y mantuvo sus orbes verde oliva fijos en el cielo sin nubes.

—¿Cómo has estado? —preguntó Edward.

—¿Tú cómo crees? Me voy a casar en tres semanas con un hombre que no amo... —contestó Violet—. Sin embargo, algo bueno ha salido de ello, y es que he estado cosiendo mucho.

—Es cierto, aún tengo que cumplir mi parte del trato.

Al oír su respuesta Violet se dignó a mirarlo, y un leve rubor tiñó sus mejillas al encontrar sus ojos. Su corazón saltó sin poder evitarlo al notar que Edward la miraba preocupado. Estaba a punto de hablar cuando ella se adelantó.

—Si lo dices por la tienda...

—Hablo de ambas cosas. Me acaban de llegar los documentos del abogado que me señalan como propietario del negocio, solo tienes que firmarlos para que pase a ser el testaferro y tú la dueña. Tal y como dijimos: yo soy la fachada de cara a la galería, pero el lugar te pertenecerá a ti

y solo a ti —contestó Edward.

—Gracias, Edward, no sé qué decir... Estoy en deuda contigo.

—Agradécemelo cuando te haya hecho el último favor, entonces estaremos en paz.

—¿De qué estás hablando? —dudó Violet.

El duque la miró con intensidad antes de desviar la mirada hacia la casa, para incompreensión de la joven, que sentía que se estaba perdiendo algo.

—Parece que la suerte está de nuestro lado, que hayas salido al jardín justo ahora me ha dado una idea —explicó Edward sin mirarla—. Cuando Lincoln venga a buscarte te liberaré de tu compromiso con él.

—¿Cómo piensas hacer eso? —dudó ella—. Además, no he dicho que vaya a...

—Tú solo sígueme la corriente y déjate llevar.

Violet estaba a punto de protestar cuando escucharon la campanilla de la puerta, lord Penley había llegado para su cita. Se levantó y se apresuró a ponerse los zapatos, pero antes de que llegase a salir del jardín, Edward la tomó de la mano y la atrajo de golpe contra su cuerpo. Se miraron a los ojos, ella, sorprendida, él, determinado, y antes de poder hacer nada la situación se precipitó. En el momento en que las puertas que daban al patio se abrieron, Edward elevó la mirada para clavarla en la de Lincoln antes de atrapar los labios de Violet. La joven reaccionó por instinto y le rodeó el cuello con los brazos, antes de abrir la boca y profundizar el beso con pasión. Edward la inclinó y dejó que sus manos envolvieran su espalda antes de llegar a su trasero, que acarició, para que sus caderas hicieran contacto. Violet jadeó al sentirlo, aún con los ojos cerrados.

—Oh, Dios, Edward... —susurró sin poder evitarlo.

La joven estaba de espaldas, pero Edward lo vio, lo que había provocado de forma deliberada: la expresión de Lincoln, cómo sus mejillas pasaban del blanco al rojo y cómo su mente giraba como el engranaje de un reloj.

—¿¡Violet!? —cuestionó lord Penley perplejo—. ¿Qué estás haciendo?

—¿L-lincoln?, yo... —murmuró paralizada.

—Cielo santo, ¿era esta la razón de...? —Y de pronto él enmudeció.

Violet temblaba entre los brazos de Edward, que la sostenían como una barrera protectora. La joven se había quedado paralizada, pero Edward se limitó a sonreír.

—No dices nada... ¿acaso te has quedado mudo, lord Penley? —Se burló—. No te sorprendas tanto de que haya sucedido algo como esto, tú no le has dado a tu prometida lo que busca y ha terminado por ir a buscarlo en otra parte.

Lincoln se quedó pasmado tras su respuesta, y Edward pensó en insistir más, ya que no se pronunciaba. De pronto el heredero de los Penley comenzó a reír a carcajadas y Edward cruzó una mirada con Violet, ambos sin entender nada. Parecía que la impresión de verlos besarse le había hecho perder el juicio a Lincoln. Violet estaba a punto de adelantarse a comprobar si se encontraba bien, cuando el futuro conde dejó de reír y se acercó a ellos con una sonrisa genuina, libre de furia o enfado. Edward retrocedió, dispuesto a proteger a Violet, pero Lincoln no parecía hostil, sino todo lo contrario.

—¡Ah, Dios mío! Barnett, eres un desvergonzado, pero, ¡qué feliz me has hecho! —exclamó Lincoln.

—¿Qué?, ¿de qué estás hablando? —dudó Edward.

—De que debo darte las gracias por esto, grandísimo patán, pues con tu impropio comportamiento me has librado de este matrimonio que, sinceramente, no deseaba. ¡Me estaba carcomiendo la culpabilidad, pues no sabía cómo finalizar la relación! —explicó antes de

volverse hacia Violet, que se alejó de Edward para encarar a Lincoln—. Violet, mi querida y preciosa Violet... Ahora lo entiendo todo, tu proceder, las cosas al fin han cobrado sentido en mi mente: estás enamorada de Edward y lo has estado siempre.

—Lincoln...

—Chsss, chss, no digas nada, lo comprendo. Ahora sé por qué no respondías a mis besos y a mis caricias como lo haría una mujer enamorada. ¡Saberlo es un gran alivio! Creí que era debido a mi inexperiencia o, como dijiste, a que la pasión debía nacer en ti con el tiempo. Ahora veo que no era por mí, que tu corazón le pertenecía a Barnett. Nunca te hubiese pedido matrimonio de haberlo sabido... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no podía.

Violet se mordió los labios y bajó la mirada, incapaz de sostenérsela. Brillaban debido a las lágrimas, pero no quería que Lincoln o Edward lo vieran.

—Bueno, no sufras más por esto, Violet, porque te libero de nuestro compromiso —dijo Lincoln y Violet elevó la cabeza sorprendida, así que el continuó—. Resulta que no eres la única que no estaba enamorada. Te aprecio muchísimo, querida, pero mi corazón hace meses que le pertenece a otra mujer. No había sido plenamente consciente de ello hasta el viaje a Gales.

—¿Estás hablando de Caroline? —aventuró la joven, temblorosa.

—Sí, estoy enamorado de Caroline, pero soy un caballero y te había dado mi palabra a ti primero, Violet —confirmó Lincoln—. Pensaba convertirte en mi esposa ante Dios y ante la ley, jamás te hubiese dejado plantada a pocos días de la boda. Ahora la situación es otra, ya que ni tú me amas ni yo te amo a ti: rompo el compromiso entre ambos.

—¿Estás seguro, Lincoln?

El futuro conde asintió, y estaba a punto de añadir algo cuando oyeron pasos en el corredor. Las figuras de Beatrice, *lady* Florence, Edith, William, Camelia, Sylvia y *lady* Marjorie aparecieron por la puerta con expresiones de alarma.

Fue el mayor de los Barnett quien habló.

—¿Qué es este escándalo? Hemos oído gritos —preguntó.

—Nada en absoluto, yo ya me iba —declaró Lincoln y sonrió mientras se daba la vuelta, antes de detenerse junto a Edith—. No se preocupe por el escándalo, señora, me encargaré de dar una explicación convincente que libere de toda sospecha a Violet.

—¿Cómo dice? —repitió Edith perpleja—. Espere, lord Penley, ¿a qué se refiere?

Sin embargo, el futuro conde de Winslow no se explicó, se volvió hacia Edward y le propinó un puñetazo que lo arrojó al suelo debido al ímpetu. Las mujeres ahogaron un grito y William hizo ademán de ayudarlo, pero el duque no dijo nada, se llevó la mano a la mandíbula y limpió la sangre del labio que se le acababa de romper. Lincoln sonrió mientras se acariciaba la mano, dolorida por el golpe, antes de asentir.

—Con esto quedamos en paz, Barnett, te lo merecías por besar a la que hasta hace un minuto todavía mi prometida —dijo sin perder la sonrisa—. Buena suerte a los dos.

Dicho aquello se encaminó a la puerta sin volver la vista atrás, y en cuanto hubo desaparecido, Violet echó a correr hacia la casa con el corazón en la garganta. Edward observó a la joven huir escaleras arriba con la angustia oprimiéndole el pecho. Violet había quedado libre tal y como pactaron. Y sin duda Lincoln iba corriendo a proponerle matrimonio a Caroline en ese instante, pero su honor y su promesa seguían intactos. El corazón le rogaba que corriera detrás de Violet, pero su cabeza le dijo lo contrario.

Aquella iba a ser una de las peores noches de toda su vida.

## Capítulo XXVII

### *Madrás y seda verde agua*



Con la noticia de la ruptura del compromiso entre el heredero del condado de Winslow y la adinerada señorita Stuart en boca de todos los cotillas de Londres, Edward supuso que era cuestión de tiempo que su plan, ya herido de muerte, se fuese al infierno. Había actuado por impulso al besar a Violet delante de Lincoln, y ahora ambos estaba pagando las consecuencias. El resultado no debería haberle sorprendido, se dijo. Caroline había roto con él hacía semanas, pero dado que había guardado silencio al respecto, Violet no tenía ni idea. Al parecer, tampoco lo sabía el futuro conde de Winslow. Eso era cuestión de tiempo que cambiase, era obvio que Lincoln habría corrido a contarle a Caroline lo ocurrido en Braithbury Hall apenas salió de allí y se habrían comprometido sin demora. Se alegraba por ella, si era sincero, incluso por Penley; ambos merecían ser felices.

También agradecía que él hubiese tenido la cortesía de no hacer públicos los detalles de la ruptura de su compromiso con Violet más que a través de un escueto: «debido a motivos personales». Había salvado la reputación de su protegida y con ello su futuro. Edward suspiró. No tenía sentido dolerse por el compromiso que nunca había sucedido entre Caroline y él que, francamente, nunca deseó. Sin embargo, a pesar de que era libre, volvía a estar en el punto de partida: soltero y sin una mujer con la que casarse. Era cuestión de tiempo que su madre comenzara a dar la tabarra para que le diese un heredero a los Barnett, pero ya no tenía ánimo ni ganas de discutir con ella. ¿Qué sentido tenía? No quería casarse, se había enamorado de Violet, y si no era con ella no se casaría.

Violet. ¿Quién le iba a decir a él un año antes que caería en su propia artimaña? Siempre se había tenido por inteligente, pero donde reinaba la pasión, la razón enmudecía. Desde que Lincoln la había dejado no habían vuelto a cruzar palabra, ella lo evitaba, y habían pasado nueve largos días. Estaban a las puertas de la primavera y aún no había cumplido la parte más importante del acuerdo: devolverle su herencia. Sabía que en el momento en que lo hiciera sus

caminos se separarían definitivamente, pero se lo debía, era lo que le había prometido y lo que su difunto padre quería.

Ah, Thomas, su querido mentor. Si pudiese verlo ahora, ver cómo había complicado las cosas... ¿estaría enfadado? En vez de procurarle un futuro dorado se había enamorado de Violet y roto la promesa de no aprovecharse, pues, amándola o no, se había acostado con ella. Había días en los que se arrepentía de sus palabras, de su juramento. Otros, dolía hasta pensarlo, pero estaba decidido a, al menos, mantener un poco del voto que le hizo al brigadier. Si estuviese vivo podría preguntarle qué pensaría de una boda entre ambos. Pero ya que Dios le había negado la posibilidad, se mantendría firme.

Después, libre ya de su tutela, solo el viento sabía adónde dirigiría sus pasos. No quería escuchar las monsergas de su madre, y le mataba la idea de ser testigo de cómo Violet se enamoraba de otro hombre; lo mejor que podía hacer era poner tierra de por medio. Regresaría a la India de forma definitiva. Podía administrar su fortuna y negocios desde allí, y William lo ayudaría desde Inglaterra, dado que había decidido volver a su antigua vida en Londres. Así pues, determinado a no retrasar más lo inevitable, puso rumbo al banco de Inglaterra.

\*\*\*

La joven dio un par de vueltas sobre sí misma, poco convencida con el resultado. El vestido era fresco y alegre, la sobrefalda era de cuadros azul turquesa y amarillo pastel en tela madrás, mientras que el interior y las mangas eran de seda en tono verde agua. El escote, redondo y amplio, resaltaba sus senos. Nunca se había puesto algo tan marcado y lucirlo en una fiesta la hacía sentir insegura.

—¿Qué te parece, me sienta bien? —dudó Camelia.

—Habrá que hacerle unas pinzas debajo del pecho para ajustarlo más a la cintura, por lo demás te queda divinamente, estás preciosa —contestó Violet y procedió a marcar la tela que quería arreglar con alfileres—. Dame un minuto, no te muevas.

—La verdad es que no estoy muy convencida. Apenas ha pasado una semana desde que se hizo pública la ruptura y el escándalo...

Violet sonrió de medio lado con un par de alfileres entre los dientes.

—Puedes decirlo, Cami, el escándalo que Lincoln y yo hemos causado —masculló.

—Sí, bueno, el escándalo. ¿Y ahora madre pretende lanzarme sin más en sociedad? —continuó Camelia—. No sé, creo que es una idea pésima, no voy a atraer a nadie.

—Les atraerás a todos, Camelia, eres guapa, dulce, bien educada... Y, por si fuera poco, tienes una dote de escándalo —enfaticó Violet—. A nadie le importará que Lincoln me haya dejado, tú eres mucho más adecuada de lo que yo he sido jamás.

—Pero no me parece correcto, Violet.

Sin esperar respuesta, Camelia se bajó del taburete para acercarse hacia la ventana y mirar al exterior. La mañana estaba soleada, pero el tiempo era fresco todavía. Al notar el reflejo de su hermana mayor en el cristal, suspiró.

—Sé que es una situación terrible, lo que menos deseo es parecer frívola hablando de caballeros, bailes, cenas y besos cuando tú estás sufriendo —explicó—. Ni se te ocurra negarlo, Vivie, sé que te sientes aliviada por no tener que casarte, pero también que aún esperas que el coronel Barnett haga algún movimiento.

—Pues será mejor que me busque un asiento cómodo, ¿no crees? Parece que me voy a cansar de esperararlo de pie —bromeó Violet.

Camelia frunció los labios. Estaba a punto de replicar cuando un par de toques sobre la puerta la interrumpieron. Cruzó una mirada con Violet, sorprendida, antes de que la mayor rompiera el silencio con un firme «adelante». La puerta se abrió para revelar a uno de los hermanos Barnett, aunque no al que Violet deseaba ver. Sintió una ligera decepción al ver a William adentrarse en la habitación con una pequeña carpeta de cuero en la mano. El rubio cerró la puerta con cuidado antes de mirarla con expresión seria.

—Si me disculpa, señorita Camelia, me gustaría hablar con su hermana a solas un momento, es importante —dijo.

—No sé si es lo más adecuado, lord Barnett —contradijo ella.

—Tranquila, hermana, no pasará nada. La situación ya no puede empeorar —comentó Violet y le dio un leve apretón en el hombro.

—Está bien, estaré fuera si me necesitas.

Violet asintió, y tras una intensa mirada a William, Camelia salió de la habitación. Una vez a solas los dos primogénitos se miraron en silencio, cansada de aquel duelo interminable Violet suspiró.

—¿Qué es lo que quiere hablar conmigo, lord Barnett? —inquirió.

—Solo William, por favor.

—Creo que seguiré con «lord Barnett», gracias —negó Violet inflexible.

El rubio sonrió sin poder evitarlo y la alegría brilló en sus ojos al hablar.

—Veo por qué le gustas a Ed, eres todo un carácter —dijo y continuó al ver que a Violet se le fruncía el ceño—. De acuerdo, iré al grano, ya que es lo que buscas. Resulta que en esta carpeta tengo algo de suma importancia para ti, Violet. Mi hermano me lo ha contado todo sobre el pacto que hicisteis en el baile de coronación de Victoria.

—¿Y qué? —inquirió Violet sin saber adónde quería llegar él.

—Si lo he entendido bien, los objetivos ya se han cumplido por ambos bandos: prometiste ayudarlo a encontrar a una mujer para rehuir a mi madre y lo hiciste. A cambio, él prometió ayudarte a abrir una tienda, lo cual también ha hecho. Solo restaba un detalle, el más importante, en realidad —dijo y tamborileó con los dedos sobre la carpeta—. Según el testamento de tu difunto padre, el respetable señor Thomas Stuart, debías estar comprometida para que legalmente pudieses acceder a tu herencia.

—En realidad se supone que debo casarme —corrigió ella.

—No, lo he leído yo mismo y lo que dice es «comprometida». La boda se daba por hecho, claro, ya que no se supone que una mujer se vaya a prometer con un hombre con el que no tiene intenciones de casarse. Supongo que tu padre esperaba que te enamoraras del susodicho al que hubieses elegido.

Violet le miró sin dar crédito. Notó que le ardían las mejillas al atar cabos. Recordó las palabras exactas que Edward usó la tarde de coronación: *«Te ayudaré a encontrar un pretendiente, algún idiota ingenuo con el que puedas prometerte para luego dejarle. Una vez a las puertas de la boda te devolveré tu dinero, como estipula el testamento de tu padre. No tendrás que casarte si no quieres, pues ya serás administradora de tu fortuna»*. Él jamás la había engañado, Violet dedujo que debía casarse porque Edith les aseguró que eso era lo que Thomas deseaba. Su corazón se aceleró sin control.

—Pero mi madre... mi madre dijo que... —murmuró.

—Tú madre quería casarte bien, igual que la mía conmigo o con Edward —resopló William y se acercó un par de pasos más. Ahora estaban casi cara a cara—. En esta carpeta están los documentos del banco que te señalan como administradora de tu herencia.

—¿Qué?

—Edward ha efectuado los tramites. Felicidades, Violet, oficialmente ya eres dueña de tu destino.

«Edward ha efectuado los trámites», repitió la joven y sintió que se mareaba. Caminó hacia la cama con una mano en el corazón sin poder creer lo que oía. «Así que ya está, ha terminado conmigo...», pensó. «Entre él y yo ya no queda nada». No supo que emoción mostraba su rostro, pero William se acercó y se acucilló frente a ella.

—Estás enamorada de mi hermano, ¿no es cierto? —inquirió en voz baja.

Violet asintió. Sentía un nudo en la garganta y no tenía ánimos para negarlo.

—¿Sabes que se quiere ir a Calcuta? —continuó William.

—Sí, me lo ha dicho varias veces. Supongo que era la conclusión lógica del asunto, Caroline y él se casarán y vivirán allí, como él siempre ha querido.

—¿Casarse con Caroline? —repitió William—. Violet, ¿acaso no te lo ha dicho?

La joven le miró sin comprender y él suspiró. ¡Que necio era su hermano cuando se lo proponía! Parecía que tendría que ayudarlo.

—Caroline ha roto su compromiso, hace semanas que lo hizo —explicó William—. Edward es tan orgulloso que ha decidido marcharse solo igualmente, ya ha comprado el pasaje. Parte al alba del puerto de Londres con la intención de no regresar.

—¿Qué dices? —exclamó Violet y se puso en pie de golpe.

—Si quieres convencerle todavía tienes unas horas. Escúchame, Violet, Edward está enamorado de ti, pero no va a ceder si tú no le das una buena razón para hacerlo. Si de verdad le amas no te lo pienses y dale la razón que necesita para quedarse.

—Pero el compromiso hace apenas unos días que...

—¡Olvídate del maldito compromiso! —exclamó William—. ¡Por el amor de Dios! Eres libre, ambos lo sois, ¿por qué no ser felices si estáis enamorados?

Ser feliz con Edward. No había nada que Violet quisiese más que vivir una vida llena de descubrimientos y alegrías junto a él, y si Edward la aceptaba se lanzaría. Pero para eso tenía que convencerlo de que su padre habría apoyado su relación, cosa que Violet estaba segura que Thomas habría hecho. Su padre era un hombre sensato y ella la niña de sus ojos, por supuesto que habría deseado que fuera feliz. ¿Qué mejor manera de serlo junto a su propio pupilo, aquel en quien confiaba tanto como para encomendarle a su familia? Apenas alcanzó esa conclusión sus labios se elevaron.

—Lo haré —dijo—. Sin embargo, primero tengo que hacer una cosa.

—Haz lo que debas, pero no tardes. El tiempo corre en tu contra, Violet.

Eso lo sabía de sobra, pensó ella mientras salía de la habitación a paso rápido. Cuando cruzó la puerta Camelia se acercó, pero Violet pasó de largo en dirección a las escaleras, así que su hermana se apresuró a seguirla con la preocupación fija en su rostro.

—¿Qué ha pasado?, ¿qué es lo que te ha dicho William? —inquirió.

—Acabo de saber la verdad y voy a poner las cosas en su sitio —explicó Violet.

—¿De qué verdad hablas? —dudó Camelia.

Violet no respondió. Cuando llegaron al salón la menor contuvo el aliento, *lady* Florence, *lady* Marjorie y Edith estaban sentadas junto a la chimenea mientras bordaban y charlaban. Sendas tazas de té aguardaban sobre la mesilla, todavía humeando, junto a un plato de escones recién hechos. Al ver a su madre Violet tensó la mandíbula y avanzó.

—Buenos días, niñas —saludó Marjorie—. ¿Por qué no os sentáis con nosotras? Estábamos a punto de comer un tentempié.

—Sí, Violet, no tienes buena cara. ¿Estás bien? —inquirió Edith.

—Lo bien que puedo estar ahora que sé que mi madre me ha tratado como a una yegua en subasta —contestó Violet—. No puedo creerlo, madre. ¿Cómo has podido?

—No sé de qué estás hablando, Violet.

«¿Se atreverá a negármelo?», pensó con rabia y cerró los puños.

—No seas cínica, madre, no tiene sentido, lo sé todo. Resulta que Edward me ha devuelto la herencia que me dejó padre. Es oficial, ya no tengo que casarme.

—¿Cómo dices? —repitió Edith.

—¿Qué mi hijo ha hecho qué? —exclamó Florence.

—Resulta que William habló con él y Edward le mostró el testamento. ¡Imagina mi sorpresa cuando William me dijo que en las cláusulas nunca se mencionó ninguna boda! —gritó Violet e ignoró los comentarios de ambas—. ¿Por qué lo has hecho, madre?

Al verse acorralada Edith dejó la aguja, que clavó en la tela panamá sobre la que estaba bordando una escena campestre para encarar a su hija con seriedad. Las Barnett y Camelia observaron el intercambio entre madre e hija en silencio, perplejas.

—Lo he hecho porque era lo mejor para ti —contestó Edith.

—¿Lo mejor?, ¿desde cuándo casarme con un tipo al que ni conozco es lo mejor!? —repitió Violet—. ¡Y ni siquiera es debido al dinero, pues ninguno de estos nobles tiene más fortuna que yo!

—Tienes mucho dinero, sí, pero no tienes la sangre, no tienes el linaje. ¿Por qué no lo entiendes? Casarte con un noble es la única forma de asegurarles a tus hijos un apellido aristocrático que les abra las puertas de la alta sociedad. ¡Despierta, Violet, somos nuevos ricos, nunca nos aceptarán si no es a través de una unión con ellos!

—¡No me importa, madre, asúmelo! —gritó Violet—. ¡Nunca entendí tu ansia de aparentar lo que no eres, y padre tampoco la entendió!

Las palabras le dolieron a Edith como una bofetada, sintió que le ardían las mejillas. Nunca había querido hacerles daño a sus hijas, sino lo contrario. Jamás había deseado que Violet se enterara de nada, y menos de esa forma, pues su esperanza era que se enamorara de alguno de sus pretendientes y quisiera casarse de verdad. Al ver que la situación se estaba saliendo de control, Marjorie intervino.

—¿Alguien quiere explicarnos qué está pasando, por favor? —rogó.

—Por supuesto, Marge, haré los honores —dijo Violet con rabia—. Resulta que, en su testamento, mi padre dejó escritas como últimas voluntades que para acceder a mi herencia debía estar comprometida, pero mi querida madre omitió esa parte y dijo que debía casarme. Todo para que pescase a algún noble y evitase las habladurías.

De pronto rompió a reír y cuatro perplejos pares de ojos se volvieron a mirarla.

—¡Pues te ha salido el tiro por la culata si deseabas evitar los escándalos, madre! —Se burló Violet—. ¡No solo he causado uno, sino dos! Primero provocó que el futuro conde de Winslow me deje, y luego está el asunto de Edward.

—¿De qué asunto estás hablando? —dudó Edith.

—Hablo de que yací con él la noche de su fiesta de cumpleaños. ¿Y sabes qué? No me arrepiento de nada. Le amo, ya es hora de que todos lo sepan.

Las cuatro mujeres se quedaron de piedra tras la confesión y Camelia se ruborizó como una cereza. Sospechaba que algo así había pasado entre Edward y su hermana, pero no que Violet fuese a admitirlo delante de todas como si nada. Volvió la cabeza hacia su madre para observar su reacción, pero Edith estaba paralizada.

—Ahora que lo sabéis no tengo nada que ocultar. Así que, si me disculpáis, tengo que ir e impedir que ese testarudo haga alguna locura —declaró Violet.

—¿A qué te refieres? —inquirió Florence.

—Voy a impedir que se vaya para siempre de Inglaterra.

Sin esperar respuesta, Violet salió del salón como alma que lleva el diablo.

## Capítulo XXVIII

*Peau de Soi de hilo de plata*



Camelia la alcanzó cuando estaba a punto de llegar a las caballerizas, pero Violet no se detuvo a charlar y abrió la portezuela del establo de *Mantequilla*. Si su corazonada era correcta, Edward daría el último adiós a Inglaterra en Holland Park. Violet había llegado a entender esa parte del carácter de Edward, la que amaba su tierra, aunque las demás le resultasen un misterio que quería descubrir cada día de su vida. Él ya había decidido que se iría, luego se despediría de su patria en el único lugar en el que había sido feliz. O al menos esa era su esperanza, que los momentos que habían compartido en el parque significasen para él tanto como para querer ir allí.

Eso esperaba, pues si no lo encontraba era muy posible que no pudiesen hablar antes de que el barco zarpara. Londres era inmensa y no sabía en qué navío iba a marcharse. La sola idea le hizo atar las correas de la yegua con premura. Estaba a punto de meter el pie en el estribo cuando la mano de su hermana se cerró sobre su muñeca y la detuvo. Violet suspiró y se volvió a mirarla.

—Dime qué piensas hacer o no te dejaré ir, Violet —advirtió—. Siempre te apoyaré, pero no me pidas que te deje hacer una locura sin antes saber lo que pretendes.

—Voy a ir a buscar a Edward para convencerlo de quedarse —admitió Violet—. Si queda alguna posibilidad de que podamos estar juntos no voy a desperdiciarla por orgullo.

—¿Entonces le vas a confesar lo que sientes por él?

—Haré lo que sea necesario, Camelia.

La menor suspiró y le soltó la muñeca. Sabía que la felicidad de Violet estaba en juego y no podía más que alentarla a pelear por ella.

—Te deseo mucha suerte, Violet —animó Camelia.

—Gracias, hermana, la necesitaré.

Dicho aquello subió a la silla de *Mantequilla* y la espoleó, para salir al galope y saltar la baranda en una sola maniobra. El viento golpeó sus mejillas a medida que dejaba atrás Belgravia

en dirección a la zona alta de la ciudad. Holland Park estaba lejos de Braithbury Hall, pero si se daba prisa llegaría antes del mediodía. Solo esperaba que él estuviese allí o tendría que ir directamente al puerto. Sea como fuere no pensaba rendirse. Veinte minutos después, las puertas de hierro forjado del parque se dibujaron ante ella, y Violet tiró de las correas para darle un descanso a la yegua.

A esa hora, casi mediodía, había mucha gente paseando por los caminos empedrados de Holland Park. Pero Violet sabía dónde dirigirse: al sendero que había detrás de la cascada, el mismo lugar donde Edward y ella habían tenido aquella conversación la tarde en que Camelia se torció el tobillo. Cabalgó despacio, con el corazón golpeando fuerte como un tambor en su pecho y, al llegar a la curva que se alejaba de la cascada, encontró a aquel que había ido a buscar. Las comisuras de sus labios se elevaron y bebió la vista de Edward como una sedienta. Edward, su Edward, aquel que le había enseñado tanto no solo sobre sí misma y adonde estaba dispuesta a llegar, sino sobre los placeres y la vida.

Aquel al que amaba con todo su corazón. Aquel que había aceptado hacerse cargo de su madre, sus hermanas y ella solo por hacer feliz a su padre. Edward era un hombre desinteresado y amable, Violet no deseaba más que hacerlo feliz. Cuando llegó a su lado tiró de las riendas y detuvo a *Mantequilla*, pero el duque no se volvió. *Galán* pastaba flores ajeno a su llegada, aunque el hombre tenía la vista fija en el arroyo y las manos sobre la cinturilla del pantalón.

Vestía una camisa celeste sin chaleco y una levita azul índigo que Violet reconoció. Era la misma que le había regalado la primera noche que se coló en su dormitorio. Fue su voz la que la devolvió a la realidad e interrumpió su análisis.

—Estás un poco lejos de Braithbury Hall, ¿no crees? Te hacía celebrando tu recién descubierta independencia —dijo—. ¿Qué haces aquí, Violet?

—¿Qué haces «tú» aquí, Edward? —inquirió ella e ignoró la pregunta.

—Pensar, llenar mis ojos con recuerdos y un paisaje agradable antes de marcharme —contestó él y se volvió para encararla—. Supongo que lo sabes, Caroline me ha dejado. No me sorprende, pero ha trastocado mis planes... pensaba casarme con ella de verdad.

—¿Incluso sin amarla?

El duque sonrió de medio lado y se enfrentaron en un silencioso duelo de miradas. Ninguno quería ceder, pero al final Violet se rindió y bajó la cabeza al sentir que le ardían las mejillas. Entonces suspiró y desmontó para que *Mantequilla* se uniera a *Galán* al borde del arroyo, donde decenas de margaritas, dientes de león y campánulas crecían.

—No has respondido a mi pregunta —señaló.

—Tú tampoco a la mía —contestó Edward.

—Está bien, es justo, te lo diré, aunque creo que tú ya deberías saber la respuesta —dijo Violet y elevó sus ojos verde oliváceos hasta los de él—. He venido a buscarte porque no quiero que te vayas a Calcuta, quiero que te quedes conmigo en Londres.

—¿Por qué? Nada me retiene aquí, mis labores como duque de Braithbury puedo hacerlas desde allí, y lo mismo se aplica a la tutela de Rose y Camelia.

—¿Cómo que nada te retiene aquí? Tienes a tus amigos y a tu madrina, tienes a tu madre, a tu tía, a tu hermano Theodore... ¡Incluso William, Sylvia y Jeremiah han venido para quedarse! ¿Sabes que vas a volver a ser tío? Sylvia está encinta.

—Lo sabía, él me lo dijo en una carta —admitió Edward y suspiró—. Sin embargo, sigo en la misma situación. Los Barnett no tienen una duquesa que continúe el linaje, mi madre volverá a insistir en que me case y no pienso hacerlo.

—¿Ni siquiera conmigo?

—Violet...

La joven no le dejó terminar y habló antes de que él terminara la frase. Había llegado hasta allí y no pensaba quedarse callada. Sintió que su corazón rompía a latir desaforado, pero no se achantó y le sostuvo la mirada.

—Pongamos las cartas sobre la mesa, Edward, basta de medias tintas y falsedades —dijo—. Creí que amabas a Caroline, por eso no actué antes, porque quería que fueses feliz. ¡Ah, pero qué necio eres, casi tanto como yo! Sé lo que le prometiste a mi padre en su lecho de muerte, Ed, pero deja que te diga algo y escúchame bien: no conocías a mi padre en absoluto si piensas que lo que ha sucedido entre nosotros le hubiese molestado. Era un hombre sensato y amable que deseaba mi felicidad por encima de todas las cosas. ¿Sabes que una vez me dijo que era libre de casarme con quien me hiciera feliz, fuese rico o no? Nunca estuvo de acuerdo con el deseo de ascender socialmente de mi madre.

—¿Qué estás diciendo, Violet? —inquirió Edward.

—Digo que te amo. ¡Que te amo desde hace mucho tiempo! —exclamó ella y cruzó la distancia que los separaba para rodear su rostro y acariciarle las mejillas—. Si tú también me amas deja ya de sentirte culpable y quédate conmigo, ¡olvídate del honor! La promesa que le hiciste a mi padre está cumplida, serás tú quien me cuide, el que me ame, el que me haga vivir... Edward, mi amor, podemos ser felices. Como me dijiste una vez, te lo pondré fácil: ¿quieres compartir la vida conmigo?

Edward sintió que le picaban los ojos y algo dentro de él se rompía. Si la promesa a Thomas estaba cumplida, si ella lo amaba y ningún lazo los retenía, podía dejar latir a su corazón. El dique se rompió, el muro que había contenido sus emociones por tanto tiempo, y al oírla decir que lo amaba sintió que su espíritu ardía en llamas. Sus labios se elevaron con una radiante sonrisa antes de atrapar los de ella en un beso feroz. La joven respondió a la caricia en el acto, y pronto el apasionado beso se convirtió en muchos.

—Soy tuyo, Violet, desde el primer día, cuando alzaste la mirada en la calle y me viste tras la ventana de Braithbury Hall —contestó emocionado—. ¿Qué si te amo? Te amo más que a mi vida, tanto, que estaba dispuesto a irme y dejarte vivir tus sueños.

—Solo seré plenamente feliz si estas a mi lado para vivirlos —señaló ella.

—Entonces dalo por hecho, me tendrás a tu lado.

Violet dejó que las lágrimas de felicidad corrieran por sus mejillas antes de envolver al hombre que amaba en un fuerte abrazo, que él devolvió mientras jugaba con las ondas castañas despeinadas tras la cabalgada. Para Violet una cosa estaba clara, no quería volver a dejar el calor de los brazos de Edward. De pronto una idea acudió a su cabeza y lo tomó de la mano, para comenzar a alejarse del camino entre los árboles. Edward se rio, aunque se dejó llevar sin tener ni idea de lo que pretendía. Con Violet cada día era una aventura.

—¿Adónde me llevas, preciosa pupila mía? Sabes que por aquí no hay más camino, ¿verdad? Solo maleza y bosque abierto. —Señaló por si acaso lo ignoraba.

—Lo sé, y eso es precisamente lo que estoy buscando —confirmó ella.

—Ah, ¿sí?

—Solo déjate llevar, coronel Barnett, vamos a vivir una pequeña aventura.

—Lo que usted diga, *madame*, estoy en sus manos —bromeó Edward.

La joven puso los ojos en blanco sin perder la sonrisa. El camino era inexistente, como Edward había señalado, y anduvieron durante al menos diez minutos por el bosque agreste hasta que Violet se dio por satisfecha. El lugar era perfecto, tranquilo y hermoso: la hierba crecía alta y salpicada de flores, campanulas, margaritas, lilas, dientes de león, tréboles... Sonrió al llegar al

centro del escondrijo y se detuvo para mirar a Edward, que elevó una ceja con diversión.

—¿Me has traído aquí para disfrutar del paisaje? Hay buenas vistas —bromeó.

—Desde luego, las mejores las tengo delante —confirmó Violet con una risita—. ¡Quien hubiera dicho que la casaca que te di aquella primera noche te sentaría tan bien!

Edward la estrechó entre sus brazos antes de besarla. Comenzó con un roce suave, deseoso de saborearla con calma. Pero Violet jugó con los labios sobre su comisura y, cuando abrió la boca para profundizar la caricia, Edward se sumergió de lleno. Pronto el beso se tornó apasionado y el duque se lanzó a adorar la delicada piel entre el cuello y el hombro de la joven. Al sentir las caricias, Violet tiró de la camisa de Edward para acercarlos. Notaba el calor de su piel sobre la tela y quería más.

Resultaba obvio lo que deseaba, su respiración y su pulso acelerado le mostraban a Edward lo ansiosa que estaba, así que volvió a besarla y avanzó hasta que se vio frenado por el tronco de un abedul.

—¿Un poco arriesgado, no crees? —comentó con voz agitada.

—Llegados a este punto no me importa que alguien nos vea, quiero llenar mi tarjeta de escándalos juntos —dijo Violet y volvió a besarlo—. He esperado demasiado por ti.

—Y qué clase de tutor sería yo si te dejara esperando, ¿no es cierto?

Violet rompió a reír, echó la cabeza hacia atrás para darle acceso a su escote, y Edward no se hizo de rogar. Desató la hilera de botones de nácar que adornaban la parte delantera del vestido para liberarla y dejar al descubierto el corsé y las enaguas. Entonces alzó la mano, acarició su pecho por encima de la delicada tela plateada y se inclinó para depositar un suave beso. El roce de su barba le hizo cosquillas a Violet, que enredó los dedos en su cabello y cerró los ojos para entregarse al placer.

Sin embargo, en vez de lanzarse a desnudarla, la tendió sobre el pasto y se acomodó encima. Solo entonces hundió el rostro en su escote para adorar la suave y apetecible piel. Cuando sus labios llegaron al borde de la enagua de seda, Edward se rio y rozó su pezón cubierto con un beso.

—Debo decir que cada día te superas más, Violet, esta seda es la mejor que he visto. ¡Hasta me da pena tener que quitártela! —dijo.

—Entonces no lo hagas —musitó ella y llevó la mano a la cinturilla de su pantalón.

—¿Tan ansiosa estás?

Sin esperar a que respondiera, como si quisiera responderse la pregunta a sí mismo, el duque elevó la falda y le acarició la pierna para llegar a sus muslos. Apartó la tela del pololo, la palpó entre las piernas, y nada más sentir el roce Violet se derretió. Edward sonrió maravillado al comprobar lo húmeda y dispuesta que estaba. Sintió un deje de orgullo y calidez elevar su alma, ya que esa pasión había sido debida él.

—Te amo, Violet —susurró.

—Y yo a ti, Edward —contestó ella.

No fueron necesarias más palabras. Edward desató la crinolina y la apartó antes de desabrocharse los pantalones para enfundarse a sí mismo en el calor de Violet. La joven jadeó antes de envolverle la cintura con las piernas. Y en un remolino de besos y caricias rodaron sobre la hierba sembrada de flores. Apenas fueron necesarios unos minutos para que Violet notara el familiar cosquilleo que la elevaba a las estrellas. Al sentir la liberación de la joven, el duque se derramó sin poder evitarlo. Violet se tendió encima de él con una gran sonrisa, para jugar con los botones de la camisa celeste que Edward llevaba.

Suspiró mientras aspiraba el masculino aroma: humo, sándalo y mandarina.

—Ha valido la pena la espera, por ti siempre la valdrá —murmuró.

—¿Tú crees? Pensaba mostrarte lo mucho que aún te queda por aprender esta noche — afirmó Edward—. Visualízalo: tú y yo a solas en una gran cama con sábanas de satén, un montón de velas y deliciosos dulces para acompañarnos. ¿Se te antoja tentador?

—Mucho —asintió Violet y elevó la cabeza para encontrar sus ojos verdes—. Deduzco pues que tus planes han cambiado, ¿qué harás con el pasaje que compraste?

—Ignorarlo, claro, no pienso ir a ninguna parte si no quieres que me vaya. No te preocupes, hay muchas cosas que podemos hacer en Inglaterra, abrir tu tienda de moda y costura entre ellas.

—Nuestra —corrigió Violet—. Tal vez sea yo la dueña, pero tú eres el socio más importante. ¡No creas que te librarás de hacerme de modelo e inspiración, Barnett!

—Ni se me ocurriría... —Se rio él.

Violet se unió y rieron juntos, aún conectados, antes de entregarse de nuevo al otro.

## Capítulo XXIX

### *Tul cristal y encaje Alençon*



*Londres. Otoño, 1838*

Las hojas de los robles, abedules, brezos y castaños que poblaban los paseos de la capital se habían teñido de una hermosa paleta que alcanzaba desde el rojo más vivo al amarillo dorado cuando Theodore llegó a Braithbury Hall. Y con él lo hicieron las noticias. Parecía que la felicidad de los Barnett no era la única que se había encauzado. En los meses transcurridos desde que lord Lincoln Penley rompió el compromiso con Violet, ella no había estado ociosa. Su intención siempre fue abrir la casa de moda en primavera, pero las novedades la habían tenido ocupada, entre ellas planear su boda con Edward.

Y ahí estaban, a las puertas del otoño, a un par de días de inaugurar la tienda de Violet, a un par más de casarse y unir sus vidas. Violet flotaba en una nube y el duque de Braithbury no se quedaba atrás. Por eso, cuando un carruaje se detuvo frente a las puertas sin previo aviso y de él descendió Theodore Barnett, la alegría fue completa. El menor de los hermanos, como descubrió Violet, poco o nada tenía que ver con ellos. Mientras que William era rubio, de ojos pardos y carácter alegre y mundano, Theodore tenía el cabello castaño como el cacao, los ojos verdes como Edward y un carácter explosivo.

Era directo y jovial, a Violet le cayó bien en el acto. Para el joven fue una sorpresa enterarse no solo de la vuelta de William, sino de la boda de Edward, y no se molestó en ocultarlo. Su reacción hizo sonreír a Violet.

—Parece que me he quedado rezagado, soy el último Barnett al que no le han echado el lazo. ¡Tendré que ponerme manos a la obra o me quedaré plantado cual abeto!

—Tranquilo, Theo, Edward puede ayudarte. Según me ha contado un pajarito, ha adquirido cierta experiencia como casamentero. ¿Verdad, hermano? —dijo William.

—¿Un pajarito con faldas y ojos claros llamado Marjorie? —resopló este.

—Quién sabe, un espía nunca revela sus fuentes.

El menor pasó sus iris verdes de uno a otro con una sonrisa y supo que había algo más detrás de aquella inocente declaración. Se moría por escuchar las novedades.

—En tal caso espero con ansias oír esa historia —dijo y suspiró—. ¡He estado tan fuera de la pompa Londinense que hasta Lincoln Penley se ha comprometido!

—No me lo digas, ¿con Caroline Brightman? —inquirió Edward en tono aburrido.

—Sí, ¿ya lo sabías? —Se sorprendió Theodore.

—Digamos que, como ha dicho William, le hice de casamentero.

Los tres hermanos rompieron a reír, y para ninguno de los presentes en el salón pasó desapercibido el cariño y la complicidad que había entre ellos. Sin embargo, Violet recibió con alegría las noticias del compromiso entre Lincoln y Caroline. Se ocuparía de enviarle a Caroline el camisón que le encargó meses antes y una caja de dulces a modo de felicitación. Con la decisión tomada se levantó, antes de volverse hacia los hermanos.

—Si me disculpáis, me retiro, tengo un regalo que enviar a una amiga —anunció y miró al menor de los Barnett—. Ha sido un placer conocerte, Theodore, espero que te quedes más tiempo por aquí, estoy segura de que nos llevaremos bien.

—Puedes estar tranquila, cuñada, no tengo intención de moverme de Londres en una larga temporada —contestó él con una sonrisa.

—A ver si es verdad... —masculló Florence desde el lado opuesto de la sala.

Todos se rieron, y con el animado ambiente flotando en el salón, Violet se encaminó a la salida. Parecía que, después de todo, sí era posible que fueran felices.

\*\*\*

El esperado día de la apertura llegó un viernes de finales de septiembre. *Las Tres Flores*, como habían nombrado al local en honor a las hermanas Stuart, suscitó gran curiosidad entre las damas de Londres, que, al enterarse de que la dueña era la misma diseñadora que mostró los novedosos diseños en el desfile de la temporada anterior, acudieron a la inauguración con las expectativas altas y la bolsa muy llena.

Violet observó la cola que se había formado en la calle desde lo alto, medio oculta por la cortina. Y al ver que se mordía los labios con nerviosismo, Edward se acercó para apoyar la cabeza entre el hueco del cuello y el hombro de su prometida. Violet casi saltó al sentirlo de tan distraída como se encontraba.

—¿Asustada? —inquirió él.

—No, asustada no, solo nerviosa —admitió Violet—. He trabajado mucho para terminar la ropa que hay en la tienda, y si no estoy a la altura de lo que esperan...

—Lo estás, eres una gran modista, Violet. No tengas miedo de mostrarles a otros tus ideas, aunque se salgan de los cánones. Además, los diseños que mostraste en el desfile le encantaron a todo el mundo, sé que va a ser un éxito.

La joven volvió la cabeza con una sonrisa, mucho más tranquila.

—En tal caso será mejor que abramos, no queremos que esperen, ¿cierto? —dijo.

—Usted primero, estimada socia —asintió Edward.

—Que así sea, querido socio.

Ambos se sonrieron mientras descendían a la planta principal. El lugar estaba lleno: sombreros, pañuelos, monederos, bolsos, guantes, chalecos, vestidos, capas... Habían decorado el lugar con rosas blancas y lilas, el aroma que se respiraba era agradable. Tras un último asentimiento, Violet se acercó a la puerta y giró el cartel que indicaba «abierto», para permitir el

paso de las decenas de personas que aguardaban en la acera. Los murmullos de excitación recorrieron a las damas a medida que entraban y observaban el interior. Para alegría de Violet sus expresiones mostraban que les gustaba lo que veían.

Unos minutos más tarde las primeras clientas se acercaron al mostrador para pagar sus compras y Violet se apresuró a colocarse tras la mesa para cobrar. En ese día especial quería ser ella quien atendiera en vez de Winifred, la mujer que había contratado para esa tarea. Cuando la señora Lambert, una vecina de Belgravia, le entregó el par de guantes, el sombrerito de felpa y una caja de lazos y reparó en ella, la miró con asombro.

—Señorita Stuart, qué sorpresa, ¿trabaja usted aquí? —comentó.

—Buenos días, señora Lambert, sí, trabajo aquí. En realidad, soy la jefa de costura —dijo Violet con una sonrisa, pues sabía que esa pregunta llegaría.

—¿No me diga que es usted quien ha diseñado todas estas maravillas?

—Sí, así es.

La señora Lambert la observó durante unos segundos antes de que su expresión se dulcificara. Violet supo que lo peor había pasado.

—Se ve que el negocio de las telas le corre por la sangre, ¿eh? —dijo mientras pagaba el precio que marcaban las etiquetas—. Me alegra saberlo, querida, tiene mucho talento. ¡Conmigo ha ganado una clienta!

—Gracias, señora Lambert, significa mucho para mí oírlo —contestó Violet.

La mujer sonrió antes de guardar su dinero y retirarse de la cola. Media hora después se había corrido la información de que la misteriosa diseñadora era la heredera de *Stuart's Clothing Company*, y Violet no dio abasto a responder. Se sentía como un político al que acosaban a preguntas, pero las contestó de buena gana con una sonrisa. El reloj marcaba la una del mediodía cuando se detuvo frente a ella la figura menos esperada. Violet tragó saliva. Caroline Brightman la miró en silencio antes de sonreír y entregarle un pañuelo de cachemira bordado.

—Veo que tu tienda es un éxito, Violet, los cotilleos han llegado hasta Hyde Park —declaró la joven—. Me encanta cómo has decorado el lugar.

—Gracias, Caroline, yo... lo cierto es que no sabía si vendrías —dijo Violet—. Quería felicitarte por tu compromiso, ¿recibiste mi regalo?

—Lo recibí, y deseaba agradecerte personalmente que me lo enviaras. El diseño del camión, la bata y la enagua es perfecto, justo como yo había soñado.

Violet asintió mientras guardaba el pañuelo en una caja y lo envolvía.

—Era lo menos que podía hacer —dijo.

—Antes de irme quiero que sepas que no estoy enfadada contigo por ocultarme lo que sentías por Edward, nunca lo estuve —afirmó Caroline—. Con el paso de los meses entendí que lo que había entre Ed y yo nunca fue amor, y fue gracias a esa mentira que me acerqué a Lincoln. Creo que siempre sentí esa chispa por él, solo que estaba ofuscada con Edward, por eso rompí con él al entenderlo.

—Caroline...

—No, déjame terminar, por favor —rogó la joven de pelo negro y ojos azules—. En realidad, Violet, lo que quería decirte es que me gustaría retomar nuestra amistad, si tú quieres. No me parece bien sacrificarla por un hombre, sea Lincoln o Edward.

—Creo lo mismo, pero no deseo hacer las cosas incómodas para nadie.

El comentario hizo reír a Caroline, que le guiñó un ojo mientras pagaba y guardaba la caja en su bolso, antes de ajustarse los guantes de encaje.

—No te preocupes, querida, lord Barnett es agua bajo el puente, lo considero un amigo muy

preciado —declaró.

—En tal caso me encantará que sigamos siendo amigas —sonrió Violet.

—¡Y que nunca dejemos de serlo! —asintió Caroline.

Se despidió con un beso en la mejilla, y Violet la vio cruzar un asentimiento con Edward, que había observado la escena desde lejos. Solo cuando la señorita Brightman hubo salido de la tienda el coronel se acercó al mostrador.

—¿Qué quería Caroline? —inquirió preocupado.

—Ha venido a felicitar me por la tienda y a aclarar las cosas —explicó Violet—. Dice que se alegra de todo lo ocurrido, pues de ese modo se acercó y enamoró de Lincoln. Quiere que retomemos nuestra amistad, y yo estoy de acuerdo, si soy sincera.

—Me alegra oírlo, cuando la he visto entrar he temido lo peor —confesó Edward—. Estaba preparado para actuar, por si acaso.

—¡Mi valiente caballero de corcel blanco! —se rio Violet.

—Eso parece, sí, *Galán* es blanco —bromeó él—. Qué puedo decir... siempre voy a estar a tu servicio, mi hermosa dama.

Violet se rio y acercó sus rostros para atrapar sus labios. Apenas fue una caricia, pero calentó el pecho de Edward e hizo flotar su corazón. Se separó rápido, lo que menos quería era avivar los comentarios a su alrededor y opacar a Violet. Se despidió con un beso en el dorso de su mano y la joven volvió a sus labores de anfitriona. Fue un par de horas más tarde, cuando salían de la tienda, que Violet fue consciente de su éxito. No solo en la tienda, sino en la vida y el amor. Y todo se lo debía a su padre, que tomó la mejor decisión en sus últimos momentos.

«Ojalá pudieras verme, padre. Estarías orgulloso, no solo de mí, sino de Edward», pensó Violet y entrelazó los dedos con los del hombre que amaba mientras caminaban de regreso a Braithbury Hall.

Aquel era un día para recordar.

\*\*\*

Una semana más tarde las campanas de boda sonaron en la iglesia de St. Helen. Para disgusto de *lady* Florence y Edith, tanto Edward como Violet deseaban una boda simple, y los invitados se limitaron a un centenar, la mayoría provenientes del lado del duque. A unos minutos de caminar por el pasillo hacia el altar, Violet se miró en el espejo. Sus hermanas, su madre y Beatrice habían salido ya para ocupar sus posiciones y, en espera de que el *Eternal's source of light divine* de Händel hiciese eco en la iglesia, se pellizcó las mejillas para darse rubor. Estaba nerviosa y aunque no había nada que desearse más que encontrarse con Edward en el altar, su estómago parecía un nido de mariposas.

Cuando la puerta se abrió para dar paso a su inminente suegra, Violet se volvió. Florence la observó antes de acercarse. El vestido de novia era un diseño propio, de seda *dupioni*, bordados de encaje *alençon* con diseño floral y una larga mantilla de tul cristal. Como joyas llevaba una gargantilla perteneciente al ducado de Braithbury y una tiara de diamantes en forma de gota. Estaba preciosa, y Florence no podía estar más satisfecha con la unión y los beneficios que acarrearía a su familia, en especial para la felicidad de su hijo. Por eso sentía que le debía una última charla a la muchacha, una que zanjara su mal comportamiento con ella para siempre. Al llegar a su lado sonrió y estrechó su mano, y Violet elevó las cejas.

—¿*Lady* Florence? —dudó.

—Verás, Violet, sé que te estarás preguntando qué hago aquí a menos de cinco minutos de

que dé comienzo tu boda... Y tienes razón en sospechar, no he sido amable contigo en el último año —comenzó Florence—. Te debo una disculpa, pero quiero que entiendas que nunca he tenido nada en tu contra, ni entonces, ni ahora.

—Señora, no es necesario que se disculpe, lo comprendo —dijo Violet.

—Aun así, quiero decirlo, ya que vas a ser mi nuera y es evidente hasta para el más ciego que mi hijo bebe los vientos por ti. La verdad es que animé a Edward a cortejarte para sacar partido no solo de tu dinero, sino de la popularidad de tu familia. Tu madre se equivoca, ¿sabes? Sois nuevos ricos, es cierto, pero sí que se os acepta en sociedad.

—¿Por nuestra fortuna? —aventuró Violet.

—En parte, aunque más bien debido a que emprendedores como vosotros, como tu padre y como tú, sois los que hacéis grande al imperio británico. Eso gusta mucho entre nosotros, los miembros del *Beau monde* —explicó Florence y se alejó unos pasos—. Quiero que entiendas que, tras el escándalo de William, creí que los Barnett estaríamos en boca de todos para siempre. Añadirle un poco de prestigio y popularidad al apellido era todo lo que quería. Sin embargo, ahora que te conozco, sé que más que un capricho era una buena decisión... eres la mujer ideal para mi hijo.

Violet sonrió y clavó la mirada en la puerta que la conduciría al pasillo nupcial.

—Eso me gusta pensar —admitió—. Le amo y espero darle muchas alegrías.

—Lo harás, cuentas con mi apoyo y beneplácito.

Aquellas palabras conmovieron profundamente a Violet, que cruzó la distancia para envolver a la duquesa viuda en un fuerte abrazo. *Lady* Florence sonrió y, unos instantes después, comenzó a sonar la música nupcial y la joven se alejó.

—Deséeme suerte —dijo.

—No la necesitas, pero adelante, sal ahí y hazlo feliz —asintió Florence.

Violet sonrió y se echó la mantilla de tul sobre la cara antes de tomar el ramo para salir de la habitación. Parecía que su futuro de ensueño estaba a punto de empezar.

Epílogo  
*Lehenga de Seda de Loto*



*Goa, India.*

*Invierno, 1838*

El sonido de las gaviotas y el aroma a sal y especias la golpeó en la nariz apenas subió a la cubierta del barco. Brillaba el sol y las aguas estaban tranquilas, pero la claridad la cegó como una linterna, así que llevó una mano al rostro para protegerse la vista del sol. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, la belleza del lugar la dejó sin palabras. Las montañas eran verdes, el mar, de un claro tono celeste, y el abarrotado puerto parecía un lienzo con cientos de colores: toldos de brillantes rojos y naranjas, edificios de piedra amarilla salpicados de macetas a rebosar de flores, mujeres con velos de brillante seda dorada y púrpura... Aquello parecía un sueño.

Violet se quedó boquiabierta debido al asombro, no fue hasta que sintió una caricia bajo el mentón cerrarle la mandíbula que parpadeó para regresar a la realidad. Volvió la cabeza para encontrar a su esposo mirándola con una sonrisa.

—Deberías verte la cara en este momento, ojalá pudiera retratarte —dijo Edward.

—No te burles, solo estoy impresionada —regañó ella y sonrió—. ¡Ah, Edward, ni en mis mejores sueños pude imaginar que el lugar del que tanto me has hablado sería así! Tantos colores, tantos aromas, tantas maravillas... ¡Es bellísimo!

—Y aún no has visto el interior. Goa es una región preciosa, pequeña y encantadora, pero deja que te lleve a Guyarat, a Shioni o a Bengala. Créeme, los paisajes más bonitos de Inglaterra palidecen en comparación a lo que verás por aquí.

—¡Con razón querías venir con tanto ímpetu, es como un Edén! —exclamó Violet y se rio—. Creo, caballero, que vamos a estar aquí un buen tiempo. Quiero aprender todo lo que pueda de las costureras de esta tierra antes de volver a Inglaterra.

—Complaceré tu petición con mucho gusto, cariño —contestó Edward—. Si lo que buscas es

un lugar con buenos artesanos, este es el lugar indicado. Pasaremos aquí dos semanas antes de que llegue la caravana que nos va a llevar a Shioni, y durante ese tiempo la ciudad está a tus pies.

Violet caminó por la cubierta hasta detenerse frente a la baranda de proa. Estaban casi en el puerto, pero esos navíos de tres mástiles eran lentos y no podía más que esperar con el corazón latiendo veloz, y los pies ardiendo de deseo por perderse en aquellas coloridas calles. Se moría por hablar con sus gentes, por probar sus comidas y explorar todo lo que viera. Entonces reparó en lo que había dicho Edward.

—¿Has dicho que Shioni está en el interior? —dudó.

—Sí, así es.

—¿Y habrá que atravesar la selva como en esas historias antiguas?

—Por supuesto, iremos a lomos de un elefante —confirmó Edward con diversión—. No temas, verás saciada tu ansia de aventuras. Cruzaremos ríos, vadearemos montañas y veremos multitud de animales salvajes. ¿Satisfecha?

—Más de lo que creía... —asintió Violet y se acercó para besarlo.

El duque devolvió la caricia y se entregaron al apasionado beso sin importarles quién más estuviese mirando. Cuando Edward se apartó para depositar un suave roce en la punta de su nariz, Violet suspiró. Al fin entendía que todo lo que ocurrido tras la muerte de su padre había tenido su razón de ser, como las piezas de un puzzle que encajaban en su lugar. Estaba destinada a amar a Edward desde el inicio, la vida había cruzado sus caminos y hecho posible aquella maravilla.

—Te amo, Edward Barnett —murmuró Violet.

—Y yo a ti, Violet Barnett —contestó él.

Después volvió a besarla y así, a la luz del brillante sol de la India, el coronel se encontró en el mismo lugar donde había empezado su aventura, pero en brazos de la persona que compartía su corazón y con la que quería pasar el resto de su vida. El brigadier Stuart le había hecho sin saberlo el mayor de los regalos al dejarle al cuidado de su hija, y Edward no podía esperar a construir ese futuro feliz a su lado.

## **El baúl de la costura**

### **“Seda de Loto añil de la India”**

*La seda de loto es un tipo de seda confeccionada, a diferencia de la seda tradicional de gusano, con las hebras de la flor de loto, flor nacional de India. Es un tejido muy caro y valorado, debido a lo complejo de su obtención y la delicadeza de las fibras.*

### **“Muselina dorada y bordado de rosas”**

*La muselina es una tela muy fina, confeccionada generalmente en algodón o seda, usada en prendas delicadas y vestidos fluidos debido a su suavidad y tacto.*

### **“Encaje Valenciennne y plumas de pato”**

*El valencienne debe su nombre a la ciudad francesa de Valence. Este encaje es un trabajo “a la aguja”, donde fondo y flores se hacen a la vez con el mismo hilo, por lo que no se aprecia ningún cordoncillo bordeando el dibujo. Es un encaje de gran valor por su lenta ejecución y se suele emplear en prendas elegantes.*

### **“Shantung chino escarlata”**

*El Shantung es un tipo de seda originaria de china con crestas irregulares conocidas como “slubs”. A pesar de su textura sutilmente irregular, los entendidos consideran que el shantung es el “oro” de las sedas, siendo una opción muy popular para los vestidos de gala. Como muchas telas de seda, el shantung es fresco, y su ligereza hace que tenga una caída muy elegante.*

### **“Tafetán esmeralda”**

*El tafetán es un tejido formado por el cruzamiento de los hilos, lo que le aporta una apariencia granulada. Normalmente está hecho de seda, aunque también se puede hacer con lana y algodón. Es un tejido suave y ligeramente tieso, siendo algo crujiente al tacto.*

### **“Gasa marfil”**

*La gasa es un tejido fluido, fino y de tacto suave. Es una tela vaporosa y ligeramente transparente. La tela de gasa engloba tejidos que ofrecen transparencia y ligereza. Originalmente la palabra árabe «gazza», se asociaba a la seda.*

### **“Faille y lino marinero”**

*El algodón y la seda se pueden usar para crear faille, también llamado a veces bengalina. La textura del tejido es acanalado y ligeramente rígido. Esa rigidez hace que sea increíblemente útil, ya que tiende a no deformarse ni arrugarse, y puede usarse para crear prendas de apoyo o cuerpos ajustados que se verán bien después de horas de uso.*

### **“Algodón y encaje Chantilly”**

*El Chantilly es un estilo de encaje con puntilla que se originó en Francia en el siglo XVII. Por lo general, se teje a mano con bobinas de seda y presenta diseños florales. A menudo con hilo de seda. El encaje Chantilly fue muy popular durante gran parte del siglo XIX.*

### **“Ratina trenzada”**

*Se da el nombre de “ratina” al tejido de lana cruzada. Este tejido, generalmente muy velludo y espeso, es empleado para vestidos de invierno. Se fabrica en el telar y el pelo se somete a la frisa, que dispone en bolillas los pelos que cubren la superficie de esta estofa, lo que se llama ratinaje. De ahí procede el nombre de ratina.*

### **“Lana Donegal y tul púrpura”**

*Este tejido está confeccionado con lana de oveja de la región Irlandesa de Donegal. El hilo en sí no proviene de una raza específica, muestra patrones de espiga y de cuadros de tejido sencillo, de urdimbre y trama con pequeños hilos de colores tejidos en intervalos irregulares para*

producir un efecto jaspeado.

#### **“Terciopelo y seda Devore”**

El terciopelo se puede tejer con cualquier tipo de hilo. En el pasado se tejía de seda, pero hoy se puede hacer con algodón, lino o lana. Lo hermoso del terciopelo es cómo la orientación de los hilos cambia la forma en que refleja la luz. Es por eso que el ojo humano puede percibir su color de manera diferente desde diferentes ángulos.

El Devore es una técnica textil particularmente utilizada en terciopelos. Se somete a un proceso que disuelve las fibras para crear un patrón semi transparente entre la tela tejida más sólidamente. La misma técnica puede aplicarse también a textiles que no sean de terciopelo, como el encaje o la seda.

#### **“Algodón rasgado”**

La tela de algodón es un fino y suave tejido fácil de teñir y de lavar, originado con las fibras que crecen alrededor de la planta del algodón. Con él se pueden trabajar e hilar magníficas prendas, gracias a sus versátiles propiedades.

#### **“Vicuña y lana escocesa”**

La tela de vicuña escocesa se teje con pelo de este pariente de la llama, siendo una de las lanas más caras y valoradas del mundo. El pelo de vicuña es tan apreciado por su calidez, las fibras tienen escamas que al hilarlas se entrelazan y aíslan el aire.

#### **“Velvet carmesí”**

Otro nombre por el cual es conocida la tela de terciopelo.

#### **“Shetland y Moiré”**

El shetland es una mezcla de lana y poliamida, de tacto suave y cálido. La combinación de lana con poliamida hace que el tejido sea más cálido, más resistente al color, más higiénico y fácil de mantener. Además, la poliamida\* tiene un alto índice de permeabilidad y por tanto una mayor transpirabilidad.

\*Poliamida: fibra tratada químicamente, creada en 1802 por el Dr. Wallace Hume Carothers.

El Moiré es un tipo de tela de apariencia ondulada producido principalmente con seda, pero también con lana y algodón. La apariencia acuosa por lo general es producida mediante la técnica de calandrado.

#### **“Seda de Sable”**

Esta seda cautiva por su ligereza. El tejido es muy delicado y tiene un agarre liso.

#### **“Seda de Sable y piel de marta”**

La marta es una piel utilizada para abrigos y capas dado el pelaje que posee, más largo, delgado y sedoso que el visón. Es la piel más apreciada por la calidad y suavidad de su pelaje y su exuberancia, así como por el poco peso de su cuero.

#### **“Dupioni perlada y lirios de agua”**

El dupioni se crea con los hilos de dos gusanos de seda diferentes. Cuando dos gusanos giran sus capullos juntos, las fibras se enredan. El hilo es más áspero que la seda regular, y contiene irregularidades donde las fibras de los dos capullos se combinan. El dupioni tiene una ventaja sobre algunos otros tipos de sedas, ya que tiende a resistir las arrugas.

#### **“Satén Ciselé dorado”**

Patrón generalmente floreado que se le da a la tela, cuyo dibujo está formado por pelo cortado sobre pelo sin cortar, muy usado en los siglos XVIII y XIX.

#### **“Chiffon palo de rosa”**

El Chiffon es una tela liviana elaborada utilizando hilos crepé a partir de algodón y seda. La tela es similar a una red fina, lo cual le otorga al chiffon sus propiedades traslúcidas. Es muy

usado para confeccionar vestidos de noche, especialmente como cubiertas, para darles una apariencia elegante y etérea.

#### **“Piel de Ángel blanco”**

La piel de ángel es un tejido que está dentro de los satenes, pero es un satén muy especial. Es muy suave, con una caída perfecta para creaciones de confección común y fiesta.

#### **“Piel de zorro y encaje de Bruselas”**

Los abrigos de zorro son muy valorados debido al brillo del pelaje y su gran resistencia al frío. Es una piel ligera y adaptable, fácil de coser, muy agradable al tacto.

El encaje de Bruselas es un tipo de encaje de bolillos. Los diseños típicos comprenden profundos diseños florales y de plantas, paisajes y figuras con escenas narrativas. Fue notable por haber sido hecho de hilos de alta calidad del lino de brabante belga.

#### **“Flannelette Principe de Gales”**

El Flannelette, nombre por el cuál es conocida la franela, es una tela fina de lana o algodón, de tacto suave gracias a su textura cardada por una de sus caras. Generalmente, se utiliza en prendas de abrigo, ropa interior y ropa de casa (sábanas, fundas de almohadas, etc.) aportando una textura confortable y única.

Principe de Gales es un estampado típico de cuadros, que combina cuadros grandes, delimitados por un diseño que se conoce como “milrayas”, rayas de color muy juntas, con cuadros más pequeños con estampado pata de gallo.

#### **“Fustán coral y visón”**

El fustán es un tejido suave al tacto, confeccionado con tela de lino o de sarga. La cara es suave y la parte posterior es peinada. El hilo en la urdimbre está muy retorcido mientras que en la trama va más suelto y sólo ligeramente retorcido. Se produce con telas teñidas, estampadas o tejidas con colores alegres. Se usa para confeccionar vestidos de mujer de invierno.

La de visón es un tipo de piel muy utilizada para abrigos y capas.

#### **“Organdí suizo esmeralda”**

El organdí es una muselina de algodón. Consiste en una tela fina, transparente y rígida y a veces bordada. Recibe un acabado que le da esa característica de rigidez, similar al almidonado, que no se quita con los lavados. Se utiliza para la fabricación de vestidos, blusas, cuellos en trajes. El organdí suizo es muy apreciado por su calidad.

#### **“Madrás y seda verde agua”**

El Madrás es un tejido fresco caracterizado por sus cuadros de colores que transmiten una gran luminosidad. Estas características han hecho que sea considerado un tipo de diseño, más que un tejido en sí mismo. Fue descubierto por los británicos durante la etapa colonial en la ciudad de Madrás en la India, y se utilizó para afrontar el calor de la época de verano.

#### **“Peau de Soi de hilo de plata”**

El “peau de soie” es un tejido similar al satén, pero más estructurado. Tiene el peso medio y la sensación suave de satén, pero un poco más de rigidez, lo que hace que sea utilizado en una amplia variedad de estilos. También es mucho menos brillante que el satén o charmeuse, rozando el mate. Es mejor para ocasiones formales o nocturnas.

#### **“Tul cristal y encaje Alençon”**

El tul es un tejido ligero con estructura en forma de red. Es tejido mecánicamente a diferencia del encaje tradicional, hecho a mano. Debido a la finura del hilo su tacto es más suave. Los hilos pueden ser fibras naturales como la seda. Se utiliza para velos y vestidos de novia, vestidos de noche y para los tutú de las bailarinas de ballet. El tul proviene de la ciudad francesa Tulle en el Limosín; ciudad conocida en el siglo XVIII por la seda y el encaje.

*El alencón es un tipo de encaje originario en Francia. Es un encaje “a la aguja” en el que se tejen a la vez fondo y flor con el mismo hilo, y también un cordoncillo alrededor de la flor, creándole un relieve; lo que lo hace característico este tipo de encaje.*

***“Lehenga de Seda de Loto”***

*El Lehenga es una vestimenta común en la India, formada por tres piezas:*

*Choli — Corpiño corto portado en parte superior.*

*Dupatta — Velo usado como chal, originalmente se llevaba como símbolo de modestia.*

*Ghagra — Falda larga.*

## Agradecimientos

Esta es mi primera aventura en solitario y, lo creáis o no, una de las novelas más especiales que he escrito nunca. Por eso la he elegido para ser la primera en ver la luz bajo mis alas. Con Violet he vertido en las páginas no solo mis recuerdos sobre costura, sino la gran investigación que he llevado a cabo para que suceda y quede creíble. La verdad sea dicha, yo no tengo ni idea de costura; es más, ¡odio coser! Lo mío siempre fue más el bordado.

Al lanzarme sola en este viaje, mis agradecimientos serán de índole más personal.

Como siempre, a mi familia. Sois mi apoyo y mi pilar, os quiero infinito. He dedicado la novela a mi abuela paterna, pero mis padres y hermanos me han ayudado muchísimo... y eso siempre lo voy a recordar y agradecer.

En segundo lugar, a las personas que han estado creyendo en mí y apoyándome desde el primer día con vuestra amistad, sabéis quienes sois, me repito demasiado.

A Carolina e Itziar, sois las mejores compañeras del mundo. No lo sabéis, pero vuestras palabras me dieron un subidón, ese calor que calienta el corazón y te hace saber que vale la pena seguir escribiendo. Gracias.

A los profesionales que han creado los diseños hermosos que veis por dentro y por fuera, gracias por haber creado cosillas tan bonitas.

Ahora, al tema de la costura. ¡Ah! No sabéis la enorme cantidad de páginas de tiendas de tela, patronaje y modistería que tuve que visitar para encontrar todas esas telas. Es un tema complicadísimo, mucha de la dificultad residía en que el libro está ambientado en 1836, luego los tejidos tenían que ser todos naturales (nada de sintéticos como el nylon o el poliéster, pan de cada día hoy). Y no solo que fuesen de la época, sino ropas que una mujer de clase alta usaría en vestidos, de ahí que muchas sean derivadas de la seda de alguna manera. No puedo nombrar páginas en concreto para agradecer, porque os digo que fueron más de 10 y más de 20 las que visité. Aun así, gracias, ¡me habéis salvado!

Y, como siempre, a vosotros, lectores. Hacéis que esta rueda siga girando, pero nunca me voy a cansar de daros las gracias por tomaros el tiempo para leerme. Mil gracias a todos. Os garantizo que viviremos más aventuras juntos muy pronto.

## Sobre la Autora



Judit Fernández nació en 1990 en Santander, Cantabria, dónde actualmente reside.

Durante años se ha dedicado profesionalmente a la belleza y el bienestar, y entre sus aficiones se encuentran la pasión por el mundo antiguo y el disfrute de la naturaleza.

Comenzó sus andanzas como escritora a través de la poesía, hasta que decidió lanzarse a escribir su propia novela. *La guardiana del Tejo* es la primera de sus obras, publicada por la editorial Libros de Seda en 2021, dando inicio a otras novelas de romance histórico publicadas por Libros de Seda y Penguin Random House en su sello de romántica. Entre ellas se encuentran *El silencio de las Flores*, publicada en 2022, y *Casterberg Hill*, que verá la luz a finales de 2023.

*La mujer del vestido de seda* © 2023, es la primera de sus novelas autopublicadas, y actualmente se encuentra sumergida en la escritura de nuevas historias de amor que podrá

compartir muy pronto.

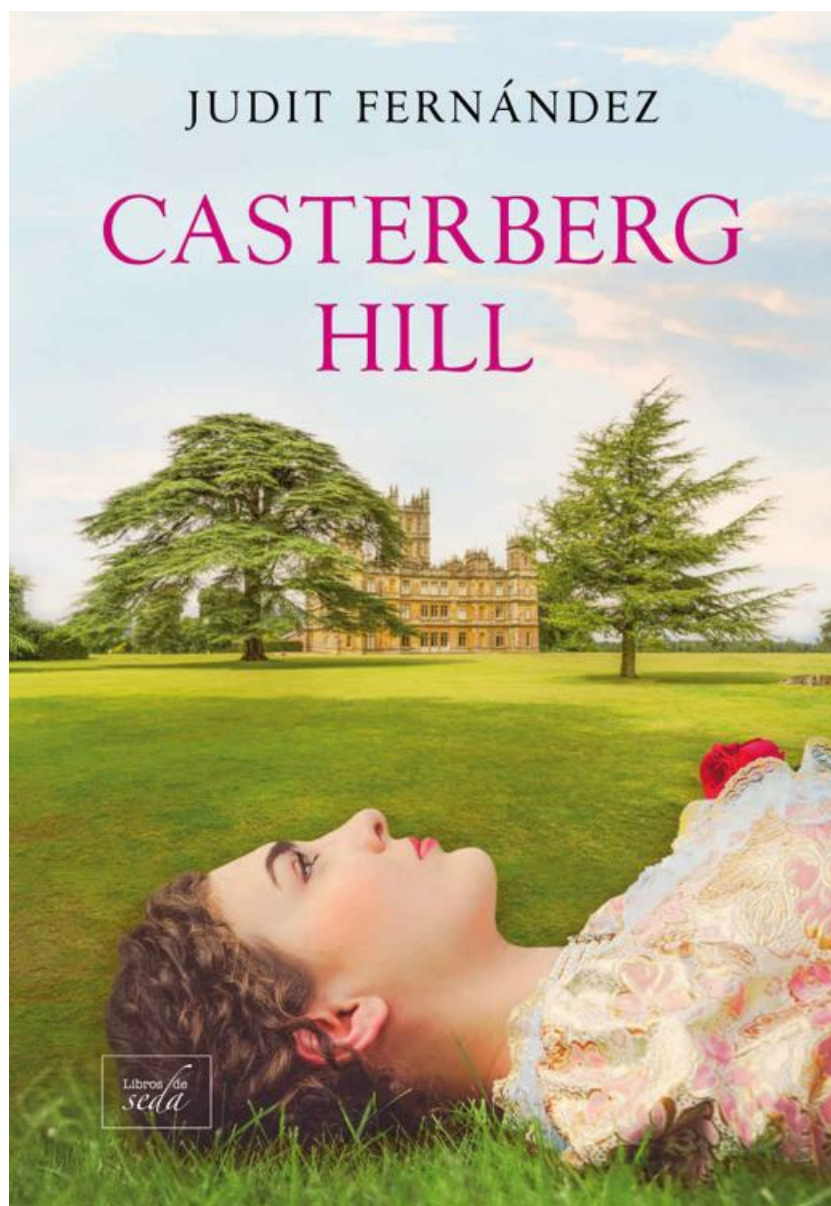
Si quieres saber más, echa un vistazo a su [Página Web](#) e [Instagram](#).

## Otros Libros: Era Victoriana/Regencia

[El Silencio de las flores](#)



Casterberg Hill



El amor tiene nombre de Camelia (Hermosas Mentiras II)  
Próximamente

La Tentación lleva perfume de rosas (Hermosas Mentiras III)  
Próximamente

[La dama de diamante](#)



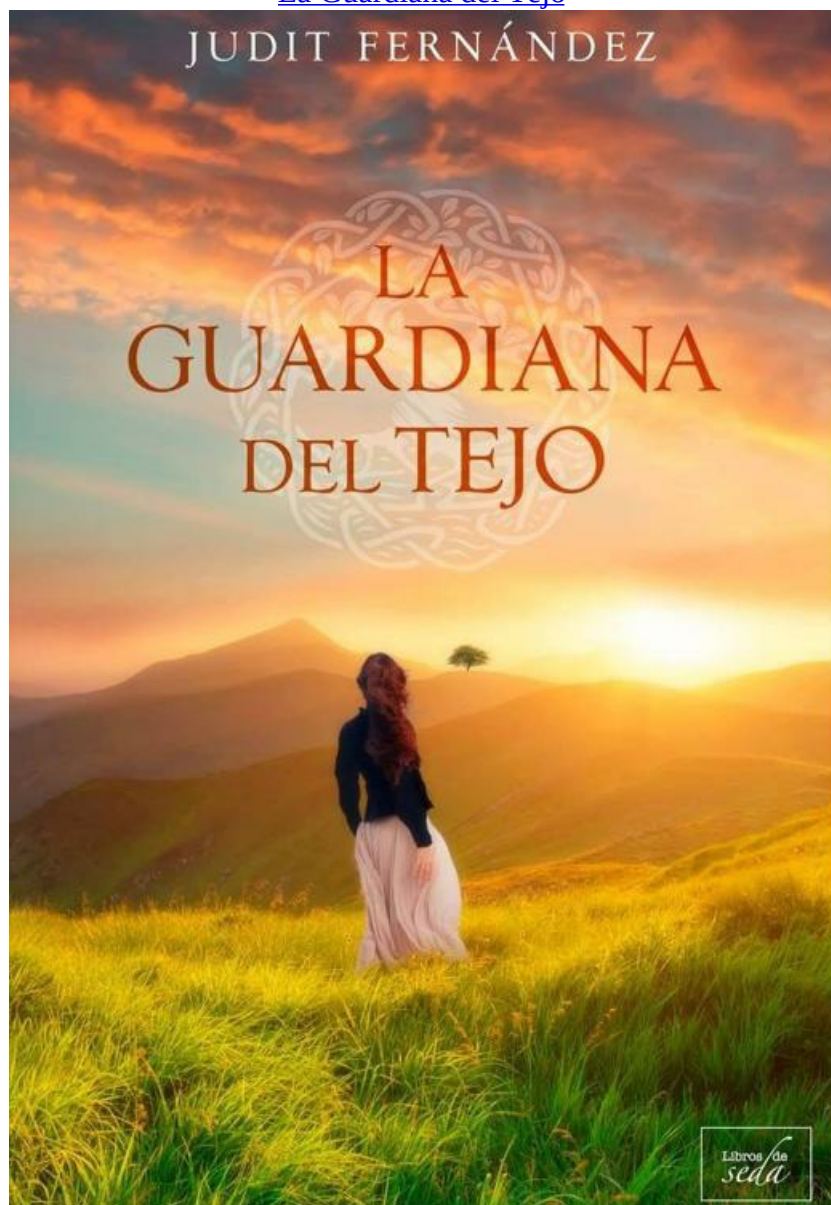
# La dama de diamante

JUDIT FERNÁNDEZ

Selecta 

## Otros Libros: Saga Celta

[La Guardiania del Tejo](#)



Prisionera del Tiempo  
Próximamente

Las Hijas de la Lluvia  
Próximamente

## Otros Libros de la autora

### *SAGA VIKINGA*

#### [El Velo del Norte I](#) y [II](#)



### *ARABIA*

Próximamente